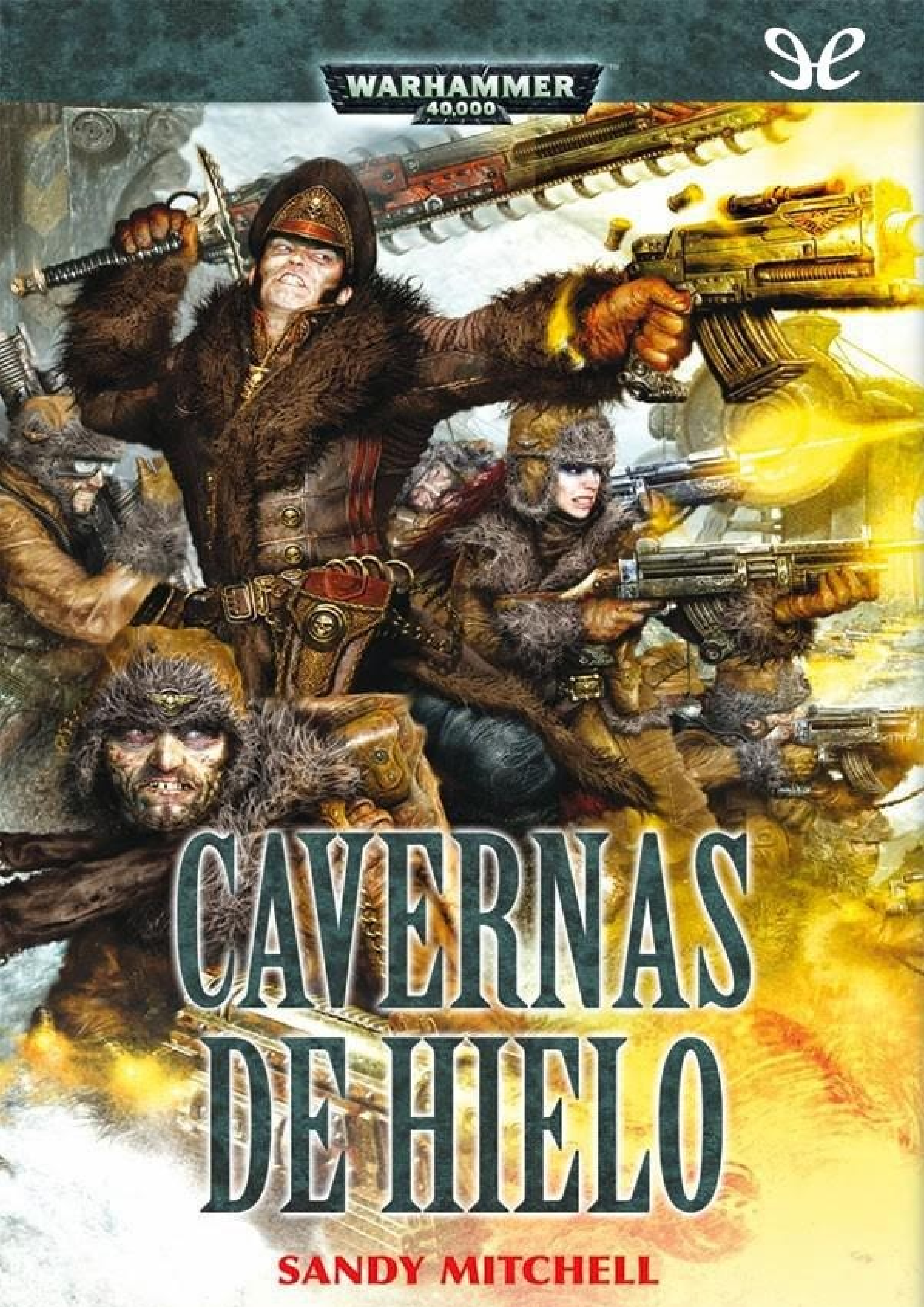

WARHAMMER
40,000
CAVERNAS
DE HIELO
SANDY MITCHELL

La esperada continuación de las aventuras de Ciaphas Cain: la cara más divertida del universo Warhammer 40000.

Cuando el Comisario Ciaphas Cain y su regimiento de guardias valhallanos se despliegan por el mundo helado de Simia Orichalcae, sus esperanzas de realizar una misión sin contratiempos se ven frustradas de repente. Una serie de misteriosas desapariciones están causando un gran malestar entre los mineros y, como oficial superior, nombran a Cain para realizar la investigación. Sin saberlo él, el planeta está justo en el camino de una gran incursión orca, mientras los salvajes pieles verdes atacan, algo maligno comienza a despertar en las profundidades de las Cavernas de Hielo.



Sandy Mitchell

Cavernas de hielo

Warhammer 40000 » Ciaphas Cain - 2

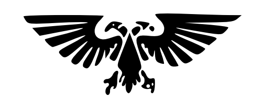
ePub r1.1
diegoan 30.05.2018

Título original: *Caves of Ice*
Sandy Mitchell, 2004
Traducción: Rafa Ferrer

Editor digital: diegoan
Primer editor: epublector (r1.0)
ePub base r1.2



Para Oliver y Michael. ¡Feliz partida!



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



Nota editorial:

Este, el segundo extracto del archivo Cain que he preparado y anotado para aquellos de mis compañeros inquisidores que quieran examinarlo, está más o menos en el mismo formato que el primero. Los más astutos de entre vosotros se percatarán de que sigue un orden cronológico bastante acorde con mi selección anterior, el relato de Cain del incidente de Gravalax, aunque con su habitual ausencia de sutilezas de este tipo, estaba situado en el archivo en un orden anterior. He elegido esta parte de sus memorias no sólo porque es bastante independiente y requiere pocos conocimientos del contexto de sus misiones anteriores para comprenderlo, sino también porque los informes del Ordo Xenos contienen bastantes detalles acerca de los hechos acontecidos en Simia Orichalcae aquel año, y cualquiera que tenga motivos para consultarlos seguramente encontrará un relato de primera mano de considerable interés. (Y el hecho no menos importante de que confirma las sospechas que hemos albergado largo tiempo acerca del papel que desempeñaron ciertos miembros del Adeptus Mechanicus en el incidente, lo cual podría resultar útil a la hora de tratar con ellos).

Podría argumentarse que Cain no es un cronista demasiado fiable en lo que a estos hechos se refiere, pero me inclino a aceptar su versión de los hechos como totalmente cierta. En esta parte, al igual que a lo largo de todo el archivo, apenas se atribuye el mérito de actos que, para cualquier observador imparcial, pueden parecer auténticas heroicidades propias de un hombre de recursos (aunque son pocos y están muy separados en el tiempo).

Como en ocasiones anteriores he permitido con gran agrado que Cain cuente la historia con sus propias palabras, limitándome a hacer anotaciones al texto original para aclarar algunos puntos y ampliar el contexto de los hechos que describe, ya que tiene tendencia a concentrarse casi exclusivamente en cosas que lo afectaron personalmente sin prestar mucha atención al resto. También, al igual que antes, me he tomado la libertad de dividir su relato en capítulos para facilitar la lectura, a pesar de que a Cain no parecían preocuparle tales finuras estilísticas. En los lugares donde me he basado en otras fuentes, aparecen mencionadas como es debido; el resto de las notas al pie de página y las interpolaciones son solamente mías.

AMBERLEY VAIL,
Ordo Xenos



UNO

Sabe la disformidad que he visto más agujeros infernales olvidados de la mano del Emperador de lo que me correspondía en más de un siglo de servicio ocasionalmente leal y dedicado al Imperio, pero el mundo helado de Simia Orichalcae[1] permanece en mi memoria como uno especialmente desagradable. Y si se tiene en cuenta que a lo largo de los años he visto el interior de una ciudadela de rapiñadores eldar y un mundo muerto necrón, sólo por poner un par de ejemplos, podéis estar seguros de que mis experiencias en esos lugares se encuentran entre las más aterradoras y arriesgadas en una carrera afortunadamente llena de escapadas por los pelos de una muerte segura.

No es que tuviera esa apariencia cuando nuestro regimiento recibió órdenes de desplegarse. Llevaba sirviendo con el 597º valhallano poco más de un año en ese momento, y había conseguido establecer una rutina bastante cómoda. Me llevaba bien tanto con la coronel Kasteen como con su segundo al mando, el mayor Broklaw; ambos parecían verme como un amigo, teniendo en cuenta que era el comisario del regimiento, y los méritos que me habían atribuido como resultado de nuestras aventuras en Gravalax hacían que los hombres y mujeres de rangos inferiores tuvieran también un buen concepto de mí. De hecho, la mayor parte de ellos parecían adjudicarme el mérito, no del todo inmerecido, de haber proporcionado el liderazgo inspirador que les había permitido vencer la vil conspiración que había desatado tal derramamiento de sangre en aquel infeliz mundo y les había dado la oportunidad de participar en una primera batalla honrosa que todos podían recordar con orgullo.

Aunque corro el riesgo de parecer muy pagado de mí mismo, he de decir que al menos tenía ciertas razones para sentirme satisfecho a ese respecto; había heredado la responsabilidad de un regimiento dividido, sin mencionar la hostilidad entre ambas partes, formado por lo que quedaba de dos unidades de un solo sexo, mermadas por la guerra, que se habían odiado y habían desconfiado la una de la otra desde el principio. En este momento, si cabe, me encontraba con el problema opuesto, mantener la disciplina ahora que empezaban a sentirse a gusto trabajando juntos y a realizar con eficacia las misiones que se les asignaban. En algunos casos, la buena relación se llevaba a consecuencias muy íntimas, lo cual sólo empeoraba las cosas, por

supuesto, particularmente cuando la confraternización aceptable se transformaba en peleas de enamorados, separaciones agrias o escenas de celos. Estaba empezando a comprender por qué la mayor parte de los regimientos en la Guardia Imperial no eran mixtos. Afortunadamente, había pocas ocasiones en las que fuera necesario algo más drástico que una charla firme, una rápida rotación de los protagonistas a escuadrones diferentes y pasarle rápidamente el muerto al capellán, de modo que era capaz de mantener mi fachada cuidadosamente elaborada de preocupación por los soldados sin muchas dificultades.

Al ser originarios de un mundo helado, los valhallanos quedaron encantados al oír que nos enviaban a Simia Orichalcae. Incluso antes de entrar en órbita, los puertos de observación estaban llenos de soldados que no estaban de servicio, ansiosos por echar un primer vistazo a lo que sería nuestro hogar en los meses siguientes, y un parloteo excitado nos había seguido a Kasteen, a Broklaw y a mí por los pasillos que conducían al puente. No necesito decir que mi entusiasmo era mucho menos evidente.

—¿Verdad que es hermoso? —dijo Broklaw, con los ojos fijos en la pantalla hololítica principal. La imagen parpadeante del planeta parecía estar suspendida en medio de la habitación cavernosa llena de sombras y mecanismos arcanos, rodeada de oficiales, tripulación de cubierta y servidores haciendo las cosas incomprensibles que solían hacer los integrantes de la tripulación de una nave espacial. Debía de haber al menos una docena rondando por ahí, agitando placas de datos ante los demás o manipulando los interruptores incrustados en la madera oscurecida por los años de los paneles de control que cubrían la cubierta principal bajo nuestros pies. El capitán Durant, oficial al mando de la vieja nave de carga que habían puesto en servicio apresuradamente para transportarnos desde el área de estacionamiento en Coronus Prime[2], negó con la cabeza.

—Si te gustan los planetas, supongo que no está mal —replicó, desdeñoso, sin siquiera dirigir sus implantes ópticos en esa dirección. Su edad era indeterminada, y estaba tan lleno de implantes que si no hubiera sido por su uniforme, y la deferencia con la que lo trataba su tripulación, lo habría confundido con un servidor. Aun así, había sido muy cortés por su parte invitarnos a los tres al puente, de modo que perdoné fácilmente su falta de aptitudes sociales. No fue hasta un rato después que pensé que probablemente esa fuera la única manera que tenía de conocer a sus pasajeros, ya que tenía tanta pinta de ser una pieza más del sistema interno de la nave como los controles de dirección o el navegador (cuyas habitaciones debían de estar tras el pesado mamparo que se cernía amenazador sobre nuestras cabezas).

A pesar de lo cínico que era con ese tipo de cosas, tuve que admitir que Broklaw tenía razón. Desde aquella altitud, mientras entrábamos en órbita, el mundo que había bajo nosotros brillaba como una perla exótica, cubierta por miles de tonos apenas visibles de gris, azul y blanco. Lo cruzaban leves jirones de nubes, oscureciendo la silueta de las cadenas montañosas y los valles sombríos y profundos

que podrían haberse tragado una ciudad de buen tamaño. A pesar de que la resolución era bastante mala, busqué señales del cráter donde había hecho impacto un trozo de asteroide bastamente vaciado, precipitándose sobre la superficie de aquel mundo inmaculado y vomitando su cargamento de orcos para que lo mancillaran.

—Impresionante —murmuró Kasteen, sin prestar atención a la conversación. Tenía los ojos muy abiertos, como una niña, y en el azul de sus iris se reflejaba el paisaje nevado que se presentaba ante nosotros. La fuerte luz arrancaba intensos reflejos de su melena pelirroja, y al igual que su subordinado parecía inmersa en una niebla de nostalgia. Pude entender fácilmente por qué: la Guardia enviaba a sus regimientos allí donde eran necesarios, y los valhallanos apenas tenían ocasión de luchar en un entorno en el que se sintieran como en casa. Probablemente, Simia Orichalcae era lo más parecido a su mundo de origen que ambos oficiales habían visto desde que se alistaron, y percibí su impaciencia por llegar allí abajo y sentir el permafrost bajo las suelas de sus botas. Yo estaba algo menos ansioso, como podréis imaginar. Nunca he padecido agorafobia, como algunos de los que proceden de mundos colmena, y me gusta bastante salir al exterior cuando el clima es suave, pero en lo que respecta a los mundos helados, nunca he comprendido la «necesidad de tener clima», como solíamos decir en mi mundo natal[3].

—Los llevaremos allá abajo lo antes posible —dijo Durant, apenas capaz de ocultar su entusiasmo por sacar de su nave a casi mil guardias, hombres y mujeres. No puedo decir que lo culpe; el *Puro de Corazón* no era exactamente un crucero de lujo, y las oportunidades de actividades recreativas habían sido pocas y muy espaciadas en el tiempo. Era evidente que la tripulación se había resentido al ver sus instalaciones invadidas por soldados escandalosos y aburridos, y los ejercicios de entrenamiento que habíamos diseñado para mantenerlos ocupados en las pocas zonas de carga que no estaban a rebosar de vehículos, provisiones y literas instaladas apresuradamente, no habían sido suficientes para liberar tensiones, por lo que había habido algunos roces.

Por suerte, las pocas peleas que se habían desatado habían sido atajadas con rapidez, ya que Kasteen no estaba de humor para ver repetidas nuestras anteriores experiencias a bordo del *Cólera Justa*[4] por lo que me encontré con que tenía poco que hacer aparte de decirles a los recién separados combatientes que eran una deshonra para el uniforme del Emperador y aplicar el castigo apropiado. Además, es evidente que cuando tienes varios cientos de hombres y mujeres jóvenes y sanos confinados en un espacio cerrado durante varias semanas, muchos de ellos encuentran su propio modo de divertirse, lo cual provocó todos los problemas a los que ya he hecho alusión.

A pesar de la irritación constante que suponía vérselas con una multitud de infracciones menores, no estaba especialmente ansioso de que nuestro viaje acabara. Ya había luchado antes contra los orcos (muchas veces) y, a pesar de su brutalidad y su estupidez, sabía que no debía subestimarlos. Según mi experiencia, los orcos casi

siempre contaban con la ventaja numérica, y podía resultar bastante difícil expulsarlos de un lugar una vez se habían afianzado. Ya fuera por pura suerte o por simple astucia, habían encontrado un premio en Simia Orichalcae por el que merecía la pena luchar.

—¿Se puede ver la refinería desde aquí? —preguntó Kasteen, apartando los ojos del hololito con cierta reticencia. Broklaw siguió su ejemplo, y su cabello oscuro se deslizó sobre el cuello de su abrigo mientras se daba la vuelta. Durant asintió, y una sección del planeta ligeramente parpadeante que teníamos delante, al parecer obedeciendo a su voluntad, se expandió vertiginosamente como si estuviéramos cayendo en picado hacia él en una reentrada balística.

A pesar de que sabía que era sólo una proyección, sentí una sacudida en el estómago que me duró unos instantes antes de que la costumbre y la disciplina se impusieran y comenzara a evaluar la situación táctica que teníamos ante nosotros. Los ojos entrecerrados de mis compañeros me hicieron darme cuenta de que ellos estaban haciendo lo mismo, sin duda utilizando sus vastos conocimientos del entorno que teníamos debajo de nosotros de un modo que yo jamás podría igualar. En pocos segundos apareció una vista aérea de las instalaciones que nos habían enviado a proteger.

—Ese valle parece bastante defendible —apuntó Broklaw en voz alta, asintiendo satisfecho. El extenso conjunto de edificios y depósitos de almacenamiento estaba enclavado en el extremo de un estrecho desfiladero, que podría ser un medio de contención natural para cualquier avance enemigo. Era evidente que Kasteen estaba de acuerdo.

—Si situamos unas cuantas trincheras a lo largo de esa cadena de montañas, podremos contenerlos hasta que el infierno se derrita —coincidió. Yo era un poco menos optimista, pero pensé que era mejor darles mi apoyo.

—¿Y qué hay de las aproximaciones a través de las montañas? —pregunté, mientras asentía como si estuviera de acuerdo. Los dos oficiales me miraron ligeramente incrédulos.

—El terreno es demasiado accidentado —opinó Broklaw—. Tendrían que estar locos para intentar aproximarse atravesando las cumbres.

—O muy duros y decididos —señalé. Los orcos no eran precisamente los tácticos más sutiles con los que las fuerzas del Emperador se habían enfrentado, pero su manera directa de resolver los problemas a menudo resultaba sorprendentemente efectiva. Kasteen asintió.

—Buena observación —dijo—. Les prepararemos unas cuantas sorpresas por si acaso.

—Uno o dos campos de minas serán suficientes —apuntó Broklaw con expresión pensativa—. Cubrir los puntos obvios de aproximación y situar uno aquí, en la ruta más difícil. Si se encuentran con eso, supondrán que lo hemos fortificado todo.

Por supuesto, podría no importarles. Los orcos son así. Las bajas sencillamente les

dan igual. Siguen adelante sin más, especialmente si quedan suficientes supervivientes para elevarse la moral los unos a los otros. Pero era una buena idea, y merecía la pena intentarlo.

—¿Hasta dónde han llegado? —pregunté. Durant desplazó la pantalla hololítica hacia el oeste, llevándonos por la superficie de aquel mundo estéril a una velocidad de vértigo. Pasamos rápidamente sobre el terreno accidentado de las montañas, en cuyos picos podían apreciarse algunos matorrales, líquenes y unos pocos árboles tenaces hasta la locura (en apariencia era la única vegetación que podía sobrevivir allí. Afortunadamente, porque si no, no habría una atmósfera respirable). Más allá de las faldas de las montañas se abría una vasta llanura cubierta de nieve fresca, y por un instante pude comprender el cariño que le tenían mis compañeros a aquel paisaje desolado pero majestuoso.

De repente, la pureza de la escena cambió, mostrando una enorme extensión de nieve pisoteada y ennegrecida, mancillada por los desperdicios y los restos de la horda salvaje que la había atravesado. Al menos debía de tener un par de kloms[5] de anchura, y parecía una sucia puñalada en el corazón de aquel mundo extrañamente pacífico. La resolución del hololito no era lo bastante buena para percibir con claridad a cada uno de los miembros de aquella horda bárbara, pero pudimos ver grupos en movimiento dentro de la masa principal, como bacterias vistas al microscopio. La analogía era adecuada, pensé. Simia Orichalcae estaba infestada por una plaga, y nosotros éramos la cura.

—Parece que hemos llegado justo a tiempo —dijo Kasteen, expresando en voz alta lo que todos pensábamos. Extrapolé la velocidad de avance de los orcos y asentí pensativo; el regimiento debería haber descendido y estar desplegado al menos un día antes de que llegaran al valle, donde la valiosa planta de promethium estaba abierta e indefensa. Era muy justo, pero me sentí agradecido de que fuéramos a llegar antes que ellos. Afortunadamente habían aterrizado en el hemisferio opuesto, y eso nos había dado tiempo suficiente para viajar a través de la disformidad para enfrentarnos a ellos.

—Pondré a todo el mundo en marcha —se ofreció Broklaw—. Si conseguimos embarcar a la primera oleada ahora, podremos soltar las lanzaderas tan pronto entremos en órbita.

—Hagan lo que quieran. —Durant consiguió de algún modo encoger sus hombros inmóviles—. Estaremos al alcance de la estación aproximadamente dentro de una hora.

—¿Las cargas de datos ya están listas? —pregunté mientras aún conservaba algo de su atención. Repitió el gesto.

—Ese no es mi negociado —hinchó los pulmones, o lo que fuera que utilizase en su lugar—. ¡Mazarin! ¡Sube aquí!

La parte superior de una mujer casi tan llena de implantes como el capitán se elevó sobre un sibilante campo de suspensión para reunirse con nosotros en el puente de mando. De su cuello colgaba una cadena con el símbolo de una rueda dentada,

propio de los tecnosacerdotes. Mientras hablábamos, ella flotaba a la altura de mi cabeza, al tiempo que la túnica que llevaba se movía de un modo desconcertante con la débil corriente que provenía de los renovadores de aire situados donde hubieran estado sus rodillas, de haberlas tenido.

—El de la gorra elegante quiere saber si has conectado sus chismes.

—El Omnissiah ha bendecido su activación —confirmó con voz meliflua. La dureza con que miró al capitán me hizo pensar que su impertinencia procedía de un pequeño enfado que venía de antiguo—. Todos funcionan según parámetros aceptables.

—Bien. —Kasteen, para mi sorpresa, parecía bastante incómoda y apartaba educadamente la vista de la tecnosacerdotisa siempre que podía—. Entonces tendremos una cobertura completa de sensores en la superficie del planeta.

—Siempre que este viejo blasfemo recuerde cómo mantener en órbita este montón de chatarra —coincidió. Nuevamente volvieron a intercambiar una mirada que confirmó mi sospecha inicial de que su enfrentamiento procedía más bien de la complicidad de dos personas que se conocen que de una verdadera tirantez. Una mecadendrita se agitó sobre el hombro de Mazarin sosteniendo una pizarra de datos en dirección a la coronel Kasteen la cogió con gran reticencia, casi encogiéndose ante el miembro mecánico—. Los rituales apropiados para la recuperación de datos están ahí.

—Gracias. —Le dio la pizarra a Broklaw como si estuviera contaminada. El mayor la cogió sin hacer comentarios y empezó a revisar los archivos.

—Es desperdiciar una nave espacial en perfectas condiciones, si quieren saber mi opinión —rezongó Durant—, pero el dinero es bueno.

—Le estamos muy agradecidos por su cooperación —le aseguré. Un transporte de tropas habría estado equipado para desplegar una red de sensores orbitales adecuada, lo cual hubiera sido infinitamente preferible, pero tendríamos que arreglarnos con los sistemas de navegación de la vieja y estropeada fragata. Nuestro despliegue era apresurado, llevado a cabo en respuesta a un mensaje astropático desesperado del personal de las instalaciones que teníamos debajo, así que tendríamos que conformarnos con lo que tuviéramos a mano en vez de esperar a disponer del equipamiento apropiado.

—A ustedes les toca la parte fácil —le aseguró Broklaw. Al menos eso era cierto: el *Puro de Corazón* sólo tenía que mantenerse en órbita sobre la refinería, introduciendo los datos de sus sensores en nuestra red táctica para que pudiéramos observar a nuestros enemigos desde el aire. Dado el tamaño de la horda que habíamos visto, aquello era un alivio. Parecía mucho más grande y formidable de lo que podría haber imaginado en mis peores pesadillas, superándonos en número por lo menos de tres a uno. Por otro lado, estaríamos en la parte defensiva, lo cual nos daría ventaja. Y querrían capturar el lugar intacto, así que no tendríamos que preocuparnos demasiado por el fuego de artillería. Los conocimientos adicionales que nos

proporcionaría nuestro ojo orbital nos ayudarían en gran medida a desplegar nuestras defensas para frustrar sus ataques.

—¿Les parece fácil esto? —la pregunta de Durant era meramente retórica. Señaló con un movimiento oscilatorio del brazo la frenética actividad que se desarrollaba en el puente—. Volver a cablear todos mis sistemas, tratar de mantenerlo todo en funcionamiento… —su voz se perdió mientras Mazarin se alejaba flotando con un débil chasquido de desaprobación, lo cual suavizó su lenguaje corporal.

—Su tecnosacerdotisa parece bastante eficiente —dije, tratando de animarlo. El asintió.

—Oh, sí que lo es. Demasiado buena para perder el tiempo en un montón de chatarra como este, pero ya saben, lazos familiares. —Suspiró, y a su pesar afloraron viejos remordimientos. Negó con la cabeza—. Podría haber sido una buena oficial de cubierta si no hubiera sido por la religión. Supongo que se parece demasiado a su madre. —Sorprendido, traté de encontrar algún parecido familiar, pero el principal rasgo en común parecía ser más la gran abundancia de implantes que algo genético.

Cogí la primera lanzadera que bajaba, por supuesto, como correspondía a mi injustificada reputación de preferir liderar desde el frente. Estaría bien a cubierto antes de que los orcos llegaran y podría elegir habitación; no esperaba grandes comodidades en un complejo industrial, pero fuera lo que fuese, lo encontraría. En eso tenía un aliado muy valioso, mi ayudante Jurgen, dotado de un talento casi sobrenatural para gorronear cosas, lo cual había hecho mi vida (y sin duda la suya, aunque tuve la precaución de no preguntar nunca sobre ello) mucho más cómoda de lo que podría haber sido en los quince años que llevábamos juntos. Se dejó caer en el asiento que había junto al mío, precedido como siempre de su increíble olor corporal, y se abrochó el arnés de sujeción.

—Todo en orden, señor —me aseguró, elevando ligeramente la voz para que se oyera por encima del parloteo de los soldados que nos rodeaban, queriendo decir que nuestros efectos personales habían quedado a buen recaudo en el muelle trasero de carga gracias a su eficiencia habitual. A pesar de su exterior poco atractivo, y su aparente convencimiento de que la higiene personal era algo que sólo le concernía a otras personas, poseía una serie de cualidades positivas que pocas personas aparte de mí eran capaces de percibir.

Desde mi punto de vista, la más importante era su falta total de imaginación, lo cual compensaba de sobra con su obstinado respeto por la autoridad y la aceptación de las órdenes, que recibía sin cuestionar. Como pueden imaginar, tener a alguien así como amortiguador entre mi persona y algunas de las facetas más tediosas de mi trabajo podía considerarse en gran medida como un regalo del Emperador. Si añadimos a todo eso los innumerables peligros que habíamos afrontado y superado juntos, podría decir con total sinceridad que él era la única persona en la que confiaba plenamente, aparte de mí.

La familiar sacudida del motor de la lanzadera al arrancar interrumpió nuestra

conversación. No hace falta decir que el *Puro de Corazón*, en vez de estar equipado con lanzaderas militares, estaba provisto de transportes de carga pesada que habían sido reconvertidos rápidamente para servir a nuestros propósitos lo mejor posible. El resultado final fue mejor de lo que podría haber esperado, pero estaba lejos de ser ideal. El tercio central del espacio de carga había sido dividido con mamparos soldados apresuradamente, y después subdividido en media docena de cubiertas con suelos de malla metálica. De algún modo, Mazarin y sus acólitos habían conseguido embutir algunos asientos de cinco plazas con sus correspondientes redes antichoque en aquel espacio, a fin de que pudiéramos desembarcar un par de secciones al mismo tiempo. El resto del espacio lo habían dejado diáfano para nuestros Chimera, Sentinel y otros vehículos, junto con una pequeña montaña de paquetes de munición, raciones, suministros médicos y todo lo necesario para mantener a un regimiento de la Guardia Imperial a pleno rendimiento.

Miré a mi alrededor y pude ver a varios hombres y mujeres abrazados a sus petates, sosteniendo los rifles láser sobre las rodillas, y con los rostros medio escondidos bajo las gruesas capuchas de piel que se habían puesto anticipándose al frío cortante de la superficie del planeta. La mayor parte también se había abrochado los capotes del uniforme. Estos estaban cubiertos con los dibujos azules y blancos de camuflaje para mundos helados, y de repente me di cuenta de que mi uniforme oscuro y mi fajín granate me convertirían en un blanco fácil en aquel desierto de hielo. No valía la pena preocuparse por ello en ese momento, así que rechiné los dientes y me obligué a sonreír relajadamente mientras los primeros temblores del casco anunciaban que habíamos comenzado a penetrar en la atmósfera superior.

—El piloto está haciendo lo que puede —dije, medio en broma, provocando algunas sonrisas en los soldados que me rodeaban—. Debe de haber visto Incursión[6] en el comedor.

Jurgen murmuró algo. Él también estaba envuelto en un capote, pero, como todo lo que se ponía, parecía estar hecho para alguien de otra talla. Solía marearse con cada descenso, lo que no parecía afectar a su habilidad para luchar una vez estábamos en tierra firme. Sospechaba que se sentía tan aliviado por volver a pisar tierra que atacaría al enemigo aunque fuera con un palo afilado antes que tener que enfrentarse a la posibilidad de una retirada en la que acabara siendo aerotransportado.

Sin embargo, esta vez no era el único. La atmósfera, cada vez más densa, zarandeaba la lanzadera sobrecargada, que rebotaba como una piedra sobre el agua, y mirara donde mirase, veía rostros sudorosos y pálidos. Incluso a mí se me revolvió el estómago un par de veces, amenazando con llenar el estrecho compartimiento con los restos de mi almuerzo. Tragué de forma compulsiva; no estaba dispuesto a comprometer la dignidad de mi cargo, por no mencionar el convertirme en objeto de burla entre los soldados, vomitando. Al menos no en un lugar donde todos pudieran verlo.

—¿A qué demonios cree que está jugando? —dijo la teniente Sulla, una oficial de

la tercera sección, y demasiado entusiasta para mi gusto, con el entrecejo fruncido, lo cual hizo que se pareciera aún más que de costumbre a un poni petulante[7]. Aun así agradecí que apartara mi atención de mi agitado estómago, de modo que hice valer mis privilegios de comisario y sintonicé en el transmisor que llevaba en la oreja la frecuencia del comunicador de cabina para averiguarlo.

—Repita, lanzadera uno —la voz era tranquila y pausada; sin duda sería el controlador de tierra en el campo de aterrizaje de la refinería.

La voz que contestó sonaba como la de un civil que de repente se hubiera encontrado en medio de una zona en conflicto y no tenía ni idea de cómo sobrevivir, ni mucho menos esperanzas de ello. Nuestro piloto, sin duda.

—¡Nos están disparando desde tierra! —Era evidente que estaba al borde de la histeria. En cualquier momento sería presa del pánico, y si eso sucedía, lo más probable era que muriésemos. Tenía mis dudas de que los motores sobrecargados pudieran soportar más maniobras evasivas, y si lo intentaba, probablemente perdería por completo el control. Como si quisiera darme la razón, nos sumergimos en otra bolsa de aire y caímos vertiginosamente unos cuantos metros.

No podía hacer otra cosa: me desabroché las correas de sujeción y me puse en pie con dificultad, consciente de que Sulla tenía la mirada fija en mí. Me agarré a la columna más cercana para mantener el equilibrio. Tenía un relieve de un águila imperial, cosa que encontré tranquilizadora, y con su apoyo fui capaz de dar un par de pasos vacilantes hacia la cabina.

—¿Es eso prudente, comisario? —preguntó ella, con expresión algo confundida.

—No —respondí con brusquedad, ya que no podía malgastar tiempo en ser cortés —. Pero es necesario. —Antes de que pudiera decir nada más, otra sacudida me lanzó contra la estrecha puerta que conducía a la cabina de mando, que se abrió de golpe, tras lo cual entré tambaleándome. Lo primero que vi fueron las luces brillantes y las consolas de los controles, que extrañamente parecían los de una nave en miniatura, y el inhóspito paisaje nevado pasando bajo nosotros a velocidad pasmosa. El piloto se me quedó mirando mientras aferraba con fuerza la palanca de control y su servidor de navegación seguía regulando las funciones rutinarias de la nave con gran determinación.

—¿Cuál es el problema? —dije, tratando de parecer tranquilo.

—¡Nos están atacando! —gritó el hombre, casi presa del pánico—. ¡Debemos volver a entrar en órbita!

—Eso no sería muy prudente —dije, manteniendo un tono de voz uniforme y agarrando el hombro del servidor para mantener el equilibrio cuando la lanzadera dio otra sacudida. Este siguió ajustando los controles con una total falta de preocupación. Al otro lado de la gruesa escotilla de visión el inhóspito paisaje helado seguía pasando a la misma velocidad que antes. No pude ver señales de actividad enemiga por ninguna parte—. Nos llevaría horas volver a encontrarnos con la nave si abortamos esta trayectoria, y sólo disponemos de un soporte vital limitado. Probablemente nos

asfixiaríamos todos juntos.

—Tenemos un margen de seguridad —insistió el piloto.

Yo negué con la cabeza.

—El resto de nosotros lo tenemos, usted no. —Rocé la culata de mi pistola láser con la mano derecha, y se puso aún más pálido—. Y no veo ningún peligro inmediato. ¿Lo ve usted?

—¿Y cómo llama usted a eso? —Señaló a estribor, donde se vio una breve humareda. Un instante después, una pequeña constelación de luces brillantes destelló fugazmente a poca distancia por debajo de nosotros, a la izquierda. Los proyectiles de un bólter impactaron en la nave, después de que algún verdoso de gatillo fácil nos disparara al azar sin esperanzas de alcanzarnos.

—Nada de lo que debamos preocuparnos —dije, casi divertido—. Eso es fuego de armas ligeras. —La parte analítica de mi mente se fijó en que la masa principal de la avanzada orca estaba aún a bastante distancia, lo cual quería decir que debíamos estar en alerta por algún grupo pequeño de exploradores que trataban de infiltrarse en la refinería (que ahora era una presencia tranquilizante ante nuestros ojos), o de reconocer a nuestras tropas—. Las probabilidades de que algo nos alcance a esa distancia son muy remotas.

Algún día aprenderé a no decir cosas como esa. Tan pronto hubieron salido esas palabras de mi boca, la lanzadera se sacudió con mayor violencia si cabe, y empezó a caer en picado hacia babor. Comenzaron a aparecer iconos rojos en las placas de datos, y el servidor comenzó a pulsar los controles a mayor velocidad y con destreza sobrehumana.

—Pérdida de presión en motor dos —entonó—. Eficiencia de combustión bajando al dieciséis por ciento.

—¿Muy remotas, eh? —Extrañamente, el piloto parecía más calmado ahora que había visto sus temores hacerse realidad—. Será mejor que se ponga el cinturón, comisario. Va a ser un aterrizaje difícil.

—¿Podrá llegar a la plataforma? —pregunté.

Se puso tenso y apretó los labios.

—Voy a intentarlo. Ahora salga inmediatamente de mi cabina de mando y déjeme hacer mi trabajo.

—No dudo de que lo hará —dije, transmitiéndole la mayor confianza posible, y volví tambaleándome a mi asiento.

—¿Qué sucede? —preguntó Sulla mientras me abrochaba el cinturón y me preparaba para el impacto.

—Los pielesverdes han dañado un poco la nave. Habrá una sacudida —dije. Estaba extrañamente tranquilo; no había nada que pudiera hacer ahora salvo confiar en el Emperador y esperar que el piloto fuera tan competente como parecía. Pensé en decir algo para tranquilizar a los soldados, pero de todos modos no conseguiría hacerme oír por encima del ruido de las alarmas de colisión, así que decidí ahorrar

aliento.

La espera pareció eterna, pero apenas debió durar uno o dos minutos. Escuché las voces en mi transmisor mientras el piloto leía un montón de datos que no significaban nada para mí pero que no parecían presagiar nada bueno. Luché contra la convicción cada vez mayor de que no llegaríamos a la plataforma. De hecho, el controlador de tráfico parecía insistir bastante en que evitáramos la instalación directamente, cosa comprensible desde mi punto de vista, ya que dejar caer una lanzadera sin control sobre los tanques de promethium acabaría con nuestra misión de manera bastante efectiva incluso antes de que hubiera empezado. El piloto respondió con un par de frases secas que consiguieron impresionarme, incluso tras quince años escuchando las peores groserías en los barracones, y comencé a pensar que, después de todo, estábamos en buenas manos y que podríamos conseguirlo.

Aquella impresión me duró unos doce segundos. Después, un impacto de gran violencia hizo que mi espina dorsal chocara contra la base del cráneo, dejándome sin respiración. Un ruido similar a la explosión de un cargamento de munición resonó por todo el casco. Conseguí respirar dolorosamente y traté de ver con claridad mientras el chirrido del metal torturado me provocaba dentera. Me di cuenta poco a poco, a través del pitido de mis oídos, de que Jurgen estaba intentando decir algo.

—Bueno, no fue tan… —comenzó, antes de que se repitiera el mismo ciclo un par de veces más.

Al fin cesaron la vibración y el ruido, y poco a poco me fui dando cuenta de que habíamos dejado de movernos y aún estaba vivo. Me deshice con dificultad de los arneses de sujeción y me puse en pie, tambaleante.

—¡Todos fuera! —vociferé—. ¡Por escuadrones! ¡Llevad a los heridos con vosotros! —En un rincón de mi cerebro la espeluznante imagen de los motores explotando trató de encender la chispa del pánico, pero luché contra ello. Me volví hacia Sulla, que estaba tratando de contener una hemorragia nasal. De hecho, los demás no debíamos de tener mucho mejor aspecto, menos Jurgen quizá, ya que en su caso siempre era difícil saberlo—. Quiero una estimación de las bajas inmediatamente.

—Sí, señor. —Se volvió hacia el suboficial, el sargento Lustig, un soldado fuerte y competente donde los haya, y comenzó a darle órdenes bruscamente, como acostumbraba.

La puerta de la cabina se abrió de repente y el piloto salió dando tumbos, con el mismo mal aspecto que debía de tener yo.

—Le dije que lo conseguiríamos —dijo, y me vomitó en las botas.



DOS

El aire congelado del exterior era peor de lo que podría haber imaginado, y había estado en bastantes mundos helados con anterioridad como para tener una idea bastante aproximada de lo que cabía esperar. De hecho, supongo, no debía de hacer más frío que en Valhalla, o en Nusquam Fundumentibus, pero había pasado bastante tiempo desde que había caminado por la nieve de cualquiera de ellos, y mis peores recuerdos de aquellas experiencias parecían haberse desvanecido. El viento cortante me devolvió la vida en el mismo momento en que pisé la rampa, a pesar de las capas de aislamiento extra que me había puesto antes de dejar mis habitaciones a bordo del *Puro de Corazón*.

Mientras bajaba tambaleándome por la rampa, que ya estaba peligrosamente resbaladiza por la fina capa de nieve que se había asentado sobre ella, sentí como si se me clavaran finas agujas de hielo en las sienes, sustituyendo lo que quedaba del dolor de cabeza resultante del impacto por uno mucho peor. Enterré el rostro en la bufanda que llevaba al cuello, teniendo buen cuidado de respirar a través de ella para que no se me congelaran los pulmones, pero aun así el aire me arañaba las vías respiratorias como si se tratara de emanaciones de ácido.

Una vasta llanura helada se extendía ante mis ojos, nublada por los copos de nieve que arrastraba el viento, lo cual reducía la visibilidad a unas pocas decenas de metros. Las ráfagas que soplaban de vez en cuando dejaban a la vista las bajas y grises murallas que formaban las montañas circundantes. Destacaban sobre el gris más claro del cielo, y un instante después me di cuenta de que lo que al principio había tomado por afloramientos de formas más o menos regulares, eran, en realidad, las torres y los tanques de almacenamiento de la refinería, que aún estaban demasiado lejos para verlos con claridad.

—Diecisiete heridos, de los cuales catorce pueden andar. —Sulla se plantó de un brinco frente a mí. El hilillo de sangre que le caía de la nariz se le había congelado. Saludó ansiosa—. Ocho de ellos son nuestros. —El resto serían de la primera sección, entonces. Asentí, ya que aún no me sentía capaz de hablar.

De todos modos habría sido un esfuerzo inútil, ya que un motor rugió detrás de nosotros al ponerse en marcha y el primero de nuestros Chimera descendió con gran

estruendo por la rampa, llenando el aire con el ruido de su avance y con el olor acre del promethium quemado. Di gracias al Emperador por ello, pensando que al menos no tendría que recorrer a pie el difícil camino hacia la refinería. Sulla se percató de hacia dónde miraba.

—El teniente Voss está comprobando el estado de los vehículos en este momento. —Su homólogo levantó la vista desde un grupo de soldados que estaban cerca de la rampa, con una placa de datos en la mano, y saludó alegremente. No era ninguna sorpresa, ya que Voss solía estar alegre a menudo. Era evidente que estaba en su elemento, sonriendo ampliamente mientras las ruedas de oruga se hundían en la nieve y, bendito Emperador, todavía llevaba el capote desabrochado. Sentí que mi temperatura bajaba otros diez grados sólo con mirarlo.

—Hemos salido bastante bien parados —dijo con la voz distorsionada por el comunicador—. Sólo daños menores. Nada que no podamos arreglar.

—Debería resultar fácil —coincidió Sulla—. En un lugar como este debe de haber muchos tecnosacerdotes.

—Quizá también puedan hacer algo con este montón de chatarra —dije con acritud, echando nieve con el pie a nuestro derrotado transporte y decidiendo arriesgarme a hablar a pesar del aire cortante que penetró en mis pulmones. Si ellos no podían, la pérdida de una de nuestras lanzaderas sería un duro golpe que retrasaría enormemente el despliegue de nuestras tropas, quizá hasta el punto de no poder estar totalmente preparados cuando llegaran los orcos.

—Al menos estamos en el lugar correcto —intervino Jurgen, materializándose junto a mi codo. Me quedé algo desconcertado al darme cuenta de que no había percibido su aproximación, como si algo funcionara mal de manera inexplicable. Entonces me di cuenta de que el frío había neutralizado su olor corporal de manera muy efectiva. O eso, o se me había congelado la nariz.

En cualquier caso, tenía razón. El piloto, a quien estaba comenzando a perdonar por haberme manchado las botas, había cumplido su palabra, tomando tierra sobre la plataforma de aterrizaje principal, después de todo. Sin haberse arriesgado demasiado, sin embargo. Había apuntado al borde exterior, dejándonos aproximadamente a un kilómetro, cubierto de nieve compacta y hielo, que nos tocaría recorrer para llegar al refugio de los depósitos de almacenamiento que había visto antes. La leve cicatriz de hielo derretido y vuelto a congelar que marcaba el lugar en el que habíamos rebotado y resbalado hasta detenernos ya estaba empezando a desaparecer bajo la nieve que se amontonaba.

—Parece más un muelle espacial que una plataforma de aterrizaje —comentó Sulla. Yo asentí, bastante impresionado con el tamaño de las cosas, pero decidido a no demostrarlo.

—Las lanzaderas de las naves cisterna tienen más de quinientos metros de longitud —dije, sacando a relucir un hecho digerido a medias de la ampliamente ignorada pantalla informativa[8]—. Y llegan a aterrizar hasta doce de una vez. —Sulla

parecía bastante impresionada. Es cierto que pensar en un enjambre de lanzaderas, cuyo tamaño es aproximadamente la mitad del de la nave en la que habíamos venido, llenando el cielo sobre nuestras cabezas causaba cierta impresión (o me la habría causado si en ese momento no se me hubieran estado congelando las gónadas).

Sin embargo, en ese mismo instante desaparecieron de mi cabeza todos los pensamientos que pudiera tener al respecto, reemplazados por algo más urgente: un proyectil proveniente de un bólter que hizo impacto contra el casco de ceramita a menos de un metro de donde estábamos.

—¡Orcos! —gritó Sulla, y pensé que era algo innecesario dadas las circunstancias. Me volví rápidamente para mirar en la dirección hacia donde señalaba. Al menos tuvo el sentido común de hacerlo empuñando su pistola láser, y abrió fuego contra un pequeño grupo de pielesverdes que se acercaba con rapidez, caminando por la nieve con una ferocidad implacable.

—¿Acaso están locos? —chasqueó la voz de Voss en mi oído—. ¡Los superamos en número por lo menos de diez a uno!

Ese tipo de comportamiento me pareció estúpido hasta para los orcos, y ya estaba buscando desesperadamente la fuerza principal, que seguramente nos estaría rodeando, cuando de repente se me ocurrió la explicación. Yo era el único humano al que podían ver; los uniformes de camuflaje de los valhallanos hacían que se fundieran con el entorno, como era de esperar, y al ver mi uniforme de comisario, negro y granate, que hacía que yo destacara como una hembra de ogro en un concurso de belleza, no se molestaron en mirar si había alguien más. Di las gracias en silencio al Emperador por los copos de nieve que flotaban en el aire y que habían ocultado a los demás a su vista.

—¡Alto el fuego! —ordené con brusquedad al ver la oportunidad de una emboscada perfecta. Eché un rápido vistazo y observé que al menos tres escuadrones completos habían desembarcado. Estaban tumbados sobre la nieve, en la que habían hecho pequeños agujeros. Una táctica que, creía recordar, había funcionado bien con sus antecesores cuando una horda orca había sido tan temeraria como para atacar su mundo natal—. Atraigámoslos hacia aquí. —Era mucho mejor atacarlos de cerca que a distancia, ya que si no correríamos el riesgo de que algún superviviente escapara para informar de nuestra llegada al jefe de guerra.

—Buen plan —dijo Sulla, como si fuera materia de debate, y de repente me di cuenta de que era el único expuesto a un peligro inmediato.

No es que me preocupara en exceso la puntería de los orcos, pero incluso los pielesverdes acertaban alguna que otra vez, tal como probaba el que hubieran abatido nuestra lanzadera, así que me tiré al suelo de repente, levantando el brazo con dramatismo y lanzando un grito muy teatral. Fue una actuación que no habría podido engañar ni a un niño de cinco años, pero oí un grito triunfal proveniente del orco que iba en cabeza, que iba armado con lo que parecía un bólter bastante tosco. Los otros empezaron a protestar con gritos guturales, y pude oír lo suficiente para deducir que

estaban discutiendo acerca de quién debía llevarse el mérito por haberme matado[9]. Si tuviera una moneda por cada vez que ha ocurrido eso…

—No disparen —transmití por la red de comunicadores. Por supuesto era casi innecesario, aquellos soldados sabían lo que debían hacer, pero no quería ningún fallo. Los orcos se acercaron como si tal cosa, corriendo aparentemente sin cansarse a pesar de lo traicionero del terreno y del viento cortante que le habría robado toda la fuerza a un hombre desprotegido en pocos segundos. Comencé una cuenta atrás de la distancia mentalmente. Doscientos metros, ciento cincuenta…

Cuanto más se acercaban, más detalles podía distinguir y menos quería ver. Había diez en total, y más o menos la mitad llevaban bólter como el que había visto antes. Los demás llevaban pesadas espadas de combate cuerpo a cuerpo y pistolas que tenían el mismo engañoso aspecto destartalado que los bólter. Había visto ejemplos suficientes en encuentros anteriores como para no caer en el engaño, sin embargo. Aunque parecían toscas, las armas de fuego funcionaban perfectamente, y eran bastante letales si llegaban a acertarle a alguien. Lo mismo sucedía con las hachas, que, con la potencia de los músculos de un orco tras ellas, eran capaces de atravesar incluso las armaduras de los Astartes.

Siguieron acercándose, discutiendo entre gruñidos, con los chalecos sin mangas decorados con toscos dibujos, lo cual decía muchas cosas acerca de su resistencia inhumana en un clima tan inhóspito. Me fijé con extrañeza en que todos iban vestidos igual, de gris oscuro, que se mezclaba mejor con el paisaje invernal que los colores más vivos que normalmente asociaba con los pielesverdes. Entonces me di cuenta de que el último orco del grupo no iba armado como los demás. Llevaba un arma de cañón de gran calibre colgando del hombro, oculta tras el cuerpo del orco en su mayor parte. No tenía ni idea de qué era, pero estaba bastante seguro de que no me iba a gustar la respuesta.

El misterio quedó resuelto segundos más tarde, cuando vieron el Chimera estacionado, que había permanecido oculto a su vista por la mole de la lanzadera derribada. Era evidente que pretendían saquearla, y estaban seguros en su arrogancia de que podrían asesinar a cualquier superviviente que la defendiera, por lo que la aparición repentina de un vehículo militar los dejó temporalmente descolocados. Tras un breve intercambio de gruñidos, durante los cuales el líder, a quien fui capaz de identificar con bastante certeza gracias a su hábito de hacer hincapié en las instrucciones con golpes en la cabeza (más o menos como uno de los tutores menos populares de la época en la que estuve en la schola progenium), señaló hacia el Chimera. El orco con el arma de gran calibre se la descolgó del hombro, revelando un tosco lanzamisiles. Al menos eso explicaba cómo habían conseguido dañar la lanzadera, aunque el disparo había sido muy afortunado. Antes de que pudiera hacer advertencia alguna, el orco disparó, y una línea de humo marcó la trayectoria del misil, que detonó unos pocos metros a la izquierda del Chimera.

Me di cuenta de que era inútil esperar que la tripulación retrasara su respuesta, ya

que el siguiente disparo podría alcanzarlos. Efectivamente, el pesado bólter de la torreta giró para apuntar a los orcos. A su alrededor se elevaron ráfagas de nieve y hielo mientras los proyectiles explosivos detonaban con gran estruendo destrozando a un par de ellos, entre los que se hallaba, para gran alivio mío, el del lanzamisiles.

Fue entonces cuando pudimos ver qué es lo que hace a esas criaturas tan temibles en los campos de batalla. Al contrario que otros enemigos más sensatos, que se hubieran puesto a cubierto o se habrían retirado para reagruparse, aquellos salvajes sintieron la necesidad inexcusable de acercarse rápidamente para neutralizar la amenaza. Con un rugido que helaba la sangre avanzaron a la carrera como uno solo, cargando de cabeza contra una ráfaga de fuego abrasador.

Bueno, después de eso no cabía duda, especialmente después de que un pie maloliente no me pisara la cabeza por pocos centímetros, así que me puse de pie y di la orden general de abrir fuego a discreción. No creo que llegaran a saber qué fue lo que los golpeó: de repente se encontraron en medio del fuego concentrado de unas cuarenta pistolas láser, sin contar la ráfaga incesante de fuego de los bólter pesados, y tras unos pocos segundos no quedó gran cosa de ellos aparte de algunas manchas desagradables sobre la nieve. Sulla se acercó tranquilamente para inspeccionar aquel desastre, y escupió un trozo pequeño de hielo.

—Así que esos eran orcos —dijo—. No parecen tan duros. —Me abstuve de darle la repuesta cortante que estaba a punto de salir de mis labios. Sería mejor que se sintiera confiada el mayor tiempo posible. Sabía por amarga experiencia que cuando la fuerza principal llegara al día siguiente sería otra historia.

—Para usted la primera sangre, entonces, comisario. —Kasteen me sonrió mientras se quitaba el grueso capuchón de piel. Sus rizos pelirrojos quedaron sueltos, y recorrió con la mirada la sala de conferencias que estaba en el corazón de la refinería.

La sonrisa le flaqueó un poco cuando su vista se detuvo en un pequeño grupo de tecnosacerdotes que había en el extremo de la pesada mesa de madera, pero volvió a cobrar fuerza cuando vio al resto de los asistentes: una mezcla de funcionarios del Administratum, sentados en estricto orden de importancia, y un grupo de hombres y mujeres cuyas manos encallecidas y rostros llenos de arrugas indicaban que eran los que hacían la mayor parte del trabajo.

—Ha sido más por suerte que por mi buen juicio, se lo puedo asegurar —dije. Kasteen había venido en la segunda lanzadera, unos veinte minutos más tarde de que nuestro grupo de avanzadilla hubiera llegado a los alojamientos de la refinería, y todavía me sentía como un polo[10]. Apreté los dedos contra la taza de café que Jurgen me había traído, notando cómo el calor se extendía por los de verdad (los mecánicos estaban como siempre, por supuesto). Podría haber prescindido de la pared transparente en el extremo de la sala de conferencias, a través de la cual se podía ver la nieve cayendo sin cesar (un recordatorio visual de que el frío todavía me tenía en sus garras). A pesar de ello, era innegable que la visión de la planta procesadora, con sus

enormes estructuras y las llamaradas que expulsaba, era espectacular. El tamaño de todo aquello me llamó la atención por primera vez, y comencé a comprender por qué hacían falta cientos de personas para extraer las materias primas del hielo que estaba bajo nuestros pies y procesarlas hasta obtener el preciado combustible.

—¿Llama usted suerte a eso? —Mazarin entró zumbando en la habitación por detrás de nosotros, sobresaltando a Kasteen—. ¿A estropear una lanzadera en perfecto estado?

Quizá sí que tuviera algún parecido familiar con su padre, después de todo, pensé. Había llegado en el mismo descenso que Kasteen para valorar los daños, y acababa de volver del campo de aterrizaje. Unos gruesos copos de nieve comenzaban a derretirse sobre su cabeza y sus hombros.

—Nada que no pueda arreglar, alabado sea el Omnissiah.

Aquello fue un alivio, al menos nuestro despliegue no se retrasaría tanto como temía. Levitó hacia el pequeño grupo de tecnosacerdotes en los que me había fijado antes y comenzó a conversar con ellos en un extraño lenguaje lleno de gorjeos que me produjo dentera.

—Está solicitando el uso de sus instalaciones para reparar la lanzadera —dijo uno de los expertos del Administratum, que evidentemente había percibido nuestra confusión. Era un hombre joven, con el cabello rubio y ralo y la complexión pálida de alguien que pasa demasiado tiempo con una pantalla de datos.

—¿Comprende usted ese galimatías? —pregunté, impresionado a mi pesar.

—Por el Emperador, no. Si lo comprendiera, tendrían que matarme. —Sonrió mientras lo decía, aunque por lo que yo sabía no estaba bromeando[11]—. Sencillamente acaba de entregarnos una petición para el depositario principal con una lista de las piezas de repuesto que necesita. —Extendió la mano y Kasteen se la estrechó formalmente—. Soy el amanuense Quintus, por cierto. Si necesitan cualquier cosa, no duden en acudir a mí. Si yo no puedo conseguirlo, sé quién puede hacerlo.

—Gracias. —Kasteen le dedicó una cálida sonrisa—. Coronel Kasteen, 597.º valhallano. Este es el comisario de nuestro regimiento, Ciaphas Cain.

—Es un honor. —Me estrechó la mano de manera directa y con firmeza—. He visto su estatua en la plaza de la Liberación, en Talethorn. Debo decir que realmente no le hace justicia.

—Eso será por las cagadas de paloma —repliqué secamente—. Tienen cierta tendencia a erosionar mi dignidad natural. —Se rio, dando muestras de muy buen humor, y decidí que me caía bien.

—Permítanme presentarles a unas cuantas personas —dijo. Señaló al grupo de los tecnosacerdotes, en particular a un hombre de aproximadamente su edad que estaba hablando embelesado con Mazarin—. Ese es el cogitador Logash. Mi homólogo, por decirlo de alguna manera. —Bajó ligeramente la voz—. Conseguirán más cosas si acuden antes a él en vez de perder el tiempo con alguien de más rango en el Mechanicus, si saben a qué me refiero.

—Más o menos como usted y el Administratum —sugerí, y él sonrió.

—No he dicho tal cosa —señaló—, pero Logash y yo no somos tan rígidos como algunos de los rangos más altos de nuestras respectivas órdenes.

—Puedes volver a decirlo. —El hombre que pensaba que era el líder de los trabajadores se unió a la conversación—. ¿Cuántos más de nosotros van a tener que morir allí abajo antes de que se den cuenta? —Tenía la mirada dura de un hombre que estaba acostumbrado al trabajo físico, y su cabello era gris; sin embargo, ardía en él una pasión que parecía contradecirse con la frialdad que nos rodeaba.

—Técnicamente no ha muerto nadie —repuso Quintus.

El hombre dejó escapar un resoplido.

—Desaparecido, entonces. Cinco hombres en las últimas cinco semanas.

Quintus se encogió de hombros.

—He hecho todo lo que he podido para convencerlos de que investigaran, ya lo sabes. —El hombre asintió con reticencia—. Pero sencillamente argumentan que los accidentes ocurren. Desprendimientos, bolsas de aire…

—Llevo trabajando aquí más de veinte años —dijo el hombre—. Lo sé todo acerca de los desprendimientos y de una docena más de peligros de los que vosotros, los chupatintas, ni habéis oído hablar. Y todos dejan cuerpos.

—Pero, oficialmente, sin cuerpos no hay nada que investigar.

—Es una locura —intervino Kasteen.

El hombre sonrió por primera vez.

—Eso es lo que les digo una y otra vez, pero este chaval es el único al que le funciona el cerebro, al parecer. —Extendió la mano—. Soy Artur Morel, por cierto. Gremio de mineros. —Le estrechó la mano con fuerza.

Debo admitir que aquella conversación acerca de muertes y desapariciones misteriosas me tenía intrigado. Si íbamos a librar una batalla, no quería tener que estar vigilando mis espaldas todo el tiempo, así que decidí tener una conversación más larga con él en cuanto tuviera la oportunidad. Después de todo ya nos habíamos topado con una partida de reconocimiento orco, y si ya había otra merodeando por la mina, tendríamos que sacarlos de allí de forma prioritaria.

Pero lo primero era lo primero: teníamos una guerra que planear. Mazarin se marchó de la habitación con Logash dando pasitos rápidos detrás de ella, claramente interesado en proporcionarle lo que necesitaba, y la experta del Administratum de más alto rango, una mujer de pelo canoso llamada Pryke, comenzó la reunión decididamente entusiasmada.

No hace falta decir que resultó interminable. Las instalaciones parecían depender a partes iguales de las tres facciones presentes para seguir funcionando, o al menos eso era lo que Pryke imaginaba ingenuamente, a pesar de que yo había hecho una pequeña apuesta de que si poníamos a los zánganos del Administratum fuera, en la nieve, para entretener a los orcos mientras organizábamos nuestras defensas, eso tendría un efecto insignificante en la producción de promethium. Cada tema que

sacaba era rebatido educadamente por el mago Ernulph, el tecnosacerdote de mayor rango, que se dedicaba a recordarle a todo el mundo que sin su gente para realizar los rituales apropiados, la planta sencillamente se detendría. Por supuesto, sin las materias primas que les proporcionaban los mineros de Morel sucedería exactamente lo mismo, pero el jefe del gremio tuvo el suficiente tacto para no sacar las cosas aún más de quicio señalándolo, cosa que le agradecí enormemente, especialmente porque mi estómago había comenzado a darse cuenta de lo vacío que estaba.

Por suerte, Kasteen toleraba mucho menos que yo a los idiotas, así que me sentí aliviado cuando la vi levantarse para interrumpir a la burócrata entrada en años en mitad de una perorata.

—Gracias a todos por su colaboración —dijo secamente—. Está claro que todos tienen cosas importantes que aportar, y se las iremos pidiendo a medida que sean necesarias.

—Creo que mis colegas necesitarán algo más que eso —intervino de nuevo Pryke —. ¿Podría sugerir que nos hicieran llegar informes diarios de sus progresos? —Ernulph asintió, mostrándose de acuerdo, mientras miraba con sus ojos metálicos vacíos a la coronel. Ella lo ignoró, haciendo un esfuerzo que sólo yo era capaz de notar.

—No, no puede. Estamos aquí para librar una guerra, no para llevar archivos de un lado a otro. —El tono de voz de Kasteen en ese momento era el que todos los oficiales del regimiento habían aprendido a temer.

—Eso no es suficiente —se enfadó Pryke—. Hay procedimientos que deben ser respetados…

—Entonces, permítame liberarla de ellos —le espetó Kasteen—. Estas instalaciones están ahora bajo la ley marcial. —He de admitir que el resultado fue tremendamente divertido. Pryke se puso de color granate, después blanco, y de nuevo granate. Ernulph lo habría hecho también de haber tenido suficientes partes orgánicas que lo permitieran. Ambos se levantaron a la vez, gritando indignados.

—¡No puede hacer eso! —tronó Ernulph, con la voz amplificada aparentemente por algún dispositivo implantado. Era un truco barato, y además absolutamente inútil con alguien a quien le había gritado un demonio, como era mi caso.

—Sí que puede —confirmé con voz tranquila, lo cual resultaba más efectivo, ya que, al contrario que los demás, no estaba gritando—. Un comandante de campo tiene la potestad para declarar la ley marcial en cualquier momento con la aprobación del miembro de mayor rango del comisariado que se halle presente. Ese soy yo. Y doy mi aprobación. —Me levanté y señalé con un gesto al exterior, hacia la planta y el paisaje nevado e inhóspito que había más allá—. Mañana a estas horas todo lo que verán ahí fuera serán orcos. Somos su única esperanza de no acabar muertos o algo peor. Así que, cierren la boca, apártense de nuestro camino, y déjennos hacer nuestro trabajo. —Me di cuenta de que Morel y Quintus estaban disfrutando abiertamente de la incomodidad de sus colegas.

—Esto es inaceptable —refunfuñó Pryke con indignación.

—Tendrá que superarlo —dijo Kasteen—. A menos que prefieran la otra opción.

—Desde luego que sí. —Pryke nos fulminó a ambos con la mirada.

—Bien. —Saqué mi pistola láser y la dejé caer sobre la mesa desde la altura adecuada para que sonara lo bastante fuerte—. Por los poderes que me han sido otorgados por el comisariado, en el nombre de Su Divina Majestad, hago saber que cualquier civil que obstruya la labor de sus fuerzas en la defensa de su reino será objeto de una ejecución sumaria de acuerdo con el artículo diecisiete del reglamento de la justicia militar. —Enarqué una ceja con expresión interrogante y miré a Pryke y al tecnosacerdote—. ¿Y bien?

—Retiro mis objeciones —dijo ella con tirantez.

—Tras haber reflexionado, la toma de control de la coronel parece la mejor manera de proceder, desde luego —concedió Ernulph.

—Bien —dije, dejando la pistola donde estaba (no haría ningún mal que reflexionaran un poco más)—. Coronel, tiene usted la palabra.



Nota editorial:

Habrá pocos lectores que no sean conscientes de la enorme importancia tanto estratégica como económica que tienen las instalaciones de producción de promethium que describe Cain. Ya que retenerlas o apoderarse de ellas era un objetivo tan vital para los ejércitos en disputa, pensé que algo más de información acerca de tan increíble sustancia no estaría de más. Por desgracia no he podido averiguar gran cosa, ya que tales asuntos permanecen en los dominios celosamente guardados del Adeptus Mechanicus, así que esto es lo mejor que pude conseguir.

De *Nuestro amigo el promethium*,
Prensa Imperial Educativa, 238.ª edición, 897.M41

Desde las máquinas de batalla de los Astartes, que el Emperador bendiga, a los cargueros más humildes de los puertos espaciales, se puede decir sin miedo a equivocarse que el Imperio funciona gracias al promethium. Dicho así, esto debe de parecer algo realmente asombroso, pero esta sustancia milagrosa nos da mucho más que la potencia para alimentar los espíritus animados de nuestros vehículos. Los subproductos alquímicos que se obtienen nos proporcionan la materia prima para crear una gran variedad de elementos de primera necesidad, desde tintes, plásticos y fármacos, hasta las barras proteicas sintéticas que constituyen la alimentación principal del proletariado en algunos de los mundos forja más inhóspitos.

Pero el uso más sagrado del promethium procede de su combustión. Desde los lanzallamas que limpian a los impíos con el fuego purificador de los justos hasta los componentes alquímicos de los explosivos que los llevan al olvido. Es la sustancia más sagrada de todas, la que nos mantiene a salvo y protege nuestras casas de la amenaza de los alienígenas, los mutantes y los herejes.

La producción del promethium en sí mismo puede llevarse a cabo de varias maneras, utilizando una cantidad sorprendente de fuentes. Entre las más corrientes se encuentran las atmósferas de los gigantes gaseosos, depósitos subterráneos de materia orgánica fósil y algunos tipos de hielo poco comunes que sólo se encuentran en los planetas más fríos.

[Por supuesto, el verdadero encanto de este librito está en las ilustraciones, especialmente las de su narrador, Pyrus la Llama. Incluso ahora no puedo evitar sonreír ante las expresiones en los rostros de los herejes a los que está quemando en la

página veintiocho, igual que cuando lo leí en mi niñez, hace tantos años].



TRES

—Señor Morel, me gustaría hablar un momento con usted, si me concede algo de tiempo. —Dirigí mis movimientos con precisión, para que cualquiera que nos viera pensase que habíamos llegado a la puerta de la sala de conferencias al mismo tiempo por pura casualidad. El minero de cabello entrecano se volvió hacia mí, evaluó la situación dando muestras de una gran inteligencia, y asintió, despidiendo a sus ayudantes con gesto despreocupado. Se dirigieron a la salida junto con los tecnosacerdotes y los administrativos, Ernulph y Pryke, que seguían bastante calmados, y nos dejaron a solas con Kasteen y Broklaw.

El mayor se había unido a la conferencia poco después de que Kasteen soltara su pequeña bomba, haciéndose cargo de proporcionar información táctica al personal de la refinería. Ahora ambos estaban juntos, mirando las pantallas de datos y puliendo sus estrategias para defender la planta. Ernulph, Pryke y sus respectivos parásitos resultaron bastante útiles una vez que la visión de mi pistola hubo calmado el ambiente, sin duda pensando que los orcos podrían acabar con ellos en caso de que no hicieran todo lo posible por ayudar, y si los pielesverdes no lo hacían, sin duda lo haría yo.

Unos cuantos soldados entraban y salían de la sala de conferencias con gran ajetreo, colocando tableros para mapas y un gran recipiente lleno de infusión de tanna. Parecía que aquel iba a ser nuestro puesto de mando, al menos por el momento (Kasteen afirmaba que era una posición ventajosa excelente para dirigir a las tropas, pero yo sospechaba que simplemente le gustaban las vistas desde la ventana). El paso gradual de clima de decadencia civil a la resuelta atmósfera militar me hizo sentir más tranquilo; no tenía ni idea de cómo vería todo aquello el minero, y tampoco me interesaba, si he de ser sincero.

—Por supuesto, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó Morel. Me serví un tazón de tanna y le ofrecí otro. Lo aceptó tras un instante, lo sorbió con cuidado, y pareció gustarle, a pesar de que la variedad valhallana no es del agrado de todo el mundo.

—Antes mencionó que algunos de sus mineros habían desaparecido en misteriosas circunstancias. ¿Le importaría contarme algo más? —En su rostro apareció una leve expresión de sorpresa. Supongo que después de que las otras

facciones lo hubieran estado evitando durante tanto tiempo, nuestro interés era algo inesperado.

—Cinco personas en poco más de un mes. Puede que no parezca una cantidad muy grande en una plantilla de seiscientos, pero, créame, a nosotros nos preocupa. —Se encogió de hombros—. Por supuesto, a los del Administratum y a los del Mechanicus no les importa un cuerno. Sencillamente, siguen con la misma cantinela de que las pérdidas entran dentro de las estadísticas aceptables.

—¿Cuál es su opinión? —pregunté. Morel tomó otro sorbo de infusión mientras articulaba una respuesta, pero yo me anticipé—: Quiero una reacción visceral. No es necesario que sea educado. —Se rio y me miró con muestras renovadas de respeto.

—Mejor. La diplomacia no es exactamente mi punto fuerte. —Tomó otro sorbo—. Definitivamente, algo no va bien ahí abajo. Sin embargo, no sabría decirle qué es con exactitud.

—Entonces tenemos que averiguarlo —dije. Kasteen interrumpió su conversación con Broklaw el tiempo suficiente para asentir.

—Por supuesto —afirmó.

—Desde luego —se sumó Broklaw—. No tiene sentido fortificar el lugar si el problema ya está dentro.

—¿Cree usted que tenemos orcos en los túneles? —Morel se puso pálido sólo de pensarlo. Fuera lo que fuese lo que había pensado que sería, estaba claro que no era eso. Negué con la cabeza con expresión dubitativa.

—Es posible. Pero entrar a hurtadillas y llevarse a gente de uno en uno no es exactamente su estilo.

—Y no se me ocurre cómo podrían haber llegado hasta aquí tan pronto —añadió Kasteen, echando un vistazo al mapa del hemisferio que estaba fijado a la pared, cerca de su asiento—. Les ha llevado más de seis semanas llegar aquí desde el lugar donde aterrizaron. Si una avanzada estuviera llevándose a sus mineros tendría que haber recorrido medio planeta en pocos días desde su llegada, y no hemos visto señales de que dispongan de alguna capacidad de despliegue rápido.

—A menos que se teleportaran —sugerí—. Se conocen casos[12].

—¿No estaremos sacando conclusiones precipitadas? —reflexionó Broklaw—. Después de todo, ¿no podrían ser sencillamente una serie de accidentes desafortunados?

—Eso no parece muy probable. —Morel se quedó mirando los planos de la pared que tenía enfrente. Las líneas desordenadas y serpenteantes parecían un diagrama de un plato de fideos. Me di cuenta de que era un mapa de los túneles que teníamos debajo, de donde llevaban incontables generaciones[13] extrayendo las preciadas vetas de hielo que podían ser transformadas en promethium.

—¿Sería tan amable de mostrarnos de dónde desaparecieron esos mineros? —pregunté. Eso podría darnos alguna pista. Morel asintió mientras cogía una pluma del escritorio y marcaba los puntos rápidamente; me di cuenta de que debía de haber

hecho aquello antes, sin duda esperando encontrar alguna relación. Me quedé mirando la hoja de papel arrugado, trasladando las líneas a una imagen tridimensional en mi cabeza y tratando de visualizar el espacio[14]. Sin embargo, si había algún patrón, se me escapaba.

—¿Ha visto usted algo? —preguntó Kasteen, esperanzada, ya que conocía mis instintos de rata de túnel por mis informes del incidente Gravalax.

—No hay una conexión evidente entre todos esos puntos —respondí, negando con la cabeza. Di unos golpecitos con la uña sobre uno de ellos—. Esta galería, por ejemplo, no tiene salida. Un asaltante tendría que pasar sin ser visto por un turno entero de trabajadores.

—Y eso es sencillamente imposible —confirmó Morel. Eso planteó otra cuestión, que Broklaw fue tan amable de señalar:

—A menos que alguien del personal de la refinería sea el responsable… —comenzó, pero se detuvo al observar como el rostro de Morel se ensombrecía.

—Si pretende acusar a alguno de mis empleados de asesinato, será mejor que tenga usted alguna prueba.

—Nadie está acusando a nadie de nada —lo tranquilicé, evitando decir en voz alta «todavía»—. Usted nos ha llamado la atención acerca de una grave brecha de seguridad, y estamos tratando de llegar al fondo del asunto, eso es todo.

—Si salva a mis trabajadores, estaré encantado de ayudar —dijo el minero, algo más tranquilo.

—Me alegra oírlo. —Volví a echar un vistazo al mapa de las minas, como si estuviera meditándolo en profundidad—. Pero no creo que resolvamos el problema hablando sobre él mientras nos tomamos una infusión.

—¿Qué sugiere entonces? —preguntó Kasteen.

Suspiré, aparentemente reticente, y negué con la cabeza.

—Sencillamente, tendré que ir allí abajo y echar un vistazo —respondí.

Si han leído mis memorias con algo de atención, es probable que los haya sorprendido el hecho de que aparentemente me haya mostrado dispuesto a poner mi vida en peligro, cosa que es bastante impropia de mí, por decirlo de una manera suave. Pero traten de verlo desde mi punto de vista. Por un lado, si seguía allí mientras preparaban las defensas, lo más probable era que acabase expuesto a aquel frío congelante otra vez, y no tenía muchas ganas. Eso sin mencionar el hecho de que había una horda de pielesverdes en camino. Cierto era que no los esperábamos hasta dentro de otras veinticuatro horas, pero eso no había detenido a la avanzada con la que ya nos habíamos encontrado, y ¿quién sabe cuántas más podía haber acechando ahí fuera, esperando a que apareciera algún incauto?

Por otro lado, los túneles eran un entorno en el que me sentía como en casa, y podía medirme en combate en un espacio cerrado y oscuro con cualquier cosa que pudiéramos encontrar ahí abajo. Y tampoco es que fuera a ir solo; cualquier cosa que estuviera acostumbrada a atacar a civiles solitarios y desarmados se iba a llevar una

buena sorpresa si trataba de hacer lo mismo con un escuadrón de soldados armados con pistolas láser. Así que tenía bastante confianza en que, fuera lo que fuese lo que acechaba en los oscuros niveles subterráneos, no supondría una amenaza tan grande para mi bienestar como deambular por el exterior como un trozo de cebo congelado para orcos (más tarde se demostraría que dicha suposición era más o menos correcta y, al mismo tiempo, terriblemente equivocada. Desde luego, no tenía ninguna razón para sospechar en ese momento adonde nos conduciría aquella investigación en última instancia).

He visto algunas cosas espectaculares a lo largo de mi vida, y es difícil que algo me impresione, pero debo admitir que incluso a día de hoy, después de más de un siglo, las cavernas de hielo de Simia Orichalcae permanecen en mis recuerdos como algo digno de verse. No sé qué opinarían los soldados de ellas, pero para alguien como yo, que había nacido y crecido como una rata de túnel, eran bastante espectaculares. A pesar de que los amplios túneles de la mina se perdían en la distancia, más allá de los límites de nuestros iluminadores, nunca estaba del todo oscuro, ya que el hielo reflejaba la luz, emitiendo un leve brillo azul hasta donde alcanzaba la vista.

Y las paredes, cuyas irregularidades reflejaban y refractaban los rayos de luz, brillaban, con lo cual nos movíamos a través de una constelación siempre centelleante de estrellas fugaces. Nuestras botas crujían suavemente sobre el suelo helado, y nuestro aliento se condensaba en grandes nubes cada vez que exhalábamos, pero allí abajo, lejos del viento cortante, encontré las temperaturas bastante aceptables. No eran mucho peores que las de los alojamientos valhallanos cuando conseguían que la calefacción funcionara, y estaba acostumbrado a eso. Incluso hacía calor suficiente como para que el olor característico de Jurgen hubiera vuelto, aunque algo menos intenso, cosa que los demás agradecimos. Pedí respaldo al escuadrón de Lustig, ya que después de nuestras aventuras en Gravalax confiaba en su capacidad, y los rostros familiares y la presencia taciturna del sargento ayudaron a levantarme el ánimo, algo que le agradecí. Había rechazado la oferta de que uno de los mineros nos sirviera de guía, ya que confiaba en mi intuición con los túneles, y si realmente había orcos allí abajo, lo último que necesitaba era a un civil histérico en medio de un tiroteo.

En las primeras etapas de nuestro descenso atravesamos el ajetreo de las zonas superiores, donde los mineros y los servidores recorrían apresuradamente las amplias y bien iluminadas calles que quedaban de una ciudad-caverna valhallana, y los vagones llenos de mineral centelleante apartaban a todo el mundo de su camino sin contemplaciones. Pero a medida que fuimos adentrándonos más profundamente en las instalaciones, en los pasadizos menos utilizados, se fueron estrechando y la iluminación ya no era tan buena, hasta que la única luz de la que disponíamos fue la que llevábamos con nosotros. De vez en cuando oíamos actividad en las galerías principales, donde los colegas de Morel seguían extrayendo el preciado hielo con la ayuda de herramientas que se parecían de manera alarmante a los meltas que usábamos como armas, pero tras aproximadamente una hora de descenso, hasta eso

se disipó.

—¿Qué buscamos exactamente, señor? —preguntó el sargento Lustig. Yo me encogí de hombros.

—Sólo el Emperador lo sabe —respondí—. Únicamente algo fuera de lo común. —Su escuadrón se había desplegado en una formación estándar de búsqueda, en la que todo el mundo tenía que estar a la vista de al menos otros dos soldados. No estaba dispuesto a que hubiera más desapariciones misteriosas si podía evitarlo, especialmente si una de ellas podía ser la mía. Las anchas facciones del sargento se arrugaron en una sonrisa.

—Bueno, eso restringe bastante la búsqueda —dijo, paseando la mirada por los alrededores. Al proceder de un mundo helado supongo que le parecerían casi convencionales. En cierto modo, contaba con ello; entre la familiaridad de los valhallanos con el hielo y la mía, como chico de colmena, con los espacios cerrados, fuera lo que fuese lo que había ahí abajo habría dejado alguna huella que a alguno de nosotros nos parecería extraña en algún momento.

—Aquí Penlan. —La voz de una de las soldados siseó en mi comunicador, seguida a continuación por el sonido algo más apagado de su conversación real, que se superponía a la transmisión como un eco distorsionado. No debía de estar a más de cien metros—. Tengo algo. Parecen huellas.

—Mantenga la posición —le ordené, y me dirigí hacia su silueta. Estaba iluminada por la linterna que había pegado a la culata de su pistola láser. Jurgen me siguió, pisándome los talones, con el arma levantada y lista para ser usada. La experiencia nos había enseñado a ambos que nunca se era lo bastante cauteloso en momentos como aquel.

—¿Qué opina, señor? —preguntó Penlan, volviéndose hacia nosotros. Mientras lo hacía, el trozo de piel descolorida de su mejilla izquierda, en el lugar donde había recibido un disparo de láser en Gravalax, se hizo evidente bajo el iluminador de Jurgen. La expresión de su rostro mostraba la misma confusión que su voz, y el cabello castaño le caía sobre los ojos desde debajo de la gorra.

—No tengo ni idea —respondí, sin recrearme en la duda. Ella alumbró directamente las marcas que había encontrado con su iluminador, unas profundas melladuras en el suelo congelado que, de hecho, parecían marcas de garras. Después de más de quince años al servicio del Imperio, durante los cuales pensé que me había encontrado con todas las formas de vida malignas de la galaxia, debería haber podido reconocerlas. Incluso la marca de las botas orcos, cosa que había estado esperando en parte, hubiera sido preferible.

—Se parecen un poco a las huellas de un genestealer —sugirió Jurgen sin mucha convicción. En parte tenía razón: procedían de lo que parecían ser unas garras poderosas, pero los tamaños no coincidían con los de un genestealer—. ¿O quizás, tiránidos?

—No lo creo —dije—. La distribución del peso es completamente distinta. —Cosa

que, dada la habilidad de las flotas colmena para conjurar de la nada a nuevas y desagradables criaturas, no constituía exactamente una certeza, pero si había una o dos bionaves en el sector, las probabilidades de que se hubieran adentrado tan profundamente en el espacio imperial sin ser vistas eran casi nulas. Señalé eso también, y fingí no haber visto el brillo momentáneo de alivio en los ojos de Penlan.

Los dos regimientos originales que habían formado el 597.º habían luchado con los tiránidos poco antes de unirme a ellos, y ambos habían sido prácticamente aniquilados. Y hablando de eso, a esas alturas había visto tiránidos más que suficientes para toda una vida.

—Será mejor que continuemos —decidí después de reflexionar unos instantes.

De algún modo, la confirmación de que allí abajo había algo hacía que resultara más fácil continuar que volver, a pesar de lo fuerte que fuera el impulso que sentía de tocar a retirada. Sabía por experiencia propia que un enemigo desconocido siempre es una amenaza mayor que uno que ya has identificado y, de hecho, las cosas no habían cambiado tanto. Todavía tenía un escuadrón de primera, formado por soldados veteranos, que se interponía entre cualquier cosa maligna que rondara por ahí y yo. Eso sin mencionar a Jurgen, cuyas peculiares dotes me habían salvado el culo en más de una ocasión, a pesar de que ninguno de los dos habíamos tomado conciencia de su existencia hasta nuestro encuentro con Amberley y su entorno en Gravalax[15].

Lustig asintió, y dio la orden de seguir adelante.

Los ánimos se ensombrecieron aún más si cabe después de aquello. Las bromas y comentarios jocosos ocasionales entre los soldados ahora parecían vacíos, incómodos, y pronto nos fue invadiendo el silencio, interrumpido tan sólo por los secos monosílabos de informes y respuestas. La soldado que iba delante, que creo que aún era Penlan, comenzó a comunicarse mediante el lenguaje de signos siempre que le era posible, y recurría a la red de comunicación únicamente cuando era indispensable. Casi sin pensarlo dimos por supuesto que habíamos entrado en territorio hostil.

Aquello me tranquilizó. Una sana dosis de paranoia es necesaria en mi trabajo, por supuesto, pero era agradable saber que todos los demás estaban tan nerviosos como yo por una vez, con la posible excepción de Jurgen, que nunca parecía nervioso por nada que no tuviera que ver con la aerodinámica. Casi sin pensarlo llevé las manos a las armas, liberando la espada sierra en su vaina y sacando la pistola láser. Era una estupidez no estar preparado, pensé.

—Si hay algo aquí abajo, debemos de estar muy cerca de ello —murmuró Lustig. Yo asentí. Estábamos apenas a doce metros del final de la galería y del punto muerto que había detectado en el mapa. Las probabilidades de que lo que había dejado aquellas huellas se hubiera quedado atrás para quedar atrapado por nuestro avance eran increíblemente remotas, lo sabía, pero aun así se me secó la boca, se me hizo un nudo en el estómago con el presentimiento de la batalla, y mi imaginación echó a volar con imágenes de la expansión de un caos desenfrenado.

—Ya está. Punto muerto. —La voz de Penlan sonaba indudablemente aliviada, lo

cual se extendió al resto del escuadrón como brisa fresca sobre la hierba. Exhalé y sentí cómo se relajaba mi musculatura, ignorante hasta ese momento de lo tenso que me había puesto.

—Echad un vistazo por ahí —dije, avanzando para reunirme con ella. Jurgen se mantuvo junto a mí como siempre, y a mi espalda oí a Lustig dando órdenes calmadamente, con su habitual eficiencia. Estaba desplegando al resto del escuadrón para asegurar el perímetro. Bien. Eso significaba que no habría sorpresas desagradables mientras echábamos una ojeada.

—No veo un cuerno. —Penlan se movió con cautela, moviendo el iluminador delante de ella. El haz de luz se posó sobre una pared desnuda, donde el túnel había sido sencillamente abandonado cuando la veta de material se había acabado. Entonces lo deslizó hasta un montón de losas de hielo que había a la derecha. Me empezaron a picar las palmas de las manos, como sucedía siempre que mi subconsciente me alertaba de alguna adversidad. Penlan se dirigió al montón de escombros.

—Tenga cuidado —empecé a decir, justo cuando me empecé a dar cuenta. La forma en que estaban amontonadas las rocas me resultaba familiar, como si fueran el resultado de un derrumbamiento en una colmena. Dirigí el haz de mi propio iluminador hacia el techo, donde había una brecha de un grosor no superior al de un cabello al principio, pero que se abría hasta tener el tamaño de mi puño a medida que se acercaba a la pared. Desde ahí la fisura crecía exponencialmente y terminaba en el montón de escombros.

Aquello no me cuadraba. Para que aquellos escombros cayeran de esa manera, deberían haber excavado debajo de la pared. Un crujido leve pero que no presagiaba nada bueno resonó por toda la estancia.

—¡Penlan! —grité—. ¡Retroceda! —Pero era demasiado tarde. Estaba comenzando a volverse hacia mí con expresión confusa cuando el suelo cedió bajo sus pies y desapareció de nuestra vista con un único grito de sobresalto.

—¡Penlan! —Lustig se precipitó hacia delante, pero lo retuve poniéndole un brazo contra el pecho; no había manera de saber qué profundidad tenía la caída—. ¡Penlan, informe! —La estática siseó en nuestros comunicadores.

—Cuidado con ese primer escalón, sargento. —Su voz sonaba como si estuviera sin aliento, pero si podía hacer chistes, no debía de estar tan malherida—. Es más alto de lo que parece.

—Será mejor que vaya con cuidado —le aconsejé al sargento—. No sabemos si el resto del suelo es igual de inestable. —Con Jurgen a mi lado, me incliné hacia delante con cautela, lo suficiente para dirigir el haz de nuestros iluminadores hacia el interior del agujero. Parecía bastante sólido. Desde allí pude ver que se había formado una fina capa de hielo en el agujero donde el desprendimiento había abierto una brecha en el techo de la estancia que estaba debajo. Me fijé en que esa estancia no aparecía en el mapa.

—Esto se ha congelado recientemente —afirmó Jurgen, con la certeza de alguien

procedente de un mundo helado. Me acerqué un poco más al agujero y pude ver a Penlan. Había caído unos cinco o seis metros, pero la mayor parte de la caída, gracias al Emperador, había sido un deslizamiento por una rampa muy inclinada. Al ver mi cara aparecer por el agujero me hizo señas con la mano.

—Lo siento, señor —dijo—. Resbalé.

—Ya lo veo. —Hice que Jurgen iluminara la estancia en la que se encontraba. Era casi circular y de sólo unos pocos metros de ancho, lo que me hizo sospechar que podría haber sido una bolsa natural de hielo. Era fácil imaginar a unos mineros solitarios cayendo del mismo modo que Penlan y que hubieran tenido un aterrizaje menos afortunado. El agujero que habían dejado tras ellos podría haberse vuelvo a congelar antes de que llegara la partida de búsqueda. Quizá las desapariciones misteriosas de Morel habían sido accidentes, después de todo—. ¿Ese agujero le parece una formación natural?

—Quizá. —Penlan iluminó la estancia con su propio iluminador; a continuación se puso rígida y apuntó con la pistola láser—. Hay otro túnel aquí, no sabría decirle la profundidad que tiene.

—Espere un momento. —Lustig apareció junto a mí con un rollo de cuerda en las manos. Comenzó a atársela a la cintura y a continuación le lanzó el extremo de la cuerda a Penlan. Ella lo cogió, enfundó la pistola láser, y comenzó a trepar por la cuerda. Tras un instante, dudó.

—Sargento. Hay algo aquí abajo. Puedo oír cómo se mueve. —Después de unos segundos yo también lo oí. El ruido de las garras sobre el hielo, moviéndose deprisa, y la fuerte respiración de un depredador que había encontrado un rastro fresco. Me uní a Lustig para tirar de la cuerda, y tiré hasta que me crujieron los músculos de la espalda.

—¡Súbala! —grité. Jurgen corrió a ayudarnos, y entre los tres subimos a Penlan unos tres metros por la pared de hielo. Desde ahí las suelas de sus botas cogieron algo de agarre y pudo comenzar a trepar por la pared. Caí de rodillas, sintiendo el frío a través de la tela de mis pantalones, y extendí una mano hacia la oscuridad—. ¡Cójala!

Penlan lo hizo, agarrándose con fuerza a mi muñeca. Casi lo habíamos conseguido cuando algo asió el extremo de la cuerda que colgaba abajo y tiró violentamente.

—¡Mierda! —Lustig y Jurgen la soltaron de repente al perder el equilibrio, y todo el peso de Penlan tiró de mí hacia abajo. Por un instante pensé que lo conseguiríamos, pero el hielo que tenía debajo no me brindaba mucho agarre, y durante un instante de agonía me sentí resbalar. Por puro reflejo agarré con más fuerza la muñeca de Penlan en vez de soltarla, que hubiera sido lo más sensato, y antes de que me diera cuenta estaba cayendo al interior del oscuro pozo.

Me golpeé con fuerza, quedándome sin aire y con múltiples dolores en todos los puntos donde había rebotado mientras caía. Penlan se quejó debajo de mí, boca abajo y sin aliento. Una pequeña parte analítica de mi cerebro me dijo que era posible que el

rifle láser, o yo, le hubiéramos roto la espalda.

—¡Comisario! —Una luz brillante nos enfocó. Era la linterna que Jurgen había fijado a su pistola láser, y oí el eco distante de unos pies corriendo mientras el resto del escuadrón respondía a nuestra apremiante situación. Pensé que no llegarían a tiempo, ya que la criatura, fuera lo que fuese, salió rápidamente de la oscuridad. Dominado por el pánico, vi brevemente unas garras y unos dientes demasiado grandes y terroríficos para ser reales, y mientras retrocedía frenético, mi mano topó con el láser que Penlan llevaba a la espalda. Sin pensar, le di la vuelta, viendo que la correa era lo bastante larga, y disparé sin siquiera apuntar en condiciones.

La suerte o el Emperador debían de estar de mi parte, ya que ella la había dejado en automático. Cuando mi dedo, agarrotado por el pánico, se cerró sobre el gatillo, una ráfaga de rayos láser llenó el lugar arrancando trozos de hielo de las paredes, y el ruido del aire ionizado y el hielo convirtiéndose en vapor nos dejó sordos. La criatura lanzó un aullido y huyó, todavía más aterrorizada que yo, y cuando la batería se agotó y se hizo un silencio relativo, Penlan se movió.

—Tengo que dejar de hacer eso…

—Se lo agradecería —coincidí. Vi en sus ojos que había recobrado la conciencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—El comisario te ha salvado el culo —la informó Lustig. De repente me fijé en el círculo de cabezas que rodeaba el agujero por encima de nosotros. No valía la pena mencionar que había sido por un simple accidente, por supuesto, así que fingí avergonzarme un poco y me sacudí el hielo del abrigo.

—Será mejor llamar al sanitario para que la reconozca —dije, con el único fin de reforzar mi imagen de preocupación.

Eché un vistazo por la estancia. Parecía más grande desde allí abajo, y la ráfaga de rayos láser había derretido varios fragmentos de las paredes. Algo parecía estar incrustado en uno de ellos, y traté de enfocarlo para superar el mareo. Entonces mi cerebro interpretó al fin lo que estaba viendo, y me arrepentí al instante de mi curiosidad.

—Parece que hemos encontrado a nuestro minero perdido —dijo Penlan, con lo que me pareció un entusiasmo indecoroso.

—Casi —coincidí. Era una mano humana, cortada a la altura de la muñeca, y con marcas de feroces mordiscos en el muñón.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó Jurgen con su flema habitual, lo cual le agradecí, ya que me ayudó a calmarme.

—No tengo ni idea —admití, recogiendo mi pistola láser del suelo. Mientras lo hacía, reparé en una gran mancha de ícor en el suelo. Eso me animó bastante, en gran medida porque si había conseguido herir a la criatura, quería decir que no volvería en un buen rato—, pero sangra. —Metí la pistola en la funda con honda satisfacción—. Y si sangra, podemos matarla.



CUATRO

—¿Y no tiene usted idea de lo que era? —preguntó Broklaw. Negué con la cabeza. En las tres o cuatro horas que habían pasado desde que habíamos vuelto de las profundidades de la mina me habían hecho esa pregunta a menudo.

—Ni la más remota. Pero le aseguro que no sería una buena mascota. —Algunos de los presentes en el centro de mando dejaron escapar una risita obsecuente. Aparte de mí y del mayor, Kasteen era la única otra persona que estaba sentada en lo que yo consideraba, sin poder evitarlo, la parte militar de la mesa de conferencias. Enfrente estaba Morel, cuyo interés en la situación era innegable y cuya reacción había estado entre la conmoción, al recibir la noticia de que sus peores miedos se habían hecho realidad, y la amarga satisfacción al ver sus premoniciones confirmadas. Junto a él había representantes del Administratum y del Adeptus Mechanicus. Nos rodeaba el resto de los oficiales de alto rango, que seguían controlando las posiciones de las tropas y los informes de inteligencia, ignorando lo mejor que podían al pequeño grupo de civiles mientras entraban y salían con placas de datos y tazas de tanna.

Recordando el consejo de Quintus, había solicitado que él y Logash fueran nuestros enlaces con sus respectivas órdenes, y me complacía comprobar que la decisión había sido la correcta. El joven amanuense era tan afable como recordaba, y Logash había demostrado ser un hombre ingenioso y de modales refinados; todo lo contrario que su superior, siempre a la defensiva. Para gran alivio de Kasteen, tenía pocos implantes visibles, aparte de un par de ojos metálicos irisados que reflejaban la luz cuando movía la cabeza, y aunque el Emperador sabe lo que llevaba oculto bajo la túnica, fue capaz de ocultar su repulsión. (Cuando le pregunté por qué encontraba tan inquietantes a los tecnosacerdotes, sencillamente se encogió de hombros y dijo: «Son raros, eso es todo». Nunca reaccionaba de esa manera ante mí o algún otro miembro del regimiento con implantes, así que supongo que se debía a que ella los percibía como personas que se habían despojado parte de su humanidad voluntariamente, o incluso con avidez)[16].

—He estado revisando el Codex Ferae —apuntó Logash—, y basándome en la descripción de la bestia que hizo el comisario, estoy bastante seguro de que, sea lo que sea, no es originario de Simia Orichalcae.

—Entonces, ¿cómo demonios llegó aquí? —preguntó Morel. Logash se encogió de hombros.

—Quizá lo trajeran los orcos.

—Eso es muy poco probable —intervino Kasteen, regocijándose abiertamente al contradecir al tecnosacerdote, pero él se lo tomó con calma y le cedió la palabra, ya que ella tenía más experiencia.

—Usted es capaz de juzgar eso mejor que yo. —Volvió a encogerse de hombros—. Quizá viajara de polizón en una de nuestras lanzaderas de carga, entonces.

Quintus asintió, mostrándose de acuerdo.

—Ciertamente no son demasiado grandes para que algo así pase inadvertido. Recuerdo hace un par de años, cuando algunos de los mineros pensaron que sería divertido esconderse en algún…

—¿A quién le importa cómo llegó hasta aquí? —lo interrumpió Morel—. La cuestión es: ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Volver ahí abajo y matarlo —dije. Morel asintió satisfecho, pero Quintus entrecerró ligeramente los ojos.

—No quiero que parezca que dudo de su sentido de la prioridad, pero está claro que los orcos son la mayor amenaza. ¿Acaso esa cosa no puede esperar hasta que hayamos acabado con ellos?

—La criatura no es lo que nos preocupa —afirmó Kasteen—, sino los túneles que no aparecen en ningún mapa y que el comisario encontró allí abajo.

—Probablemente los excavara la bestia —dijo Logash. Sacó una pizarra de datos de entre los pliegues de su túnica y comenzó a tomar notas con un lápiz óptico que tenía incrustado en la punta de un dedo—. Eso coincidiría con el tamaño de las garras que vio el comisario…

—No importa quién los excavara —señalé—. Lo que importa es que son un agujero potencial en nuestras defensas. —Como para subrayar mis palabras, una luz brillante se recortó a través de la nieve, que caía de modo incesante, al otro lado de la ventana, seguida casi inmediatamente por el ruido sordo de una detonación de explosivos.

Los orcos habían sido tan amables de llegar a tiempo y estaban ocupados arrojándose (o más bien arrojando a su carne de cañón) contra nuestras líneas defensivas exteriores con una gratificante falta de éxito hasta el momento. Afortunadamente, Mazarin y sus acólitos habían conseguido que la lanzadera dañada levantara de nuevo el vuelo en cuestión de horas, y el resto de nuestro despliegue había transcurrido sin contratiempo, así que estábamos más que preparados para enfrentarnos a ellos, a pesar de mis miedos.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Quintus—. ¿Qué es lo que sugiere?

—Voy a volver ahí abajo —dije—, con un escuadrón de soldados. Haremos un mapa de los túneles mientras avanzamos, y mataremos a la criatura cuando la encontremos.

—¿Va a ponerse al mando del grupo usted mismo? —preguntó Logan.

Asentí.

—El comisario Cain es con mucho el mejor hombre para la misión —explicó Kasteen—. Tiene más experiencia de lucha en túneles que ningún otro miembro del regimiento.

Debo añadir que no es que yo lo hubiera elegido así, pero si me mantenía lejos del frío y de los orcos, no iba a poner objeciones.

—Me gustaría ir también, si se me permite —solicitó Logash. Creo que no exagero cuando digo que el resto de nosotros lo miramos atónitos—. La xenología es una de mis aficiones. Podría identificar lo que estamos buscando.

—Esta es una misión de búsqueda y exterminación, no un paseo por el zoo —replicó Kasteen, irritada.

Logash pareció algo alicaído, y pensé que estaba siendo demasiado dura con el muchacho. Al menos estaba intentando ayudar, no como sus superiores, y no parecía una idea tan buena aplastar ese entusiasmo. Además, yo no tenía objeción en cuanto a presentarle a la bestia otra comida potencial que se interpusiera entre ella y yo (por supuesto, si hubiera sabido cuántos problemas iba a ocasionar, lo habría dejado atrás, o incluso le habría disparado directamente; pero el arrepentimiento representa una pérdida de tiempo que de otro modo se podría aprovechar bebiendo, como solía decir mi viejo amigo Divas).

—Será bajo su propia responsabilidad —le dije—. Y estará usted bajo la autoridad militar. Eso quiere decir que hará usted lo que se le diga y cuando se le diga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió ansiosamente—. ¿Me darán una pistola?

—Por supuesto que no —dijimos a la vez Kasteen y yo.

Después de que hubieran salido todos los civiles, Kasteen, Broklaw y yo volvimos al asunto de la guerra. Nuestra estrategia de mantener la línea principal del avance orco atascado en la parte más estrecha del valle parecía estar funcionando, al menos por ahora. La particular naturaleza de un mundo helado, y los conocimientos valhallanos de cómo sacar partido de ello, nos estaban proporcionando jugosos dividendos, cosa que las últimas descargas de los sensores del *Puro de Corazón* estaban dejando bastante claro. Eché un vistazo a la imagen borrosa que aparecía en el hololito táctico. Parecía como si alguien lo hubiera dejado caer en el trayecto desde el campo de aterrizaje, ya que la representación tridimensional del campo de batalla a veces saltaba un poco a la izquierda, se quedaba en blanco, y después se recargaba. Dejaba claro, lamentablemente, que quizá no deberíamos haber tenido tanta prisa por deshacernos de Logash (que prácticamente había salido dando brincos, ansioso por partir, y parloteando acerca de horribles formas de vida que probablemente no tenían nada que ver con nuestro intruso).

—Nunca hay un tecnosacerdote cerca cuando lo necesitas —murmuró Broklaw, obviamente pensando lo mismo que yo. Miró de reojo a la coronel, que fingió no

haberlo oído.

El terreno congelado nos había permitido fortificar a fondo con una facilidad que hubiera sido imposible en casi cualquier otro lugar. Yo estaba observando (cuando me lo permitía el hololito) una extensa red de trincheras y fosos de artillería que nos hubiera llevado semanas excavar en terrenos más normales, pero que habían sido vaciados en cuestión de horas gracias al buen uso de nuestros lanzallamas pesados y multiláser. Por supuesto, la mitad de las tropas habrían muerto allí si no hubieran sido valhallanos, y las temperaturas congelantes que había fuera eran como las de un centro vacacional, en lo que a ellos concernía. Incluso tuve que detener un par de peleas de bolas de nieve antes de que los orcos aparecieran para aguarnos la fiesta[17].

—Hasta aquí hemos llegado —dije, bastante satisfecho con la conducta de nuestros soldados. Las líneas se mantenían bien, y la observación desde la órbita mostraba que el avance orco se había detenido casi por completo a la vista de aquella resistencia inesperada. Por lo que sabía, la topografía del valle nos estaba beneficiando tanto como esperábamos, con el numeroso frente orco en el cuello de botella de la entrada y precipitándose hacia nuestra zona de exterminio. Por supuesto, como eran orcos, aquello no disminuía su entusiasmo, sino todo lo contrario. Algunos fogonazos de disparos en los bordes de la turba indicaban que se habían desatado tiroteos fratricidas al haberse impacientado los grupos que estaban más lejos de la batalla, que habían empezado a abrirse paso a tiro limpio a través de sus camaradas para llegar hasta nosotros. Bueno, a mí me parecía bien, cuanto más se mataran entre ellos mejor, pero todavía había muchos en el lugar del que habían venido.

—¿Qué es eso? —preguntó Broklaw, señalando hacia un punto en el radar que estaba algo más atrás del grueso del ejército orco. Fuera lo que fuese era enorme, y se movía lenta pero inexorablemente hacia nosotros. Una fuerte premonición hizo que se me formara un nudo en el estómago mientras lo miraba. Tenía una horrible sospecha de lo que podía ser, pero recé fervientemente al Emperador para estar equivocado (no es que pensara en ningún momento que él me pudiera estar escuchando realmente, pero nunca se sabe, y alivia el estrés).

—Según parece, es enorme —dijo Kasteen, algo confusa. Antes de expresar mis miedos, lo cual haría que se concretaran aún más, llamé a Mazarin, que estaba a bordo de la nave en órbita, para solicitar un análisis más detallado. De ese modo podría seguir aferrándome a la esperanza de estar equivocado unos pocos minutos más.

—Único contacto, a unos doscientos kloms… kilómetros hacia el oeste —dije—. ¿Podría darnos más detalles?

—Si es la voluntad del Omnissiah —dijo alegremente la tecnosacerdotisa, y tardó unos instantes en realizar los rituales apropiados. Después de una breve pausa, su voz volvió a sonar, algo más áspera—. Es un único artefacto, de aproximadamente ochenta metros de alto. Propulsado por sus propios medios, con una señal térmica bastante elevada que indica algún tipo de proceso de combustión. Carcasa metálica,

principalmente ferrosa en su composición —vaciló—. Lo siento, comisario, no tengo ni idea de lo que es. Puedo meditar sobre ello pero…

—No es necesario, gracias —respondí—. Acaba usted de confirmar lo que ya sospechaba. Es un gargante. —Kasteen y Broklaw se miraron horrorizados. El artefacto que se acercaba era el equivalente orco de un titán de batalla, y aunque pareciera tosco, seguro que tendría suficiente potencia de fuego a bordo para atravesar nuestras líneas defensivas sin apenas detener su marcha—. Cualquier sugerencia que tengan acerca de las vulnerabilidades que podamos aprovechar será muy bienvenida.

—Analizaré los datos y veré qué puedo encontrar —prometió.

—No podemos pedir más —dije, y me volví hacia los demás oficiales. Estudiamos el hololito juntos, con el ceño fruncido—. Supongo que tenemos menos de un día antes de que llegue… —comencé, pero la voz de Mazarin volvió a interrumpirme.

—Disculpe la interrupción, comisario, pero el capitán quiere hablar con usted.

—Este no es exactamente el mejor momento —repliqué, pero cambié de opinión a continuación. Si las cosas iban terriblemente mal, lo que parecía bastante probable en ese momento, el *Puro de Corazón* era mi mejor opción para salir del sistema y poner mi culo a salvo. Y cabrear a Durant no sería muy buena idea—. No, pásemelo.

—¿Por qué mi nave está llena de terrícolas? —preguntó el capitán con el mismo tono áspero de siempre—. Acabo de librarme de sus soldados y ahora me está enviando en las lanzaderas a la mitad de la población de esa miserable bola de hielo.

—Estamos enviándole a más de la mitad —dije, tratando de parecer razonable—. Pensaba que el Administratum lo había arreglado con usted.

—¿Se refiere a Pryke? —Al otro lado del comunicador se oyó un gruñido asqueado—. Es una mujer imposible, no escucha nada de lo que le digo. ¿Cómo consiguió que cooperara con usted, en el nombre del Emperador?

—Resultó sorprendentemente fácil después de que el comisario amenazara con dispararle —dijo Kasteen con una media sonrisa. Durant se quedó sin habla durante unos instantes.

—Hum. Supongo que merece la pena intentarlo. —Su voz sonó ligeramente divertida—. Pero eso no contesta a mi pregunta.

—Estamos evacuando tantos civiles como podemos —explicó Broklaw—. En especial a las familias de los trabajadores. Estarán mucho más seguros con usted que aquí abajo.

—Y podremos luchar con mayor eficacia si estamos seguros de que no se meterán en medio —añadió Kasteen, siendo algo más sincera.

—Querrá decir si no se les meten a ustedes por medio. —El capitán pareció aplacarse—. Supongo que podemos ubicarlos en un par de muelles de carga, ahora que no están abarrotados con su chatarra militar.

—Se lo agradeceríamos —dije.

—Sin problemas. Estoy seguro de que el Administratum puede permitirse el

precio de los billetes —cortó la conexión bruscamente.

Por supuesto, había otra razón que no le habíamos contado para evacuar a los empleados de la planta, ya que ninguno de nosotros quería pensar en ello. Si éramos incapaces de mantener el lugar, y yo estaba menos seguro de ello que hacía veinte minutos, los orcos querrían hacer uso de él. No tenía sentido dejarles un montón de mano de obra esclava altamente cualificada que mantuviera la producción de promethium en los niveles actuales. Sus propios mecánicos averiguarían cómo funcionaba el proceso con el tiempo, por supuesto, pero no serían ni la mitad de eficientes. Y, con suerte, tendríamos tiempo para lanzar un contraataque o llamar a los Astartes para esterilizar el lugar antes de que pusieran a funcionar la planta de nuevo a pleno rendimiento.

Me quedé mirando al hololito y el punto en el radar, que apenas se movía, que representaba al gargante. No teníamos nada en nuestro inventario capaz de luchar contra algo como aquello: ni tanques ni artillería, y, por supuesto, ni siquiera nuestros propios titanes. Broklaw se fijó en la trayectoria de mi mirada.

—Anímese —dijo—. Pensaremos algo.

—Mejor que sea rápido —apuntó Kasteen.



Nota editorial:

Me disculpo sinceramente por incluir el siguiente extracto, pero pienso que resultaría interesante incluir una perspectiva más amplia de la situación táctica que la típica perspectiva egocéntrica de Cain. Ojalá hubiera sido capaz de encontrar algo más legible. Si encuentran el estilo (o más bien la falta de él) tan infumable como yo, siéntanse libres de saltárselo.

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general JENIT SULLA (retirada), 097.M42

La marea verde se estrelló contra el baluarte de nuestras defensas con el mismo ímpetu que una ola de mar contra un rompeolas. Ya que eso es lo que éramos, protegiendo la pequeña isla de civilización que estaba a nuestras espaldas del monstruoso mar de brutalidad que amenazaba con destruirlo todo. Para mayor orgullo fue a nosotros, la Tercera Sección, Segunda Compañía, a los que encomendaron la tarea de suma importancia de mantener una fortificación construida a toda prisa en el mismo centro de nuestra línea de vanguardia, y ni uno de nosotros eludió tal responsabilidad. Mientras estaba parapetada bajo un muro de hielo, examiné mi placa de datos táctica, haciendo caso omiso de los proyectiles que impactaban contra él y me rociaban con un refrescante polvo helado y observando satisfecha la disposición de los escuadrones bajo mi mando. Como era de esperar, todos estaban apostados con una precisión perfecta, y me permití un instante de orgullo ante el nivel de preparación para la batalla que demostraban.

—¡Aquí llegan! —gritó alguien. Una voz que expresaba, para mi gran satisfacción, júbilo en vez de miedo, y un rápido vistazo por encima del muro de hielo lo confirmó. Una horda de orcos corría hacia nosotros, gritando en su lengua bárbara, y di la orden de no abrir fuego. Siguieron acercándose, pisoteando los cuerpos de los caídos que ya habíamos dejado esparcidos sobre los campos de hielo inmaculados, levantando la nieve en polvo mientras avanzaban, con lo que parecía que las filas frontales estuvieran sumergidas hasta la cintura en la niebla. Al igual que la oleada que nos había atacado antes, parecían especímenes escuálidos, nada parecidos a las monstruosidades de fuerte musculatura que el comisario Cain había vencido tras el aterrizaje de nuestra lanzadera[18], pero no por ello morían tan fácilmente como era de esperar cuando se ponían al alcance de nuestras pistolas láser.

—¡Fuego! —ordené, y una devastadora ráfaga de láser aniquiló las filas de vanguardia. Cayeron por docenas, y siguieron cayendo los que los seguían cuando los

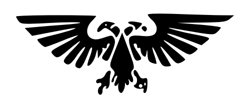
muertos los hicieron tropezar: Inmediatamente, los cañones láser y los multiláser fijos, que habíamos colocado cuidadosamente, terminaban el trabajo, creando un fuego cruzado fulminante que los hacía pedazos. Tras un momento de indecisión, los supervivientes se dispersaban y huían en todas direcciones, dejando atrás algunos especímenes de tamaño más normal, que parecían haber estado dirigiéndolos cruelmente, expuestos ante nuestros ojos y nuestros disparos; y esto vino a ser su condena a muerte, ya que fueron aniquilados en una segunda descarga de artillería.

—Es como matar ratas dentro de una caja —dijo la joven cabo que estaba junto a mí. La reprendí, pero apenas pude disimular la satisfacción en mi propia voz.

—Dudo que se den por vencidos tan fácilmente —dije, y, por supuesto, tenía razón. El ataque frontal, tal y como había sospechado, era una distracción, y el rugido de los motores anunció un ataque por el flanco con un escuadrón de extraños vehículos que parecían motocicletas con ruedas de oruga. Llevaban armas pesadas, seguramente bólter, fijadas a los lados en una especie de grúas, y abrieron fuego con un estruendo que casi ahogó el ruido de sus motores.

—¡Fuego a discreción! —ordené, y la nieve que los rodeaba se levantó en surtidores con el fuego concentrado de nuestro valiente ejército—. ¡Muerte a los enemigos del Emperador!

Debo confesar que me emocioné al oír los vítores de respuesta de los héroes que estaban bajo mi mando, y la convicción de nuestra inevitable victoria me subió los ánimos hasta tal punto que, a pesar del peligro, en mi rostro se dibujó una sonrisa.



CINCO

De todas las experiencias que he vivido en más de un siglo de servicio al Trono Dorado, podría haber prescindido perfectamente de andar a rastras por una red de túneles en penumbra, buscando un enemigo que podía estar acechando en casi cualquier sitio. No sé por qué, pero si me enseñan un enemigo del Emperador, es muy probable que pueda señalar hacia el agujero más cercano casi con la certeza absoluta de encontrar su recóndita guarida ahí abajo. Adoradores del Caos, enjambres de genestealers, mutantes, lo que sea, todos parecen correr a refugiarse en los rincones más oscuros que puedan encontrar; y, por supuesto, entonces tiene que haber alguien que vaya tras ellos y los obligue a salir[19].

Y con mucha más frecuencia de la que me gustaría, ese alguien resulto ser yo. En parte supongo que se debe a mi sobrevalorada reputación (cuando hay que hacer algo peligroso, ¿quién mejor que un héroe del Imperio para cargar con ello?), pero, a decir verdad, sospecho que, tal y como Kasteen le dijo a Logash, en la mayor parte de los casos realmente soy el hombre adecuado para el trabajo (al menos en teoría mis instintos de antiguo habitante de colmena para los túneles son una gran ventaja, pero en la práctica el entusiasmo para dicho trabajo es inexistente, pueden creerme).

En este caso, sin embargo, aunque no estaba exactamente contento de volver a los túneles, me resultaba mucho más atractivo que la otra posibilidad. Cierto, había una misteriosa bestia de la que preocuparse, pero ya la había herido una vez y no pensaba que fuera a oponer demasiada resistencia, no con un escuadrón entero de soldados para respaldarme, y el indispensable Jurgen, que se las había arreglado para conseguir un melta. Había hecho lo mismo en Gravalax, y ambos habíamos encontrado razones para agradecer su previsión. De hecho, tras ese pequeño incidente, se había aficionado a aquel artículo de equipamiento en particular, y solía llevárselo cuando pensaba que podríamos encontrar más resistencia de la que esperábamos. Más tarde resultó que iba a tener ocasión de estar todavía más agradecido por esa pequeña costumbre suya. Pero, para ser sincero, si hubiera sabido lo que íbamos a encontrarnos allí abajo, hubiera preferido cargar contra los orcos, incluso contra el gargante, con una pata de silla rota antes que volver a poner el pie en aquellas cavernas.

Sin embargo, tal como estaban las cosas, permanecía feliz en mi ignorancia, e

incluso estaba lo bastante relajado como para bromear con mi ayudante cuando apareció junto a mi hombro, precedido como siempre de su particular variedad de aromas.

—¿Se acordó de traer los malvaviscos esta vez? —pregunté, haciendo la misma broma que Amberley cuando había visto el melta que llevaba en Gravalax. Él sonrió avergonzado.

—Me debo de haber despistado, señor.

—No se preocupe. Tan sólo hará falta encontrar alguna otra cosa para que la tueste —dije.

—No estoy seguro de que eso sea muy sensato —dijo Logash, apresurándose a unirse a nosotros, y mirando con cierto recelo la enorme arma térmica—. Eso prácticamente vaporizaría a la criatura.

—Junto con un trozo bastante grande de la pared que tuviera detrás —coincidí. Los meltas están diseñados para atravesar el blindaje de los tanques, y utilizar uno para aniquilar a una sola criatura podría parecer exagerado para la mayoría de la gente, pero en lo que a mí concierne, eso no existía, especialmente si se trataba de una cosa del tamaño de la bestia que ya había visto fugazmente.

—Entonces nunca sabríamos lo que era —objetó Logash. Yo me encogí de hombros.

—Tendré que superar tamaña decepción —dije, y después me apiadé de su expresión abatida—. Pero estoy seguro de que no hará falta llegar a eso. La elección de arma de Jurgen es únicamente para contingencias imprevistas.

—Ya veo —dijo, asintiendo, y trató de imaginar qué tipo de contingencias serían esas. Bueno, lo iba a averiguar en breve.

—Aquí estamos —dijo el soldado que iba en cabeza, y su voz sonó metálica en el comunicador. La sargento del escuadrón, una mujer joven, fornida y de baja estatura, que se llamaba Grifen, ordenó hacer un alto, y Logash se calló, ansioso por ver a nuestra presa. Habría preferido que me acompañaran Lustig y su equipo, ya que habían estado allí abajo antes, pero Penlan estaba demasiado entumecida por sus heridas para enfrentarse a más paredes de hielo y yo no quería el apoyo de un escuadrón que tuviera sus fuerzas disminuidas. Además que, como veteranos, eran necesarios en la línea principal, especialmente con la amenaza del gargante aproximándose.

El escuadrón de Grifen había tenido pocas oportunidades de combatir hasta ahora, y la misma sargento acababa de ser ascendida, así que aquella pequeña excursión me había parecido la ocasión perfecta para que se estrenara en el mando sin demasiada presión (qué ironía, teniendo en cuenta cómo salieron las cosas). Sus soldados parecían bastante competentes, y habían superado el impulso de mirar boquiabiertos las formaciones de hielo y los reflejos destellantes en los primeros minutos, entrando en la rutina de la caza de xenos con una eficiencia que resultaba tranquilizadora.

Miré túnel abajo, donde los haces de nuestros iluminadores se reflejaban en el montón de trozos de hielo caídos que señalaban los límites del agujero por el que había caído la otra vez. Tenía la belleza fantasmagórica de siempre, y a pesar de lo triste de nuestra misión me encontré deleitándome en su visión mientras me volvía para hablar con Grifen.

—Es aquí —dije—. El final del mapa. Una vez pasemos este punto estamos en territorio desconocido.

—Entendido, señor. —Hizo un saludo esmerado, ocultando su nerviosismo para cualquiera menos hábil que yo en la lectura del lenguaje corporal. Comenzó a dar órdenes a su escuadrón—. Vorhees, encabeza el grupo. Drere y Karta, cubridlo. Hail, Simia, vigilad nuestras espaldas. Nos pondremos en marcha tan pronto como el comisario dé la orden, así que moveos —a pesar de su poca experiencia, era buena motivando a la gente, y comencé a sentirme algo más tranquilo acerca de nuestros compañeros de viaje (al menos de la mayoría…).

—¿Hay alguna huella? —preguntó Logash ansioso. Grifen lo miró levemente sorprendida, como si se le hubiera olvidado por un momento que íbamos con un civil. Se encogió de hombros.

—Díganoslo usted, que para algo es el experto —supongo que cualquier otra persona hubiera sido tan sensata como para darse cuenta de que le estaban haciendo un desaire, pero Logash, como la mayor parte de los tecnosacerdotes con los que me he topado, tenía las mismas aptitudes sociales que una alfombrilla de baño[20]. En vez de calmarse, como cualquier persona normal, asintió entusiasmado, y comenzó a agitar un auspex por todas partes como si fuera un incensario.

—Hay algunas estrías interesantes en la capa de hielo —dijo—, que podrían corresponder a marcas de garras debajo de esta. Aun así son demasiado imprecisas para poder asegurarlo, pero…

Crucé la mirada con la de la sargento, y enarqué las cejas en una pantomima de exasperación tolerante.

Ella me dedicó una sonrisa nerviosa, insegura acerca de cómo responderle a un comisario con sentido del humor, y sin duda intimidada por mi reputación.

—Creo que si su gente está lista, podríamos seguir adelante —dije, con la certeza de que lo estarían, y ella dio la orden rápidamente.

—Vorhees, frente y centro. Vamos a conseguir un nuevo trofeo para la pared del comedor. —Logash me lanzó una mirada triste, de la cual hice caso omiso, y el soldado que iba en cabeza se dejó caer hábilmente por el agujero del suelo.

—Estoy abajo —dijo, todavía con la voz atenuada a través del comunicador—. No hay señales de vida. —El resto de su equipo[21] lo siguió, descolgándose hacia abajo por el oscuro agujero. El brillo de sus iluminadores era ahora visible, y se extendió a través del suelo de hielo como el primer eco del alba surgiendo en algún lugar a un klom o dos por encima de nuestras cabezas[22], ondulándose como una aurora boreal.

—Nuestro turno —dije, con una alegría que esperaba que nadie notara que era

forzada, y me dirigí con aire confiado hacia el agujero, tratando de eliminar el recuerdo de mi vertiginosa caída hacia lo desconocido el día anterior. Salté por la pendiente, y el sostén de la cuerda me resultó más reconfortante de lo que pensaba. De repente me di cuenta de que los tacones de mis botas estaban haciendo crujir los cristales de hielo del suelo. La estancia estaba tal y como la recordaba: sin rasgos distintivos, salvo por la boca del túnel que habíamos venido a investigar. Sólo que esta vez estaba llena de soldados. Un instante después Jurgen se deslizó junto a mí. El pesado melta, que llevaba colgado a la espalda, lo hizo inclinarse hacia un lado, pero recobró el equilibrio y lo volvió a colocar en su sitio. El pequeño grupo de soldados que nos rodeaba se apartó uno o dos pasos.

Logash llegó después, agarrándose demasiado fuerte a la cuerda, por lo que descendió en una serie de tirones y giros violentos. Los guardias observaron su progreso con mal disimulado regocijo, expectantes por si se producía una caída ignominiosa. Sin embargo, en su favor debo decir que lo consiguió, dejando escapar un gran suspiro al alcanzar el suelo de la caverna.

—¿Está usted bien? —pregunté, extendiendo una mano para tranquilizarlo. Él asintió.

—Sí, estoy bien. Es que, para ser sincero, no me gustan demasiado las alturas. —Se fijó en la salpicadura de icor que estaba donde había disparado a nuestra presa y se dirigió rápidamente a examinarlo sin decir una palabra.

Poco después lo oí murmurar decepcionado por el modo en que nuestras huellas habían perturbado cualquier rastro que aquella cosa hubiera podido dejar.

Levanté la vista para comprobar los progresos de Grifen y los cuatro soldados que quedaban, que estaban descendiendo sin problemas. Cuando volví a bajar la mirada, el pequeño tecnosacerdote estaba discutiendo furioso con el soldado Vorhees. Me encaminé hacia ellos para investigar, preguntándome una vez más si haberlo traído causaría más problemas de los que valía la pena.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté, tratando de parecer razonable. Vorhees estaba sujetando al joven tecnosacerdote por la parte superior del brazo con firmeza, conteniéndolo a ojos vista. El soldado hizo un gesto brusco con la cabeza, señalando irritado la entrada del túnel por el que había desaparecido la criatura.

—Intentó pasar delante de mí —dijo. Dirigí el haz de mi iluminador hacia la oscuridad, arrancando miles de destellos de las paredes irregulares. Después me volví para fulminar a Logash con la mirada.

—Pensaba que le había quedado claro que debía permanecer junto a Jurgen —dije. Mi ayudante había aceptado el encargo especial de hacerle de guardaespaldas con la misma flema que el resto de las órdenes, y supongo que a Logash se le podría perdonar el hecho de que no le hiciera demasiada gracia. Sin embargo, en ese momento aquella no era mi principal preocupación. Se desasió de un tirón de Vorhees con una petulancia que me recordó a la de un chaval enfurruñado, y señaló hacia el suelo del túnel que estaba iluminado por el haz de mi iluminador.

—Estaba buscando huellas —dijo, y era evidente que quería decir mucho más—. El suelo aquí está demasiado pisoteado para poder encontrar nada.

—Bien. De acuerdo —dije. Me volví hacia Vorhees—. Téngalo vigilado. Que no se aleje a más de cinco metros. —Volví la vista hacia Logash—. Eso debería ser suficiente, ¿no?

—Oh, desde luego. —Avanzó un par de pasos por el túnel, iluminado por el haz del iluminador que Vorhees había adosado a la culata de su arma, y se puso en cuclillas para agitar el auspex a su alrededor. Con la seguridad de que aún podía oírme, me volví sonriente hacia Vorhees.

—Quizá lo apresemos antes si le dejamos algo de cebo.

—Merece la pena intentarlo —coincidió, sonriendo a su vez. Logash hizo caso omiso, concentrado en sus rituales de adivinación de datos. Tras unos instantes volvió a donde estábamos, aún murmurando mientras estudiaba la pantalla de la pequeña máquina.

—¿Y bien? —preguntó Grifen—. ¿Ya puede decirnos lo que es?

Logash parecía confuso.

—Bueno, hay indicios. Si estuviéramos en otro lugar, podría adivinarlo, pero el hábitat está mal…

—Entonces denos todos los datos que pueda —lo animé suavemente. Grifen asintió, apartándose el pelo negro de los ojos como si estuviera tratando de descifrar las runas de la pantalla, pero era todo jerga de tecnosacerdote y ninguno de nosotros podía encontrarle sentido alguno. Logash se encogió de hombros.

—Está claro que excavó estos túneles —dijo—. Hay marcas de garras en las paredes y en el techo, al igual que en el suelo. —Un atisbo de miedo se extendió entre la mayoría de los soldados. El estrecho túnel era lo bastante alto como para andar erguido, incluso para mí[23], y si no era lo bastante ancho como para que camináramos de dos en dos, al menos tenía la amplitud suficiente para poder ver más allá del hombre que iba delante (y también disparar, que era lo más importante). La criatura debía de tener bastante alcance, al menos eso estaba claro.

—Bueno, no vamos a encontrar nada si nos quedamos aquí parados —señalé, más por tranquilizar a las tropas que por otra cosa—. Y aún tenemos que hacer un mapa de estos túneles —así que nos pusimos en marcha en la oscuridad, con los nervios de punta por la expectación cargada de temor.

Me sentía más a gusto allí abajo que cualquiera de mis compañeros, a excepción, posiblemente, de Jurgen, que sencillamente aceptaba la situación como hacía con todo lo demás, con un estoicismo taciturno. Aquellos túneles eran distintos de los túneles a los que estaba acostumbrado, sin embargo. Giraban y serpenteaban aparentemente de manera aleatoria, con innumerables ramificaciones que terminaban en un punto muerto o giraban sobre sí mismos para volver al túnel del que veníamos, o se dividían en más túneles radiales. Tuve varias oportunidades para agradecerle al Emperador mi sentido de la orientación, sin el cual me habría perdido

en un instante, pero el instinto que me permite saber más o menos dónde estoy y la distancia que he recorrido en un entorno subterráneo resultó ser tan fiable como siempre.

—Esto es un maldito laberinto —murmuró una de las soldados, Drere creo que se llamaba, entre dientes. Grifen la silenció con unas cuantas palabras bien elegidas, como suelen hacer los sargentos a lo largo y ancho de la galaxia. Logash avanzaba en el centro del grupo junto a mí, ya que esperaba mantener un número respetable de soldados fuertemente armados entre mi persona y la criatura, sin importar la dirección desde la que se acercara. Logash coincidió, haciendo caso omiso de la regañina de la sargento.

—Es de unas dimensiones sorprendentes para haber sido excavado tan recientemente —añadió. Justo en ese momento comencé a sentir en las palmas de las manos el mismo cosquilleo que suelo sentir cuando mi subconsciente me advierte de algo que mi lóbulo frontal aún no ha procesado.

—¿Cómo de reciente? —pregunté. Logash señaló algo en la pantalla del auspex que no pude ver con claridad.

—Unas pocas semanas —dijo—. Como mucho dos meses —en otras palabras, más o menos por la época en la que llegaron los orcos, y eso era demasiada coincidencia. No es que creyera ni por un momento que lo que estábamos persiguiendo fuera algún tipo de garrapato[24]. Las probabilidades eran remotas, ya que cualquier cosa que los verdosos hubieran traído consigo hubiera llegado a las mismas coordenadas. Pero el armatoste espacial que los había traído al sistema (y, para alivio mío, había vuelto a la disformidad en cuestión de horas) podría haber llevado en sus entrañas un número indeterminado de otro tipo de horrores, y si eso era así, no sería extraño que algo más hubiera aprovechado la oportunidad de aterrizar en el planeta al mismo tiempo.

Traté de acordarme de pedirle a Quintus que buscara en los archivos de los sensores del sistema de control de tráfico orbital de la refinería cuando volviéramos. Lo más probable era que el resplandor de energía de la disformidad emitido por la emergencia de aquel armatoste, mil veces más fuerte que el de una nave espacial, los hubiera deslumbrado, pero podría haber alguna pista que con tiempo tal vez fuéramos capaces de descifrar.

Cualquier pensamiento acerca de la materia que pudiera haber tenido se vio interrumpido al notar un leve temblor bajo las suelas de mis botas. Sentí de nuevo un cosquilleo en las palmas de las manos, y tuve un presentimiento. El estrecho pasadizo me parecía mucho más claustrofóbico que antes, aunque esa no es una sensación muy normal en mí. El leve temblor se hizo más fuerte, y dejé de intentar identificarlo. Sentí un golpe en la espalda que me hizo inclinarme hacia delante cuando Grifen tropezó conmigo, deteniéndose inmediatamente.

—¿Comisario, qué sucede? —preguntó.

—¡Silencio! —Escudriñé el túnel de arriba abajo, estirando el cuello para ver lo

mejor posible más allá de los soldados que tenía a ambos lados. La luz de nuestros iluminadores se retiró en ambos sentidos, aun arrancando destellos de la profunda superficie azul del hielo que nos rodeaba—. ¡Algo se acerca!

—Aquí no hay nada —crepitó la voz de Vorhees por el comunicador desde una distancia de unos cien metros túnel arriba.

—Aquí atrás tampoco hay nada —dijo la soldado Hail con voz tensa. No puedo culparla por ello, la retaguardia es la segunda posición más vulnerable de la columna. Todos me miraron, probablemente preguntándose si el comisario se había vuelto loco. Salvo por Jurgen, por supuesto, que sin duda ya se había hecho a la idea hacía muchos años. Pero todos mis instintos de habitante de colmena seguían insistiendo en que yo tenía razón, algo se acercaba, aunque no lo hubiéramos visto aún.

De repente lo comprendí. ¡La criatura a la que perseguíamos era un horadador! No necesitaba llegar hasta nosotros por un pasadizo ya existente. Sin duda había detectado nuestra presencia de algún modo, probablemente captando las vibraciones de nuestras pisadas, y se dirigía directo a nosotros por la ruta más rápida.

—¡Jurgen —grité—, denos algo de espacio! —adivinando mis intenciones, los soldados que estaban más cerca de nosotros se dispersaron por el pasadizo. Grifen se llevó a Logash entre protestas, ya que no se iba a molestar en tratar de explicárselo. Su voz quedó repentinamente ahogada por el siseo producido por el melta mientras Jurgen disparaba a la pared, convirtiendo al instante doce metros cúbicos de hielo en vapor, que se condensó casi al momento por las temperaturas bajo cero, llenando de niebla el estrecho pasadizo.

Llegó justo a tiempo. Un instante después, la pared, que se había vuelto a congelar, se hizo pedazos, lanzándonos una ráfaga de brillantes fragmentos de hielo, y la pesadilla viviente con la que me había encontrado la otra vez estaba entre nosotros.

Por desgracia, yo era el que más cerca estaba de ella, y apenas tuve tiempo de sacar un arma antes de que se lanzara sobre mí. A tan poca distancia una pistola habría sido totalmente inútil, así que saqué mi espada sierra casi sin pensar, y realicé un bloqueo instintivamente, de esa manera irreflexiva a la que se llega con mucha práctica. Fue una suerte que lo hiciera. Un brazo tan largo que parecía imposible, con las garras que había vislumbrado la otra vez, me lanzó un golpe justo cuando estaba seleccionando la velocidad máxima. Probablemente me habría destripado si no hubiera desviado el golpe. La hoja gimió, haciendo cortes profundos en las placas de quitina que bien podrían haber pertenecido a un tiránido, y aquella cosa aulló de rabia y de dolor.

Apenas era consciente de la presencia de Jurgen haciéndose a un lado para dejarles espacio a los demás soldados, cuyos iluminadores, fijados a las culatas de sus armas, iluminaban el enfrentamiento. Estaban esperando para poder disparar sin vaporizarme junto con el monstruo contra el que luchaba, pero esperaban en vano. Estábamos demasiado cerca el uno del otro, y dábamos vueltas demasiado rápido, para que cualquiera pudiera tener la menor esperanza de obtener una línea de fuego clara.

(A propósito, son los momentos como este los que demuestran lo sensato de mantener la ilusión de que me preocupan los soldados comunes. No tengo ninguna duda de que si yo fuera el tipo de comisario que se basa más en la intimidación que en el respeto para conseguir que se haga el trabajo, y hay muchos de esos por ahí, la mayor parte de los soldados rasos hubieran disparado igualmente, y habrían informado alegremente de que la criatura había acabado conmigo primero. Es una lección que trato de enseñar a mis cadetes, esperando que los menos estúpidos de entre ellos lleguen a disfrutar de una carrera razonablemente larga, pero tal vez mis esfuerzos sean vanos).

Me metí debajo del pecho de aquella cosa, que apenas me llegaba a la barbilla, e intenté evitar las enormes mandíbulas que me lanzaron un mordisco a la cara mientras me agachaba. Curiosamente, los largos brazos de la criatura tenían la articulación a dos tercios de su altura, por lo cual, cuanto más cerca permaneciera de ella, más le costaría alcanzarme. Eso me venía estupendamente. Le lancé un tajo al tórax con la hoja, que emitía un fuerte zumbido, y sentí cómo los dientes alcanzaban su objetivo, obteniendo como recompensa una ducha de icor y vísceras malolientes. Volvió a aullar, abriendo las mandíbulas hasta un nivel casi imposible y bajando la cabeza para lanzarme una dentellada.

Eso era justo lo que había estado esperando. La táctica solía funcionar bien con algunas de las bioformas tiránidas más grandes, así que estaba preparado y a la espera, y le introduje la punta de mi fiel espada sierra en la boca abierta para que se abriera paso, masticando satisfecha, hasta lo que parecía el cerebro de la criatura. Retiré la mano rápidamente, temiendo que cerrara aquellas terribles mandíbulas por reflejo, y le abrí un enorme tajo en el lateral de la cabeza desde dentro. La sangre y los fluidos corporales salpicaron la pared y se convirtieron en hielo en pocos segundos.

Aquello fue suficiente; la criatura cayó, obligándome a gatear hacia atrás de un modo muy poco digno para apartarme, y se desplomó sobre el hielo, a mis pies. Unos finos copos de nieve se condensaron en el vapor y ascendieron, brillando como pequeñas galaxias a la luz de nuestros iluminadores.

—Ha sido increíble —dijo Grifen, que no sabía si seguir el protocolo o el impulso de darme unas palmaditas en la espalda. El murmullo de voces entre los soldados me hizo darme cuenta de que ella no era la única que había quedado impresionada. Sólo Logash estaba mirando a la criatura y no a mí, con una expresión confusa que casi resultaba cómica.

—Ahí tiene usted a su espécimen —le dije, devolviendo mi fiel espada sierra a su funda—. ¿Cree que podrá identificarlo?

—¡Es un ambull! —exclamó, negando con la cabeza, desconcertado—. Pero no puede ser. Provienen de Luther Macintyre IX…

—Jamás había oído hablar de él —afirmé—. Pero no sería la primera vez que una especie salta a otro planeta.

—Esa no es la cuestión. Las colonias ambull ya son conocidas en docenas de

mundos. —El joven tecnosacerdote parecía totalmente desconcertado—. Pero son criaturas del desierto, como el linaje original. Esta criatura no debería estar en un mundo helado.

—Quizá se ha perdido —sugirió uno de los soldados. Su comentario provocó risas burlonas entre sus compañeros. Yo no me uní a ellos. Algo iba tremendamente mal, eso era evidente, no necesitaba el cosquilleo en las manos para saberlo. Cuando miré a la criatura a la que había matado, me fijé en algo que no me cuadraba del todo.

—¿Dónde están las heridas de la pistola láser? —preguntó Jurgen, trasladando mis pensamientos a palabras antes de que yo tuviera tiempo de hacerlo—. Estoy seguro de haber visto que lo alcanzaba la otra vez…

—No es el mismo —dije, mirando a Logash para que me lo confirmara—. Eso quiere decir que debe de haber otra cosa de estas aquí abajo con nosotros.

—Seguramente más de una —confirmó ansiosamente—. Los ambulls suelen formar grupos sociales muy extensos.

La cosa iba mejorando, pensé amargamente. Si lo hubiera sabido… Lo peor estaba aún por llegar.



Nota editorial:

Gracias a la obsesión del Administratum por guardar informes es posible obtener casi cualquier información que uno desee, no importa lo trivial que sea, de las profundidades de los archivos imperiales. Bueno, eso si eres capaz de encontrar lo que buscas entre los espesos matorrales de palabrería inútil que lo rodean. Basta con decir que localizar el acta de la reunión entre Kasteen y los oficiales al mando en el complejo de la refinería fue algo frustrante, por decir algo, aunque pensándolo bien mereció la pena el esfuerzo, especialmente porque la trascripción nos proporciona información vital relativa al trasfondo, sin la cual el relato de Cain acerca de los eventos posteriores puede parecer algo confusa.

El acta fue redactada por el amanuense Quintus, cuyo estilo de redacción algo idiosincrásico me hace sospechar que no esperaba que nadie fuera a leerlos jamás.

Acta de la reunión del Comité para la Defensa y Conservación de Simia Orichalcae de la Incursión Orca (por la gracia de Su Majestad), convocada para el día 648.932.M41 (demasiado temprano para un desayuno decente).

Hallándose presentes:

La coronel Regina Kasteen, del 597.º de Valhalla, una aguerrida y hermosa guerrera que actúa como gobernadora militar del sistema de Simia Orichalcae.

El mayor Ruput Broklaw, su segundo al mando, igualmente aguerrido pero mucho menos apuesto.

Artur Morel, excavador profesional de túneles.

El mago Vinkel Ernulph, tecnosacerdote de mayor rango, con demasiado metal donde debería tener el cerebro.

La codiciaría Marum Pryke, el regalo del Emperador al Administratum, al menos eso piensa ella.

Yo.

Aduladores y parásitos varios.

Con el siguiente orden del día:
Defensa de la refinería (de hecho, lo único de lo que hablamos).

Procedimientos:
La coronel Kasteen llamó al orden a los reunidos. A continuación volvió a llamarlos al orden. El mayor Broklaw disparó su pistola láser al aire, y entonces pudo comenzar la reunión.
La coronel Kasteen presentó un plan para inutilizar al gargante y, con suerte, eliminar a un gran número de los orcos que nos asediaban al mismo tiempo. Esto se basaba en el hecho de que los túneles de la mina se extendían un poco más allá del perímetro de la refinería; dado el enorme peso de la cosa, debería ser posible provocar un derrumbamiento en las galerías que había debajo con una cantidad suficiente de explosivos.
El mago Ernulph quería saber a qué distancia de la refinería ocurriría la explosión, señalando que los tanques de promethium estaban casi llenos, y que si las cosas se torcían, toda la refinería podría verse reducida a un cráter humeante.
El mayor Broklaw señaló amablemente que en ese caso ninguno de nosotros estaría presente para quejarse.
La codiciaría Pryke planteó la cuestión de que la instalación estaba vinculada a un valor crediticio bastante significativo, y que su destrucción supondría una fluctuación del 0,017 por ciento en el comercio medio del sector. Continuó sugiriendo que deberían encontrar una estrategia alternativa. La coronel Kasteen dijo que si quería podía salir fuera y pedirles a los orcos que se marcharan, si pensaba que eso sería de ayuda.
Morel ofreció los servicios de sus mineros para determinar el lugar óptimo para la colocación de las cargas explosivas, dada su experiencia con la geología local, cosa que la coronel le agradeció (tiene una sonrisa muy bonita).
Ya que nadie tenía ninguna otra sugerencia para inutilizar al gargante, Ernulph reconoció que sería preferible que fuéramos nosotros y no los orcos los que voláramos el lugar.
Saqué el tema del comisario Cain y su partida de exploración, preguntando cómo se las iban a arreglar si todavía seguían bajo tierra cuando hicieran estallar la mina. Kasteen y Broklaw parecían muy preocupados con ese asunto, admitiendo que sus probabilidades de sobrevivir bajo esas circunstancias serían muy pequeñas. Broklaw añadió que estaba seguro de que ya habrían vuelto para entonces, ya que el comisario tenía una especie de don para escapar de dificultades como esa. Yo sugerí que les transmitiéramos una advertencia, pero al parecer estaban a demasiada profundidad para poder hacerles llegar un mensaje.

Sin embargo, estuviera donde estuviese, estoy seguro de que lo estaba pasando mejor que nosotros.



SEIS

Estoy seguro de que no era el único que le iba dando vueltas al repentino anuncio de Logash mientras nos adentrábamos aún más en el laberinto de pasadizos que conformaban la guarida de los ambulls. Pensar que estábamos compartiendo aquellos túneles con un número desconocido de depredadores de pesadas armaduras no resultaba precisamente tranquilizador. El laberinto era increíblemente extenso, tal y como había señalado el tecnosacerdote; si hubiéramos tenido que recorrerlo entero, probablemente habríamos permanecido allí abajo hasta que el Emperador se levantara del trono[25], pero por fortuna eso no sería necesario. Entre mis instintos de habitante de colmena, los conocimientos de xenología de Logash, y las lecturas de su auspex, estábamos empezando a hacernos una idea bastante aproximada de la distribución de aquel lugar.

—¿Alguna idea acerca de cuántas más de esas cosas puede haber aquí abajo? —le pregunté, tras asegurarme de que estábamos lo bastante lejos como para que el resto de los soldados no pudieran oírnos (excepto Jurgen, por supuesto, en cuya discreción sabía que podía confiar plenamente). No tenía sentido asustarlos aún más si la respuesta era tan mala como me temía. Logash se quedó unos instantes pensativo, como si se estuviera comunicando con alguna voz interior (cosa que bien podría haber estado haciendo. He conocido a muchos tecnosacerdotes con un implante interno de almacenamiento de datos conectado a lo que les queda de cerebro. Pero también podría ser que tuviera una indigestión).

—A juzgar por la extensión del sistema de túneles, y suponiendo que su teoría de que llegaron en el mismo armatoste espacial que los orcos… —comenzó (la teoría no era correcta, como descubriríamos más tarde, pero el momento de su llegada fue el mismo, así que, al final, no había ninguna diferencia).

Lo interrumpió el ruido de una ráfaga de disparos láser más abajo, y un sinfín de voces gritando que se superponían con los múltiples ecos de los retorcidos túneles adyacentes. Activé mi comunicador.

—Grifen, ¿qué está pasando? —pregunté.

—Contacto. Otra criatura. —Hablaba de manera concisa y tranquila, por lo que la situación parecía bajo control. Avancé apresuradamente, ya que no quería estar muy

lejos del grueso de nuestra potencia de fuego si había más bestias que hubieran sido atraídas por el ruido del combate.

—No más de media docena —terminó Logash, jadeando detrás de mí. Sin duda sintió la misma necesidad que yo, sólo que más fuerte, al ser el único miembro de nuestro grupo que iba totalmente desarmado. El hecho de que le quedara suficiente carne para atraer a un ambull era discutible, por supuesto, pero decidí no pensar en ello en ese momento—. Probablemente menos, a estas alturas —añadió cuando se acabaron los disparos.

Bueno, era un alivio saberlo. Aquellas criaturas no eran tan duras comparadas con algunas de las cosas a las que me había enfrentado, y las noticias de que no era probable que nos encontráramos con muchas más era de agradecer.

El cadáver de nuestra última víctima estaba unos cuantos metros más allá, en un túnel más amplio que salía del que estábamos siguiendo. Estaba rodeado de soldados parloteando y acribillado por los agujeros cauterizados de los impactos de los rayos láser. Vorhees respiraba agitadamente, temblando por la tensión, y evitando las atenciones del sanitario del escuadrón. La parte frontal de su armadura antibalas estaba bastante mellada, y se veía a través de los desgarrones de su abrigo. Averigüé, por las conversaciones que estaban teniendo lugar a mi alrededor, que la criatura había conseguido acercarse antes de que finalmente consiguiera derribarla.

—Bien hecho —lo felicité, palmeándole la espalda. Demostrar a los soldados que me preocupaba por ellos no hacía ningún daño, aunque realmente no me preocupara.

—Son malditamente persistentes, ¿eh, señor? —dijo, sonriendo débilmente.

—Cuesta un poco cargárselos —coincidí. Cosa que por supuesto le recordó a todo el mundo que yo me había cargado al mío cuerpo a cuerpo. Dirigí la vista hacia el cadáver, preguntándome si sería el mismo al que había disparado la otra vez, pero Vorhees lo había destrozado tanto al dispararle con la automática que no quedaba demasiado de él para averiguarlo.

—También son rápidos —afirmó Vorhees. Al parecer aquella cosa lo había atacado en el túnel principal. Apenas le había dado tiempo a levantar el arma antes de que se abalanzara sobre él.

—Interesante —dijo Logash. Estaba mirando las paredes del túnel mientras manoseaba de nuevo su auspex. Tras un instante, se volvió hacia mí—. Creo que hemos encontrado una de las vías principales. —Bueno, era cierto que parecía bastante más ancho que los túneles que habíamos estado siguiendo hasta ahora.

—¿Y eso qué significa? —pregunté. El tecnosacerdote se encogió de hombros. Me di cuenta de que su túnica blanca empezaba a tener un aspecto bastante mugriento. No era el atuendo más adecuado para luchar en un túnel, pero era evidente que no se le había ocurrido cambiarse antes de salir. O eso, o no tenía más ropa que esa. En cualquier caso.

—La estancia principal debería estar en uno de los extremos de este túnel. —Lo recorrió con la vista, lleno de incertidumbre. Medité sus palabras cuidadosamente.

—¿Y estancia principal significa…? —pregunté…

—El nido o guarida principal —respondió Logash con la avidez de un entusiasta —. Los ambulls son criaturas sociales, con fuertes instintos familiares, y tienen tendencia a reunirse cuando no están cazando o…

—Vorhees —lo interrumpí—. ¿De dónde venía la criatura? —Logash parecía algo dolido por haber sido interrumpido tan bruscamente (sin duda debía de pensar que estaba llegando a la parte interesante). El soldado señaló con el pulgar más allá de aquel trozo de carne que estaba empezando a congelarse rápidamente, y que ahora estaba rodeado de un nimbo color granate de sangre congelada.

—Por ahí —indicó.

Mi sentido de la orientación se puso en funcionamiento y me fijé distraídamente en que iba casi directamente a las líneas orcos de asedio. Me invadió un presentimiento.

—Si estuviera regresando a la guarida, hubiera llevado alguna presa para compartirla con los otros —interrumpió Logash amablemente.

El área cubierta por nuestros iluminadores no mostraba nada, aparte del ambull desmembrado. Ahí estaba la respuesta. No íbamos a poder completar nuestra misión de reconocimiento sin pasar por una caverna llena de aquellas monstruosidades. Maravilloso. Pero aunque la perspectiva no era nada halagüeña, aún lo era menos la de una horda de orcos entrando en tropel por estos túneles para matarnos a todos.

—Agrúpense —ordené—. Prepárense para concentrar su potencia de fuego. —Grifen asintió, y fue a gritarles a Hail y a Simia, que estaban mellando sus cuchillos de combate tratando de cortarle la cabeza al ambull. Hasta ese momento pensaba que bromeaba cuando hablaba de llevarnos un trofeo, pero al parecer dos de sus soldados se lo habían tomado al pie de la letra.

—Moveos —ordenó—. Por equipos, cubriendo al comisario y al mecano[26]. Logash hizo gala de más sentido común del que había mostrado hasta entonces y fingió no haberla oído. Debo confesar, sin embargo, que me sentí algo mejor sabiendo que todos los demás estarían cubriéndome las espaldas (por si se preguntan por qué Grifen debía preocuparse por mi bienestar y el de Logash: me consideraban como el más capacitado para valorar cualquier información que pudiéramos obtener, y Logash… bueno, digamos que Kasteen no quería tener más tratos con el Adeptus Mechanicus de los que ya tenía).

Así que nos pusimos en marcha con cautela, en dirección al centro del laberinto, con todos los sentidos alerta por si detectábamos cualquier movimiento en la oscuridad. Habíamos discutido la posibilidad de apagar algunos de nuestros iluminadores con la esperanza de pasar un poco más desapercibidos, pero según Logash no supondría ninguna diferencia, ya que, de todos modos, aquellas criaturas podían ver en la oscuridad. Comenzó a explicar cómo[27], pero no tenía ningún sentido para mí y dejé de escuchar poco después.

El segundo equipo aún iba en cabeza. Grifen ya daba muestras de tener el sentido

común de un viejo comandante a la hora de quedarse rezagada para tener una visión objetiva de todo el escuadrón, a pesar de que Karta (el ASL[28] y cabo al mando del equipo de artillería) había cambiado a Vorhees a un lugar donde el sanitario pudiera vigilarlo, y había puesto a Drere en cabeza. Tenía cierto sentido, supongo, ya que Vorhees todavía estaba algo nervioso tras su encuentro cara a cara con el ambull, pero yo lo hubiera dejado donde estaba; si era de gatillo fácil, era mejor dejarlo donde no hubiera más que objetivos frente a él. En cualquier caso yo estaba más atrás, así que a mí me daba igual.

Jurgen, Logash y yo íbamos juntos en el centro, manteniendo una distancia de seguridad entre el grupo que iba en cabeza y el que nos cubría las espaldas, ya que si alguno hacía contacto, yo quería estar lo más lejos posible del peligro. Por supuesto, todavía me inquietaba la habilidad de los ambulls para abrirse paso directamente a través del hielo y llegar hasta nosotros, pero me mantuve alerta con mi paranoia al máximo nivel, y por ahora no había notado ninguna de las reveladoras vibraciones que parecían indicar que otra de esas bestias se acercaba.

—¿Y qué tal saben? —preguntó Jurgen. Volví a prestar atención al parloteo de Logash, y averigüé que su monólogo acerca del ciclo vital de los ambulls, su estructura social y su hábitat, finalmente había proporcionado una información útil. Por lo visto se habían hecho algunos intentos para domesticar a aquellas cosas como fuente de carne en mundos desérticos[29].

—Me han dicho que saben más o menos como los grox. —Logash parecía algo incómodo, y le di una palmadita en la espalda.

—Excelente —dije—. Enviaremos de vuelta a un grupo de recolectores para que recuperen los cadáveres una vez hayamos limpiado el nido. —Toda la comida que la refinería tenía para ofrecer consistía en una docena de variedades distintas de lentejas verdes que ya habían empezado a resultar pesadas, a pesar de que eran frescas y provenían de sus propios almacenes. Naturalmente, habíamos traído nuestras propias provisiones, pero pensé que un buen filete fresco me animaría bastante. Además, las criaturas se habían estado comiendo a los mineros, así que parecía justo devolverles el favor.

—Buena idea, señor —exclamó Jurgen, entusiasmado. Logash tenía un aspecto un tanto verdoso para tratarse de alguien con tal cantidad de implantes. Quizá fuera vegetariano, si es que aún se molestaba en seguir comiendo.

—Oigo algo que se mueve —dijo Drere, con la voz ligeramente aplanada por el intercomunicador.

—Agrupaos. Preparados para el contacto. —Griffen dio la orden con tranquila autoridad, y me encontré en el centro de un pequeño grupo de soldados mientras el primer equipo nos alcanzaba. Nosotros seguimos caminando hasta que nos juntamos con ellos y nos reunimos bajo las luces de los iluminadores del segundo equipo.

—Aquí hay una caverna. —La voz de Drere sonó algo tensa a través del intercomunicador.

—Mantengan la posición —ordenó Karta con voz tranquila, aunque visiblemente forzada—. Esperen al resto.

—Confirme eso —solicitó Drere, algo más tranquila. Me dio la impresión de que las luces que se movían delante de nosotros estaban ahora más juntas, reflejándose con mayor intensidad en los fragmentos de cristal que cubrían las paredes irregulares del túnel—. No pienso pegar mi… ¡Por las entrañas del Emperador!

Se oyó el estampido de una pistola láser que arrancó destellos a todo lo largo del túnel, y los iluminadores que estaban delante de nosotros se balancearon aún más frenéticamente que antes cuando los que los llevaban comenzaron a correr. Nosotros hicimos lo mismo, haciendo crujir los cristales de hielo al aplastarlos con nuestras botas. Logash se resbalaba de vez en cuando, cuando perdía adherencia. Los valhallanos, por supuesto, no tenían esas dificultades, y yo había adquirido la suficiente experiencia en correr por el hielo con ellos a lo largo de los años como para evitar resbalones. Saqué mi pistola láser.

—¡Janny! —gritó Vorhees, y una segunda arma comenzó a disparar en apoyo. Un instante después oímos un alarido que resonó por los túneles y me puso los pelos de punta, y un aullido que me dejó medio sordo pidiendo apoyo a través del intercomunicador.

—¡Sanitario! ¡Soldado herido! —gritó Karta. Para entonces todos habíamos llegado al escenario de la carnicería. El túnel, de hecho, se había ensanchado hacia una gran sala central, de unos treinta metros de largo, y con un puñado de pasadizos que salían de la pared a intervalos irregulares. Drere había caído, y su sangre humeante estaba empezando a congelarse, formando una capa dura y resbaladiza sobre una herida abierta que había recibido en el pecho. Tenía el rostro contraído por el dolor y estaba muy pálida por la impresión. Vorhees estaba inclinado sobre ella, disparándole rayos láser a la monstruosidad que obviamente le había infligido la herida y haciéndola retroceder entre gritos de ira y frustración[30].

La caverna era un verdadero torbellino de cuerpos que se retorcían y disparos por todas partes. Los haces de los iluminadores y los rayos láser emitían multitud de destellos cuando los soldados giraban las armas para enfrentarse a la amenaza que percibieran más cerca. Decidí que no era lugar para mí, y me hice a un lado para permitir que el equipo de Grifen se uniera a la batalla. Le puse un brazo en el pecho a Logash como si pretendiera protegerlo del peligro (de hecho, como sería de esperar, si alguna de aquellas bestias se hubiera acercado lo más mínimo a nosotros, podría habérselo llevado con mi bendición; y si hubiese sabido la cantidad de problemas que estaba a punto de causar, probablemente se lo hubiera lanzado a la más próxima, deseándole buen provecho).

Los refuerzos arrimaron el hombro con muy buena voluntad, apuntando a la oleada de monstruos furiosos que surgían de entre las sombras para atacarnos. Había demasiados para contarlos, o al menos eso parecía en aquel momento. Cuando las esquirlas de hielo finalmente se asentaron, pudimos comprobar que las estimaciones

de Logash no eran tan descabelladas, pues eran cinco las criaturas tendidas en el suelo. Pero si me hubieran pedido que hiciera un cálculo aproximado entre tanta confusión, probablemente habría dicho que había docenas de ellas.

—¡Elijan los blancos! ¡Disparen con tino! —gritó Grifen, dando ejemplo con sus propias acciones. Apretaba el gatillo de forma metódica, realizando un único disparo a la cabeza del ambull más cercano con una precisión encomiable, apuntando a los ojos y a la boca. Un rayo láser impactó contra el paladar de la bestia haciendo saltar hacia atrás un trozo de masa cerebral, que se quedó colgando de la pared helada y se solidificó como una excrescencia obscena mientras la criatura caía de espaldas. Se desplomó con un estruendo que pude oír por encima de la cacofonía de la batalla.

—¡Que el Omnissiah nos proteja! —Logash temblaba, conmocionado, lo cual me sorprendió dada la gran cantidad de metal que había en él. Era evidente que mirar hologramas de especies exóticas en la comodidad de sus habitaciones era mucho más divertido que tener a la realidad ensangrentada tratando de arrancarle a uno la cara.

—Aquí. Ocho en punto. —Jurgen hizo un gesto familiar con las manos y arrojó por encima de las cabezas de los monstruos más cercanos una granada de fragmentación que estalló en medio de los que estaban atrincherados en la parte de atrás (las crías que acababan de salir del nido, tal como dijo Logash cuando tuvo la oportunidad de examinarlas, pero a mí me parecían bastante peligrosas avanzando sedientas de sangre, igual que las otras con las que nos habíamos encontrado).

Un grito a mi derecha me hizo volver la cabeza justo a tiempo para ver un par de horribles mandíbulas cerrándose sobre el brazo del sanitario con un fuerte crujido que me hizo pensar en huesos rotos o algo peor. Mientras la criatura lo levantaba del suelo, yo me volví, con la espada sierra chirriando, y avancé de un salto para cortarle aquella enorme mandíbula. Él sanitario cayó pesadamente, agarrándose el brazo herido, y rebuscó en su bolsa un autoinyectable con la mano sana. Eso debería haber sido suficiente para demostrar mi participación en la batalla y permitirme volver a hacerle de niñera a Logash, pero, como era de esperar, aquella cosa vino a por mí. Hice oscilar de nuevo el arma, maldiciéndome por mi estupidez. Jurgen levantó el melta, vacilante, incapaz de disparar sin matar a tantos de los nuestros como criaturas, y tuve un instante para preguntarme si alguna vez tendría la oportunidad de sugerirle que la próxima vez eligiera algo más manejable, como un rifle infernal o un lanzallamas. Entonces, una línea de cráteres ensangrentados apareció en el pecho del ambull.

—¡Gracias! —le grité a Karta, y le di el golpe de gracia a mi enemigo, que apenas se mantenía en pie, separándole la cabeza de los hombros mientras caía de rodillas (cosa que probablemente era innecesaria, pero era un gesto sumamente teatral para un héroe del Imperio, y a los soldados que me rodeaban pareció gustarles).

De repente me fijé en que se hacía el silencio a nuestro alrededor, interrumpido sólo por el ruido del hielo al volverse a congelar y por los gemidos de los heridos.

—¿Bajas? —pregunté, volviendo a mi apariencia preocupada por los soldados.

Grifen me dio un rápido informe.

—Dos de gravedad. Unos cuantos cortes y cardenales entre el resto, pero sobrevivirán. —Volvió su atención al sanitario, que estaba tratando a Drere lo mejor que podía con la mano buena. Vorhees lo ayudaba con expresión compungida.

—¿Cómo está? —pregunté, acercándome a ellos.

—Se pondrá bien —dijo Vorhees secamente, dejando claro que no estaba de humor para aceptar ningún otro resultado; me acordé de cómo había pronunciado su nombre de pila cuando empezó la lucha, y me olí problemas. Estaba claro que su relación no era simplemente profesional. Y si ella moría, sin duda él se culparía por no haber ido en cabeza en su lugar. De cualquier modo, estaba claro que sus pensamientos ya no iban dirigidos a los objetivos de la misión—. ¿Verdad, doc[31]?

—Claro que sí —respondió el sanitario, y todos menos Vorhees percibimos la incertidumbre presente en su voz—. Sólo habrá que implantarle un pulmón y un hígado y quedará como nueva.

Eso suponiendo que consiguiéramos llevarla de vuelta a tiempo. Yo lo dudé. Nuestra misión estaba lejos de haber acabado, pero no habíamos visto señales de presencia orca en aquellos túneles, y los pielesverdes no eran exactamente sutiles. Y ya que hablamos de ello, tampoco habrían dejado a ningún ambull con vida ahí abajo. Lo más probable era que el sistema de túneles fuera completamente seguro, y no ganaríamos nada llegando hasta el final.

Por otro lado, no he llegado a vivir doscientos años siendo complaciente. Teníamos que asegurarnos de que los orcos no conocían la existencia de los túneles, y la más mínima duda podría echar al traste por completo nuestros planes de defensa de la refinería. Pero esa certeza sólo podríamos adquirirla con tiempo; un tiempo que estaba claro que Drere no tenía si queríamos salvarle la vida.

Odio ese tipo de elecciones. No suelen terminar bien, y lo único que se puede hacer es elegir la menos mala, lo cual me ponía muy nervioso. ¿La certeza de que aquello era así, o la pérdida potencial de mi cuidada imagen de líder que se preocupa por los soldados con los que sirve? La ilusión de que era uno de ellos me había salvado la vida muchas veces, al pagarme con la misma lealtad que creían que yo sentía por ellos.

Fue Jurgen el que me sacó del punto muerto en el que estaba mi vacilante cerebro. Tal y como le había ordenado, se había quedado cerca de Logash, quien, como era de esperar, hizo caso omiso de la carnicería que lo rodeaba. Ahora estaba entreteniéndose en agitar el auspex por toda la estancia y arrancar trozos de hielo de las paredes con sus dedos potenciados por razones que se me escapaban.

—Comisario, debería echarle un vistazo a esto. —Como era habitual, la voz de mi ayudante no daba muestras de excitación, pero lo conocía lo bastante bien como para reconocer el trasfondo de urgencia en su tono. Me dirigí hacia la esquina donde estaba agachado el tecnosacerdote, escarbando en el hielo como un niño en la arena de la playa.

—¿Qué es lo que ha encontrado? —pregunté, y después de que haber echado un buen vistazo por encima de su hombro, deseé no haberlo hecho.

—Parece un vertedero —dijo, y su voz parecía la de un joven comparando estadísticas de scrumball. Cogió un fragmento de hueso que parecía inquietantemente humano.

—¿Un qué? —preguntó Jurgen, frunciendo el ceño.

—Un montón de restos —explicó Logash—. Los ambulls están bastante bien organizados y dejan sus desperdicios en una parte concreta de la guarida… —Di un paso atrás cuando me di cuenta de lo que eran aquellas partes descoloridas en el hielo en las que estaba escarbando tan alegremente. El tecnosacerdote siguió parloteando —. Analizándolos de forma adecuada podríamos determinar qué estaban comiendo…

—Ya sabemos lo que estaban comiendo: Mineros. —Grifen se unió a nosotros y bajó la voz—. Drere está muy mal, comisario. ¿Seguimos adelante, o volvemos? —Estaba claro cuál era la alternativa que prefería.

—Dudo que eso hubiera constituido una fuente de alimento suficiente —dijo Logash, que seguía cavando, respondiendo distraídamente a la única parte del comentario de Grifen que suscitaba su interés. Comenzó a sacar algo grande del hielo —. ¿Qué tenemos aquí?

—Es un cráneo —respondió Jurgen amablemente, incapaz de reconocer una pregunta retórica aunque saltara y lo mordiera. Me quedé mirando el cráneo, preguntándome ociosamente a cuál de los desafortunados mineros pertenecería, y de repente me quedé helado cuando algo en su forma hizo saltar alarmas en mi mente. El cráneo era de frente prominente y parecía bastante pesado. Tenía la mandíbula prognática, y cuando Logash le quitó el hielo de alrededor, pudimos ver unos colmillos que sobresalían de la parte inferior.

—Es de un orco —añadí innecesariamente.

Así que ahí estaba mi respuesta. Aunque los pielesverdes fueran o no conscientes de ello, había un camino hasta aquel laberinto más allá de sus líneas, y cualquier elección que hubiera podido hacer era ahora discutible. Me volví hacia Grifen.

—Seguimos adelante —dije.



SIETE

Había llegado la hora de tomar una decisión de vital importancia: ¿cuál era la mejor manera de mantener la moral? No creía que a ningún soldado se le ocurriera incurrir en un desafío abierto contra un comisario, ni siquiera a Vorhees, cuya preocupación por Drere parecía superar con creces a cualquier otra consideración, pero abandonar sin más a nuestros heridos no era una opción aceptable. Eso provocaría una desmoralización general, ya que todos se preguntarían si ellos serían los siguientes a los que se dejaría morir abandonados.

Eso no es algo a lo que uno quiere que empiecen a darle vueltas sus soldados en la cabeza. Una idea así los pone nerviosos y los hace inestables, y uno llega a convencerse de que están tan preocupados por cuidar de su propio pellejo que dejan de centrarse en lo realmente importante, que es cumplir los objetivos de la misión y cuidar del mío.

Procuré que todos me vieran y oyeran cuando consulté a Logash.

—¿Es probable que nos topemos con más de estas criaturas? —le pregunté. El tecnosacerdote frunció el ceño.

—Tal vez —respondió por fin—, pero lo dudo. Al parecer, estos eran una pareja en época de reproducción y sus crías, y teniendo en cuenta el tamaño medio de un grupo familiar…

—Interpretaré eso como un no —dije con firmeza, interrumpiéndolo antes de que pudiera abrumarnos a todos con detalles que no venían al caso—, lo cual significa que podemos dividir nuestras fuerzas. —Tal como esperaba, en todas las caras que nos rodeaban se encendió una chispa de interés, exceptuando, como es lógico, a Drere y al sanitario, que estaban demasiado ocupados sangrando para prestar demasiada atención. Ah, y Jurgen, que no solía mostrar mucho interés por nada que no fueran pantallas pornográficas.

—¿Dividirnos cómo? —preguntó Grifen.

Señalé a los heridos y a Vorhees, que se inclinaba ansioso sobre su yacente amiguita.

—El segundo equipo ha quedado reducido a tres efectivos, y serán necesarios dos para transportar a Drere —dijo. Vorhees alzó la cabeza como un perro de caza al oír

el chasquido de apertura de una lata de comida. En sus ojos había una chispa de esperanza—. Eso deja a uno libre para apuntar y derribar a cualquier criatura que podamos haber dejado escapar. —Grifen asintió, con una mezcla de entendimiento y de alivio.

—Los va a mandar de vuelta —dijo, y era más una afirmación que una pregunta.

—Cuanto antes mejor —asentí antes de volverme hacia Karta—. Será mejor que se ponga en marcha, cabo. Contamos con usted. —La verdad es que me importaba un bledo, como entenderán, pero sonaba bien, y era una buena manera de pasarle el muerto. Si alguien moría antes de llegar al hospital de campaña, al menos yo ya me había lavado las manos.

—Lo conseguiremos —dijo con decisión. Saludó y salió volando para organizar a los suyos.

—¿Debo entender que vamos a seguir adelante con la mitad de las fuerzas? —intervino Logash, evidentemente preguntándose qué disformidad me proponía hacer. Señalé el cráneo que él había desenterrado.

—Es lo que haremos el primer equipo, Jurgen y yo —dije—. Es evidente que hay una forma de bajar hasta aquí desde detrás de las líneas de los orcos, aunque los pielesverdes todavía no se hayan dado cuenta, y no vamos a volver hasta que la hayamos encontrado y cerrado la brecha en nuestras defensas. —De más está decir que yo no esperaba encontrarme realmente con ninguna de aquellas bestias, ni toparme allí abajo con alguna otra cosa capaz de atacarnos ahora que habíamos matado a los ambulls, de lo contrario, jamás se me hubiera ocurrido hacer tal cosa. No obstante, en ese momento sólo trataba de encontrar una excusa razonable para quedarme allí abajo y evitar al gargante.

—Ya veo. —Logash se quedó pensándolo, con aquella mirada medio perdida—. Entonces supongo que yo debería seguir acompañándolos.

Para ser sincero, no lo había pensado. De habérseme ocurrido, con gusto me habría desembarazado de él, pero pensándolo mejor, si se unía a los heridos, lo único que haría sería retrasar su marcha, y suponía que su auspex podría resultarnos útil. En suma, decidí que era marginalmente preferible mantenerlo a nuestro lado.

—Supongo que sí —dije. Dejé que Jurgen lo vigilara y me volví para observar la partida de los heridos. Intercambié una última palabra con Karta, asegurándome de que llegara a oídos de Kasteen lo del cráneo de orco que habíamos encontrado y reforzara la entrada a la mina hasta que volviéramos. A continuación les deseamos la velocidad del Emperador y nos quedamos mirando cómo se balanceaban las luces de sus iluminadores a medida que se alejaban por el túnel.

A pesar de que confiaba en que estábamos solos allí abajo, avanzamos en plena formación de combate. Hail abría la marcha, sosteniendo su rifle láser con la displicencia propia de una veterana, lo cual me resultaba tranquilizador. Simia la seguía. Los dos trabajaban bien juntos, había entre ellos un entendimiento intuitivo que probablemente era el fruto de una relación personal, como era lógico en una

unidad mixta. Detrás iba Lunt, el especialista en armas pesadas del escuadrón, portando un lanzallamas. Esa era otra de las cosas que me gustaba ver delante de mí y no detrás, aunque Lunt había dado muestras de prudencia al no haberlo utilizado durante el encuentro en la guarida de los ambull, limitándose en cambio a usar la pistola láser que llevaba en una cartuchera al cinto[32]. (Muy conveniente, realmente, ya que lo más probable era que hubiese asado a todo su escuadrón junto con aquellos animales). Su aventajada estatura y su fornida constitución le permitían transportar los depósitos de promethium con facilidad, y el líquido que contenían se movía plácidamente de un lado a otro mientras iba andando.

A continuación iba yo, junto con Logash, Jurgen y Grifen, que iba un poco rezagada y lo más alejado posible de mi ayudante, mientras la soldado Magot, una pelirroja menuda, de ojos inquietantemente duros, ocupaba la retaguardia. En todo el escuadrón, ella era la única que trataba a Grifen con cierta familiaridad, y que se movía con la gracia de un soldado experimentado. (Más tarde descubrí que habían servido juntas algún tiempo, y que había pedido el traslado al escuadrón de Grifen cuando esta fue promovida. No consideré prudente hacer más indagaciones).

A pesar del callado temor que teníamos todos, no volvimos a encontrar ambulls, lo cual, pueden creerme, fue un inmenso alivio, y las únicas pisadas que se oían eran las nuestras. Como todos los demás, yo mantenía los oídos atentos al sonido áspero y gutural de las voces orcos y al crujido de las botas con puntera de hierro sobre la escarcha, pero lo único que se oía era el ruido casi subliminal del hielo que se agrietaba lentamente. Creo recordar que ya llevábamos algún tiempo de marcha, pues los mensajes de voz del segundo equipo se habían vuelto prácticamente inaudibles, cuando Logash se paró a examinar las paredes del túnel.

—Qué curioso —dijo.

—¿Qué es? —pregunté, anteponiendo la prudencia a la súbita irritación que sentí al chocar contra él y clavarme su codo metálico en las costillas. A modo de respuesta, extrajo un puñado de hielo de la pared, que al caer dejó a la vista la oscura superficie gris de algún tipo de roca, todavía con los surcos de las garras de los ambull marcados en ella.

—Estamos por debajo de la capa de hielo. En realidad, en la base rocosa del planeta. Es fascinante.

—Me alegro de que encuentre el paseo tan interesante —dije, pero el tecnosacerdote era casi tan impermeable al sarcasmo como Jurgen, y por toda respuesta hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No es exactamente la palabra que elegiría, pero sin duda es mejor que recalibrar los interociters —respondió alegremente. Por supuesto, no tenía la menor idea de lo que quería decir, de modo que sonreí y le sugerí que volviéramos a ponernos en marcha. Por desgracia, conseguir que moviera las piernas no fue suficiente para hacerlo callar, y siguió charlando sobre la geología subyacente de la cadena montañosa de extensión desmesurada.

—Las montañas están ahí, sin más, ¿no es cierto? —dijo Jurgen después de un tiempo, parpadeando perplejo. Logash negó con la cabeza antes de responder.

—Sí, para nuestra limitada percepción del tiempo, pero a escala geológica, es decir, del orden de millones de años, la corteza de un planeta es tan fluida como una cazuela llena de estofado sobre el fuego. —Bueno, había que reconocer que sabía qué metáforas podían atraer a Jurgen—. Los estratos inferiores suben a la superficie y se van desgastando gradualmente por los procesos de la erosión.

—¿Lo que usted está diciendo —preguntó Jurgen lentamente— es que estas montañas son como una zanahoria muy grande? —Con gran esfuerzo conseguí no reírme, aunque a Magot, que estaba detrás de mí, se le escapó un bufido.

—Es una manera de hablar. —Era evidente que Logash no estaba seguro de que Jurgen hubiera entendido la idea—. Flota en la superficie de la cazuela. Tal vez hace unos cuantos millones de años toda esta zona fuera una planicie abierta, o el fondo de un océano.

—¿Cómo puede haber un océano cuando todo está congelado? —insistió Jurgen con absoluta inocencia, pero Logash asintió como un profesor ante un estudiante que promete.

—Una buena pregunta —prosiguió, tras pensárselo un momento y pasando por alto la expresión de sorpresa complacida de mi ayudante—. En sus comienzos, este debió de haber sido un mundo mucho más hospitalario, pero está demasiado lejos del sol y se fue enfriando gradualmente. El punto en el que nos encontramos ahora es una plataforma continental, por eso hemos penetrado tanto en su capa rocosa. El hielo llega a decenas de kilómetros de profundidad desde la cadena montañosa, que por entonces debió de haber sido una cadena de islas. O tal vez esto fuera una planicie costera que se inundó cuando los océanos se congelaron y aumentaron de volumen[33].

—Hay algo ahí delante —informó Hail un momento después, y yo me apresuré a reunirme con ella, agradecido por tener una excusa para librarme de aquella charla interminable. Puede que parezca grosero, pero pueden creerme, después de varias horas de verborrea interminable hubieran sentido lo mismo. Mientras me adelantaba empecé a sentir un cosquilleo en las palmas de las manos.

—¿De qué se trata? —pregunté, poniéndome a su lado. Lila se había detenido junto a la entrada de un túnel lateral y asomaba la cabeza. El iluminador adosado al cañón de su rifle láser paseó su cono de luz por las paredes y el suelo.

Fue entonces cuando me di cuenta. A diferencia de los irregulares túneles de los ambulls por los que habíamos venido hasta aquí, este corredor era cuadrado, de líneas y ángulos regulares bajo su revestimiento de hielo. No había forma de saber quién podría haberlo construido ni obtener algún tipo de información, ya que la epidermis congelada ocultaba todo detalle.

—Lunt —ordené después de un momento de meditación—. Venga aquí. —El fornido soldado se acercó a nosotros y apuntó hacia el misterioso túnel con su

lanzallamas, buscando un objetivo.

Se perdía en la distancia, engullendo los rayos de nuestro iluminador como si fueran la tenue luz de una vela. Después de un momento, disparó el arma, lanzando corredor adelante un chorro de promethium ardiente que hizo desaparecer las sombras de los rincones y las reemplazó por parpadeantes espectros anaranjados. El vapor humeó y de las paredes empezó a caer agua cuando el chorro de combustible ardiendo cayó al suelo y derritió el hielo a su alrededor.

Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. Es una sensación extraña que no he experimentado demasiadas veces. Me volvieron a la cabeza recuerdos terribles de hacía años, y reconocí la arquitectura de obsidiana que nos rodeaba, piedra finamente pulida de negrura absoluta que en cierto modo parecía tragarse la luz, tanto más oscura e impresionante por el leve brillo que la recubría.

—Que Omnissiah nos proteja —exclamó Logash a mi lado con voz entrecortada, y por un momento creí que él también lo había reconocido, pero las palabras que siguieron revelaron una ignorancia que casi agradecí—. Debemos presentar un informe completo de esto inmediatamente. No teníamos la menor idea de que el planeta hubiera estado habitado antes…

—Todo el mundo fuera —ordené—. Activen las cargas de demolición y dispónganse a sellar esto ahora mismo.

—¡Comisario! —Grifen parecía un poco confundida. Supongo que se le podía perdonar que pensara que me había vuelto un poco sigmi[34], pero en esos momentos lo que menos me preocupaba era lo que pudieran pensar de mí los demás—. Se supone que son para cerrar los túneles a los orcos.

—Hay cosas peores que los pielesverdes —dije.

Grifen parecía un poco escéptica al respecto, al fin y al cabo los orcos habían sido el enemigo proverbial y acérrimo de los valhallanos (y no me interpreten mal, no vacilarían en lanzarse contra cualquiera de los enemigos del Emperador que se les pusiera en el camino, pero puestos a escoger, preferirían matar a los pielesverdes), pero dio por buena mi palabra.

—¿Está usted loco? —exclamó Logash, alzando la voz en un intento claro de desafío—. El conocimiento aquí encerrado podría ser valiosísimo. No sabemos por qué se construyó esta estructura, ni quiénes lo hicieron.

—Yo sí —afirmé mientras señalaba una de las paredes, iluminada por las llamas mortecinas del charco de promethium, donde podía verse un curioso diseño de líneas y círculos parcialmente visible a través de una cortina de hielo semiderretido—. La construyeron los necrones.

El nombre no significaba demasiado para la mayoría, por supuesto. Aparte de mí, sólo Jurgen se había topado con ellos, y su encuentro había sido mucho menos próximo y personal que los terrores de los que yo había escapado en Interitus Prime. No obstante, los soldados parecían dispuestos a aceptar mi palabra. Me hubiera gustado decir lo mismo respecto del tecnosacerdote.

—¡Pero no puede hacer desaparecer sin más un descubrimiento de semejante magnitud! —Logash estaba prácticamente fuera de sí—. ¡Piense en la arqueotecnología que podría ocultarse ahí abajo! ¡Destruirlo sería un crimen contra el Omnissiah!

—Al diablo con el Omnissiah —dije por fin, cerrándole la boca—. He jurado servir al Emperador, no a un montón de tornillos, y eso es exactamente lo que pretendo hacer. ¿Tiene la menor idea de lo que sucedería en caso de que hubiera necrones durmientes ahí abajo y de que hiciéramos algo que pudiera molestarlos?

—Estoy seguro de que sus soldados se ocuparían de ellos, sean quienes sean —replicó Logash con gesto envarado.

—Pues yo no —repliqué sin pensarlo. Entonces recordé quiénes más estaban allí y seguí adelante como si hubiera pensado agregar lo siguiente desde el principio—. Yo respondería por este regimiento ante cualquier cosa, desde eldars a demonios, pero ni siquiera los mejores soldados de la Guardia podrían aguantar mucho contra una incursión de necrones a escala real. Estas cosas ni siquiera son seres vivos en el sentido en que nosotros lo entendemos. No se puede razonar con ellos, no se los puede intimidar, y reunidos en número suficiente, simplemente son imparables. ¡No dejarán de atacar hasta que no quede nada vivo en este planeta! —Cuando terminé, tuve la incómoda certeza de que el tono de mi voz había ido subiendo. Procuré recuperar una apariencia tranquila.

—No está actuando racionalmente con respecto a esto —insistió Logash—. Si hubiera necrones activos aquí abajo, ¿no habrían matado a los ambulls?

—Sólo para empezar —dije. Mi antigua pesadilla sobre orcos que salían como un torrente por estos pasadizos estrechos para saquear y destruir me parecía ahora decididamente tranquilizadora.

Combatí los recuerdos de aquellas caras metálicas e inexpresivas que parecían calaveras avanzando a través de ráfagas de fuego de rifles infernales como si fuera una refrescante lluvia primaveral y el horror me recorrió el cuerpo. Supuse que Logash podría tener razón. El templo, o lo que fuera, podría haber sido abandonado, claro que eso mismo habíamos pensado allá, en Interitus Prime, y mira cómo salieron las cosas. Entrar en un lugar tan profano era una perspectiva demasiado peligrosa, y si Logash y sus muchachos tenían tanto empeño en asumir un riesgo tan descabellado, bien podrían hacerlo una vez que nos hubiéramos ocupado de los orcos y nosotros estuviéramos ya lejos.

No es que pensara quedarme en esta bola de hielo hasta que nos hubiéramos librado de los pielesverdes. El hallazgo de un artefacto necrón lo cambiaba todo, y lo mejor que podíamos hacer era evacuar nuestras fuerzas y volver al *Puro de Corazón*, ponerlo todo en manos de la Inquisición y dar el asunto por terminado. Puede que incluso tuviera ocasión de renovar mi relación con Amberley, lo cual al menos sería un aspecto positivo de todo este asunto… Siempre y cuando ella no me arrastrase a otra escapada suicida en nombre del Ordo Xenos, claro está.

Grifen no necesitó que se lo repitiera y empezó a activar las cargas de demolición. Una vez más, mi inmerecida reputación obraba en mi favor, y ella sin duda pensó que si una cosa era tan mala como para hacer que un héroe del Imperio tuviera que cambiarse la ropa interior, seguro que era algo con lo que ella no querría toparse.

—¡No puede hacer esto! ¡Simplemente no se lo permitiré! —gritó Logash como un niño petulante mientras Simia y Hail colocaban las cargas. Dio un paso adelante, como dispuesto a interferir, pero Jurgen le cerró el paso con el rifle de fusión y negando con la cabeza.

—Será mejor que no se interponga, señor —le dijo. Logash alzó una mano hacia el cañón como si fuera a apartarlo de un manotazo. De repente tomé conciencia, no sin cierta inquietud, de la fuerza que podría tener en sus extremidades potenciadas, y sólo el Emperador sabía qué otras pequeñas alteraciones ocultaría aquella holgada túnica. Di un paso adelante, liberando ostensiblemente la pistola láser que llevaba al cinto.

—Me permito recordarle —le advertí en un tono definitivo— que este mundo está actualmente bajo ley marcial. Eso significa que usted está sometido a mi autoridad como cualquier miembro de la Guardia, y estoy en todo mi derecho de resolver sumariamente cualquier intento de interferir con la protección de esta instalación. —Captó de inmediato lo que quería decir y, aunque de mala gana, se sometió. Me miró con una expresión de disgusto malintencionado que en nada se parecía a la actitud de idiotez despreocupada que yo me había acostumbrado a esperar. Supongo que habría resultado intimidatorio de no haber recibido ese tipo de miradas de los expertos en otros tiempos (y pueden creerme, hasta que no se ha sacado uno de encima a un daemon, no se tiene la menor idea de lo que es realmente una mirada furiosa), de modo que le sostuve la mirada hasta que bajó la vista.

—Conducta característica de un saco de carne[35] —escupió con gesto despectivo, perdiendo una oportunidad de recuperar la dignidad—. Pasan por encima de todo lo que no entienden. No son mejores que los orcos. —Considerando que estaba rodeado de valhallanos fuertemente armados, no era exactamente lo más prudente que podría haber dicho, aunque hay que decir a favor de los soldados que siguieron trabajando sin que decayese su eficiencia, si bien dedicaron un segundo a echarle una mirada amenazadora. Se debió dar cuenta de que se había pasado de la raya, porque después de eso permaneció callado a pesar de no privarse de vez en cuando de farfullar comentarios apenas audibles sobre los ignorantes sacos de carne.

—Si le sirve de consuelo —lo tranquilicé—, no estamos destruyendo nada. —No es que hubiera decidido no hacerlo, pero si podía guiarme por la arquitectura necrónica con que me había topado antes, la extraña piedra negra era demasiado resistente como para que la magra cantidad de explosivo de que disponíamos pudiera ocasionarle un verdadero daño—. Simplemente la estamos aislando a modo de precaución. En cuanto la refinería esté a salvo, puede volver a bajar y escarbar para dar contento a su corazón. —En ese momento yo ya estaría por lo menos a un sector de distancia. Logash todavía parecía malhumorado, pero su expresión se había

suavizado un tanto.

—¡Preparadas! —bramó Magot, tal vez con demasiado entusiasmo para mi gusto, y nos retiramos a lo que nos pareció una distancia segura antes de que pulsase el detonador.

La explosión fue satisfactoriamente ruidosa e hizo caer un trozo del techo del corredor, que resultó estar construido de bloques cúbicos de esa extraña piedra negra que tenían la longitud aproximada de mi antebrazo. Cayeron de manera desordenada, seguidos por trozos de hielo y de roca que formaron un cierre de aspecto sólido sobre la boca del corredor, reduciendo la pista por la que habían venido los ambulls a la mitad de su ancho original.

—¡Genial! —dijo Magot con evidente satisfacción—. A ver quién se atreve a atravesarlo.

—No, espero que no lo veamos —repliqué. Por sólida que pareciera la barrera, si realmente había necrones al otro lado, no tardarían en abrirse camino para salir. Esos cuerpos metálicos eran incansables e implacables y sus armas y equipo era tan poderosos que hacían que los juguetes más refinados del Adeptus Mechanicus parecieran palillos aguzados. Procuré apartar de mi cabeza la imagen de antiguos horrores.

—Bueno, si ese era el camino por el cual los ambulls hacían bajar a un orco, está muy bien cerrado —dijo Grifen. Asentí. Parecía probable, pero supuso que era mejor asegurarse. Con gran esfuerzo me obligué a centrarme otra vez en la misión que teníamos entre manos.

—Haremos un barrido final antes de emprender el regreso —decidí con gran alivio de todos—. Tenemos que informar de esto. Tiene prioridad respecto a todo lo demás.

—¡Comisario! —llamó Simia desde el otro lado de la pila de escombros—. ¡Eche una mirada a esto!

Maldiciendo entre dientes, rodeé la pila de escombros guiándome por la luz de su iluminador, y llegué donde el soldado de aguzadas facciones se había acuchillado junto a algo metálico que evidentemente estaba congelado en el suelo del túnel y había sido desplazado por la explosión: un bólter de burda factura cuyo cargador había sido arrancado por lo que parecían unas marcas de garras.

—Un arma de los orcos —dije, haciendo explícito lo evidente—. Debe de haberla dejado caer uno de los ambulls que mataron mientras lo arrastraban hacia su guarida —Simia asintió.

—O sea que debe de provenir de un punto más avanzado del túnel.

Fantástico. La brecha en nuestras defensas seguía abierta de par en par. Titubeé un momento, pero al fin y al cabo no había otra opción. La amenaza de los necrones, por terrible que fuera, sólo era una amenaza potencial, y por ahora estaba contenida. Sin embargo, los orcos eran un peligro claro e inminente, y seguiría siéndolo hasta haber completado nuestra misión. Me puse de pie, lentamente y sin muchas ganas.

—¡Sargento! —llamé—. Reúnalos a todos. Seguimos adelante.



Nota editorial:

Una vez más debo disculparme por imponer a mis pacientes lectores (a excepción de aquellos que, cosa comprensible, opten por saltárselo) otro ejemplo de la prosa rimbombante de Sulla. Lo hago porque los acontecimientos seguían produciéndose en la superficie del planeta mientras Cain realizaba su inquietante descubrimiento en las profundidades de la mina. Y, como anteriormente, considero importante dar algunos detalles más de fondo que Cain, con su egocentrismo habitual, ha omitido.

Volvemos a su narración de los hechos en un punto en el cual su pelotón había sido retirado del frente para descansar y recuperarse, después de haber sufrido numerosas bajas mientras repelía una serie de asaltos cada vez más decididos de los orcos.

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general Jenit Sulla (retirada), 097.M42.

Me enorgullece decir que a pesar de la pérdida de tantos valerosos camaradas de armas cuyo sacrificio jamás será olvidado[36], nuestra moral seguía alta y nuestra determinación inquebrantable. Aunque los pielesverdes eran una molestia innegable, los habíamos mandado a paseo en todas las ocasiones en que nos fastidiaron, y no sin cierta reticencia nos retiramos de nuestro asediado reducto y lo dejamos a cargo del teniente Faril y de los entusiastas guerreros bajo su mando.

No obstante, cabezas más sabias que las nuestras habían tomado la decisión de relevarnos, de modo que no había apelación posible. De modo que recogimos a nuestros heridos y nos unimos a la ringlera de soldados agotados, pero todavía resueltos, y nos encaminamos de vuelta al complejo central de la refinería para procurarnos una comida caliente y unas cuantas horas de sueño. Nos tranquilizaba el hecho de que la lucha distaba mucho de estar determinada y de que pronto regresaríamos y volveríamos a tener nuestra oportunidad de ejecutar la venganza del Emperador sobre los bárbaros pielesverdes que habían tenido la osadía de meterse en sus sagrados dominios.

Mientras nos abríamos camino entre la nieve, encima de nuestras cabezas el cielo brillaba con las estelas de los transbordadores de nuestra robusta nave de transporte, y reflexioné sobre el hecho de que el benévolo destino y la guía de Su Gloriosa Majestad hubieran dispuesto las cosas para que, incluso en estas circunstancias, mientras nos enfrentábamos a sus bestiales enemigos, sus leales súbditos fueran puestos a salvo en la seguridad que ofrecían nuestras valientes naves. De hecho, la verdad de esa máxima de los soldados, «El Emperador protege», pocas veces se me había manifestado con

una claridad tan meridiana.

Fue mientras así reflexionaba, y disfrutaba de la comida inesperadamente abundante a base de lentejas verdes que los tecnosacerdotes que gestionaban este palacio de las maravillas habían ofrecido tan generosamente de sus propios recursos, que la coronel Kasteen me llamó al centro de mando.

A mi llegada, mi atención se vio inmediatamente atraída por la pantalla hololítica que la coronel estaba consultando con el mayor Broklaw, el capitán Federer del contingente de ingenieros y un civil que, según me dieron a entender, tenía algo que ver con la explotación minera del planeta[37].

Cuando oí el plan que la coronel empezó a describir, me sorprendió su osadía y elegancia. Consistía nada menos que en atraer a los detestables pielesverdes a una trampa que seguramente desembocaría en su aniquilación y la de su sorprendente máquina de guerra, que en ese mismo momento se estaba acercando cada vez más. ¡Qué adecuado me pareció usar la impetuosidad y el exceso de confianza de las criaturas para atraerlos hacia su propia destrucción!

Estudiando el plan en todos sus detalles se me reveló de manera inmediata lo inteligente de la orden de retirar a mi pelotón. Al reemplazar a las unidades agotadas en el frente con un número más reducido de soldados de refresco, nuestras tropas podían mantener la ilusión de estar siempre en plenitud de fuerzas, al menos durante las escasas horas necesarias para preparar nuestra trampa, al tiempo que podíamos ir reduciendo gradualmente el número de defensores. Cuando llegara el momento, podríamos replegar a los restantes para atraer a nuestros enemigos, cubriendo a nuestras propias fuerzas en retirada desde nuestras posiciones a uno y otro lado y sorprender a los orcos en un destructor fuego cruzado capaz de atraer su atención el tiempo suficiente para poder detonar la mina.

Por el talante melancólico de la coronel Kasteen había esperado que se me concediera el honor de actuar como señuelo en esta estratagema de la mayor astucia, pero al parecer nos iba a caber una gloria aún mayor. La coronel explicó que no hacía ni una hora que había recibido un mensaje del valiente comisario Cain, que en ese mismo momento se hallaba realizando su heroico reconocimiento de los niveles más profundos de la mina y que tenía la desasosegante impresión de que los pielesverdes tal vez hubieran encontrado una vía de acceso a los túneles. Aunque todos teníamos confianza en que un héroe de su categoría pudiera repeler fácilmente a cualquier enemigo lo bastante incauto para aventurarse por allí, se consideraba necesario proporcionar una escolta armada para los zapadores y mineros que habían de preparar la trampa; y puesto que el Segundo Escuadrón de mi propio pelotón había entrado en esos mismos túneles un día antes acompañando al comisario, éramos los más aptos para esta misión vital.

Debo confesar que sentí que se me henchía el pecho de orgullo al pensar en el honor de la tarea que se nos había encomendado, y aseguré a la coronel que, sin duda, nos mostraríamos dignos de su confianza.



OCHO

De más está decir que la decisión de seguir adelante con nuestra misión no fue del agrado de todos, aunque el único que hizo saber su descontento fue Logash.

Grifen y su equipo eran lo bastante profesionales para comprender la necesidad de procurar la seguridad de nuestros camaradas, por no mencionar nuestra propia seguridad, de modo que seguimos adelante en medio de un incómodo silencio. Lo único que se oía era el crujido de nuestras botas sobre la gruesa helada que todavía recubría el suelo del túnel y las imprecaciones *sotto voce* del tecnosacerdote. Por otra parte, pueden estar seguros de que nadie era más reacio que yo a seguir adelante. Todo el instinto de autoprotección que poseo me urgía a abandonar las cuevas de inmediato y encontrar alguna excusa para meterme en el primer trasbordador que me llevase a la seguridad relativa del *Puro de Corazón*.

—¿Comisario? —me preguntó Jurgen, y de repente me di cuenta de que estaba pronunciando entre dientes uno de los Catecismos de Mando, algo que juro que jamás había hecho conscientemente desde que dejé la schola. Con eso queda patente lo apabullado que estaba.

—No, nada —dije precipitadamente, simulando carraspear para desalojar una flema en medio de la oscuridad circundante—. Estaba despejando la garganta.

—Ah, vale —asintió con su imperturbabilidad habitual, y siguió caminando, con el melta listo para disparar.

Logash me echó una mirada aviesa.

—El miedo es el asesino de la mente, ¿verdad? —preguntó, lo cual me reveló al menos que su oído estaba sobrenaturalmente potenciado—. Creo que ya hemos demostrado eso por hoy. —Apenas podía creérmelo: aquí estábamos, atrapados entre dos enemigos con los que esperábamos no toparnos jamás, y todavía seguía rumiando su rabia por no haber podido saquear la maldita tumba.

—Yo por lo menos conservo la cordura suficiente para saber que debo tener miedo —le solté a modo de respuesta. Intercambiamos miradas airadas, como dos colegiales cuyo vocabulario es demasiado limitado para sostener un intercambio de insultos verbales, y estoy seguro de que habríamos descendido a los empujones y acusaciones mutuas de no ser porque la voz de Hail irrumpió en mi

intercomunicador.

—Veo luz más adelante.

Un estremecimiento de aprensión me recorrió de pies a cabeza. Todavía estábamos a gran profundidad, y aunque el suelo del túnel había ido ascendido suavemente a lo largo de los dos últimos kilómetros, mi natural afinidad por estas condiciones me decía que no estábamos en absoluto cerca de la superficie.

—Mantengan las posiciones —ordené, olvidada ya mi irritación con el truculento tecnosacerdote, y corrí a reunirme con ella. El olor familiar de Jurgen me siguió y pasamos al lado de Lunt y de Simia. El corpulento especialista en armas pesadas nos miró y empezó a preparar el lanzallamas lo que, ahora que estábamos por delante de él, hacía que su iniciativa resultara menos tranquilizadora de lo que habría sido en otras circunstancias.

Al aproximarnos a la posición de Hail apagué mi iluminador, y Jurgen me imitó un momento después. Como era mi costumbre, cerré los ojos al hacerlo, sabiendo que así mi visión nocturna se adaptaría un poco más rápido, ya que cosas así pueden significar la diferencia entre la vida y la muerte en estas situaciones, lo cual es cierto en muchos casos. Vi con alivio que Hail había atenuado su propia luz, o bien por experiencia o bien por sentido común, de modo que no había nada que interfiriera en mis percepciones mientras avanzaba hasta su lado.

—Por aquí, señor. —El susurro llegó de una de las sombras más profundas, donde la mujer se había camuflado haciéndose casi invisible. Su piel era muy oscura, casi del color del recafeinado, y ella aprovechaba al máximo esta ventaja natural[38]. Al moverse, su silueta se recortó sobre el fondo de una luz suave y grisácea que surgía de algún punto del túnel por delante de nosotros. Suspiré aliviado. Lo que había temido era encontrarme con la asquerosa luminosidad verdosa que lo impregnaba todo en la tumba de necrones en la que había penetrado antes, y al caer en la cuenta de que lo que nos salía al encuentro no tenía nada que ver con ellos, sentí algo muy parecido a la euforia.

—¿Alguna señal de movimiento? —pregunté. Hail negó con la cabeza, un movimiento apenas visible en la oscuridad que, más que ver, intuí.

—Nada hasta ahora —dijo.

—Bien. —Me quedé quieto un momento, permitiendo que mis sentidos de rata de túnel se adaptaran a este cambio de entorno. A medida que mis ojos se iban acomodando, el pálido resplandor pareció afianzarse, tomando la forma de un tenue disco irregular del tamaño aproximado de la uña de mi pulgar que resaltaba el relieve de la piedra más oscura que lo rodeaba. También sentí un débil soplo de aire en la cara, cargado de un olor frío y húmedo. Por imposible que pareciera, daba toda la impresión de una grieta que comunicara con la superficie—. Supongo que es eso —concluí.

—¿No estamos en un lugar demasiado profundo? —inquirió Logash junto a mi codo. Perdido en mis cavilaciones no había notado que lo tenía pegado a mí, y me

produjo un sobresalto que él celebró sin disimulo.

—Podría ser el fondo de una grieta —insinuó Jurgen. Me parecía posible, ya que él había nacido en un mundo como este, de modo que asentí.

—Eso explicaría lo del orco muerto —sugerí—. Simplemente cayó por aquí hasta los túneles. —Tal vez la caída lo había matado y los ambulls que se lo llevaron a casa tuvieron suerte, sin más, aunque según mi experiencia hacía falta más que una caída de unos cuantos centenares de metros por un agujero para acabar con un pielverde, especialmente si aterrizaba de cabeza.

—De modo que toda esta expedición ha sido una colosal pérdida de tiempo — concluyó Logash.

—Nada de eso —dije, negando con la cabeza—. Si un orco encontró el agujero, otros podrían hacerlo, y pueden descolgarse con una cuerda con tanta facilidad como cualquier otra especie. —Por supuesto, eso no es del todo cierto, pero son obcecados y testarudos, y a veces basta con eso.

—Entonces será mejor ir y comprobarlo —apuntó Hail, supongo que más por el gusto de contradecir al tecnosacerdote que por apoyarme a mí, aunque de todos modos agradecí la muestra de solidaridad.

—Estoy de acuerdo —asentí, poniéndome en marcha mientras los demás ocupaban sus puestos a mi alrededor y seguíamos adelante hasta el resplandor que se iba haciendo gradualmente más intenso. A medida que nos acercábamos, la tenue corriente de aire se fue haciendo más fuerte, y las temperaturas bastante tolerables de los túneles empezaron a descender con rapidez, tanto que me encontré otra vez tiritando a pesar de lo grueso que era mi capote.

—Huele como a nieve —dijo Grifen, cautelosa—. Debemos de estar acercándonos. —Yo estaba dispuesto a aceptar su opinión. Después de todo, ella conocía la nieve y el hielo igual que yo los túneles. Me sorprendió levemente que incluso la estoica valhallana se arrebujara un poco más en su abrigo. Si podía confiar tanto como creía en su instinto, eso no auguraba nada bueno.

El caso es que estábamos incluso más cerca de lo que yo pensaba. Superamos un recodo, rodeando un afloramiento de roca con vetas muy profundas que Logash identificó sin que yo le prestara la menor atención, y entonces el frío helador que había experimentado después de estrellarse el trasbordador me dio en plena cara junto con un débil rayo de sol que resultó casi cegador después de la penumbra de los túneles.

—¡Por las tripas del Emperador! —exclamé, tapándome la boca y la nariz con la bufanda y sintiendo como si el frío se me clavara en los pulmones. Por increíble que parezca, el túnel de los ambulls había horadado la superficie varios cientos de metros más abajo de lo que debería haber sido posible. Era indudable que volvíamos a estar fuera.

—Interesante —comentó Logash sin tiritar siquiera, que el Emperador confunda su pellejo sintético. La nieve se arremolinaba en torno a nosotros, metiéndosenos en

los ojos y oscureciendo todo lo que teníamos delante. Se lo pensó un momento—. Tal vez un pequeño valle que se adentra en las montañas…

Lo tuve en cuenta, haciéndolo coincidir con una estimación aproximada de nuestra posición sobre las imágenes orbitales que había visto en la pantalla hololítica del puente del *Puro de Corazón*. Era perfectamente posible que hubiéramos salido al corazón de la cadena que formaba uno de los lados del valle que protege el complejo de la refinería y nos encontráramos al pie de algún desfiladero que comunicase con el otro lado.

En ese caso, serían buenas y malas noticias al mismo tiempo. Mala por cuanto había realmente un camino por los túneles que atravesaba nuestras defensas; buena porque estaríamos a mucha distancia del grupo principal de los orcos que nos asediaban. Lo único que podía haber tan abajo en el otro lado de la cadena eran partidas despistadas o de exploración como la que habíamos encontrado antes.

Aunque yo ya estaba temblando, la idea bastó para que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza. No había manera de saber cuántos de esos grupos habrían ido por delante de la avanzadilla principal[39], y si alguien ya hubiera descubierto la entrada del túnel y enviado la información, el grueso del ejército podría aprestarse a sacarle ventaja. Bueno, a lo mejor no tantos, pero sí una fuerza lo suficientemente grande como para causarnos verdaderos problemas en caso de aparecer por detrás de nuestra línea defensiva. (No es que fueran a resistir ni un segundo una vez que llegara el gargante, por supuesto, de modo que iba a tener que apoyar el pulgar en la palma de la mano[40] en la esperanza de que Kasteen hubiera ideado alguna estrategia para ocuparse de ello mientras nosotros andábamos recorriendo los túneles).

—Huellas. —Magot estaba de rodillas sobre el hielo a unos metros de la cortina de nieve arremolinada, observando con atención. Yo no veía nada, pero una vez más deposité toda mi confianza en la afinidad natural de los valhallanos con estas espantosas condiciones climáticas. Grifen se acercó y se puso en cuclillas al lado de su amiga.

—Eso parece —confirmó—. Yo diría que botas de orco.

—¿Cuántos? —conseguí decir a través de la bufanda que amortiguaba mis palabras y a pesar de que tenía los músculos faciales casi paralizados por el frío. Magot se encogió de hombros.

—Un par tal vez —no parecía del todo segura—. Aquí el suelo está muy deteriorado.

—Un orco —confirmó Logash, barriendo el suelo con sus ojos metálicos y con un deje de impaciencia en la voz—. Y huellas de ambull. El pielverde debió de haberse caído por aquí, molestó al ambull y acabó sirviendo de almuerzo.

—¿Sólo un orco? —pregunté—. ¿Está totalmente seguro?

—Por supuesto —insistió Logash—. Está clarísimo para cualquiera que tenga los ojos adecuados para ver estas cosas. —Por lo general me habría resultado irritante el tono de típica arrogancia en la voz del tecnosacerdote, lo admito, pero en ese

momento sentí una especie de alivio. Supuse que estaba superando su mal humor, pero tenía cosas más apremiantes que considerar.

—Entonces, ¿qué pasó con los demás? —me pregunté en voz alta. Los orcos eran odiosos y pendencieros, pero dentro de su estilo brutal, curiosamente sociables, y era poco probable que nuestra solitaria víctima de los ambulls anduviera sola por allí. Es cierto que sus amigos no habrían perdido mucho tiempo en buscarlo una vez que hubieran notado su desaparición, pero, con todo, era posible que anduvieran cerca. Y eso significaba que podían caerse por allí tan fácilmente como su malogrado compañero.

—Buena pregunta —reconoció Logash—. Supongo que querrá explorar y asegurarse de que no hay más ahí fuera, ¿no?

Bueno, en realidad eso era lo último que quería hacer, pero era necesario, y ahora que alguien lo había mencionado, no podía volverme atrás.

—Es la única manera de estar seguros —dije, asintiendo y ocultando razonablemente bien mis pocas ganas de hacerlo. Sin embargo, creí notar la sombra de una sonrisa vengativa en la cara del tecnosacerdote.

En el exterior, las condiciones eran incluso peores de lo que yo podría haber imaginado. La nieve seguía arremolinándose a nuestro alrededor, empujada por un viento más afilado que el cuchillo de desollar de una bruja eldar, y por reflejo cerré los ojos a algunos pasos de la boca de la cueva. Fui presa del pánico cuando me di cuenta de que no podía volver a abrirlos: las lágrimas provocadas por el viento se habían congelado sobre mi cara y no me permitían abrirlos. Estaba a punto de ceder al impulso de volver sobre mis pasos (una forma segura de precipitarme hacia la muerte por una grieta o de morir de hipotermia apartado del ojo vigilante de mis compañeros) cuando un brazo tranquilizador se posó en mis hombros. Aspiré agradecido el olor acre de Jurgen, como si fuera el aroma de una buena cosecha, levemente sorprendido al comprobar que no había perdido el olfato.

—Aguante, comisario. —Algo se apoyó sobre mi cara y el ardor de los ojos se alivió un poco. Parpadeé para despejarlos, obligándolos a abrirse, sintiendo los cristales de hielo parcialmente derretidos deslizarse por el rabillo de los ojos. Vi el rostro borroso de Jurgen, al menos la parte de él que podía verse entre la bufanda y el grueso gorro de piel, oscurecido por un par de gafas para la nieve idénticas a las que me daba cuenta de que estaban protegiendo mi propia vista—. Con eso debería bastar.

—Gracias, Jurgen —conseguí articular a pesar de que tenía los músculos de la cara prácticamente inmovilizados. Su bufanda se movió como ocultando una sonrisa.

—Por suerte siempre llevo unas de más.

Eso fue lo más cerca que estuvo nunca de formular un reproche, aunque tenía todo el derecho a hacerlo, por supuesto. Las gafas formaban parte del equipamiento estándar de un regimiento valhallano, y yo tenía un par en algún lugar de mi alojamiento, pero jamás se me habría ocurrido que pudiera llegar a necesitarlas en las

profundidades de la mina, donde no eran normales estas condiciones árticas. Fue así que una vez más tuve que dar las gracias al Emperador por la minuciosidad de mi ayudante.

Observé sin sorpresa que los soldados del primer equipo llevaban también un par, pero, como en el caso de Jurgen, estas condiciones eran normales para ellos. ¡Por la disformidad! Daba la impresión de que estaban disfrutando con estas temperaturas infernales.

—¿Es frío suficiente para usted, señor? —preguntó Magot alegremente, al parecer sin tener la menor idea de lo inaguantable que me resultaba.

—No me vendría nada mal un tazón de tanna ahora mismo —reconocí, pensando que lo mejor era tomarlo a broma, aunque sufría un poco más de lo que estaba dispuesto a reconocer (más bien mucho más). De esa manera me tendrían más vigilado sin quejarse.

—A mí también me vendría bien un caldo —admitió antes de volver a ocupar su puesto en cabeza.

—Sabe muy bien que esto es una pérdida de tiempo —farfulló Logash. Juro que me habría pasado totalmente desapercibido de no haber hablado, ya que su túnica blanca era casi invisible en medio de la nieve, y sólo su cara pálida y sus ojos metálicos se veían con claridad. Daba la impresión de estar suspendido en el aire delante de mí, como una versión del acto de la levitación de Mazarin—. De haber habido más orcos por aquí, a estas alturas estarían a kilómetros de distancia o muertos por congelación.

Su conversación era encantadora, pensé, y ni siquiera se daba cuenta de las temperaturas bajo cero. Una vez más me pregunté qué sería exactamente lo que se escondía bajo esa túnica.

—Son mucho más resistentes de lo que supone —señalé, y Lunt hizo un gesto afirmativo al pasar.

—Mi abuelo encontró una vez a uno congelado en un glaciar, en mi pueblo, un resto de las invasiones. Cuando lo llevaron de vuelta al campamento y lo descongelaron, revivió y trató de matarlos. Es cierto, fue lo que él nos contó.

Él y todos los demás abuelos valhallanos, por supuesto. El orco salido del hielo era uno de los cuentos populares más difundidos en el planeta, pero yo dudaba de que Logash lo supiera, así que asentí como confirmación.

—De modo que yo, en su lugar, no dejaría de mirar por encima del hombro —añadí. No podría asegurarlo, pero creo que Lunt me guiñó un ojo, disfrutando al liar al tecnosacerdote y tratándome como si yo también fuera valhallano. Como me he pasado una buena parte de mi carrera sirviendo con ellos, a menudo me doy cuenta de que se me han pegado algunas modalidades lingüísticas, preferencias culinarias y toda una serie de cosas. Supongo que no tiene nada de sorprendente que me trataran como uno de los suyos en muchos sentidos[41].

—Estamos en un desfiladero —me aseguró Grifen, echando una mirada en derredor a la topografía apenas visible—. Se nota por la forma de los copos. —A mí

me parecían una movediza pared blanca, pero asentí como si entendiera lo que quería decir. En realidad, no necesitaba saberlo. De hecho, uno de los principios más importantes del liderazgo es saber cuándo se debe confiar en el juicio de los subordinados, pero siempre es una buena idea parecer interesado.

—¿Puede averiguar por dónde se han ido los orcos? —pregunté.

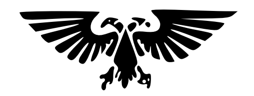
—No habrán dejado ninguna huella que podamos seguir con esta ventisca, pero por ahí —señaló lo que me pareció una dirección al azar— está cerrado por la cabecera del valle. Yo diría que ladera abajo.

—Está bien —decidí—. Comprobaremos hasta la boca del desfiladero. Si hay algún pielverde por aquí, lo encontraremos. Si no lo hay, podemos volver y hundir la cueva después de pasar.

—Eso podría ser difícil —señaló Grifen—. Hemos utilizado la mayor parte de nuestras cargas para sellar… lo que fuese que había en aquel corredor.

—Ya pensaremos en algo —dije, aparentando más confianza de la que sentía. El torbellino constante de la nieve me estaba empezando a producir náuseas, tenía el estómago agarrotado y me dolía la cabeza como si alguien me la estuviera apretando en una prensa. Cuanto antes termináramos con esto, mejor—. Jurgen todavía tiene el melta, y estoy seguro de que nuestro amigo mecano podrá señalarnos algunos puntos débiles en el techo.

—Supongo que tiene razón —admitió la sargento, y miré alrededor esperando la respuesta de Logash, pero el hosco tecnosacerdote se había desvanecido en la tormenta de una manera tan absoluta como si jamás hubiera existido.



NUEVE

—Vamos a tener que buscarlo —dije, lamentando cada segundo extra que aquello nos haría permanecer en medio del espantoso frío. Para empezar, llené mis pulmones con el aire helado y llamé al tecnosacerdote con todas mis fuerzas. Sin resultado, por supuesto, ya que el viento aullador y el efecto amortiguador de la nieve se combinaban para apagar hasta el ruido más potente. Por fortuna, tenía algo más que la fuerza de mis pulmones con lo que contar, ya que el intercomunicador que llevaba en el oído todavía estaba sintonizado con la frecuencia general, del escuadrón y no perdí tiempo en comunicar a todos el problema que se nos había presentado.

—Hemos perdido al tecnosacerdote —transmití, reprimiendo el impulso de añadir algunos adjetivos calificativos—. ¿Alguien lo ha visto?

Como esperaba, la única respuesta fue un coro de negativas.

—Al menos el camino de regreso será más silencioso —añadió Magot, con mucha más franqueza que tacto. No era esa la cuestión, por más que estuviera de acuerdo con ella.

—Completen el barrido —ordenó Grifen con énfasis suficiente como para desalentar cualquier otra ligereza. Los soldados respondieron, protestando a su vez con notable falta de entusiasmo. Grifen se volvió hacia mí—. Si va por delante de nosotros, nos toparemos con él, y si se ha quedado atrás, lo encontraremos, en el camino de regreso.

Tengo que admitir que era mucho menos optimista que ella al respecto. Al fin y al cabo, y a todos los efectos, era absolutamente invisible en medio de los remolinos de nieve, y no creía que tuviéramos la menor oportunidad de encontrarlo en estas condiciones a menos que tropezáramos con él por accidente. Sin embargo, si alguien era capaz de encontrar su rastro, supuse que serían los valhallanos, de modo que respondí asintiendo con la cabeza.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha —dije, repitiendo las palabras que ella misma había dicho un par de horas antes.

No era tan sencillo, por supuesto. Como ya he mencionado, el viento barría el desfiladero que estaba sembrado de rocas grises y melladas. Estas asomaron repentinamente del movedizo manto de nieve, como promesa de un momento de

alivio frente al viento que cortaba como cuchillas, pero una y otra vez resultó una mera ilusión. La topografía irregular simplemente convertía la avalancha de aire en ráfagas que lanzaban puñados de nieve en estas bolsas de refugio ilusorio, añadiendo un ataque inesperado de punzantes cristales de hielo a una experiencia dolorosa de por sí. El único consuelo, si así puede considerarse, es que la escasa superficie de piel que llevaba expuesta todavía a esas alturas ya estaba totalmente entumecida.

Resbalé y me deslicé pendiente abajo detrás de Grifen, agradeciendo la imperturbable presencia de Jurgen detrás de mí; varias veces me echó una mano para evitar que cayera de bruces en la nieve que nos llegaba hasta la rodilla. Los valhallanos andaban con absoluta seguridad, y en ningún momento dieron muestras de hilaridad ante mi vacilante progreso. Al mirar hacia atrás pude ver que los surcos que habíamos dejado a nuestro paso ya empezaban a cubrirse por efecto de las siempre cambiantes ventiscas, y que sin el instinto infalible de mis compañeros en medio de estas horrorosas condiciones lo más probable era que no hubiéramos vuelto a encontrar jamás la entrada de la cueva. Al menos eso era una especie de alivio, ya que las posibilidades de que los pielesverdes dieran con ella por casualidad empezaban a parecerme tranquilizadoramente remotas.

Sin embargo, cualquier huella que pudiera haber dejado Logash en la bajada se borraría tan completamente como las nuestras, de modo que una vez más parecía poco probable que nos topáramos con él como no fuera por pura suerte.

Supuse que con tantos elementos potenciadores no era probable que muriese de frío, al menos de inmediato, aunque en ese preciso momento estaba empezando a considerarlo como una especie de bendición.

Para entonces yo había perdido de vista a todos mis compañeros. Sólo me quedaba la tranquilizadora presencia de Jurgen. Sus abrigos de camuflaje se fundían de modo tan perfecto con la tormenta de nieve que resultaban absolutamente invisibles. Dicho sea de paso, lo mismo pasaba conmigo, ya que mi oscuro uniforme de comisario estaba tan cubierto con los copos que empujaba el viento que parecía una de esas efigies irreconocibles que los niños de toda la galaxia esculpen cuando empieza el invierno. (En Valhalla, hacer muñecos de nieve es una especie de mezcla entre una forma de arte seria y un deporte de competición que da como resultado algunas creaciones muy sorprendentes que lo dejan a uno maravillado, pero eso es harina de otro costal).

Estaba a punto de decidir que todo esto era inútil y de ordenar a todos que volviesen, dejando que Logash se enfrentase como pudiera a los elementos, cuando la voz de Magot sonó crepitante en mi intercomunicador.

—Contacto, noventa metros pendiente abajo. —Yo apenas podía ver a un metro por delante de mí, pero ella parecía muy segura. Seguía tratando todavía de obligar a mis entumecidos labios a articular una respuesta, cuando surgió en la red la voz de Grifen.

—¿Es el mecano?

—Negativo. —Había tensión en la voz de Magot—. Veo mucho movimiento ahí abajo.

Por supuesto, eso sólo podía significar una cosa, y yo ya estaba echando mano de mi pistola láser con los dedos completamente entumecidos e insensibles, cuando volví a oír su voz confirmándolo.

—Pielesverdes a montones.

—¿Cuántos? —pregunté, consiguiendo con esfuerzo sobrehumano sostener el arma entre mis dedos hinchados por el frío. Por fortuna, los potenciados funcionaban tan bien como siempre, lo cual me permitía al menos sujetar con firmeza la culata, pero en el mejor de los casos me resultaría problemático pulsar el gatillo con mi dedo índice auténtico y congelado[42].

—Es difícil de decir —replicó Magot—. Están muy dispersos —eso no tenía nada de sorprendente teniendo en cuenta las circunstancias, ya que el terreno era poco propicio para sus habituales cargas masivas y desorganizadas—, pero no menos de doce.

—Contacto —interrumpió Simia, y con un repentino estremecimiento de horror me di cuenta de que estaba al lado izquierdo del desfiladero, al menos a trescientos metros de la posición de Magot. Era imposible que estuviera viendo al mismo grupo —. Yo veo siete. No, ocho. Tal vez más.

—Yo también —añadió Hail desde nuestro flanco derecho—. Desde aquí parece todo un escuadrón[43].

—Repliéguense —ordené. Eso hacía por lo menos treinta, tal vez más. Demasiados como para que pudiéramos con ellos, ni siquiera con la capacidad de los valhallanos para aprovechar las condiciones del terreno y del tiempo necesario para montar una emboscada efectiva. Además, confirmó mis peores temores (sumados a la idea de que los necrones se removían en la oscuridad bajo nuestros pies). Era evidente que los camaradas del orco muerto que habíamos encontrado habían conseguido establecer contacto con el grueso de su ejército y estaban de vuelta con una fuerza de asalto y dispuestos a aprovechar la brecha que habían descubierto en nuestras defensas—. Tenemos que asegurar la cueva pase lo que pase.

—Confirmado —dijo Grifen, pasando por alto cualquier objeción que sus subordinados pudiesen estar a punto de expresar.

No es que yo realmente esperase alguna, pero la antipatía de los valhallanos por los pielesverdes era muy profunda, y la tentación de dispararles antes de retirarse debía de ser muy fuerte. Debo reconocer que, sin embargo, nadie cedió a la tentación, de modo que empecé a respirar un poco mejor mientras volvíamos pendiente arriba hacia el esperado refugio de la cueva. Con un poco de suerte, podríamos escapar antes de que se enterasen siquiera de que estábamos allí.

Debo confesar que la idea de escapar de aquel viento que helaba los huesos era tan fuerte y tan avasalladora que casi perdí la noción de lo que me rodeaba. Iba a tientas por la nieve, como un autómata, siguiendo las profundas huellas de Jurgen, pensando

sólo en poner un pie delante del otro. La imagen de la boca del túnel y del refugio que representaba contra el frío se imponía a todo lo demás, desalojando todo lo que no fuera la determinación de seguir moviendo mis miembros entumecidos y congelados. Fue pues una auténtica sorpresa oír el sonido inconfundible de una ráfaga de bólter estrellándose contra un afloramiento rocoso a pocos metros de distancia.

Movido por una sensación de peligro inminente, salí de inmediato de mi estado de amnesia temporal y me di la vuelta, pistola láser en mano, en busca de un blanco. Una forma enorme salió de la nieve, avanzando a una velocidad increíble y esgrimiendo un hacha de burda factura. Tan ansioso estaba de derramar mi sangre que al parecer había olvidado la primitiva pistola bólter que llevaba en la otra mano. Disparé por reflejo, descubriendo que mi dedo, acicateado por el pánico, era capaz de apretar el gatillo ante una situación concreta. Le abrí un boquete en el torso, pero la criatura se tambaleó y siguió avanzando antes de caer al suelo alcanzada de lado por un segundo disparo.

Agradecí la ayuda de Grifen con una inclinación de cabeza, y ella me respondió con un gesto de la mano izquierda, ya que la derecha seguía sosteniendo el rifle láser listo para disparar.

—Por aquí —señaló. Avancé a trompicones en su dirección, seguro de que Jurgen estaría conmigo, como siempre, y en esto pronto comprobé que estaba en lo cierto. El silbido inconfundible del melta a mis espaldas hizo que me volviera justo a tiempo para ver a mi ayudante derribar con una sola descarga de energía térmica a un pequeño grupo de esas criaturas que evidentemente venía detrás de la primera. Tras examinar durante un momento los alrededores, bajó el arma y empezó a avanzar hacia nosotros con la nieve hasta las rodillas con la misma actitud indiferente que si estuviera dando un paseo vespertino. Es posible que, según las costumbres de su mundo natal, así fuera.

—Aquí arriba, comisario. —Lunt me tendió la mano desde un grupo de rocas y me levantó hasta la cima sin que le costara, al parecer, ni el menor esfuerzo. Grifen trepó detrás de nosotros, casi sin aminorar la marcha, y un momento después asomó Jurgen por el borde. Ahora llevaba la pesada arma colgada para facilitar el ascenso, y venía precedido, como siempre, por su inconfundible olor.

—Pensé que este sería un buen lugar para reagruparnos —comentó Grifen. Miré a mi alrededor, sintiendo una especie de tibieza ahora que estábamos un poco protegidos del viento implacable, y asentí con aire aprobador. Había elegido una posición elevada rodeada de rocas caídas desde la cual podríamos vigilar la entrada del túnel desde una altura aproximada de un par de metros. Eso era razonar bien: al fin y al cabo, si los orcos habían conseguido llegar allí antes que nosotros, no tenía sentido acercarnos hasta la boca de la cueva con una gran pancarta que dijera «aquí estoy, dispárame». Aunque me esforcé para ver algo a través de los remolinos de nieve, no pude distinguir gran cosa, pero como ya he dicho antes, me fiaba del instinto de la mujer en lo relativo a los pielesverdes.

Comprobé con satisfacción que Hail y Simia también habían conseguido llegar a nuestro refugio. Ambos nos saludaron con la mano cuando Jurgen y yo aparecimos, y a continuación se dedicaron a otear el horizonte por encima de las mirillas de sus rifles láser. Yo estaba a punto de tratar de contactar con Magot y de preguntarle cuál era su posición cuando un estruendo de detonaciones de bólter láser y un bramido orco de dolor que llegó desde algún lugar a nuestra izquierda respondió a esa pregunta de forma harto satisfactoria. La diminuta pelirroja en persona apareció unos instantes después, sonriendo con aire de malévola diversión.

—Ahí estaba ese pielverde haciendo un alto para mear —informó con regocijo— y le metí un tiro por…

—¿Está muerto? —la interrumpí mientras ella seguía disfrutando de la aprobación de sus camaradas, que parecían encontrarlo tan gracioso como ella.

—Más muerto que Horus —confirmó. Bien. A estas alturas las huellas de Magot estarían totalmente borradas y, con suerte, los orcos no tendrían la menor idea de dónde estábamos ni de a cuántos de nosotros tendrían que enfrentarse. A menos que encontrasen e interrogasen a Logash, por supuesto, en cuyo caso apostaría algo a que averiguarían todo lo que quisieran en muy poco tiempo. Eso sólo me dejaba una opción.

—Vamos a volver a la cueva en cuanto veamos que está despejada —dije—. Y preparados para hundirla detrás de nosotros.

—¿Y el tecnosacerdote? —preguntó Grifen. Era evidente que no la preocupada demasiado, pero se atenía estrictamente al informe de su misión con admirable tenacidad.

—Tendrá que apañárselas —respondí, y cruzando mi mirada con la suya agregué —: Asumo la responsabilidad. —Estaba de más decirlo, ya que eso venía con el fajín rojo.

—Usted manda, comisario.

Bueno, tenía razón sobre eso, pero me di cuenta de que abandonar a un humano a merced de los orcos no iba a sentar bien entre la tropa, aunque fuera un molesto soplagaitas que se lo había buscado, de modo que adopté un aire de lo más solemne.

—No me gusta hacerlo —dije—, pero nuestro deber es, ante todo, para con el Emperador, el regimiento y nuestra misión. El coronel tiene que saber lo de la presencia de necrones aquí. Eso lo cambia todo, y hasta entonces las vidas de todos nuestros camaradas están en peligro.

Todos asintieron con igual solemnidad, en apariencia totalmente satisfechos con dejar colgado al pequeño tecnosacerdote ahora que yo había conseguido dar a la cuestión visos de noble sacrificio. De modo que nos dispusimos a seguir adelante.

Al mirar hacia atrás pendiente abajo, forzando la vista para penetrar el manto de nieve arremolinada y tratar de detectar alguna señal de otra partida de orcos, me pareció ver un atisbo de algo que avanzaba lenta y silenciosamente por el paisaje helado. Respiré hondo, tratando de gritar algo, pero el impulso se enfrió al

desaparecer el borrón de aparente movimiento en aquel blanco caleidoscopio. Cabía la posibilidad de que fuera sólo lo que deseaba ver, pensé, y aunque hubiera sido Logash, jamás me habría oído con el aullido del viento. Más tarde, cuando tuve la tranquilidad necesaria para reflexionar sobre ese momento, sentí un estremecimiento al ver lo cerca que había estado de condenarnos a todos.

—Parece que está despejado —anunció Griffen después de unos momentos dedicados a observar la entrada de la cueva.

Nos pusimos en marcha con cuidado, confiando en el efecto camuflaje de la nieve y en la protección, aunque escasa, que ofrecían las rocas. Me di cuenta de que los soldados eran muy disciplinados y avanzaban por etapas como si estuviéramos en combate, esperando hasta que uno de sus camaradas estuviera en posición de ofrecer fuego de cobertura antes de pasar al siguiente refugio. Yo hice lo mismo, adaptándome al ritmo con el instinto resultante de una larga práctica.

Por fin nos encontramos reunidos en torno a la boca de la cueva. Entré en ella agradecido por no sentir ya las agujas del viento en mi piel, y respirando con dificultad por lo difícil que resultaba restablecer la circulación. Por unos instantes tuve la sensación de que me había alcanzado un lanzallamas, luego el dolor cedió y pasó de inaguantable a simplemente atroz. A pesar de todo, mi instinto de supervivencia no decayó, y superé el malestar lo suficiente como para barrer el túnel por delante de mí con el haz de mi iluminador, manteniendo el cañón de mi pistola láser alineado con él. (Por supuesto, en la mayoría de las circunstancias, esa es la mejor manera de convertirse en blanco de un ataque, pero de todos modos mi figura se recortaba sobre el fondo de la boca del túnel, lo cual hacía que diera igual en caso de que hubiera alguien acechando en la oscuridad). En realidad, no había nada esperando para acabar conmigo, y después de unos segundos me tranquilicé.

—Todo despejado —confirmé, y Jurgen se unió a mí de inmediato, apuntando con su melta en dirección al túnel que se abría ante nosotros. Teniendo presente lo que tendríamos que pasar para volver junto a nuestros camaradas, eso me dio toda la tranquilidad que era posible dadas las circunstancias. Me volví a mirar al resto de los soldados, que habían ocupado posiciones en los refugios que habían conseguido encontrar inmediatamente al lado de la boca del túnel. Grifen se volvió y me hizo una seña desde detrás de una pequeña piedra, y a continuación se quedó paralizada ante el sonido inconfundible de disparos de bólter que llegaba hasta nosotros traído por el viento.

—¿Qué demonios? —preguntó, olvidando al parecer por un momento que todavía estaba transmitiendo a la red de todo el escuadrón y no al canal de mando. Lunt hizo una mueca y preparó su lanzallamas.

—Eso parece una diferencia de opiniones. —Por supuesto que podía haber tenido razón, ya que los pielesverdes suelen tener una propensión clara a dirimir sus disputas de la manera más básica, pero el mero volumen de fuego que podía oír parecía desmentirlo. Sonaba como una lucha encarnizada. Bueno, si lo era, mejor. Cuanto

más se mataran los unos a los otros, tanto mejor. Por otra parte… Agucé el oído para captar el sonido que más temía, el formidable e inconfundible ruido del arma gauss de un necrón, pero si sonaba por alguna parte, el estruendo era engullido por el viento.

—Puede que hayan encontrado al mecano —dijo Hail lentamente. Era evidente que no le gustaba la idea. Asentí, compartiendo la misma imagen mental del tecnosacerdote huyendo a ciegas en medio de la nieve mientras los pielesverdes disparaban con entusiasmo sus viejas armas mientras corrían tras él. Parecía algo desagradable y posible.

—¿No deberíamos tratar de ayudarlo? —preguntó Simia. Negué con la cabeza con toda la pesadumbre de que fui capaz.

—Ojalá pudiéramos —mentí—. Pero jamás llegaríamos a él antes que ellos, y a menos que queramos que su sacrificio sea en vano, tenemos que informar de lo que hemos descubierto.

—El comisario tiene razón —me apoyó Grifen—. Repleguémonos y dispongámonos a volar la entrada.

Sin embargo, antes de que nadie pudiera moverse, distinguimos unas siluetas enormes a través de la nieve arremolinada que cargaban en nuestra dirección con la furia asesina propia de su especie. Por algún capricho de las condiciones climatológicas, los remolinos de nieve eran más ligeros en aquella zona, lo que nos permitía una percepción incómoda y clara de ellos a medida que iba aumentando la visibilidad. Los burdos bólter rugieron, y esquirlas de piedra saltaron de los afloramientos rocosos que rodeaban la boca de la cueva. Grifen preparó su rifle láser.

—Fuego a discreción —dijo.

—¡Espere! —ordené un instante después, y, gracias al Emperador, todos tuvieron la presencia de ánimo necesaria para obedecer—. ¡Permanezcan agachados y no se muevan! —De repente me asaltó la idea de que no nos disparaban a nosotros; la mayor parte de los impactos se desviaban hacia nuestra izquierda, y me pareció que en vez de cargar hacia la cueva lo que hacían era buscar refugio en ella. Y eso, unido al cosquilleo en las palmas de las manos y un repentino retortijón de tripas, me hizo sospechar que probablemente se trataba de una sola cosa. Los valhallanos se quedaron absolutamente quietos, fundiéndose con el paisaje nevado como sólo ellos son capaces de hacer, hasta tal punto que, incluso sabiendo dónde estaban, me resultaba difícil distinguirlos.

Un segundo después se confirmaron mis peores sospechas cuando un haz brillante y verdoso, del color de una herida infectada, atravesó el aire con un sonido que recordaba de forma totalmente vivida, un sonido de tela rasgada que hizo impacto de pleno sobre uno de los orcos. En menos de un segundo pareció disolverse: la piel, los músculos y el esqueleto se transformaron en vapor, dejando sólo el eco de un aullido de agonía inhumana como indicio de su muerte.

—¡Emperador que estás en la Tierra! —exclamó Grifen con voz entrecortada por el horror, y debo admitir que yo mismo estaba temblando de terror. El haz se enfocó

sobre otra víctima, desintegrándola, y a ese se sumaron otro, y otro más.

Los orcos se dispersaron y empezaron a disparar a su vez, con precisión algo mayor ahora que sus atacantes habían revelado sus posiciones tan consideradamente. Los remolinos de nieve se abrieron, permitiendo ver lo que yo tanto temía y lo que me había atrevido a esperar que no volvería a ver antes de ingresar en la tumba: extraños guerreros metálicos que avanzaban silenciosos, cubiertos con caparazones que parecían esqueletos. Sin duda eran encarnaciones de la muerte que venían a por todos nosotros.

—De modo que son así vistos de cerca. —Jurgen, tan imperturbable como siempre, inquebrantable su fe en la protección del Emperador a pesar de haber recibido un disparo en la cabeza en Gravalax, alzó el melta. Su tono revelaba una leve curiosidad. Claro que, teniendo en cuenta algunos de los horrores a los que nos habíamos enfrentado juntos a lo largo de los años, supongo que pensó que era algo más de lo mismo. Una cosa tengo que reconocerle a Jurgen: a pesar de su aspecto nada agradable, tenía más valor que ningún otro hombre que haya conocido jamás. O eso o era demasiado tonto para entender la magnitud de los peligros que nos amenazaban[44].

Alcé una mano para detenerlo.

—Espera —dije en un susurro—. Nuestra única posibilidad es impedir que nos vean. —De eso podía dar testimonio en base a mi experiencia personal, porque mi propensión natural a huir y esconderme había sido lo que me había salvado en Interitus Prime cuando todos los demás resultaron muertos. Vi con alivio que Jurgen asentía, aunque no bajó el arma, dispuesto a usarla en caso necesario.

Por entonces, los orcos se habían tirado al suelo, refugiándose detrás de las rocas más próximas y disparando a su vez a los guerreros necrones con su proverbial falta de puntería. Sin embargo, y como era inevitable, el puro volumen de la potencia de fuego empezó a surtir efecto y numerosos proyectiles dieron en el blanco. Tal como había visto antes, los implacables guerreros metálicos recibían los impactos sin inmutarse, y las detonaciones contra sus pellejos de metal parecían tener como único efecto el de difuminar el color de la maldita aleación de la que estaban hechos, fuera cual fuese.

No obstante, algunos de los disparos eran más efectivos que el resto, más por suerte que por buen juicio. Antes nuestros ojos, uno de los proyectiles orcos estalló contra la batería incorporada al arma del autómata que lideraba el grupo, y un instante después una explosión hizo saltar por los aires al arma y el necrón que la llevaba.

Ante esto, los orcos estallaron en un rugido triunfal, y unos cuantos de los más incautos emprendieron una carrera hacia delante, al parecer en un intento de entablar combates cuerpo a cuerpo con sus relucientes atacantes metálicos. Como era inevitable, la mayor parte de ellos murieron, destripados por los desolladores gauss, pero, por increíble que parezca, un par de ellos cerraron la distancia blandiendo sus

burdas y pesadas hachas.

Uno tuvo poca suerte, o fue demasiado lento, y su objetivo se volvió con extraña precisión y lo ensartó en la hoja de combate montada en el extremo de su arma. Una sangre espesa y salobre manó de una herida que abrió a la criatura desde la ingle hasta la clavícula, y el necrón desprendió el cuerpo destripado de su arma con aire de fatigado desdén. El orco cayó pesadamente sobre la nieve, donde un charco de sangre se fue extendiendo rápidamente y empezó a congelarse formando una losa oscura.

El otro pielverde bloqueó el golpe destinado a él y giró en redondo para golpear el cuello del necrón. El metal burdamente forjado chocó con la hechicería de eones de antigüedad en un destello cegador de energía, y la cabeza del guerrero muerto cayó pesadamente en la nieve. El triunfo del orco duró poco, ya que los haces coordinados de los dos necrones supervivientes lo transformaron en vapor en un abrir y cerrar de ojos.

—Jamás pensé que pudiera ponerme de parte de los pielesverdes —dijo Magot en voz baja, expresando un sentimiento que supuse todos compartíamos.

Los orcos supervivientes mantuvieron su posición con la obstinación brutal propia de su especie, vertiendo el fuego de sus pequeñas e imprecisas armas en torno a las esqueléticas figuras metálicas y arrancando casi siempre terrones de nieve y trozos de hielo a su alrededor, pero consiguiendo también numerosos blancos que, por primera vez, dieron la impresión de obligar a las pesadillas andantes a tomarse tiempo para pensar. El viento traía ahora el sonido de armas más distantes que libraban batallas igualmente desesperadas, y me permití albergar cierta esperanza.

—Retrocedan todos —ordené en voz baja—. Permanezcan a cubierto. Con un poco de suerte tal vez podamos escabullimos mientras están demasiado ocupados para reparar en nosotros.

—Confirmado —dijo Grifen con alivio evidente en la voz. Los demás empezaron a replegarse hacia la seguridad del interior de la cueva, casi siempre arrastrándose hacia atrás y manteniendo sus armas apuntadas hacia la desigual batalla que se desarrollaba delante de nosotros.

Mientras los dos necrones habían concentrado su fuego en los orcos que estaban detrás de las piedras, estos habían mantenido su posición, un gran error, como yo hubiese señalado de buena gana a cualquiera que me hubiera consultado. Los orcos son criaturas notablemente tozudas, movidas únicamente por la rabia y el odio, de modo que no me sorprendió nada cuando el que había quedado tendido en un charco de su propia sangre de repente asió el tobillo de su antiguo atacante y le dio un mordisco con toda su fuerza bestial. Mortalmente herido como estaba, era evidente que no tenía intención de morir dejando algún asunto sin terminar, y el necrón cayó pesadamente, con la pantorrilla derecha desprendida de la articulación de la rodilla.

Con un bramido triunfal, el orco empezó a golpear sin clemencia al guerrero caído con el trozo desprendido de su propia pierna, haciendo un ruido parecido al toque de campanas de una catedral (desafinado, por supuesto) y dejando un montón

considerable de abolladuras en su torso y en su cráneo. Yo no pensé ni por un momento que eso pudiera servir para incapacitar a la odiosa criatura, de modo que no me sorprendió cuando enarboló su espada de combate con la misma fría precisión que ya había visto antes y le cortó el cuello al pielverde. En los ojos del bruto vi brillar una chispa de asombro cuando su cabeza se desprendió de los hombros con la consiguiente efusión de sangre y fue a caer sobre el vapuleado torso metálico de su asesino.

Abruptamente, cesó el fuego distante que habíamos oído desde un poco antes de ver a los orcos por primera vez y sobrevino un aullido de euforia bárbara. Daba la impresión de que el grueso de las fuerzas orcos habían ganado la batalla, aunque sin duda habían pagado un precio terrible. (Por supuesto, eso no hizo mella en ellos, ya que no son una especie particularmente sentimental por mucho que nos esforcemos en creerlo). Los dos necrones que teníamos delante dejaron de moverse de repente, como si escucharan algo, y a continuación simplemente desaparecieron junto con los restos de sus camaradas caídos. Sin duda, su partida fue señalada por el mismo crepitar de aire, que pasó a ocupar el súbito vacío dejado por su campo de desplazamiento, pero el aullido del viento me impidió oírlo.

—¡Por las entrañas del Emperador! —Grifen negó con la cabeza, evidentemente tratando de comprender lo que acabábamos de ver—. ¿Adónde han ido?

—Espero que directamente de vuelta al infierno —rezongó Magot.

—O muy cerca —apostillé. En ese momento estarían ya informando de lo que habían visto y haciendo planes para una incursión de mayor envergadura, lo sabía con desapasionada certeza.

Los orcos restantes estaban abandonando sus refugios y rodeaban el lugar de donde habían desaparecido los necrones al tiempo que recuperaban lo que podían de los cadáveres de sus compañeros caídos. El viento trajo hasta nosotros exclamaciones guturales de sorpresa y confusión.

—¿Qué hacemos con los pielesverdes? —preguntó Simia. Vacilé. No eran nuestra prioridad más absoluta, y con suerte servirían para distraer la atención de cualquier necrón mientras nosotros nos escabullíamos por los túneles para advertir a Kasteen y a los demás. Claro que habían encontrado ya la boca de la cueva, y si les daba por explorar nos seguirían a una distancia demasiado corta como para sentirnos cómodos.

De repente, la decisión dejó de estar en mis manos. El orco más grandote del grupo, al que yo había tomado por el jefe[45], señaló hacia la boca del túnel y rugió una especie de orden. Después de una última mirada a los cadáveres de los caídos, media docena de pielesverdes empezaron a acercarse a nosotros. No tenía elección. La seguridad de la misión y, lo más importante, mi propia seguridad, lo exigían.

—Matadlos a todos —ordené.



DIEZ

Esa fue una orden que los valhallanos estaban muy dispuestos a acatar, y lo hicieron con diligencia, abriendo fuego contra los pielesverdes cuando todavía estaban fuera. Los cogimos totalmente por sorpresa, y el primer par de ellos cayó bajo una granizada de fuego láser antes de tener siquiera ocasión de reaccionar.

Sin embargo, los demás fueron rápidos y evaluaron la situación con notable sagacidad tratándose de criaturas tan imbéciles[46] y volvieron a dispersarse para no ser objetivos tan claros. Un par de ellos se refugió detrás de un grupo de rocas y empezó a disparar contra nosotros. Por fortuna, su puntería no fue mejor que la habitual, de modo que no produjeron bajas, pero consiguieron acercarse lo suficiente como para que tuviéramos que aprovechar al máximo nuestra propia cobertura, ya que sus proyectiles estallaban embarazosamente cerca de nuestra posición. Algo me dio un pinchazo en la mejilla y me limpié un poco de sangre que me había producido una esquirla de roca. Estábamos demasiado cerca para combatir con comodidad, de modo que me interné un poco más en la oscuridad de la cueva, apoyando mi pistola láser contra un conveniente afloramiento de roca para mejorar la precisión de mi respuesta.

Viendo que estábamos efectivamente protegidos, los cuatro que quedaban al descubierto avanzaron corriendo, blandiendo sus espadas y gritando con toda la fuerza de sus pulmones, tal como suelen hacerlo. Mientras se acercaban iban disparando sus armas de mano esporádicamente, sin molestarse siquiera en apuntar, lo cual hacía mucho ruido pero sólo conseguía un efecto práctico: que mantuviéramos las cabezas agachadas.

—¡Lunt! —grité—. ¡Ocúpese de los de las rocas!

—Sí, señor —respondió con firmeza mientras levantaba con cautela el cañón de su lanzallamas por encima de la roca tras la cual se protegía.

Lancé una andanada de disparos láser contra los tiradores emboscados, si es que se puede dignificar con este término a los perpetradores de disparos tan inexactos, y vi con alivio que Hail y Simia seguían mi ejemplo. Grifen y Magot concentraron su fuego sobre los orcos que cargaban delante de nosotros, frenando momentáneamente su ímpetu cuando el orco grandote de yelmo astado que los encabezaba[47] recibió un

disparo en la rodilla. Se tambaleó y cayó de bruces en la nieve haciendo que dos de sus subordinados tropezaran con él. Por un momento, la lluvia de fuego decayó mientras los pielesverdes caídos trataban de desenredarse intercambiando obscenidades guturales y golpes que habrían dejado inconsciente a un grox antes de ponerse de pie otra vez.

No obstante, ese tiempo le bastó a Lunt, que se alzó cuan alto era y dirigió un chorro de promethium ardiente contra el grupo de rocas que protegían a los que disparaban. Con un rugido que parecía más de rabia que de dolor, los dos orcos salieron de su escondite transformados en antorchas vivientes y cargaron contra nuestra posición. Cuatro rifles láser dispararon al unísono, apuntándolos mientras se movían. El que venía detrás cayó, pero el de delante seguía avanzando, rodeado del vapor de la nieve que se evaporaba en torno a él, mientras ya se le veía la osamenta achicharrada a través de la carne crepitante.

—¡Por las entrañas del Emperador! —Lung trató de apuntar su arma para lanzarle otra andanada, y en ese momento cayó de espaldas, con una expresión de dolorosa sorpresa en la cara y un cráter sangriento en medio del pecho. Miré inmediatamente al principal grupo de orcos, que otra vez estaban de pie y cuyas burdas armas levantaban una lluvia de nieve y escombros en torno al especialista en armas pesadas caído. Como es típico entre ellos, se concentraban sólo en la amenaza más visible, haciendo caso omiso del resto de nosotros. Un error fatal.

—¡Jurgen! —grité, señalando al grupo que ahora estaba a distancia suficiente para convertirse en blanco del melta.

Con sonrisa aviesa, mi ayudante apuntó con cuidado, directamente al jefe cojo que seguía celebrando la muerte de nuestro compañero. (Había visto suficientes heridas de bólter como para saber que semejante impacto le habría causado la muerte instantánea, atravesando la armadura antifrag que llevaba debajo del capote para detonar dentro de su caja torácica. Ahora no había nada que hacer por Lunt como no fuera vengar su muerte). El melta volvió a emitir su silbido transformando la cortina intermedia de nieve en vapor y reduciendo al jefe orco y a los dos que estaban junto a él a un montón de restos rodeados de una nube. El único superviviente se volvió, mirando con una especie de perplejidad, con el brazo izquierdo colgando inerme y chamuscado por la descarga, luego se dio vuelta y se largó (lo cual viene a demostrar que entre ellos hay algunos que no son tan tontos como parecen).

Me puse de pie y apunté con cuidado, apoyando la pistola láser en mi antebrazo izquierdo como si estuviera en la línea de fuego y tratando de controlar el temblor que parecía haberse apoderado de mi cuerpo. No sé si era una reacción tardía al terror que me había inspirado la visión de los necrones, la ira por la repentina y brutal muerte de Lunt, o simplemente que mi castigado cuerpo empezaba a responder al aumento relativo de la temperatura. A pesar de todo, estaba firmemente decidido a acabar con la asquerosa criatura. Apreté el gatillo, agradeciendo la firmeza que mis dedos potenciados daban a mi puntería, y fui recompensado con una gota de ícor que afloró

entre los omóplatos del pielverde. Grifen y Magot se sumaron a mí en cuanto cayó entre bramidos de dolor, y lo despachamos como la bestia que era.

Mientras estaba allí de pie, exhalando lentamente a medida que liberaba tensión de mi dolorido cuerpo e iba controlando paulatinamente el temblor, observé que el orco en llamas seguía avanzando a tumbos hacia nosotros, con el paso vacilante de un borracho que se tambalea de derecha a izquierda pero sin dejar de avanzar, con la idea fija de llegar hasta sus torturadores. Fue un espectáculo realmente fantasmagórico, y estaba a punto de ordenar a los soldados que lo remataran cuando de repente cayó al suelo en medio de una nube de vapor surgida de la nieve y, por fin, se quedó quieto.

Reinó el silencio, quebrado sólo por el gemido incesante del viento y la respiración jadeante de mi gargantea.

—¿Lunt? —preguntó Grifen. La falta de relieve de su voz era respuesta suficiente a su pregunta.

—Muerto —confirmó Hail, de pie junto a su cuerpo lacerado donde la sangre y las vísceras ya empezaban a cubrirse de hielo. Con un esfuerzo me acerqué y miré al soldado muerto sin saber exactamente lo que sentía. (Aparte de mi habitual sensación de profundo alivio por no ser yo el que yacía allí, lo cual bien podría haber sucedido, por supuesto).

—Cumplió con su deber —afirmé, el mayor elogio que se me ocurrió, y todos asintieron con sobriedad. Grifen hizo una señal a Hail y Simia.

—Nos lo llevamos —decidió—. Nos turnaremos.

Hice un gesto negativo, consciente de cómo debía de sentirse al perder por primera vez a un soldado bajo su mando. Nunca es fácil, puedo asegurarlo, pero después de un tiempo se aprende a aceptarlo. Digan que digan, el Emperador no puede proteger a todos, por eso me preocupo tanto de hacerlo personalmente.

—Ojalá pudiéramos —dije, con el mayor tacto—, pero no tenemos tiempo. Tenemos que volver lo más rápidamente posible —casi esperaba que ella protestara, pero asintió a regañadientes.

—Entonces volveremos a buscarlo más tarde —insistió.

Volví a negar con la cabeza.

—Me temo que no podemos —repliqué, haciendo gala otra vez de todo mi tacto mientras cuatro pares de ojos me taladraban. (Jurgen, por supuesto, aceptaba todo lo que yo dijera sin rechistar, ya que su sumisa e irreflexiva defensa de la autoridad ocupaba el lugar más destacado entre sus bien ocultas virtudes).

—¿Por qué no?

Observé con satisfacción que Grifen no ponía mi decisión en tela de juicio, sino que se limitaba a pedir una explicación a la que, supongo, todos teníamos derecho.

—No podemos dejar ningún indicio de nuestra presencia aquí —señalé—. Ahora mismo, los necrones sólo conocen la presencia de los pielesverdes. —Al menos eso esperaba—. Nuestra esperanza más firme de regresar para advertir a los demás depende de escabullimos mientras ellos se concentran en la amenaza que conocen.

—Los orcos —asintió Grifen, comprendiendo a su pesar—. Pero si encuentran el cuerpo de Lunt, también vendrán a por nosotros. Ya veo.

—Lo lamento —repetí—, pero es la única manera. —Hice una señal a Jurgen de que se adelantara y él preparó el melta.

Por un momento pensé en tratar de salvar el lanzallamas, pero sería más bien un estorbo, ya que los depósitos eran demasiado voluminosos como para que alguien los sumara a su equipo, y el mecanismo disparador parecía dañado por el fuego de bólter. Busqué en los bolsillos de Lunt por si tenía efectos personales que pudiera querer su familia en Valhalla (si es que la tenía). Pensándolo mejor, recogí su pistola láser, que le entregué a Jurgen para que la llevara. Tal vez fuera conveniente que llevara algo menos peligroso para el resto de nosotros en caso de que volviéramos a encontrarnos en una situación de combate cuerpo a cuerpo. Entonces le hice un gesto con la cabeza, retrocedí, y él apretó el gatillo. El cuerpo de Lunt se volatilizó en forma de vapor en cuestión de segundos, ayudado por el volátil promethium que quedaba en los depósitos del lanzallamas. Secundado por los demás, pronuncié unas palabras rituales encomendando su alma al Emperador.

Éramos un grupo de aspecto sombrío cuando emprendimos el regreso, pueden estar seguros de ello. La ventisca ya empezaba a cubrir la marca que había dejado en la roca el calor del melta que había enviado a nuestro camarada a unirse con Su Majestad. A veces, cuando me siento en mi estudio, aquí en la schola, y observo las llamas en la chimenea a través de una copa de amasec, no pudo evitar pensar en todos los valientes hombres y mujeres a los que he visto caer en un campo de batalla y de los que ni siquiera queda una lápida para recordar que alguna vez estuvieron allí, y reflexiono que tal vez yo sea el último hombre vivo que recuerde que han existido, y que cuando yo desaparezca, ese último rastro de ellos desaparecerá conmigo. Entonces doy gracias al Emperador por haber sobrevivido y por haber visto mi última guerra, y por haber podido sortear el infortunio tanto tiempo como para morir en la cama (o en la cama de alguien, con suerte)[48].

Hicimos un alto en la boca de la cueva y Grifen empezó a hacer un rápido inventario de los explosivos que nos quedaban.

—No hay tiempo para eso ahora —dije, urgiendo a nuestro grupo para que siguiera adelante esperando no delatar demasiado mi impaciencia—. Cada minuto cuenta.

—Cierto. —Acomodó su paso al mío—. Y no tiene sentido poner sobre aviso a los cabezas de lata, ¿verdad?

—Exacto —respondí. Derribar el túnel no sólo alertaría a la patrulla de los necrones de nuestra presencia, sino que los apartaría de los orcos, y lo último que yo quería era llamar su atención sobre el resto del complejo de túneles. Es cierto que, de todos modos, ya podrían haber encontrado el acceso a las minas, pero habría apostado a que una vez descubierta una salida, y con un enemigo esperando al otro lado, pasarían todo lo demás por alto hasta que hubieran exterminado a los

pielesverdes, o al menos a todos los que pudieran encontrar en las inmediaciones. Le expliqué todo esto a Grifen, y ella asintió.

—Me parece lógico —dijo.

—Lo que no entiendo —intervino Jurgen lentamente— es cómo lograron salir de la tumba. Yo también había andado dándole vueltas a eso. Pensaba que habíamos hundido una parte suficiente del techo como mantenerlos encerrados durante mucho más tiempo, pero tenían acceso a tecnohechicerías que dejaban a los tau a la altura de unos bárbaros de la Edad de Piedra, de modo que no tenía sentido subestimarlos.

—Pronto lo sabremos —afirmé, y la aprensión me cubrió como un sudario.

Normalmente me habría sentido muy aliviado de volver a los túneles, donde me sentía bastante cómodo, pero saber que había necrones por allí, posiblemente recorriendo incluso los mismos pasadizos estrechos por los que avanzábamos con tanta cautela, se me hacía un nudo en el estómago. Habría preferido avanzar en la oscuridad, para que la extraña luminiscencia verde de sus armas gauss nos advirtiera de su presencia, pero yo era el único que tenía la ventaja de mi sentido de colmena para los túneles. Ellos habrían avanzado a tumbos en la oscuridad, y además haciendo más ruido que un grox en una cacharrería. De modo que avanzábamos a paso redoblado, la larga zancada del soldado veterano que devora kilómetros sin que el agotamiento se cebe en él, y los haces de nuestros iluminadores se reflejaban con igual brillantez que antes en las paredes congeladas.

—Hay algo al frente —admitió Simia un par de kilómetros más adelante, en su turno de abrir la marcha. Sentí el hormigueo en las manos que me produce siempre el miedo mientras la formación aminoraba el paso y preparaba las armas para cubrir el túnel.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—No lo sé. —En el intercomunicador, su voz parecía más intrigada que alarmada —. Hay mucha sangre.

Bueno, eso ya era algo: si sangraba no era un necrón. Cerramos la formación, avanzando unos doscientos metros para aproximarnos a él, que seguía avanzando con cautela. Iluminó lo que parecía un gran montón de carne. A su alrededor el hielo era de color carmesí, resbaladizo por la sangre congelada, tal como él había dicho. Me di cuenta de que era una cantidad excesiva para que fuera el cuerpo de un humano, pero a medida que íbamos acercándonos nos dimos cuenta del verdadero tamaño.

—Es un ambull —afirmó Hail, con la voz sofocada por la sorpresa.

—Ya no —añadió Magot como contribución.

—¿De dónde habrá salido? —preguntó Jurgen, demostrando su habitual talento para lo obvio. Grifen se encogió de hombros.

—El mecano debe de haber contado mal. —Eso al menos estaba claro. Lo que más me preocupaba era cómo había muerto. Me acerqué más para inspeccionar el cadáver, y más me valdría no haberlo hecho. Debajo de la capa de hielo se veía el cuerpo lleno de cortes sangrantes. Lo que lo había matado, lo había hecho en combate

cuerpo a cuerpo, con unas cuchillas afiladas y con precisión quirúrgica.

—¿Dónde está su pellejo? —se preguntó Simia en voz alta. Grifen volvió a encogerse de hombros.

—¿Usan alfombras los necrones?

—No que yo sepa —respondí, volviendo a poner en marcha a todo el grupo. Había algo en el animal muerto que me inquietaba, no me importa admitirlo. Los necrones con los que me había encontrado antes mataban eficiente y fríamente, pero esta carcasa desollada hablaba de un sadismo refinado y gozoso del tipo del que yo relacionaba con los renegados eldar, que hacen presa de los de su propia especie con la misma despreocupación que de los humanos[49].

Cuando dejamos atrás el macabro trofeo, quedando cualquier rastro de él engullido por la oscuridad sofocante que se cernía en torno al diminuto refugio de luz proyectada por nuestros iluminadores, mi aprensión se hizo aún mayor. Cada paso que dábamos nos acercaba más a aquella tumba escondida y a los horrores que pudiera contener. (Yo tenía una idea más aproximada que los demás después de mis experiencias en las profundidades de sus catacumbas, de modo que tendrán que perdonarme si confieso que dar aquellos pasos se fue haciendo cada vez más difícil, ya que tenía que recurrir a mis reservas de fuerza de voluntad para no darme la vuelta y salir corriendo despavorido y dando voces hacia la luz del día).

Al final se apoderó de mí una especie de entumecimiento fatalista. En cualquier caso, volver atrás era impensable, ya que los ejércitos orcos nos matarían tan implacablemente como los necrones si tratábamos de volver por donde habíamos venido, y nuestra única esperanza era volver al complejo de la refinería y a la protección que ofrecía. (Por más que pareciera magro refugio ahora mismo, cogido entre un gargante y quién sabe qué terrores del principio de los tiempos).

Mi sentido de la orientación, tan fiable como siempre, me decía que debíamos de estar casi encima de la entrada que habíamos encontrado, e insté a mis compañeros a extremar todavía más las precauciones. Vi con alivio que no necesitaban que los alentaran demasiado, ya que el carácter opresivo de los túneles y el conocimiento de lo que nos esperaba pesaba sobre ellos igual que sobre mí. Yo no había dejado de sostener mi pistola láser en la mano derecha desde el enfrentamiento con los orcos, y ahora, con la izquierda, aflojé el correaje donde llevaba mi espada sierra, siempre tan fiable. Al igual que la pistola, llevaba conmigo más años de los que quería admitir, de modo que en mi mente había dejado de existir como arma, o incluso como objeto por derecho propio; ahora, cuando sacaba la espada con su zumbido característico, era simplemente una extensión de mi propio cuerpo[50]. Saber que estaba allí me resultaba sumamente tranquilizador, y respiré un poco mejor al superar la última vuelta del túnel antes del derrumbe que habíamos provocado.

Habíamos atenuado todas las luces excepto la de Simia, permitiendo así que nuestros ojos se acostumbraran un poco más a la penumbra al tiempo que lo cubríamos a él desde la oscuridad que todo lo oculta mientras avanzábamos. Al

principio todo parecía ir bien: el montón de rocas, piedra y hielo desprendidos estaba en medio del túnel, reduciéndolo a la mitad de la anchura que yo recordaba. No obstante, sentía ese cosquilleo en las palmas de las manos, por lo general un indicador fiable de algo que mi mente consciente todavía no había captado pero que no marchaba del todo bien, de modo que aminoré la marcha, pasando revista a la pila de escombros a la luz del iluminador de Simia, y esperé que mi instinto de rata de túnel me diera la clave que había pasado por alto.

Por más que miraba, el montón de escombros parecía no haber cambiado en absoluto, de modo que eso no podía ser. Mis ojos se fijaron en una profunda zona de sombra a unos cuantos metros de él, y a continuación en la textura poco definida de la pared del túnel, donde la luz de nuestros iluminadores rebotaba en reflejos chispeantes a los que nos habíamos habituado tanto a esas alturas que casi ni los notábamos…

—Simia, pared del túnel, a unos cinco metros del derrumbe. —Le di las coordenadas y esperé que el hombre que iba a la cabeza enfocara su iluminador.

—¡Por las entrañas del Emperador! —Grifen apuntó hacia arriba con su rifle láser, y su exclamación expresó en palabras la reacción de todos. La sombra no era sombra, por supuesto, la textura de la pared del túnel debería haber sido visible allí también, tal como había tratado de advertirme mi subconsciente. En la roca se abría ahora un nuevo pasadizo que conducía a donde sólo el Emperador sabía. Presumiblemente, obra de nuestro ambull masacrado.

—Marcas de garras —confirmó Simia, paseando el haz de su iluminador por el contorno de la boca del nuevo túnel y enfocando después el interior del mismo. Su postura se modificó de pronto y el rifle al que estaba adosado el iluminador se alzó poniéndose en posición de disparar—. ¡Por el Trono Dorado!

Corrimos hasta su posición, presintiendo el sabe Emperador qué, y nos apiñamos a la entrada del túnel. Al principio parecía igual que las demás excavaciones de los ambulls que habíamos recorrido, pero cuando seguí el haz de luz y vi lo que este iluminaba, tragué saliva.

—Orcos —dijo Jurgen, tan flemáticamente como si me estuviera ofreciendo un tazón de infusión de hoja de tanna recién hecha.

—¿Seguro? —intervino Magot con una mezcla de horror y de satisfacción—. Resulta difícil saberlo así, sin piel.

Eran seis en total, todos muertos, todos desollados igual que el ambull. Debajo de la delgada capa de hielo parecían modelos anatómicos para la instrucción de aprendices sanitarios (en caso de que los pielesverdes se interesaran por amenidades tales como la cirugía, por supuesto)[51].

—¿Qué los mató? —preguntó Hail que estaba todo lo pálida que podía estar.

Para ser sincero, en ese momento a mí ya nada me importaba. Su presencia allí era una prueba fehaciente de que al menos un grupo había penetrado en los túneles por delante de nosotros, y que un número indeterminado de ellos podría estar en esos

mismos momentos haciendo estragos en nuestras líneas defensivas. Eso por no mencionar que estaban entre nosotros y nuestra seguridad. Todo lo que sabía era que en cierto modo los necrones tenían que ser responsables, y que fuera cual fuese el horror escapado de la tumba que había acabado con ellos de aquella manera, era algo con lo que yo no quería toparme. Con un cosquilleo premonitorio me di cuenta de que el nuevo túnel corría casi paralelo al de los necrones que habíamos bloqueado, y de repente sentí una urgencia irreprimible de estar en algún otro lado lo más pronto posible.

—Mire esto, señor. —Con una expresión de leve curiosidad en la cara, Jurgen me mostró uno de los primitivos bólter que habían usado los orcos. Había sido abierto de lado a lado, y el metal brillaba donde una hoja de filo inimaginable lo había cortado en dos junto con la mano que lo sostenía, a juzgar por la cantidad de sangre congelada pegada a la culata. Automáticamente pasé revista al equipo desperdigado en torno a los cuerpos, buscando alguna clave que permitiera adivinar cuál había sido su propósito. No era fácil estar seguro, pero algo en las armas que llevaban y en los escasos trozos de tela que no estaban manchados de sangre me recordó a los exploradores que habían derribado nuestro trasbordador. Por supuesto, esa era una deducción lógica, pero tenía algo muy perturbador. Hablaba de la posibilidad de que nos enfrentáramos a orcos que, a diferencia de la mayor parte de su especie, eran capaces de moverse con sigilo y tender una emboscada en lugar de anunciar su presencia a gritos y disparando indiscriminadamente.

—¿No deberíamos comprobar qué hay al final del túnel? —preguntó Grifen con evidente reticencia en la voz.

—No —negué con la cabeza, y tuve que aplicar todo mi autocontrol para parecer tranquilo y de una pieza en lugar de responder a gritos—. Nada es más importante que informar de lo que hemos encontrado.

—Además —intervino Magot, señalando con un gesto ambiguo a los orcos mutilados—, eso tiene todo el aspecto de una señal muy clara de «prohibido el paso».

—Respetemos la señal, entonces —dije.

—No voy a oponerme —asintió Grifen.

—Un momento. —Hail había vuelto al túnel principal y estaba protegiendo nuestra retaguardia, de pie junto a la pila de escombros que había bloqueado la entrada a la tumba (y que, gracias a nuestro ambull extraviado, había resultado una absoluta pérdida de tiempo)—. Me parece haber oído algo.

—¿Podría ser un poco más específica? —pedí, bajando instintivamente el tono de voz, aunque nadie más lo oiría por el intercomunicador que ella llevaba en el oído.

—Movimiento. Al otro lado del derrumbe. —También ella hablaba en voz baja. Simia corrió a prestarle apoyo, atenuando el iluminador que nos quedaba y sumiéndonos en la oscuridad. Yo nunca había sido propenso a la claustrofobia, supongo que por las condiciones en que me crie, pero en ese momento, el peso de la oscuridad que nos rodeaba me resultó aplastante. Llegué incluso a agradecer el olor

familiar de Jurgen, que al menos me recordaba que tenía un aliado allí abajo en el que podía confiar. Saqué la espada sierra de su vaina.

Agucé el oído, tratando de captar algún cambio en el ruido ambiente, descartando el sonido de mi propia respiración y los latidos de mi corazón agitado. Al principio no oí más que el susurro de los pulmones de mis compañeros y el leve roce de sus ropas mientras se colocaban en posición de combate. Entonces me llegó, diferenciándose de los ecos: el sonido de botas sobre la escarcha y voces guturales susurrando en orco.

—Dejemos que se acerquen —susurré en voz baja, y oí el murmullo tranquilizador de respuesta del resto del equipo mientras me agachaba para ofrecer el menor blanco posible—. Atacaremos cuando aparezcan rodeando los escombros.

Era una buena estrategia, y probablemente habría funcionado de no haber sido por la inexperiencia de mis compañeros en la lucha en túneles y en eso de moverse sigilosamente en la oscuridad. Nunca supe si había sido culpa de Hail o de Simia, pero cuando se refugiaron detrás de la pila de escombros, uno de ellos empujó una piedra.

Aguanté la respiración cuando salió rodando por el hielo y las pisadas que se acercaban se detuvieron. En la oscuridad se oyó que alguien olfateaba ostensiblemente, a lo que siguió una conversación en un tono que para los pielesverdes era un susurro. Capté la palabra «humiez[52]», que había oído suficientes veces como para estar seguro, y así supe que nuestra emboscada había sido descubierta.

Detrás de los escombros se veía ahora el resplandor de una luz anaranjada que relucía como el fuego, y un oscuro presentimiento se apoderó de mí. Al parecer, uno de los pielesverdes que se acercaban llevaba un lanzallamas que al mismo tiempo que servía de apoyo pesado tenía una luz piloto que ofrecía iluminación al grupo. Recordé vívidamente a los orcos que había achicharrado Lunt y decidí centrar mi ataque en el portador de aquella arma. De todas las formas de muerte que había visto en los campos de batalla de la galaxia, morir quemado me parecía la más desagradable.

—Repliéguense —dije en voz baja quizá sin necesidad, ya que estoy seguro de que los demás estaban pensando lo mismo. Entonces apunté con mi pistola láser al punto en que el túnel se estrechaba y por donde debían aparecer los pielesverdes y esperé.

Sin embargo, cuál no sería mi sorpresa cuando vi que no cargaban a ciegas hacia delante, como yo había esperado. Un par de pequeños objetos salieron volando por la brecha, rebotaron en el suelo cubierto por la helada y tomaron diferentes direcciones.

—¡Granadas! —gritó Simia justo antes de que detonaran y la metralla volara por los aires en todas direcciones. Simia cayó hacia atrás con el cuerpo lleno de horribles heridas. Ni siquiera la armadura antifrag que llevaba debajo del capote fue capaz de parar todas las esquirlas, y varias manchas de color carmesí empezaron a extenderse mientras trataba de ponerse de pie. Hail tuvo más suerte, su compañero había recibido la mayor parte, pero pude ver que también ella estaba herida en el brazo izquierdo que sangraba profusamente y le colgaba inerme a un lado del cuerpo. De un salto se plantó en medio de la brecha, gritando furiosa, y disparó su rifle láser con una

sola mano en automático contra los pielesverdes, sin duda sorprendidos, que había al otro lado. Debe de haber herido al menos a uno, a juzgar por los aullidos de rabia y de dolor que resonaron en el espacio cerrado.

—¡Hail! ¡Atrás! —le gritó Grifen, pero era demasiado tarde: una andanada de disparos la acribilló y la hizo caer en medio de una lluvia de sangre y vísceras; y entonces los orcos se nos echaron encima. Simia trató de alzar su rifle láser cuando el primero apareció en el estrecho paso, pero antes de que pudiera pulsar el gatillo, una enorme cuchilla voló por los aires y le partió el cráneo en dos. El pielverde dio un bramido triunfal, pero le duró poco, ya que Magot y yo le disparamos casi al unísono y cayó con la cabeza destrozada. Grifen mantuvo un fuego discrecional contra la brecha por la que tenían que aparecer, tratando de disuadir a los demás de seguir adelante, pero fue una tentativa inútil. Cuando un orco está soliviantado desaparece su instinto de autoconservación, y parece feliz de morir con tal de llevarse a unos cuantos enemigos consigo. Otro pielverde se introdujo por el estrechamiento disparando con su burda pistola láser, y vi con horror que el brillo del arma incendiaria se hacía más intenso, lo cual indicaba que el que la llevaba sería el siguiente en aparecer.

—¡Jurgen! —grité, señalando—. ¡Encárgate del lanzallamas! —Mi ayudante asintió y apuntó cuidadosamente con el melta. Después de eso ya no tuve tiempo para pensar en lo que hacían él ni ninguno de los demás, porque tenía encima a un pielverde que amenazaba con descargar su pesada espada sobre mi cabeza.

Me agaché e instintivamente alcé la espada sierra para bloquearlo. Sentí el pesado estremecimiento del mecanismo cuando los dientes de adamantium mordieron brutalmente el metal burdamente forjado. Brotaron chispas, diminutos soles anaranjados que abrieron pequeños cráteres en el hielo que cubría el suelo, antes de que girara el cuerpo desviando la carga frontal del bruto hacia la pared. Lanzó un rugido cuando su cabeza chocó contra la firme roca cubierta de hielo y se volvió hacia mí soltando hilos de baba por los colmillos. Ahora sí que estaba fuera de sí.

Le hice un corte en la pierna, una herida que habría dejado incapacitado a cualquier humano, pero que al parecer para él era poco más que un rasguño. Alzó su pesada espada para bloquear el golpe, tal como yo había previsto, y entonces lancé un corte hacia arriba que alcanzó a la odiosa criatura en el cuello. Se me quedó mirando un momento, como preguntándose de dónde salía toda esa sangre. En cualquier otra especie, ese habría sido un golpe mortal, pero me había enfrentado suficientes veces a los pielesverdes como para subestimar su resistencia. Después lancé un tajo lateral y le separé la cabeza de los hombros.

El combate cuerpo a cuerpo no debe de haber durado más de un segundo o dos. Cuando aparté los ojos de él quedé deslumbrado por el destello del melta.

—Le di —confirmó Jurgen mientras yo parpadeaba para librarme de la imagen residual y me maldecía por mi falta de cuidado. Tal grado de desorientación podría haberme costado la vida allí abajo.

—¡Cuidado! —Se me cortó la respiración cuando Magot se lanzó hacia delante y, asiéndome por la cintura, me sacó del camino de una roca enorme y poco amistosa que se había desprendido del techo. Cayó justo en el lugar donde había estado menos de un segundo antes.

—Gracias —dije, esforzándome todavía por distinguir la imagen de la pelirroja en medio de la niebla verde y brillante que me separaba del resto del mundo. Me pareció ver una sonrisa y me di cuenta de que ella había vuelto a encender su iluminador.

—A sus órdenes —contestó.

—¡Todo el techo se está derrumbando! —gritó Grifen, y en ese momento tomé conciencia del estruendo que me confirmaba sus palabras. Al parecer, la explosión que habíamos provocado aquí antes lo había dejado todo más inestable de lo que pensábamos, algo que supongo que una vieja rata de túnel como yo debería haber previsto de no haber estado tan aterrorizado por los necrones.

—¡Atrás! —grité, alertado por fin por los instintos de mi niñez; daba la impresión de que lo peor estaba por delante de nosotros. De modo que corrimos a refugiarnos en el nuevo túnel abierto por el ambull y esperamos a que cesara el ruido.

—¡Emperador que estás en la Tierra! —exclamó Grifen cuando el polvo se hubo asentado por fin. No era para menos. De los nueve soldados con los que había salido, sólo quedaba Magot, y seguramente sentía mucho la pérdida de tantos de sus subordinados. Relucientes motas de hielo bailaban a la luz de nuestro iluminador mientras tratábamos de evaluar el alcance de lo que teníamos ante nosotros. Donde antes estaba bloqueada la mitad del pasadizo se alzaba ahora una pared impenetrable de escombros cortándonos el camino. No había ni señal de los orcos ni de nuestros camaradas caídos.

—Sí que la hemos liado, ¿verdad? —comentó Magot. Meneé la cabeza, sin atreverme a hablar. Tenía toda la impresión de que estaba en lo cierto.

—Puedo probar con otro disparo —sugirió Jurgen—. A ver si despejamos el camino. —Lo más probable era que se derrumbara aún más y encima acabara con nosotros.

Negué decididamente con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea —dije, sorprendido por mi moderación a pesar de las circunstancias.

—Podríamos volver —sugirió Grifen—. Tratar de llegar a la refinería en la superficie. —Por encima de una cadena montañosa erizada de orcos. En medio de una ventisca, para colmo. Eso sería un suicidio, y el tono dubitativo con que lo dijo hablaba a las claras de que se había dado cuenta mientras lo decía.

—Sólo tenemos una posibilidad —afirmé, rechazando mentalmente la idea antes de decirla. Traté de recordar el mapa de los túneles de los ambulls que Logash había estado compilando en su auspex y la superpuse al nuevo trazado que acabábamos de descubrir. Con mucha suerte, tal vez desembocara en uno de los otros no mucho más adelante y nos permitiera superar el bloqueo que nos cortaba el paso.

Por otra parte, tenía una trayectoria más o menos paralela a la del pasadizo que habíamos tratado de bloquear al principio, y parecía bastante evidente que los necrones ya lo estaban utilizando. De seguir adelante, lo más probable era que acabáramos muertos.

Bueno, lo más probable es mejor que definitivamente, que era la perspectiva que nos ofrecían las demás opciones, de modo que, a fin de cuentas, era nuestra única posibilidad. Formábamos un grupo sombrío y silencioso cuando nos pusimos en marcha. Habíamos quedado reducidos a la mitad de los que éramos cuando pasamos antes por aquí, y además nos enfrentábamos a la posibilidad de terribles peligros.

Traté de no mirar a los orcos mutilados al pasar junto a sus cuerpos silenciosos y congelados, y me pregunté si mi decisión no significaría una condena para todos.



ONCE

Para entonces ya habíamos renunciado a cualquier intento de mantener una formación apta para practicar escaramuzas, y marchábamos en cambio en un grupo compacto, pensando sólo en protegernos, como los nativos de algún mundo salvaje que temen a los demonios que acechan más allá de donde alumbra el fuego. La diferencia, por supuesto, era que nosotros sabíamos que los demonios eran reales, y que avanzábamos directos hacia el reino infernal. (Y hablando como alguien que una o dos veces en su vida se ha enfrentado a un demonio, puedo asegurarles que la sensación no se diferenciaba en nada).

Por un acuerdo tácito, habíamos dejado apagados todos los iluminadores excepto el de Magot, de modo que un único haz de luz nos precedía por aquel estrecho y lóbrego pasadizo. Como resultado de ello, las sombras nos cercaban y las sentíamos todavía más sofocantes que antes, a pesar de los reflejos en el hielo que todavía recubría las paredes, intensificando la sensación de funesta amenaza que nos rodeaba.

Para colmo, mis instintos de rata de túnel me decían que otra vez íbamos descendiendo lentamente, adentrándonos cada vez más en las entrañas del planeta, y cuanto más bajábamos, más parecían ceñirse las tinieblas en torno a nosotros, hasta que empecé a sentir el aire más espeso y cálido sobre mi piel, como si me ahogara.

De repente me di cuenta de que los dos fenómenos eran reales, no psicológicos. La temperatura ambiente aumentaba gradualmente, y nuestra única luz se reflejaba cada vez menos en las paredes a medida que la roca oscura empezaba a surgir detrás de su revestimiento de hielo traslúcido. La humedad resultante hacía que el aire fuera pegajoso y denso, y una leve bruma se elevaba del suelo por delante de nosotros. Todavía hacía mucho más frío de lo normal, pero por comparación con las temperaturas que habíamos soportado en la superficie, esto parecía un clima casi tropical. Sin duda los valhallanos empezaban a notarlo. Las dos mujeres se desabrocharon los capotes y Jurgen se quitó el grueso sombrero de piel que metió en uno de los innumerables bolsillos de que iba provisto.

—Dondequiera que fuéramos, creo que ya estamos allí —dijo Magot después de un período indeterminado de silencio durante el cual no oímos nada más que nuestras pisadas, que sonaban atronadoras, y que cuanto más tratábamos de

amortiguarlas, más altas nos las devolvía el eco. Asentí, con la boca seca. Ahora se oía un leve zumbido apenas audible, y un ligero olor acre me hacía arder las fosas nasales. Eran cosas que recordaba demasiado bien y que había esperado no volver a experimentar jamás.

—Muévanse con cuidado —les advertí, cosa que, evidentemente, era superflua. Le hice un gesto a Magot—: Apague la luz.

La mujer obedeció, y cada vez más horrorizado comprobé que la oscuridad en torno a nosotros ya no era absoluta. Se veía una débil luminiscencia proveniente de arriba que daba al túnel una tonalidad enfermiza, gangrenosa, que me revolvía el estómago.

—Por ahí abajo. —A estas alturas ya no cabía ninguna duda: cualesquiera que fuesen los secretos que los necrones habían sepultado ahí abajo, nos estaban esperando, y al parecer no había manera de evitar una confrontación con ellos.

—Yo iré delante —se ofreció Jurgen, poniendo su voluminoso melta en posición de disparo—. Esto debería abrirnos camino en caso de que lo necesitemos. —Yo, sinceramente, lo dudaba. Allí adonde nos dirigíamos no había potencia de fuego capaz de establecer una diferencia, pero la perspectiva de que por lo menos nos hiciera ganar un poco de tiempo era reconfortante, de modo que asentí.

—Buen chico —dije, y no sé cómo pero encontré tiempo para disfrutar de la expresión de perplejidad en los rostros de Grifen y Magot. Resultaba fácil subestimar a Jurgen hasta que uno llegaba a conocerlo, y eran pocos los que se molestaban en hacerlo. Traté de parecer tranquilo, pero me temo que no conseguí engañarlos ni por un segundo; las dos mujeres parecían casi descompuestas por la aprensión, y sabiendo lo que nos esperaba, no tengo la menor duda de que mi aspecto debía de ser todavía peor—. ¿Preparados? —pregunté.

—Preparada. —Grifen dio un apretón de aliento a Magot en el brazo y la pelirroja hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No podría estarlo más —confirmó, y colocó una batería nueva en su rifle láser, sospechaba que más por la tranquilidad que le daba la acción habitual que porque necesitara recargar.

Salimos a una ancha y sombría caverna, llena de maquinaria de diseño extraño y de funciones incomprensibles. En torno a nosotros destacaban en la oscuridad grandes losas geométricas de las cuales salía esa iluminación enfermiza por rendijas y gruesos tubos que parecían de cristal sin serlo, sumiendo todo el espacio en sombras impregnadas de una luz plana y sin dirección. Bajo el pálido resplandor verdoso parecíamos cuerpos de personas muertas hacía tiempo y en descomposición, y me encontré preguntándome cómo podía haber esperado en algún momento salir de esto ileso.

Avanzamos con cautela, pasando de una sombra profunda a otra como ratones en el suelo de una catedral, atenazados casi hasta la náusea física por la sensación de maldad que irradiaba todo lo que nos rodeaba. Al menos una cosa estaba clara: este

no era lugar para los vivos.

—Que el Emperador nos proteja —dijo Grifen en un susurro. Habíamos pasado por una arcada de altura suficiente para permitir el paso de un titán, ciñéndonos a las paredes de la enorme estancia cuyo techo era tan alto que la vista no lo abarcaba, y nos paramos en seco, con la respiración cortada por la perspectiva de lo que nos aguardaba. Aquellas paredes estaban llenas de nichos, todos de la altura y el ancho de un hombre, y en cada uno había un guerrero necrón en cuya superficie metálica se reflejaba la luz fantasmagórica. Al movernos, las sombras parecían reverberar sobre esas formas inhumanas arrancándoles expresiones de profunda malevolencia.

Estuvimos allí quietos un momento, transfigurados por el horror, hasta que me di cuenta con no poco alivio de que ese movimiento aparente no era más que una ilusión, y que todos los guerreros estaban absolutamente inmóviles.

—Están en estasis —susurré, como si el mero hecho de pronunciar las palabras pudiera bastar para despertarlos.

—Entonces, ¿son inofensivos? —preguntó Magot, que seguramente no esperaba que la respuesta fuera la que quería oír.

—No —respondí, confirmando sus temores—. Sólo dormidos. Si llegaran a despertarse… —Recorrí con la vista aquel panorama desazonador. Lo único que se veía eran cuerpos metálicos que se repetían hasta donde abarcaba la vista. Renuncié a calcular cuántos podía haber. Cientos de miles tan sólo en esta cámara. Traté de imaginar los estragos que podía producir semejante ejército suelto por la galaxia y se me encogieron las entrañas pensando en las proporciones de la carnicería que traería aparejada—. Es preciso destruirlos.

—Creo que vamos a necesitar armas más grandes —dijo Grifen secamente, apartó los ojos de aquella legión infinita y alzó su rifle láser como si fuera a disparar. Con los nervios en tensión, paseamos la mirada a izquierda y derecha, alertas a cualquier señal de movimiento que pudiera significar una amenaza, pero, al parecer, en la enorme tumba no había nadie más que nosotros.

—Entonces conseguiremos armas más grandes —la tranquilicé. No había nada en nuestro inventario que pudiera, ni remotamente, hacer ese trabajo, pero un mensaje astropático a la unidad naval más próxima podría hacer venir una fuerza de ataque en cuestión de semanas, y una flotilla de naves de guerra tenía que bastar para arrasar el continente. Un par de andanadas de sus baterías bastarían para extirpar este cáncer por muy arraigado que estuviera.

Por supuesto, el planeta quedaría inhabitable durante generaciones, pero de todos modos a nadie en su sano juicio se le ocurriría poner en el pie aquí en cuanto se supiera de la presencia de necrones, de modo que la cuestión estaba bastante clara. Y si hubiera alguien lo bastante tonto como para poner objeciones, no tenía la menor duda de que Amberley recurriría a toda la fuerza de la Inquisición para acallar a los objetores en cuanto yo la pusiera al tanto de la situación[53].

Seguimos adelante con todo cuidado, tratando de tener a la vista en la medida de

lo posible las paredes externas de la caverna; si realmente había una manera de salir de aquí, estaba dispuesto a encontrarla. Simplemente me negaba a considerar la alternativa de que el túnel del ambull por el que habíamos entrado fuera el único acceso, pues eso sólo llevaba a la locura y a la desesperación.

—¡Movimiento! —advirtió Jurgen, fundiéndose con las sombras en la base de un enorme mecanismo que emitía un zumbido sin hacer el menor caso de nuestra presencia. Los demás también nos echamos cuerpo a tierra, refugiándonos donde pudimos. Yo me acurruqué detrás de una excrescencia metálica que parecía al mismo tiempo regular y orgánica y que al tocarla se notaba caliente. Un momento después yo también lo vi. Al principio sólo fueron unas sombras angulosas que presagiaron el primer contacto visual con los propios necrones cuando superaron el recodo del pasillo metálico en cuyas profundidades nos ocultábamos.

En el momento en que aparecieron los monstruos, a duras penas pude sofocar un respingo de absoluto horror. Ya había visto terrores suficientes en Interitus Prime, pero estas creaciones monstruosas los superaban con creces. Al principio los tomé por guerreros necrones ordinarios, temibles de por sí, bien lo sabía, pero estos eran algo mucho peor. Sus dedos terminaban en largas hojas relucientes, manchadas de una sustancia que parecía negra bajo esta luz nauseabunda, pero que no dudé en decidir que era roja. Lo más aterrador de todo era que sus torsos metálicos estaban ocultos a la vista. Por un segundo, mientras mi mente ofuscada se negaba a reconocer lo que estaba viendo, me pregunté por qué, en nombre del Emperador, estos autómatas insensibles iban a vestirse para protegerse del frío. Fue entonces cuando, a punto de vomitar, me di cuenta. Llevaban encima el pellejo de los orcos a los que habíamos encontrado desollados. (Lo que no pude ver es si alguno de ellos llevaba el del ambull, lo cual, pueden creerme, era bastante fácil en esas circunstancias. Es probable que si el Emperador en persona me hubiese dado un golpecito en el hombro en aquellos momentos yo ni me hubiera dado cuenta).

—¡Por el Trono Dorado! —musitó Grifen, incapaz de contener su asco. Me quedé de piedra, aterrado ante la posibilidad de que hubieran podido oírla, pero comprobé con indecible alivio que las espantosas apariciones seguían adelante sin reparar en ella[54], con los movimientos inhumanamente fluidos que me había acostumbrado a relacionar con todas sus formas, y después de un momento desaparecieron por un ancho paseo que transcurría entre dispositivos arcanos del tamaño de un almacén.

—¿Deberíamos seguirlos? —preguntó Jurgen con su flema habitual, como si no hubiera visto nada más perturbador que mis mensajes matutinos.

Yo agradecí en seguida el sonido de su voz en mi intercomunicador. Era un contacto con la rutina al que me aferré de buena gana y que me ayudó a estabilizar mis destrozadas sensibilidades. Miré a Grifen, que estaba al otro lado. Apenas respiraba y se la veía pálida bajo aquella luz. Magot, por su parte, susurraba entre dientes plegarias al Emperador, abandonado cualquier vestigio de su habitual descaro. Si no hacía algo para obligarlas a salir de su ensimismamiento, lo más probable era

que perdieran totalmente el juicio y quedaran catatónicas, ambas perspectivas igualmente poco deseables. La sugerencia de Jurgen al menos tenía la ventaja de mantener a las monstruosidades por delante de nosotros, de modo que asentí.

—Es un plan tan bueno como cualquier otro —reconocí antes de volverme hacia Grifen—. Sargento. Nos ponemos en marcha. —Debo admitir que respondió casi inmediatamente. Se volvió a mirarme con los ojos muy abiertos y pude ver que estaba empezando a recuperar con dificultad el autocontrol.

—Correcto —confirmó, y estiró la mano para asir el brazo de Magot. La soldado no respondió y Grifen aumentó un poco la presión, obligándola a dar un paso para recuperar el equilibrio. Después de un momento, interrumpió sus rezos y miró a la sargento—. Mari. Mari, nos vamos.

—No deberíamos estar aquí —replicó Magot. Observé con inquietud que estaba al borde de la histeria—. Tenemos que salir de aquí.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer —le aseguré, con más confianza de la que sentía—. Pero necesitamos su ayuda. Necesitamos que esté alerta. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. —Tragó saliva. Todavía subyacía el pánico, pero lo estaba combatiendo. Respiró hondo un par de veces—. Estoy en ello.

—Bien, porque confiamos en usted —la animé con mi tono más sincero—. Si nos mantenemos juntos, lo conseguiremos. Tiene mi palabra.

—No voy a decepcionarlos —aseguró, al borde de la hiperventilación. Griffen le dio una palmada en el hombro. Fue una breve pero firme muestra de contacto humano.

—Sé que no lo harás —le aseguró cordialmente—. De modo que mueve el culo y tratemos de conseguirlo antes de que el infierno se descongele, ¿vale?

—Vale, sargento. —Fuera cual fuese el vínculo que había entre ellas, parecía más fuerte que el terror a los necrones, al menos por el momento.

—En marcha —dije, haciéndole una señal a Jurgen.

No tengo ni idea del tiempo que estuvimos siguiendo a esas espectrales apariciones, pero me pareció una eternidad. El tiempo cambiaba y se emborronaba hasta perder el sentido, un fenómeno que ya había experimentado en las catacumbas de Interitus Prime. A veces atravesábamos bosques de tubos relucientes que extrañamente recordaban a árboles atacados por alguna clase de peste, y otras circulábamos a la sombra de planchas de metal totalmente lisas del tamaño de una nave espacial. Por lo menos dos veces más pasamos por cámaras de estasis, tan llenas de horrores durmientes como la que habíamos encontrado en primer lugar, pero cuando lo pienso, mis recuerdos son borrosos, como si mi mente simplemente se negara a aceptar lo que estaba viendo (puede que para preservar mi cordura). De pronto capté movimiento en mi área de visión periférica y me eché cuerpo a tierra otra vez, buscando cobertura, con una sibilante advertencia a mis compañeros.

Fue justo a tiempo. Un grupo de guerreros necrones corrientes apareció desde un pasaje lateral que, como aquel por el que avanzábamos, parecía más una calle que una

simple separación entre máquinas del tamaño de almacenes. Giraron al unísono con una precisión que habría dejado mudo de envidia a cualquier instructor de la Guardia Imperial que se preciase, y siguieron a sus camaradas carniceros hacia el destino que los aguardaba.

Al observarlos más de cerca pude ver marcas de combate en sus brillantes torsos metálicos. Las melladuras y abolladuras hechas por las armas de los orcos ya empezaban a atenuarse a medida que el metal parecía crecer cubriendo sus heridas mediante algún proceso mágico que yo no conseguía entender[55].

Por delante de nosotros y a lo lejos, siguiendo aquel camino ciclópeo, podíamos discernir ahora un resplandor más brillante que el resto, pero de color igualmente repulsivo, y algo en la forma de los mecanismos que nos rodeaban empezaba a parecer vagamente familiar. Empecé a tener una sensación de reconocimiento que se transformó en certeza al acercarnos a aquella luz cadavéricamente vivida, cuya fuente se materializó en el centro de un amplio espacio abierto del tamaño de una pista de aterrizaje estelar.

—Es un portal activo de la disformidad —dije en un susurro mientras hacía, por reflejo, la señal del aquila. No es que esperara invocar ninguna protección especial al hacerlo, por supuesto, pero en esas circunstancias, toda ayuda es poca, pueden creerlo.

—¿Está seguro? —preguntó Grifen, evidentemente atemorizada ante la perspectiva. Dado que no era el momento para interminables explicaciones, me limité a asentir.

—Por supuesto —dije[56]. Delante de nosotros, los desolladores, según supe más adelante que así llamaba la Inquisición a los cobradores de trofeos, se introdujeron en ese resplandor eldritch y desaparecieron, sin duda hacia algún agujero infernal en otro punto de la galaxia. Debo admitir que durante un terrorífico momento me pregunté si acaso se estaban teleportando a alguna nave espacial en órbita, pero tras reflexionar un momento me tranquilicé pensando que no podría haber surgido de la disformidad ninguna nave capaz de llegar aquí sin ser registrada en el sensor del *Puro de Corazón* mucho antes de que partiéramos a cazar ambulls, de lo que me parecía que había pasado toda una vida. (Sin embargo, mi cronómetro insistía tercamente en que no había pasado ni un día[57]). Un momento después, los guerreros los imitaron, desvaneciéndose como los vestigios que quedan de una pesadilla al despertarse, y el portal de disformidad atenuó su luz al nivel de la iluminación ambiental.

—¡Emperador que estás en la Tierra! —exclamó Magot, que había empezado a recuperar algo de su descaro habitual—. ¡Vaya salida!

—Para mí es suficiente —dijo Grifen con tono sombrío—. Especialmente si es permanente.

—Tal vez los pielesverdes fueran demasiado para ellos —aventuró la pelirroja, esperanzada.

—Yo no contaría con ello —repuse—. Esto era sólo una partida de exploradores.

Van a volver.

—¿Cuándo? —preguntó Jurgen sin modificar el tono de su voz aunque con un leve deje de curiosidad. Me encogí de hombros.

—Sólo el Emperador lo sabe —dije, encogiéndome de hombros—. Espero que nos dé tiempo para salir de aquí pitando.

—Me sumo a eso —musitó Magot.

Eché una mirada al portal que, aunque durmiente, parecía palpitar de forma malévola, como a punto de vomitar una ola mareal de guerreros metálicos sobre el planeta en cualquier momento. Por un instante pensé en tratar de hacer algo para destruirlo con los explosivos que nos quedaban, pero rechacé la idea de inmediato. Al fin y al cabo, si era tan resistente como el equipamiento que había visto en Interitus Prime, apenas conseguiríamos hacerle un rasguño con lo poco que llevábamos encima y, además, haríamos mejor en emplear ese tiempo en buscar una salida. (Para ser sincero, la idea de quedarme un minuto más, durante el tiempo que nos llevara preparar las cargas, casi bastaba para echarme a correr presa del pánico; lo único que me impedía hacerlo era la convicción de que eso podía ser nuestra perdición). Por otra parte, cualquier intento de interferir con los mecanismos en ese lugar, muy probablemente atraerían la atención sobre nosotros, cosa que era preferible evitar. Aunque muchas de las máquinas que nos rodeaban parecían haber entrado en reposo con la partida del grupo de reconocimiento, lo cual me hacía sospechar que éramos los únicos allí abajo, era posible que hubiera numerosos sensores o alarmas que una explosión podía activar, así como guardias necrones o sus lacayos mecánicos escondidos en algún lugar y dispuestos a acabar con nosotros en cuanto fueran alertados de nuestra presencia.

—¿Por dónde, señor? —preguntó Jurgen, como si estuviéramos en medio de algún parque buscando el camino más rápido para volver a los barracones. Dudé. Mi instinto no me había abandonado totalmente a pesar de lo arcano de nuestro entorno, y tras un momento señalé hacia nuestra izquierda.

—Las minas deben de estar por allí, si no me equivoco. —Jurgen había estado en demasiados agujeros conmigo como para no confiar en mi sentido de la orientación bajo tierra, y aunque no fuera así, siempre estaba dispuesto a seguir una orden sin rechistar, de modo que hizo un gesto afirmativo y se puso en movimiento en esa dirección. Grifen y Magot empezaron a marchar tras él, así que les cogí el paso y me coloqué entre mi ayudante y las dos mujeres, sintiéndome un poco más seguro (si es que eso era remotamente posible teniendo en cuenta dónde nos encontrábamos) ahora que tenía soldados armados a uno y otro lado.

A pesar de mi convicción cada vez más arraigada de que era poco probable encontrar más de aquellas monstruosidades metálicas a menos que hiciéramos algo para llamar su atención, no estaba dispuesto a bajar la guardia, pueden estar seguros. De hecho, cuanto más nos acercábamos a la seguridad, o al menos a la promesa de ella, tanto más paranoide me volvía. Me sobresaltaba ante el menor sonido, real o

imaginario. Examinaba todas las sombras por las que pasábamos, cada vez más convencido de que en cada grieta se ocultaba un enjambre de insectos metálicos o de que un enorme constructo aracnoide se cernía sobre nuestras cabezas, pero invariablemente, mi aprensión resultaba infundada.

—Puedo ver la pared de la caverna —transmitió Jurgen, y apuramos un poco el paso, en un mudo acuerdo de abandonar este lugar infernal lo antes posible. Empecé a ver trozos de construcción hecha de piedra y bien alisada entre la maraña de mecanismos incomprensibles y traté de calcular a qué distancia estábamos, pero mi sentido de la perspectiva se confundía con las extrañas geometrías que nos rodeaban, y me cogió absolutamente por sorpresa cuando al pasar a través de un bosque de tuberías del tamaño de árboles nos encontramos ante la roca desnuda.

—Es absolutamente liso —dijo Magot, pasando la mano por la superficie y con un deje de asombro en la voz. Tenía razón, la superficie era lisa como el cristal, y yo me preguntaba cómo podían haber hecho ese trabajo con semejante precisión. La única explicación que se me ocurría era la de que hubieran empleado algún tipo de magia, lo que por otra parte encajaba con todo lo demás que habíamos visto desde nuestra llegada. Miré a derecha e izquierda esperando encontrar la señal de algún túnel, pero, como era de prever, sufrí una decepción.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Grifen. La verdad, no tenía la menor idea, pero recordaba vagamente el recorrido de los túneles de los ambulls plasmado en el auspex de Logash, que eran más numerosos hacia la derecha de donde suponía que debíamos estar, de modo que señalé en esa dirección con toda la autoridad de que fui capaz.

—Por ahí —dije—, y rogad al Emperador un milagro.

—Todo este lugar es un milagro ¿no es cierto? —preguntó una voz nueva. Giré sobre mis talones con la pistola láser dispuesta para disparar, y me detuve un instante antes de apretar el gatillo. El que hablaba me resultaba vagamente familiar, y un momento después distinguí una figura humana cubierta con una túnica color esmeralda (que en realidad era blanca, por supuesto, fuera de esa fantasmagórica iluminación) cuyos ojos lanzaban destellos verdes cuando se reflejaba la luz en ellos —. Alabado sea el Omnissiah, cuyo regalo ha sido revelado a los dignos a pesar de todos los esfuerzos del no creyente.

—¡Logash! —exclamé, no muy seguro de si se habría vuelto loco o no—. Lo dábamos por muerto. —Pero no lo estaba; mala suerte. Aquella pequeña comadreja traicionera nos había dado el esquinazo en medio de la tormenta y había vuelto corriendo en cuanto pudo. Sólo el Emperador sabe lo que esperaba conseguir con un par de toneladas de escombros sellando la entrada a la tumba, pero los fanáticos son así, carecen por completo de sentido común, y, de todos modos, el ambull extraviado le había resuelto el problema. Por supuesto, él lo interpretó como una señal de Su Divina Majestad, o de la parodia de relojería a la que rinden culto, y siempre tuvo la intención de volver allí, aunque no dijo ni pío al respecto.

—El Omnissiah guio mis pasos —dijo—, y los obstáculos cayeron ante mí. ¡Alabado sea el Omnissiah! —Alzó la voz y yo me estremecí por dentro, seguro de que atraería una atención indeseada. Le pedí silencio con un gesto, y al volverme me encontré con que el rifle láser de Magot lo estaba apuntando.

—¿Cómo es que los cabezas de lata no lo cogieron? —preguntó la mujer, con el dedo un poco más cerrado sobre el gatillo de lo que yo creía conveniente.

Para ser franco, por lo que sentía en ese momento podría haberlo matado y me hubiera dado lo mismo, pero el ruido del disparo sería repetido por el eco como el bombardeo de un Estremecedor, y no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Desvié con suavidad su rifle apoyando una mano en el cañón. Logash no pareció ofendido, sin embargo, y respondió con una ancha sonrisa.

—Los sagrados guardianes no repararon en mí, como era de esperar dada mi escasa valía. Hay aquí misterios que se resisten a mi capacidad de penetración, pero no cabe duda de que seres de mayor sabiduría pueden comulgar con los espíritus máquina de este asombroso lugar.

—Suponiendo que consigamos salir de aquí para decírselo —intervino Grifen con tono de amargura.

—El Omnissiah proveerá, puede estar segura —afirmó Logash, que sin duda había perdido totalmente la chaveta (aunque con los tecnosacerdotes no es fácil saberlo). Me resultaba difícil de creer que los necrones simplemente hubieran hecho caso omiso de él, pero supongo que era un complejo enorme y no era totalmente imposible que no hubiesen reparado en él tal como había sucedido con el resto de nosotros, aunque no tenía la menor duda de que habría andado moviéndose por ahí abiertamente, mirándolo todo como un pasmarote recién salido de cualquier sumidero y llegado a un centro comercial en lugar de esconderse como lo habría hecho cualquiera con un micrón de sentido común.

—Pues no les pasaron desapercibidos los orcos. —Magot señaló hacia fuera y Logash asintió con entusiasmo.

—Viles violadores de los precintos sagrados. Los guardianes los eliminaron como se merecían. —Ahí estaba otra vez, pensé con un cosquilleo de inquietud. Cualquiera capaz de usar la palabra «sagrado» para referirse a esta cámara de los horrores estaba evidentemente desquiciado. Supongo que el espectáculo de toda esa tecnología por ahí le había sobrecargado el cerebro.

—Bueno, está bien —intervine con entusiasmo un poco excesivo, y probé a palmearle la espalda. Vi con alivio que se ponía a andar a mi lado—. Todo estará en orden cuando les contemos a los demás lo que ocurre aquí.

—Oh, sí, debemos hacerlo. —Logash asintió ansiosamente y sacó su auspex.

Tal vez puedan formarse una idea de cuál era mi estado de ánimo si les digo que realmente me alegré de verlo. Todos los demás nos reunimos ansiosamente mientras él hacía surgir el mapa de los túneles de los ambulls que habíamos hecho antes, los representados en rojo extrapolados de los que realmente habíamos recorrido.

—¿Hay otro túnel aquí cerca? —preguntó Magot, poniéndose de puntillas para mirar por encima del brazo del tecnosacerdote, que asintió y señaló hacia la izquierda.

—Debería haber otro tramo de los ambulls a unos doscientos metros en esa dirección. —Por fortuna nadie me dijo nada, aunque, para ser justos, también había otros túneles un poco más lejos en la dirección que yo había elegido originalmente. No obstante, no era momento para ponerse quisquilloso, de modo que asentí y palmeé al tecnosacerdote en el hombro (que era duro debajo de la túnica y hacía un ruido sordo al golpearlo).

—Bueno —dije—. Entonces, a buscarlo.



Nota editorial:

A pesar de mi comprensible resistencia a recurrir otra vez a esta fuente secundaria, me temo que es necesario llenar un vacío en la narrativa de Cain, que se interrumpe en este punto y sólo retoma la acción después de que ha transcurrido algún tiempo. No cabe duda de que tenía La sensación de que no había ocurrido nada importante mientras tanto, a pesar de que habían pasado varias horas.

Como siempre, pido perdón por el estilo (o falta de él), y me tranquiliza saber que los lectores con un gusto refinado por la lengua gótica son perfectamente libres de saltárselo.

A pesar de todo, es afortunadamente corto.

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general JENIT SULLA (retirada), 097.M42.

Innegablemente vital como era la tarea que se nos había confiado, no podría decirse que fuera un reto. En cuanto los mineros hubieron dirigido a los zapadores del capitán Federer a la parte de las explotaciones donde las fallas y tensiones del hielo garantizaban que la trampa que habíamos planeado haría más efecto, poco podíamos hacer nosotros, soldados más prácticos, como no fuera desplegarnos por las galerías para asegurar nuestro perímetro contra la remota posibilidad de infiltración de los orcos. Eso hicimos, y aunque debo admitir que la tarea era tediosa, debo decir en reconocimiento a las mujeres y hombres bajo mi mando que permanecían tan alerta después de que hubiera transcurrido medio día como al comienzo de nuestra vigilia.

Esto se vio perturbado por fin por un mensaje de voz que llegó de las profundidades de las galerías inferiores, tan atenuado por las capas de hielo que había en medio que a duras penas pude distinguirlo; y un momento de examen de la pantalla táctica bastó para confirmar lo que ya había deducido. El origen del mensaje venía de profundidades mucho mayores que aquellas donde se encontraban las más alejadas de nuestras patrullas.

Sólo cabía una explicación, y llevando mi escuadrón conmigo, me apresuré a responder, descubriendo mientras descendíamos y la señal de voz se hacía más clara que mis sospechas eran correctas; se trataba realmente de un mensaje nada menos que del propio comisario Cain que volvía con noticias de vital importancia, y pedía, en cuando las comunicaciones fueran suficientemente fiables, que lo pusieran en seguida en contacto con la coronel Kasteen.

Mientras mi operador de voz se apresuraba a complacerlo, siendo el potente

transmisor que llevaba en su mochila capaz de ampliar la débil señal del intercomunicador del comisario, dirigí a mis tropas en su ayuda lo más rápido que pude. Aunque la conversación había pasado a una frecuencia de mando de nivel mucho más alto al que yo, una simple teniente, no tenía acceso, era evidente, por el tono perentorio de su voz, que las noticias que traía eran de tal importancia que debían ser transmitidas a la mayor brevedad.

No obstante, la onda portadora bastó para conducirnos hasta el grupo del comisario, y debo confesar que me produjo una gran conmoción ver el estado desastroso en que se encontraban los supervivientes de lo que sin duda había sido un recorrido de resistencia épica. Por supuesto, el comisario Cain era la viva imagen del heroísmo marcial que siempre representaba, con su porte erguido y su mirada firme, imperturbable ante los horrores, fueran de la índole que fueren, a los que se había enfrentado, aunque sus compañeros mostraban claramente los estragos de los peligros que habían tenido que superar. El ayudante del comisario, en particular, daba la impresión de haber pasado por el infierno, más desaliñado que cualquier soldado vivo que haya visto jamás[58]. Los demás soldados que los acompañaban se tambaleaban de agotamiento, con el horror reflejado en sus caras, sólo el tecnosacerdote que cerraba la marcha parecía animado, seguramente porque sus aumentos lo habían protegido de todo lo que había afligido a los demás.

—Ayudadlos —ordené, y mis soldados se apresuraron a obedecer, proporcionándoles a todos el tan necesario apoyo.

Sólo después de que hube hablado dio el comisario muestras de haberme reconocido, mirando hacia donde yo estaba por primera vez, y debo confesar que me embargó el orgullo cuando pronunció mi nombre, emocionada por la confianza que de forma tan evidente tenía en mis cualidades como oficial.

—Sulla —dijo, con una voz que evidentemente estaba destinada a ser oída sólo por sus propios oídos—. Por supuesto. ¿Quién podía ser, si no?



DOCE

Como ya habrán podido apreciar, todo lo que quería hacer cuando por fin llegamos a la refinería era comer, dormir y disfrutar de una ducha caliente (preferiblemente a bordo del *Puro de Corazón* mientras nos encaminábamos a las profundidades del espacio a todo lo que daban los motores), pero los acontecimientos se desarrollaron con tal rapidez que no pude darme semejantes lujos. De Sulla, que se enteró de mis intentos cada vez más frenéticos de contactar con la superficie y, como era de prever, no pudo resistir la tentación de meter las narices, conseguí librarme pidiéndole que se ocupara de que Grifen y Magot llegaran a los sanitarios lo antes posible (lo cual, por otra parte, no desmentía mi reputación de ocuparme de las tropas, y eso es bueno), y tambaleándome acudí al encuentro de Kasteen y Broklaw. Al menos había conseguido que Sulla me pusiera al día desde el punto de vista táctico antes de marcharse, de modo que pude concentrarme en el problema inmediato, seguro de que los orcos seguían contenidos en nuestra línea defensiva exterior y de que el gargante estaba todavía demasiado lejos para abrir fuego sobre nosotros. Al menos por el momento.

—Tiene usted un aspecto desastroso —dijo el mayor con aire alegre cuando entré en el puesto de mando, pero tuvo la amabilidad de ofrecerme una jarra de infusión de tanna mientras lo decía, por lo cual le perdoné la vida[59].

—Debería verme desde este lado —le repliqué, y me dejé caer en una butaca junto a la mesa de conferencias. Ahora que estaba de vuelta en el clima cálido y relativamente seguro de la refinería, todo el miedo y la fatiga acumulados a lo largo de poco menos de un día se me asentó entre los omóplatos y tuve que hacer un esfuerzo para no dejar caer la cabeza sobre la superficie de madera lustrada. Al inclinar la cabeza hacia atrás para tratar de aliviar la tensión del cuello, algo me llamó la atención en el techo—. ¡Emperador Bendito! ¿No me diga que los pielesverdes llegaron hasta aquí? —Broklaw siguió la dirección de mi mirada hasta los orificios de bólter que había en el cielo raso, justo encima de mi cabeza.

—Sólo un pequeño problema de control de la multitud —afirmó, sonriendo al recordar algo gracioso. Bueno, si a él no le preocupaba demasiado, a mí tampoco, y hacer más preguntas podría complicarme aún más la vida, de modo que volví a

prestar atención a lo que tenía entre manos.

—Debería descansar un poco —dijo Kasteen, mirándome con evidente preocupación.

—Debería —asentí—. No antes de que nos hayamos ocupado de la situación actual. —Bebí con avidez y sentí que las telarañas empezaban a desvanecerse un poco de mi mente a medida que el tanna empezaba a surtir efecto—. ¿Consiguió los antiguos informes de la encuesta que le pedí?

—Aquí están. —Deslizó una placa de datos sobre la superficie de la mesa. La miré, pero los gráficos y datos técnicos no significaban nada para mí—. El amanuense Quintus ha sido de gran ayuda. —Broklaw sonrió y me guiñó un ojo, pero en el estado en que me encontraba no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Qué significa todo esto en gótico llano? —pregunté.

Kasteen se encogió de hombros.

—Hice que la revisara un par de ingenieros supervisores de transporte. —Había sido un riesgo calculado; por supuesto, eran mecanos, de modo que respondían en primer lugar al Adeptus Mechanicus, pero eran nuestros mecanos, y llevaban combatiendo a nuestro lado el tiempo suficiente para sentir cuando menos tanta lealtad para con el regimiento como para con sus colegas tecnosacerdotes. Siempre y cuando no los obligáramos a tomar partido, nos dirían lo que necesitábamos saber, o eso esperaba—. No es realmente su campo, pero al parecer piensan que tiene usted razón. Hay otros depósitos de hielo refinable en Simia Orichalcae mucho más ricos que este.

—Entonces, ¿por qué construir aquí la refinería? —preguntó Broklaw. Me encogí de hombros.

—Los magos indudablemente aducen una docena de razones diferentes por las cuales este depósito particular era más fácil de procesar, o bien que la topografía del valle hacía que la construcción fuera más simple, o bien que fue la voluntad de ese reloj de cuerda que tienen como emperador. Incluso podrían llegar a creérselo, pero si huele como una rata de alcantarilla y chilla como una rata de alcantarilla…

—Alguien del Adeptus Mechanicus sabía que la tumba estaba allí —afirmó Broklaw—. Alguien que ocupa un puesto lo bastante importante como para asegurarse de que se construyera la refinería encima[60].

—Pero ¿por qué? —Kasteen estaba horrorizada—. No pueden estar tan locos como para pensar que pueden invadir un planeta lleno de necrones.

Pensé en Logash, al que el deseo de examinar una reserva tan abundante de arqueotecnología lo había vuelto completamente loco, y traté de imaginar a una camarilla de tecnosacerdotes de alta jerarquía moviendo los hilos para instalar una refinería sobre una presa tan tentadora. No era nada difícil. Si sospecharan siquiera que tal cosa existía, serían capaces de asumir cualquier riesgo, por grande que fuera, para poner sus pequeñas y pegajosas mecadendritas encima. Al menos eso había aprendido en el desastre de Interitus Prime.

—Tal vez pensaron que la tumba estaba abandonada —apunté. No sería tampoco la primera vez que cometían ese error, como averigüé a mi propia costa.

—La verdadera cuestión —dijo Broklaw—, es saber en cuántos de los tecnosacerdotes de aquí podemos confiar. Hubiera o no una conspiración, ahora todos saben lo que hay en ese maldito agujero.

Al menos eso era cierto. Si hubiera estado en plenitud de facultades, habría hecho que Sulla detuviera a Logash en cuanto nos condujo de vuelta a la superficie, pero, por supuesto, ella ni siquiera había reparado en él (no era más que un civil, y tecnosacerdote para colmo), de modo que para cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, ya había desaparecido. Sin duda a estas alturas estaría llenándole a Ernulfph la cabeza con visiones de un regalo mágico como no se había visto otro desde hacía milenios.

—Ninguno —dije. Me dolía la cabeza, esa migraña sorda y pertinaz que acompaña a la absoluta fatiga, y no miraba con entusiasmo las horas que seguirían.

Por supuesto, las superé, debido en gran parte a la habilidad de Jurgen para evitar interrupciones indeseadas. Para cuando Kasteen convocó una reunión plenaria para hablar de la situación, me las había arreglado para dormir un poco, tomar cantidades de recafeinado y una comida caliente (sólo lentejas verdes otra vez, ya que por alguna razón había desechado la idea de consumir un filete de ambull) y empezaba otra vez a sentirme tolerablemente humano. Un baño habría sido la culminación ideal, pero dormir era todavía más urgente, y tuve que resignarme a la posibilidad de empezar a oler tan mal como mi ayudante. Jurgen, como es lógico, no tenía peor aspecto que de costumbre, probablemente como resultado de una siesta corta en algún lugar. Me acompañó, en parte para poner de relieve mi jerarquía y en parte para que recayera sobre él la culpa en caso de que mis sospechas sobre mi fragancia personal fueran fundadas.

Por supuesto, había hecho mucho más que atender a mis necesidades personales. Incluso antes de dirigirme con paso vacilante al comedor y a la cama, en ese orden, había despertado al astrópata residente de la refinería y había enviado un comunicado de la máxima urgencia tanto a la oficina del general como a los canales más protegidos que Amberley me había dicho que podía usar en caso de que algo mereciese la atención de la Inquisición. Pues bien, si había algo merecedor de la atención inquisitorial, sin duda era una tumba llena de necrones, pero noté con cierta decepción (aunque nada sorprendido teniendo en cuenta el desfase temporal incluso en las comunicaciones interestelares más urgentes) que ni unos ni otros habían respondido en el momento en que estaba previsto que empezara la reunión.

La sala de conferencias estaba más llena de lo que jamás había visto, y el parloteo de voces enfrentadas era casi tan alto como para amortiguar las explosiones del campo de batalla, al otro lado del gran ventanal. En seguida atrajo mi atención y empecé a buscar alguna señal del gargante. A pesar de los constantes remolinos de nieve contra el cristal, como una pantalla desconectada, estaba seguro de poder

distinguir una figura enorme y oscura recortada a lo lejos, contra las montañas, que antes no estaba allí. ¡Emperador clemente!, estaba casi tan cerca como para abrir fuego sobre nosotros, apenas a unos kilómetros de distancia. Pensé en la destrucción que causaría la enorme y ventruda arma, volando edificios y depósitos, y me estremecí. Por supuesto, los pielesverdes estarían tratando de tomar las instalaciones relativamente intactas, o al menos las enormes reservas de promethium refinado que contenía, de modo que no podía esperarse lo peor, pero nadie dijo jamás que los orcos fueran racionales[61]. Si el princeps orco, o como quiera que se llamase[62], se excitaba demasiado, todo este asunto podía acabar estrepitosa y repentinamente.

—Comisario. —La coronel Kasteen alzó la vista desde el lugar que ocupaba a la cabecera de la mesa y señaló un asiento libre junto a ella. Me dejé caer en él agradecido, mientras Jurgen iba a traerme más infusión de tanna, y saludé a Broklaw, que estaba sentado al otro lado de la coronel—. Me alegra verlo tan recuperado.

—Gracias —respondí al ver a Jurgen aparecer detrás de mí con un gran tazón humeante de la olorosa infusión. Miré a uno y otro lado de la mesa y vi todas las caras que recordaba de la reunión anterior y muchas más—. ¿Empezamos ya?

—Por supuesto. —Hizo un gesto a Broklaw, que carraspeó ostensiblemente, y vi con sorpresa que todos callaban y lo miraban con gesto expectante.

—Gracias por acudir tan precipitadamente. —Empezó sin el menor sarcasmo—. Como casi todos ustedes saben, sin duda, el grupo de exploración del comisario ha descubierto un problema mucho mayor que los orcos. —Al decir esto miró significativamente al pequeño grupo de tecnosacerdotes reunidos en torno a Ernulfph.

Logash estaba sentado a su lado, luciendo todavía la sonrisa imbécil que no se le había borrado desde que lo encontramos en la tumba situada debajo de nuestros pies. Había invocado mis prerrogativas como comisario para abrir algunos archivos clasificados, de modo que todo el que lo necesitara pudiera saber precisamente contra qué nos enfrentábamos, pero ahora que se había plantado la semilla de la sospecha era difícil no preguntarse si los magos no lo conocerían todo de antemano.

—¿Hasta qué punto estamos seguros de que se trata de un problema? —preguntó Ernulfph con tono ciertamente codicioso—. Si los necrones están en estasis sin duda podemos concentrar nuestros esfuerzos en repeler la amenaza inmediata. —Lo cual significaba que los pobres guardias se sacaran de encima a los orcos mientras él y sus secuaces saqueaban la tumba.

—Ellos son la amenaza inmediata —repliqué, con toda la ecuanimidad de que fui capaz. Di unos sorbos a mi tazón de tanna mientras se desvanecía de mi interior el súbito acceso de aprensión por el solo hecho de pensar en esos asesinos mecánicos—. Si estuviéramos hasta las orejas de orcos, con un ejército colateral de kroot y eldar respaldándolos, yo les daría la espalda a todos ellos para enfrentarme a un solo necrón. He combatido antes con ellos y son la mayor amenaza de cuantas existen en toda la galaxia.

—Seguro que exagera —repuso Pryke, mirándome con severidad, como si yo me lo estuviera inventando todo—. He tenido acceso a los registros de encuentros anteriores con estos… lo que sean, y prácticamente no existen informes sobre ellos.

—Eso se debe a que casi nunca dejan supervivientes que puedan informar de algo —argumenté mientras me empezaba a temblar la mano al volver los viejos recuerdos. Una pequeña gota de infusión escapó del cuenco y cayó sobre la lustrosa mesa de madera, y Jurgen se inclinó para secar la salpicadura con un pañuelo que dejó la superficie más sucia que antes—. Dentro de la galaxia, todos los combates se libran por alguna razón, por territorio, por honor o por almas para los Dioses Oscuros. —Oí un satisfactorio respingo al decir esto, ya que había invocado deliberadamente la imagen que más podía conmocionar a cualquier objetor—. Pero en el caso de los necrones no es así. Sólo existen para matar, y ahora saben que estamos aquí.

—¿Está seguro de eso? —insistió Ernulfph—. Sin duda saben de la presencia de los pielesverdes, pero por lo que tengo entendido, usted escapó ileso. —Miró a Logash en busca de confirmación.

—El Omnissiah guio nuestros pasos —declaró el joven tecnosacerdote—, para que pudiéramos reclamar el regalo dispuesto para nosotros.

—La única noticia que tendrá de los necrones es si a uno de ellos se le antoja usar su pellejo como chaleco —dije, disfrutando de la ligera satisfacción de verlo palidecer un momento antes de que su fanatismo volviera a enardecerlo.

—El comisario está convencido de que el grupo con el que se encontraron no eran más que exploradores —intervino Kasteen, decidida a mantener vivo el tema de la reunión—. Y mientras el portal de disformidad permanezca activo allí abajo podemos esperar una incursión a gran escala en cualquier momento.

—Lo que no entiendo —declaró Morel, interrumpiendo los comentarios generalizados de consternación— es por qué ahora. Llevan ahí abajo lo que sólo el Emperador sabe. ¿Qué es lo que los ha activado tan de repente?

—Creo que puedo responder a eso. —Quintus carraspeó con cierto nerviosismo cuando todos se volvieron a mirarlo.

—Si puede encontrarle sentido a todo este embrollo, me gustaría escucharlo —lo animó Kasteen después de un momento. Quintus enrojeció aún más, sonriendo nervioso a la coronel. Sacó una placa de datos de debajo de su túnica y proyectó una página en el hololito principal, que todavía daba molestos saltos mientras yo trataba de interpretar lo que estaba viendo.

—Estos son registros de los sensores del sistema de control del tráfico —empezó antes de que Ernulph lo interrumpiera.

—Son documentos técnicos que están bajo la supervisión del Adeptus Mechanicus. ¡Usted no tiene por qué hurgar en las cuestiones teológicas!

—Creo que se dará cuenta —prosiguió Pryke con igual ímpetu— de que se trata de material de archivo y, por lo tanto, es evidente que es responsabilidad del Administratum.

—¡Tal vez lo sean su atención y mantenimiento —insistió Ernulph—, pero la interpretación y la consulta corresponden a los designados para comulgar con lo sobrenatural, no a cualquier escribiente con los dedos manchados de tinta! —Pryke parecía a punto de responder con igual mordacidad, cuando Broklaw volvió a carraspear y el silencio se hizo nuevamente en la sala.

—Podría recordarles a todos —dijo Kasteen con tono apaciguador— que yo estoy al mando aquí y decido quién hace cada cosa. Y quiero oír lo que el amanuense tiene que decir. ¿Hay alguna objeción? —Por sorprendente que parezca no la hubo, lo que podría tener algo que ver con la forma en que ambos oficiales habían apoyado la mano displicentemente en la culata de sus pistolas láser; empecé a sospechar que debían de haberme estado observando demasiado en los últimos tiempos. Kasteen le sonrió a Quintus, que por un momento se ruborizó bastante y asintió con aire juicioso—. Sírvase continuar.

—Ah, sí, claro. —Quintus se volvió a aclarar la voz y señaló algo en el centro de la pantalla que parecía una mancha de zumo de bayas de acken—. Esta es la estela de energía de la disformidad soltada cuando el ingenio espacial de los pielesverdes emergió en el materium. —Ernulph hizo un gesto displicente al ver la forma en que el joven amanuense usaba la terminología técnica, y en la cara de Quintus apareció una fugaz sonrisa que hizo que me diera cuenta de que lo había hecho a propósito para irritar a los magos—. Y hubo otra casi de la misma potencia cuando volvió a la disformidad.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Ernulph displicentemente—. Nuestro instrumental quedó prácticamente sobrecargado. Así fue como nos enteramos de que venían.

—Precisamente —replicó Quintus—, y debido a la potencia de la estela pasamos esto por alto. —Señaló otra cosa con un aire triunfal que decayó un poco por la incapacidad casi total de todos los demás para ver lo que su dedo tapaba.

—¿Podría ampliarlo un poco? —preguntó Kasteen. Quintus se sonrojó y obedeció, dejando ver otra mancha casi imperceptible de acken. Un murmullo de voces se extendió alrededor de la mesa, y Ernulph al menos, se dignó parecer sorprendido.

—Lo pasamos por alto —admitió a regañadientes.

—Es comprensible —lo tranquilizó Kasteen con mucha diplomacia—, pero ¿puede decirnos qué es?

—Puedo conjeturarlo —admitió el mago de mala gana. Entonces hizo una mueca, como si hubiera mordido una raíz amarga que alguien le había dicho que estaba llena de almíbar[63], y le hizo a Quintus un gesto para que continuara—. Pero estoy seguro de que el joven ya lo ha descubierto. Parece muy brillante para ser un burócrata, y jamás habríamos notado esta anomalía de no ser por su diligencia. —Supongo que a pesar de sus bravatas era un hombre justo, aunque debió de haberle costado tragarse el orgullo de esa manera. Sus colegas parecían decididamente dispépticos, y Pryke lo miraba con la boca abierta por la sorpresa. Kasteen se limitó a asentir fríamente.

—Gracias, mago. Me alegra ver que por fin parece que todos estamos del mismo lado. ¿Quintus? —Por algún motivo, el joven amanuense volvió a ponerse colorado cuando ella lo miró, y tartamudeó un poco antes de continuar.

—Bueno, queda fuera de mi campo de conocimiento, tal como el mago ha señalado, pero parece lógico suponer que la estela de energía de disformidad activó de algún modo el portal durmiente en la tumba.

—Eso mismo interpreto yo —reconoció Ernulph.

—¡Por supuesto! —Logash se lanzó con el entusiasmo obcecado del fanático—. ¡Así fue como llegaron ahí abajo los ambulls! ¡Vinieron a través del portal y salieron de la tumba excavando! Eso explica lo anómalo del hábitat… —Se interrumpió de pronto, consciente de que a ninguno de los presentes les importaba lo más mínimo.

—Y de alguna manera los necrones notaron que se había reactivado —continuó Broklaw—. Entonces enviaron una partida de reconocimiento. Tiene sentido.

—Pero falta saber desde dónde —preguntó Pryke, ansioso por demostrar que su departamento participaba activamente en las cosas.

—Podría ser desde cualquier lugar de la galaxia —apunté—. Algún lugar donde haya ambulls, por lo que parece, pero eso no nos ayuda demasiado a precisar[64].

—En este momento, no es esa la cuestión —declaró Kasteen, haciendo volver a todos al meollo de la reunión—. Lo que tenemos que decidir ahora es qué hacer por lo que respecta a ellos.

—Sólo podemos hacer una cosa —dije con toda la calma y la autoridad de que fui capaz—: Evacuar el planeta cuando todavía tenemos la posibilidad de escapar.

—¿Evacuar? —se extrañó Kasteen, evidentemente atónita.

Asentí, consciente de que estaba arriesgando toda mi fraudulenta reputación, pero precisamente esa fama heroica era la que podía hacer que la treta funcionara. Adopté una expresión de frustración apenas contenida.

—Ya sé cómo se sienten. Jamás he rehuido un combate (lo cual no era totalmente cierto, por supuesto, pero nadie tenía por qué saberlo), y va contra mi naturaleza empezar ahora, pero aquí hay cosas más importantes en juego. Los necrones de esa tumba nos superan por cien a uno, y eso suponiendo que pudiéramos desembarazarnos de los orcos.

»No dudo del espíritu combativo de los integrantes del regimiento, pero si ahora nos quedamos y combatimos, todos moriremos. Eso es un hecho, claro y simple. Nos arrasarán en cuestión de horas. —Más bien de minutos, si los que había visto antes andaban por ahí, pero si lo decía, jamás me creerían—. Y eso no es más que el comienzo.

—El portal —dijo Kasteen, encajándolo todo.

Asentí una vez más.

—Cientos de miles de ellos quedarían sueltos por la galaxia. Sencillamente no podemos permitir que eso ocurra. —Hice una pausa para que pudieran asimilar las implicaciones—. Tenemos que llamar a la Flota Imperial para esterilizar todo el lugar

desde órbita. Es la única manera de asegurarnos.

—¡No puede hacer eso! —gritaron al unísono Pryke y Ernulph antes de parar en seco y mirarse, completamente atónitos al comprobar que por una vez estaban de acuerdo.

—Puedo y lo haré —afirmé—. Estas instalaciones están bajo ley marcial, lo que significa que el comisariado es el árbitro supremo sobre lo que puede o no hacerse.

—¿Tiene usted la menor idea del valor económico de estas instalaciones? —preguntó Pryke, que fue la primera en recuperarse.

—No, en absoluto, y me importa todavía menos —respondí—. Por lo que a mí concierne, no valen la vida de un solo soldado. —Por supuesto, el soldado al que me refería era yo.

—¡Pero el arqueotech! —estalló Ernulph—. Piense en el conocimiento, en el progreso espiritual de la especie humana que estaría sacrificando…

—Todo lo que estaríamos sacrificando en caso de dejar la tumba intacta serían nuestras vidas —les advertí—. Y eso por no mencionar los millones que serían masacrados si los necrones de ahí abajo revivieran y escaparan por el portal.

—Pero están en estasis —insistió el mago—. Mientras estén dormidos podemos examinar sin peligro…

—Eso no lo sabemos —intervino Kasteen—. Que sepamos, ahora están por todas partes, y aunque no sea así, sus amigos podrían estar entrando por el portal desde otro lugar. No podemos correr el riesgo de enviar a alguien allí abajo, y eso es definitivo.

—Todo lo contrario —replicó Ernulph—. No creo que pueda arriesgarse a no mandar a alguien de vuelta.

—Explíquese —le exigió Kasteen.

Aunque sintiéndome al borde del pánico, me di cuenta de adonde quería llegar el mago. Y lo peor de todo es que tenía razón, maldita sea, y el nudo que se me hizo en el estómago me dijo quién era el candidato más probable para que le encomendaran el trabajo.

—Usted misma lo dijo —exclamó con tono triunfal—. El portal sigue activo. Aunque llamara a la Flota Imperial, seguiría intacto y en funcionamiento durante meses antes de que llegara aquí una flotilla, tal vez años, incluso. Durante este tiempo los necrones se habrían marchado.

—Por las entrañas del Emperador, tiene razón. —Jamás había visto a Broklaw tan conmocionado—. Tenemos que volar el portal antes de marcharnos.

Sentí que los ojos de todos los que estaban alrededor de la mesa estaban fijos en mí, como la mirilla auspex de una batería hidra. Se respiraba la tensión mientras mi mente buscaba afanosamente algún motivo creíble que demostrara que esta era una idea realmente terrible. Pero por una vez la inspiración me había abandonado. Por fin asentí con la cabeza. Tenía la boca seca.

—No veo otra alternativa.

—Yo tampoco. —Kasteen se volvió hacia mí, pronunciando solemnemente lo que yo interpreté como mi sentencia de muerte—. ¿Puede usted comandar un equipo de vuelta a la tumba, comisario?



TRECE

Está claro que no podía negarme, ¿no les parece? ¿Cómo iba a negarme delante de toda esa gente? Había caído víctima de mi propia retórica, y volverme atrás a estas alturas habría arruinado esa reputación que no merecía. Y lo que es peor, habría perdido el respeto de las tropas, lo cual era tal vez lo único que me quedaba capaz de preservar mi miserable pellejo. De modo que hice unos cuantos comentarios modestos y apropiados sobre lo mucho que apreciaba la confianza de todos y diciendo que esperaba no decepcionarlos antes de sumirme en un estado de absoluto terror que, por suerte, suele confundirse con la fatiga.

Como resultado de ello, el resto de la reunión transcurrió en una especie de niebla por lo que a mí respecta, y si se discutió alguna otra cosa de importancia, ni me enteré[65]. Volví en mí a tiempo para escuchar un informe sobre un plan suicida para inhabilitar al gargante, que Broklaw les aseguró a todos que sería eficaz si los orcos que iban al mando eran lo bastante estúpidos como para caer en una trampa evidente, aunque dada la inteligencia demostrada por los que había encontrado en mi variada carrera, era una apuesta bastante segura. Aparte de eso, no me interesaba nada que no fuera mi tazón de tanna, que Jurgen, tan atento como siempre, rellenaba de vez en cuando.

Me tomó, pues, por sorpresa, cuando todos los civiles se pusieron de pie y se marcharon. Seguramente los amanuenses y los mecanos se pelearían en la puerta por ver quién tenía precedencia, mientras Morel y la delegación del gremio de los mineros pasaba delante de ellos con toda tranquilidad. Por fin la sala quedó en silencio.

—Todo salió bien —apuntó Broklaw. Seguramente no era lo que quería decir.

—De todos modos han accedido a la evacuación —asintió Kasteen—. No es que tuvieran otra posibilidad, pero al menos no tendremos que emplear tropas para obligarlos a subir a los transbordadores a punta de fusil.

—No cuente con ello —la rebatí—. En cuanto hayan tenido tiempo para pensarlo, los tecnosacerdotes se resistirán a marcharse. —Al menos la mayoría de los mineros y el personal del Administratum se habrían ido ya, lo cual sólo dejaría a unos doscientos civiles en el planeta. Un par de vuelos de trasbordador, no más que eso; aunque llevarse al regimiento sería mucho más costoso cuando llegara el momento de

abandonar el planeta.

—Entonces pueden quedarse y combatir con los necrones —dijo Kasteen—. No voy a poner en peligro a nuestra gente si empiezan a marear la perdiz.

—Me alegra oírlo —declaré.

No es que aquello fuera a cambiar algo para mí, después de que mis moléculas fueran dispersadas por un rifle gauss de los necrones. Y eso, si tenía suerte. Pensé en los otros monstruos con sus chaquetas de piel de orco y deseé fervientemente no encontrarme con ellos nunca más. Con gran esfuerzo conseguí dar a mis pensamientos un giro más productivo. Todavía no estaba muerto, y por el Emperador que no tenía intención de estarlo si podía encontrar la menor ocasión de escabullirme de la misión suicida a la que yo mismo me había empujado.

—¿Cuál es la situación táctica?

No habíamos hablado de ello delante de los civiles, por supuesto, a ellos era mejor distraerlos con generalidades vagas y evitando decididamente frases como «estamos aviados», que no harían más que alterarlos.

A modo de respuesta, Kasteen activó otra vez el hololito y Mazarin apareció en su puesto en el puente del *Puro de Corazón*, cabeceando levemente por efecto de la corriente de aire que entraba por una escotilla cercana.

—Nada de esto tiene mucho sentido para mí —admitió con tono alegre—, pero los soldados son ustedes. ¿Qué les parece? —Kasteen, Broklaw y yo miramos las descargas del último sensor de la nave estelar en órbita. Era indudable que el avance de los orcos había perdido empuje, cediendo ante nuestra línea de batalla y replegándose en algunos lugares para reunirse sobre su flanco izquierdo. Broklaw frunció el entrecejo.

—El gargante se ha desviado —dijo.

Bueno, gracias al Emperador, pensé, al menos no tendría que preocuparme de que la trampa para tontos que les habían montado hiciera que toda la mina se derribara sobre mi cabeza mientras yo estaba allí abajo, a oscuras, enfrentándome otra vez a los necrones… Las manos empezaron a temblarme levemente mientras pensaba en eso, de modo que las metí en los bolsillos de mi capote y estudié el hololito con gesto sombrío. Algo sobre la redistribución de las fuerzas orcos apelaba a mi subconsciente, y empezó a picarme el cuero cabelludo hasta que finalmente me di cuenta de qué era.

—La entrada del túnel que encontramos estaba más o menos por aquí —dije, señalando un punto en el flanco opuesto de la montaña con respecto al valle que tan acertadamente estábamos defendiendo. El grueso de las fuerzas de los pielesverdes se estaba moviendo en esa dirección, y el inesperado desvío del gargante no era sino parte del movimiento general. Y sólo había una razón obvia por la cual la atención de los orcos podría haberse desviado de la batalla en curso contra nosotros.

—¡Maldita disformidad! —bramó Kasteen con la respiración entrecortada una vez que llegó a la misma conclusión—. ¡Los cabezas de lata están atacando a los verdosos!

—Y con un contingente nada despreciable, a juzgar por el número de refuerzos

que desplazan —apuntó Broklaw, estudiando la pantalla con mayor atención. Por supuesto, no tenía por qué ser así, ya que los orcos por naturaleza acuden al punto donde esperan que el combate sea más feroz. No obstante, era lo que sugerían los datos.

—¡Perfecto! —exclamó Kasteen, dejándome boquiabierto—. ¿Saben lo que significa?

—No. —Mazarin se encogió de hombros en la esquina del hololito, donde su imagen se redujo al tamaño de mi mano—. Mi departamento no. —Claro que, en cualquier caso, Kasteen no se había dirigido a ella.

—¡Significa que los malditos necrones están despiertos! —declaré. Una extraña mezcla de terror y de alivio me recorrió la espina dorsal—. Ahora no tenemos ni la menor esperanza de llegar al portal. —Traté de fingir decepción al tiempo que me preguntaba cuál sería la mejor manera de meterme en el primer trasbordador hacia la nave.

—No necesariamente —intervino Mazarin, y la chispa de esperanza que me había embargado se apagó y desapareció. Por fortuna, lo único que había de ella en la habitación era su imagen, porque podría haberla estrangulado con mis propias manos (cosa que no me hubiera hecho demasiado bien teniendo en cuenta la cantidad de metal que parecía haber en lo que quedaba de su cuerpo.)—. Si interpreto correctamente estos picos de energía, el portal se activa aproximadamente cada diecisiete minutos.

—¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó Kasteen, interesándose demasiado para mi gusto en lo que la mujer cercenada tenía que decir. Mazarin se encogió de hombros, a menos que fuera el aire acondicionado que tenía detrás que había activado otra tecla y la había hecho dar un salto.

—Es probable que los necrones de aquí estén todavía en estasis. Los que combaten contra los orcos vienen de algún otro lugar.

—Guardando así la tumba antes de despertar a los demás —dijo Broklaw. Kasteen asintió.

—Parece posible —me miró—. Y no tienen la menor idea de que andamos detrás de ellos. Puede entrar y salir antes incluso de que se den cuenta de que está usted allí.

—Vaya suerte —dije, apretando los puños dentro de los bolsillos hasta hacerme sangre con las uñas.

—No voy a mentirles —dije. Después de eso sentí una vaga sensación de desconexión cuya razón tardé todavía un rato en comprender, hasta que me di cuenta de que, contrariando el hábito de toda una vida, la afirmación siguiente era verdad. El duro haz de los iluminadores sobre la principal zona de estacionamiento que había en la parte interior de la boca de la mina aplanaba los colores del equipo disperso en torno a nosotros, incluido el montacargas eléctrico contra el cual yo me apoyaba en una pose que confiaba pareciera informal en lugar de revelar la debilidad de mis rodillas—. Las posibilidades que tenemos de volver de esta misión son prácticamente

nulas. Pero tampoco exagero si digo que las vidas de todos los que habitan este planeta, por no mencionar muchos otros, dependen de que triunfemos o no —recorrí con la mirada los rostros impasibles que tenía delante de mí. Ni uno solo parpadeó. Seguí adelante, un poco descolocado—. Creo que sois el mejor equipo para este trabajo y por eso os escogí. Pero sólo voy a llevar conmigo a voluntarios dispuestos. Si alguien quiere retirarse, tiene mi palabra de que no se tomará contra él ninguna medida disciplinaria ni se hará figurar el incidente en su hoja de servicio —puesto que yo estaría muy ocupado en estar muerto como para ocuparme de ello… Traté de apartar la idea de mi cabeza.

—Estamos dispuestos —dijo el sargento de las tropas de asalto. El puro cortado y apagado que llevaba en una comisura de la boca se movía de una forma desconcertante mientras hablaba. Supuse que sería alguna tradición de su escuadrón que no lo encendiera hasta haber completado la misión. El reducido grupo de hombres que había detrás de él asintió en silencio. Ni uno solo se apartó de la formación, lo cual me habría resultado sorprendente de no haberme pasado un par de horas buscando en los registros al escuadrón más agresivo y disciplinado de todo el regimiento.

Y eso eran el sargento Welard y su escuadrón: soldados de asalto de la vieja escuela (y en el sentido más literal, ya que llevaban juntos desde que los asesores de la schola progenium de Valhalla habían decidido que eran por naturaleza carne de cañón). Eran además uno de los pocos equipos en los que no habían entrado mujeres después de la unión de los regimientos anteriores que ahora formaban el 597.º, ya que no tenía sentido rotar los reemplazos por las bajas que habían sufrido en Corania[66] y dondequiera hubieran combatido antes de eso. Las tropas de asalto formadas en la Schola suelen combatir mejor que la mayoría porque llevan mucho tiempo juntos y se conocen tan bien que tienen una compenetración instintiva que nadie venido de fuera podría compartir plenamente, pero la desventaja de esto es que una vez que quedan reducidos a un puñado pasan a ser prácticamente inútiles, y jamás he comprendido por qué la Guardia insiste en mantener la tradición[67]. No obstante, en este momento lo que yo necesitaba eran hombres que cumplieran las órdenes sin pensar, y Welard y su equipo encajaban perfectamente.

—Me complace saber que mi confianza no fue infundada —dije. Además de Welard había cinco soldados regulares de los diez que eran originalmente, de modo que estaban al borde de caer por debajo del umbral crítico en el que dejarían de ser una unidad de combate efectiva. De todos modos, servirían. En esta misión lo importante no era el número, nuestra única esperanza era actuar rápida y sigilosamente, y eso, lo sabía, era algo en lo que destacaban. (En la ronda constante de rivalidades y bromas prácticas entre las diferentes facciones en la época que pasé en la schola, los cadetes de los grupos de asalto eran los más aptos para introducirse furtivamente en los dormitorios y habitaciones comunes para hacer tropelías, y siempre ponían las trampas más imaginativas, aunque sigo sosteniendo que les

llevábamos ventaja en el juego de pelota. De hecho, el único equipo que derrotó alguna vez a los cadetes del comisariado fueron los novicios de la Adepta Sororitas, que parecían convencidos de que el objeto del juego era enviar al mayor número posible de oponentes al sanitorium y no marcar goles).

—Haremos el trabajo —dijo Welard, pasando el puro a la otra comisura de la boca, y los otros cinco asintieron al unísono. Su silencio resultaba desconcertante, pero supongo que era una consecuencia natural de su compenetración. Ni una palabra ni un gesto de más, hasta tal punto que cubiertos por sus capotes y sombreros, con la cara prácticamente en sombras, parecían casi tan faltos de emoción como servidores. O como los propios necrones. Los rodeaba un aura de letalidad casi palpable que empezó a resultarme casi confortable hasta que recordé a qué nos enfrentábamos.

—¿Alguna pregunta? —no hubo ninguna respuesta, de modo que me erguí, me enderecé la gorra y traté de parecer confiado—. Bien, entonces, adelante.

La evacuación ya estaba en marcha cuando nos pusimos en camino hacia los niveles inferiores. Un flujo constante de mineros, zánganos del Administratum y tecnosacerdotes se dirigía a las plataformas de aterrizaje con el paso tenso y apurado del pánico apenas contenido. Soldados armados con rifles láser guardaban los túneles por los que ellos avanzaban. Nosotros íbamos contra la marea que se abría casi milagrosamente ante nosotros. Cada paso que nos alejábamos de la seguridad era para mí como caminar sobre cuchillos. Un murmullo de voces nos rodeaba como melaza, golpeándonos los oídos pero superponiéndose de tal modo que no podíamos distinguir ni palabras ni frases individuales.

—Comprobando comunicadores —dije, más por distraerme que por otra cosa, y Welard y los demás soldados de asalto se identificaron, uno por uno, aunque, a decir verdad, y debería sentirme avergonzado de ello, estaba tan ocupado luchando contra mi propia aprensión, que no me quedó constancia de ninguno de sus nombres. Al parecer, todos los intercomunicadores funcionaban, de modo que asentí animadamente—. Muy bien.

—Orden general —surgió la voz de Kasteen—. Si alguien ve al mago Ernulph, que lo comunique de inmediato —hubo una pausa irritante, sólo quebrada por el suave susurro de la estática—. ¿Alguien tiene idea de dónde puede estar? —otra pausa—. Si alguien lo ve, informe enseguida.

Fantástico. Parecía que los tecnosacerdotes no estaban dispuestos a dejar su presa así como así e iban a permanecer escondidos hasta que nos fuéramos. Claro que mientras no se interpusieran en nuestro camino, no era mi problema.

Los túneles por los que avanzábamos eran ahora más estrechos y el aire se iba volviendo más frío a medida que entrábamos en los accesos a la mina. Me dije que el temblor que parecía ir apoderándose de mi cuerpo era simplemente el resultado del descenso de la temperatura. Antes de que pasara mucho tiempo, las paredes que nos rodeaban estaban cubiertas de hielo, y poco después de eso, ya no había nada que el

hielo pudiera cubrir: estábamos otra vez en la mina propiamente dicha.

Ante nosotros se abría una caverna que ofrecía un violento contraste con la luz de los iluminadores montados en postes en torno a su perímetro donde, a intervalos, se veían las entradas de los principales túneles. El suelo estaba sembrado de cajones de equipamiento y almacenaje, y reconocí el lugar como una de las principales áreas de servicio por las que habíamos pasado en nuestra cacería de ambulls sin tener ni la menor sospecha de los horrores que nos esperaban a mayor profundidad. Este era el punto en el que realmente empezaba nuestro viaje.

—Movimiento. —Uno de los soldados levantó su rifle infernal y los demás se fundieron con los detritos industriales de los alrededores con una velocidad de vértigo, dejándome incómodamente expuesto. Una figura solitaria acechaba en la boca del túnel que se abría ante nosotros, medio oculta en las tinieblas del otro lado.

Tras un momento recuperé mi compostura, cuando la parte racional de mi mente intervino para recordarme que ni orcos ni necrones se molestaban en esconderse. Avancé despreocupadamente, esperando encontrar a algún minero extraviado o a algún tecnosacerdote terminando un trabajo de último momento antes de sumarse a la evacuación. Cuando me acerqué a la figura solitaria sentí una alegría inexplicable al captar un olor familiar.

—Jurgen —llamé—. ¿Qué diablos está haciendo aquí? —Mi ayudante salió de su escondite y los soldados de asalto también abandonaron sus refugios. Parecían un poco avergonzados—. Pensaba que estaba cargando nuestros petates en el trasbordador.

—Ya me he ocupado de todo, señor. —Sacó un recipiente térmico—. Pensé que le gustaría llevar un poco de té para más adelante. Y un emparedado. —Rebuscó en uno de sus bolsillos un momento—. Está aquí en algún lugar…

—Ya veo —dije, acallando con una rápida mirada las risitas sarcásticas de un par de soldados a mis espaldas—. ¿Y el melta? —Se encogió de hombros y la pesada arma que llevaba colgada a la espalda se desplazó con el movimiento de sus hombros.

—No podía dejar que usted cargase con sus provisiones, señor. No sería adecuado.

—Bien —dije, sorprendido una vez más por la profundidad de su lealtad. Por primera vez tuve la sensación de que, después de todo, podía salir de una pieza de esta absurda expedición—. Entonces supongo que será mejor que venga con nosotros.

—Muy bien, señor —saludó con su gracia habitual, que no era mucha para ser sinceros, aunque lo compensaba con creces con su entusiasmo, y se puso a caminar a mi lado. Indiqué a Welard y a sus hombres que tomaran la delantera y nos internamos en la oscuridad, hacia los terrores que nos esperaban en las profundidades heladas de más abajo.



Nota editorial:

Como el lector atento comprenderá fácilmente, la situación táctica global se volvía cada vez más compleja. El inesperado ataque de los necrones sobre el flanco de los orcos había dispersado a los pielesverdes, pero estos, fieles a su costumbre, se lanzaron contra este nuevo y letal enemigo con lo que sólo puede describirse como entusiasmo. La carnicería resultante es apenas imaginable.

Sin embargo, la reducción de la presión sobre los asediados valhallanos fue sin duda una gran ventaja que permitió que la evacuación de las fuerzas imperiales se produjera casi sin tropiezos, especialmente porque la mayor parte de las unidades del frente ya habían recibido órdenes de dejar de combatir para atraer al gargante hacia la trampa ahora abandonada.

En cuanto a la suerte que corrió esta formidable máquina de guerra, el siguiente extracto de las memorias de Sulla puede resultar esclarecedor, a pesar de sus esfuerzos denodados para hacerlo ilegible.

Extracto de *Como un fénix de entre las llamas: la fundación del 597.º*, por la general JENIT SULLA (retirada), 097.M42.

A pesar de los rumores sin cuento que habían circulado por el regimiento, casi todos ellos contradictorios, si bien todos coincidían en el dato principal de que el comisario Cain había descubierto una nueva y poderosa amenaza en las entrañas de la mina, me mantuve fiel a mi deber y retomé mi puesto en la línea del frente. Fuera cual fuese la verdad de la cuestión, tenía mis órdenes, y como oficial leal que soy, eso me bastaba. Sin duda, aquellos mejor situados para evaluar la información que el comisario había recogido con semejante heroicidad nos informarían de lo que necesitásemos saber para enfrentarnos y vencer esta vil mancha en los benditos dominios de Su Gloriosa Majestad en el momento más adecuado, o al menos eso hice saber a mis subordinados, y hasta que esa información nos fuese proporcionada, la especulación sin sentido sobre demonios, tiránidos o estatuas metálicas andantes no era sino una pérdida de tiempo. Por supuesto, resultaría que este último ejercicio de fantasía contenía más que una pizca de verdad, pero en los últimos años del cuadragésimo primer milenio, en que el verdadero horror de la amenaza de los necrones sólo era conocido por unos cuantos, esas conversaciones parecían el fruto de la más febril de las fantasías.

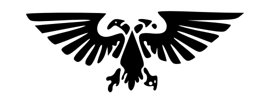
Mi pelotón había vuelto a ocupar su posición en la línea del frente, con instrucciones estrictas de replegarse en el momento específico para atraer al gargante

hacia una trampa cuidadosamente preparada, y habíamos estado combatiendo al grueso del ejército de los pielesverdes con una gratificante cantidad de éxito. Hasta tal punto que, en realidad, empezaba a temer que hubiéramos empezado a diezmarlos demasiado rápido y que nos veríamos obligados a luchar con la imponente máquina de guerra antes de que llegara el momento de replegarnos. La sombra del amenazante coloso se proyectaba sobre nosotros mientras lo mirábamos horrorizados, los chirridos de miles de toneladas de metal sin lubricar rozando unas con otras mientras avanzaba sobre unas patas de aspecto vacilante daban dentera a todos los hombres y mujeres, y no pude evitar compararlo de la manera más desfavorable con la elegancia y la velocidad de los caminantes eldar y con la majestuosa nobleza de nuestros propios y benditos titanes[68].

Estaba a punto de ordenar a los infortunados que ocupaban las trincheras de avanzada que combatieran contra los miembros de su tripulación a los que pudieran ver claramente en el interior de la enorme carcasa, cuando el enorme cañón alojado en el vientre del ingenio habló, siendo el disparo suficiente para dejarnos sin respiración y para hacer que aparecieran grietas en nuestras vigorosas fortificaciones, visibles incluso a esa distancia. Volví la cabeza pensando que vería enormes estragos en los valiosos edificios de la refinería, pero sólo vi el estallido distante de una enorme explosión entre las laderas de las montañas que rodeaban este vital puesto de avanzada del Imperio.

—¡Se está desviando! —gritó mi especialista en comunicaciones, ladeando la cabeza para que pudiera leerle los labios, porque el espantoso sonido de aquella explosión titánica todavía resonaba en mis oídos. Me dejó perpleja, pero comprobé la veracidad de sus palabras. Era evidente que había titubeado casi cuando estaba a punto de atacar nuestra primera línea, y ahora giraba pesadamente hacia los picos amenazantes contra los que tan inexplicablemente había disparado.

En ese momento recibimos órdenes de replegarnos, de modo que no puedo estar segura de lo que presencié a continuación, dado que lo vi a una distancia cada vez mayor y en vistazos breves por encima del hombro mientras corríamos a través de una cortina de nieve. No obstante, tuve la impresión de que el aterrorizador ingenio estaba rodeado de pequeñas estructuras, que apenas le llegaban a la rodilla, que habían aparecido por obra y gracia de una magia tan arcana que no sabría cómo explicarlas. Eran pirámides metálicas sin rasgos identificadores, rodeadas por un permanente relampagueo que difuminaba su contorno aún más; relámpagos mágicos, sin duda, porque alcanzaban la superficie de aquella montaña de metal haciendo saltar chispas tan brillantes que hacía daño mirarlas. Trozos de metal más grandes que carros de combate caían lentamente sobre la nieve, y los cuerpos ardientes de la infortunada tripulación correteaban a su alrededor, de modo que, por mi vida que no soy capaz de concebir cómo podría haber prevalecido. Pero si lo hizo o no, realmente no puedo decirlo, porque la nieve se arremolinó en torno a aquella épica confrontación y ya no pude ver nada más.



CATORCE

Una cosa debo reconocerles a Welard y a su grupo de asalto, eran todo lo rápidos y sigilosos que yo podía haber esperado. Jurgen y yo teníamos que trabajar duro para seguirles la marcha, aunque avanzaban con tanta cautela como si tuvieran al enemigo a la vista. Dos o tres de ellos cubrieron el túnel que teníamos delante mientras los otros corrían a toda velocidad para ocultarse en las grietas o en los retazos de sombra antes de pasar a asumir a continuación los puestos de cobertura para permitir que sus camaradas avanzaran a su vez. Todo esto lo hacían con una precisión misteriosa, aparentemente sin sentirse embarazados por el tamaño de las bombas melta que llevaban, comunicándose sólo por señales manuales y evitando el uso de los intercomunicadores, lo cual yo agradecía, ya que sentía terror con cada sonido superfluo que nos llamaba la atención. Pero mientras avanzábamos siguiendo la ruta que se había grabado de forma indeleble en las sinapsis responsables de mi capacidad para circular bajo tierra, no vi ni uno solo de los signos que tanto temía. Ningún reflejo metálico en la oscuridad por delante de nosotros, ningún resplandor de osario verde que nos advirtiese de la presencia de la encarnación de la muerte.

Avanzábamos en la semioscuridad, con los iluminadores atenuados, de modo que las luces deslumbrantes que se reflejaban en el hielo circundante durante mi anterior incursión en las profundidades brillaban por su ausencia. Ahora, en lugar del refulgente resplandor de fondo al que me había habituado, las luces no nos devolvían más que un brillo mate, de aspecto casi orgánico, como si estuviéramos avanzando por el esófago de algún leviatán engendrado por la disformidad. La idea no resultaba nada tranquilizadora, y el estremecimiento que me recorrió no se debía sólo al frío.

Por fin llegamos al túnel sin salida donde había caído Penlan, poniendo al descubierto la existencia de los túneles del ambull debajo de la mina, y allí nos detuvimos para reagruparnos.

—Es aquí —les advertí a todos—. De aquí en adelante aumentan considerablemente nuestras posibilidades de encontrarnos con un necrón. —Lo que quería decir es que era «prácticamente inevitable», pero evité pronunciar esas palabras. No sólo por deferencia hacia los sentimientos de Welard y de sus hombres, que tenía la certeza de que habrían respondido con la misma falta de emoción que

habían demostrado hasta entonces, sino porque yo mismo no quería enfrentarme con esa idea. Welard removió su puro, que para entonces tenía una delgada capa de escarcha que cubría las apretadas hojas de tabaco de las que estaba compuesto y que producía un irritante crujido entre sus dientes cuando hablaba.

—Nos encontrarán preparados. —Hizo un gesto con la mano izquierda—. Hastur. —Uno de los soldados dio un paso adelante para cubrir el agujero con el rifle infernal mientras el resto descendía hacia la oscuridad con la precisión de un equipo de demostración.

Oí un par de chasquidos en mi intercomunicador, casi como si estuviera captando alguna interferencia extraviada de algún lugar, pero que sabía era la señal del grupo de avanzada confirmando que allí abajo todo estaba despejado. El sargento me sonrió. Por primera vez tuve la sensación de que realmente disfrutaba con esto.

—¿Vamos? —preguntó, y desapareció por el agujero en pos de sus hombres.

Jamás sabré por qué no me limité a negar con la cabeza y salir corriendo hacia la superficie, atento sólo a llegar al último trasbordador que abandonara el planeta. Por supuesto, todavía tenía que cuidar mi fraudulenta reputación, que en los últimos años se había convertido en un arma de doble filo que me arrastraba a estas espectrales situaciones con la misma disposición que si pudiera inclinarlas a mi favor, pero en este preciso momento me sentí reacio a rendirme a ella. Y no podía negarse que mis posibilidades de supervivencia serían un poco mejores con una pantalla de tropas de asalto cubriéndome de los necrones en lugar de andar deambulando a solas por las catacumbas. Recorrí con la mirada la estrecha cámara y me encontré con los ojos de Jurgen. Verlo me tranquilizó de inmediato, a pesar de su habitual aspecto desaliñado, un recordatorio visible (y olfativo) de todos los peligros que habíamos pasado y superado juntos. Me sonrió y alzó su voluminoso melta.

—Usted primero, señor —dijo—, le cubriré la espalda. —Una tarea, debo decir, que desempeñó admirablemente en todos nuestros años de servicio conjunto. Le devolví una sonrisa forzada.

—No lo dudo —respondí. Entonces, antes de poder cambiar de idea, cogí la cuerda y me deslicé hacia las entrañas del infierno.

Caí pesadamente, pero lo hice de pie y conseguí hacerme a un lado mientras Jurgen se descolgaba detrás de mí. Los soldados de asalto miraron con cierto desdén nuestra actuación, cuya torpeza quedó más de manifiesto un momento después por el descenso de Hastur, que remató con la destreza de un acróbata.

—¿Hacia dónde? —preguntó Welard.

—Por aquí. —Señalé la dirección correcta y esperé a que el grupo de asalto atravesara la entrada primero para colocarme detrás de ellos. A cada paso que dábamos, el nudo que tenía en el estómago se apretaba más al insinuarse en mi mente, inextricablemente entremezclado con imágenes de lo que había visto en Interitus Prime, el recuerdo del lugar al que nos dirigíamos. No dejaba de repetirme que esta vez sería diferente, ya que ahora no huía presa del pánico por un laberinto

desconocido, sino que me encaminaba a un lugar conocido en el que, por la gracia del Emperador, ya había estado antes y del que había escapado para contarlo. Kasteen tenía razón, los necrones estarían totalmente ocupados con los pielesverdes; ni siquiera sabían que estábamos allí…

—He encontrado algo —dijo el que abría la marcha, despertándome de la ensoñación y haciéndome volver a los confines claustrofóbicos del túnel de los ambull. Nos acercamos. La débil luz de nuestros iluminadores atenuados se reflejó en algo que había en el suelo del pasadizo.

—¿Le dice algo, señor? —preguntó Jurgen, enfocando con su débil haz algo que sólo él había notado.

Aparte de mí, él era el único del grupo que había recorrido antes estos estrechos túneles y que era capaz de reparar en cualquier cambio. Se me pusieron de punta los pelos de la nuca, algo mucho más frecuente en la ficción popular que en la vida real, y que puedo asegurarles no deja de ser una sensación incómoda. Mi ayudante estaba apuntando con su iluminador un cilindro clavado en el recubrimiento helado del túnel. Tenía más menos el espesor de mi antebrazo y estaba enterrado a más profundidad de la que podía penetrar la lámpara, de modo que no podíamos ver el extremo.

—Han estado aquí —murmuré. La única explicación posible era un disparo perdido de un desollador gauss que había impactado en la pared del túnel. Miré en derredor y encontré algunos otros impactos siniestros.

—Entonces, ¿a quién le disparaban? —preguntó Jurgen. Era una buena pregunta. Si los orcos habían penetrado hasta esta profundidad en los túneles, nuestra misión se iba a complicar mucho. Me adelanté para reunirme con Welard y el hombre que abría la marcha, que estaban contemplando perplejos un pequeño montón de objetos metálicos incrustados en el hielo y ominosamente manchados de rojo.

—¿Qué cree que son, señor? —preguntó, con un aire de indudable confianza por primera vez desde que nos habíamos encontrado. Miré la maraña de tubos y cables por un momento y me vino a la boca un sabor a bilis al darme cuenta de qué era.

—Son implantes mecánicos —dije, tragando saliva—. Le han sido arrancados a alguien —de modo que era ahí donde había ido a parar Ernulfph. Tal vez no fueran sus restos, por supuesto, pero lo más probable era que este patético resucitado hubiera encabezado cualquier descabellada expedición en la que participara. Me pregunté vagamente si encontraríamos rastros de otras víctimas o si se habrían evaporado todas, así, sin más.

No obstante, había algo indudable. Gracias a esos idiotas, a estas alturas los necrones sabrían que había humanos en Simia Orichalcae, y lo más probable es que nos tendieran una emboscada. Esto se ponía cada vez mejor.

Bueno, no tenía sentido quedarse allí preocupándose por esa posibilidad. El tiempo era de vital importancia, de modo que puse a todo el mundo en marcha y volví atrás, junto a Jurgen.

—Estate preparado —le advertí—, las cosas podrían estar a punto de…

Me interrumpió el grito de muerte del hombre que iba a la cabeza que se encendió y se desintegró en el resplandor necrótico de una de aquellas infernales armas gauss, y en seguida tuvimos encima a los guerreros metálicos cuya aparición tanto había temido.

—Apunten bien —dijo Welard con calma, y los soldados que quedaban vivos lanzaron una andanada de fuego de rifles infernales contra nuestros atacantes. El resplandor de los impactos láser sobre el necrón que encabezaba el grupo me deslumbró, a continuación su pecho se abrió, perforado por el disparo de precisión, y cayó sobre el resbaladizo suelo dejando tras de sí un nuevo blanco que ya apuntaba con otro desollador gauss.

Lo que es justo es justo: Welard y sus hombres sabían lo que se hacían. Como ya he mencionado antes, los túneles de los ambulls eran estrechos, lo cual obligaba a los monstruosos autómatas a atacarnos casi en fila india, pero la disciplina de los nuestros era excelente, y tras sufrir la primera baja iniciaron una rutina bien aprendida, con los de la primera fila cuerpo a tierra, los que iban detrás de rodillas y los últimos de pie, de modo que todo el escuadrón podía concentrar su fuego al unísono. El segundo necrón perdió la cabeza, literalmente, y cayó con pesadez encima del primero con el ruido de alguien que da un puntapié a una lata llena de metales de desecho. Mientras lo veía caer me di cuenta, con un estremecimiento de horror, de que el primer guerrero metálico, al que creíamos haber destruido, se ponía de pie lentamente.

—Jurgen —dije, y mi ayudante dio un paso adelante apuntando su melta. Los soldados se apartaron ágilmente de su camino y mantuvieron una descarga de fuego de sus rifles infernales para cubrirlo mientras apuntaba, y se protegieron los ojos cuando apretó el gatillo.

El resplandor de energía actínica me impresionó la retina a pesar de tener los ojos cerrados, y todo en derredor sonó el rugido del hielo al transformarse de forma instantánea en vapor. De pronto, el aire que me llegó a la cara fue cálido y húmedo, como si hubiera sido teleportado a alguna distante selva pluvial. Mientras parpadeaba para despejar la vista, no vi nada más que amasijos de metal fundido rodeados de pedazos de estatuaria, algunos de los cuales todavía se retorcían para congelarse casi de inmediato bajo el hielo que volvía a formarse rápidamente. Luego, en un instante, se desvanecieron como si nunca hubieran estado allí, dejando detrás únicamente nubes de vapor y alguna melladura de forma extraña en el suelo del túnel.

—Despejado —confirmó Hastur, ocupando el lugar de su desintegrado compañero y guiándonos hacia la oscuridad. Welard hizo un gesto de aprobación a Jurgen, una inclinación de cabeza casi imperceptible, al pasar a su lado, supongo que era lo más próximo a dar las gracias a un extraño, y salió a la carrera en pos de sus hombres. No pude por menos que comparar la reacción del equipo de Grifen ante la pérdida de Lunt con la actitud resignada y realista del grupo de asalto ante la pérdida

de uno de los suyos. Se lo mencioné al sargento.

—La misión es lo primero —respondió con expresión dura, y no pudo decir nada más al respecto. Tampoco yo tenía ánimo para conversaciones sin sentido, de modo que lo dejé correr y seguí aguzando el oído para captar el menor sonido que pudiera indicar la aproximación de más de esos monstruosos guardianes.

Sin duda la suerte del Emperador nos acompañó, ya que muy pronto contemplé el odioso resplandor que anunciaba que estábamos a punto de llegar a nuestro objetivo. Avanzamos pegados a la pared rocosa y helada del túnel hacia la entrada de la imponente caverna por la cual yo había escapado hacía apenas unas horas. Teníamos puestos los cinco sentidos en detectar cualquier señal indicativa de que nos hubieran descubierto.

Todo estaba silencioso, al margen de aquel maldito zumbido y del latido de mi corazón, que era como una descarga de artillería. Salimos al espacio abierto que tan ardientemente había esperado no volver a ver. La aprensión hacía que me picara el cuero cabelludo, y tuve que echar mano hasta del último vestigio de autocontrol para dar la sensación de calma delante de Welard y sus hombres. Estos apuntaban sus armas sobre cada posible escondite, sobre cada sombra teñida de verde proyectada por aquellos imponentes y misteriosos mecanismos. No daban muestras de estar desconcertados por la absoluta sensación de maldad que desprendía todo lo que nos rodeaba.

—¿Por dónde? —preguntó el sargento. Señalé en la dirección del portal y asintió con la cabeza—. Adelante —ordenó.

Nos deslizamos sigilosamente por el enorme espacio en el que Jurgen y yo habíamos estado apenas unas horas antes, siempre pegados a las sombras de las imponentes máquinas, en medio de esa mortecina luz de osario que le daba a todo un barniz de pubescencia. Algunos de los ingenios estaban marcados con los peculiares jeroglíficos a base de barras y círculos que había visto en Interitus Prime, y les puedo asegurar que los recuerdos que volvían ante aquella visión no contribuían en nada a aquietar mis temores. A estas alturas, mis nervios estaban más tensos que las cuerdas de un arpa, y probablemente fue esta sensación de exacerbada paranoia lo que me permitió captar un sonido casi inaudible, un leve chirrido que me recordaba al de los gusanos taladradores. Llamé la atención del sargento al respecto.

—Cinco metros, a las dos en punto. Detrás de ese… lo que sea. —Welard asintió e indicó a un par de sus hombres que flanquearan la reluciente maraña de tubos que despedían un brillo verdoso. Los demás nos agrupamos, listos para hacer frente a cualquier amenaza que surgiera. Preparé mi pistola láser y mi espada sierra. No es que pensara que la espada fuera a ser muy útil contra el metal, pero me había prestado muy buenos servicios en muchas ocasiones y sentir su peso en la mano me tranquilizaba.

—Contacto. Ninguna amenaza —confirmó uno de los soldados. Su voz sonó levemente atenuada en mi intercomunicador y volvió el silencio. Corrí hacia delante a

reunirme con ellos, maldiciendo su laconismo.

—Explíquese —exigí, igualmente escueto y temiendo transmitir durante el tiempo suficiente para ser detectado. Si el soldado estaba sorprendido, no dio muestras de ello.

—Es un mecano —respondió lisa y llanamente.

Pero no un mecano cualquiera, por supuesto, el sentido del humor del Emperador llega más lejos. Incluso antes de reunirme con ellos yo ya tenía un presentimiento que quedó ampliamente justificado al echar una mirada al bulto tembloroso que trataba de esconderse debajo la tubería de mayor tamaño.

—Logash —dije. El joven tecnosacerdote debió de haber reconocido mi voz, porque se volvió y alzó la vista hacia mí. Aunque sus ojos metálicos hacían casi imposible discernir cualquier expresión, una especie de reconocimiento empezó a abrirse camino por el terror absoluto que inundaba su cara.

—¿Comisario Cain? —Su voz temblaba como la de un adolescente. Si no estaba ya majareta antes de esto, sin duda se había vuelto ahora—. Tenía usted razón, tenía razón. No teníamos derecho a penetrar en los sagrados misterios del Omnissiah…

—¿Dónde están los demás? —lo interrumpí, poniéndome en cuclillas a su lado y hablándole con voz sosegada. No he tenido mucha experiencia con desequilibrados, dejando de lado al extraño cultista del Caos, pero he visto casos suficientes de fatiga de combate y sus síntomas me parecían similares; superado por los horrores que había presenciado, simplemente se había encerrado en sí mismo—. ¿Dónde está el mago Ernulfph?

—Muerto —respondió con tono quejumbroso, moviendo los ojos inexpresivos sin enfocarlos en nada—. Derribado por los guardianes por culpa de nuestra arrogancia. Deberíamos haberle hecho caso a usted, deberíamos haberlo escuchado…

Luchando contra la tentación de decirle «si ya se lo había dicho yo» aunque con cierta dificultad, lo puse de pie con toda la suavidad de que fui capaz. (Y que, para ser sincero, no era mucha. Estaba totalmente catatónico, pero por fin lo conseguí).

—¿Lo va a llevar con nosotros? —inquirió Welard con un tono que no dejaba dudas sobre lo que pensaba al respecto.

—No podemos dejarlo aquí —asentí. El sargento pareció indeciso, y por un momento vaciló, pensando, sin duda, que nuestra misión realmente pendía de un hilo, y que el hecho de sumar a nuestro grupo a un lunático babeante no iba a facilitar las cosas.

Claro que, por otra parte, Logash había estado aquí abajo más tiempo que ninguno de nosotros, y podía tener información capaz de salvarnos la vida, o al menos ayudarnos a volar el portal. Como tantas otras en mi vida, era una decisión casi imposible de hacer y que nadie podía tomar por mí, pero precisamente es por eso que llegué a lucir esta estrafalaria gorra. Presioné el brazo del tecnosacerdote, recordando el intento de Grifen de sacar a Magot de su estupor no muy lejos de donde estábamos ahora.

—Tenemos que irnos —dije y vi con alivio que Logash asentía y acomodaba su paso al de Jurgen y al mío—. Supongo que Ernulfph le pidió que lo guiara hasta aquí.

—Yo recordaba el camino —asintió el tecnosacerdote—. El Omnissiah nos guio…

—Ya, ya veo —lo interrumpí—. ¿Qué sucedió a continuación? —Su rostro se contrajo.

—Entramos en el templo y los guardianes se nos echaron encima. Algunos cayeron allí mismo, en un supremo acto de obediencia al dios máquina. Otros huyeron, pero los guardianes los persiguieron sin clemencia. —Eso explicaba al menos los restos que habíamos encontrado en el túnel, unos cuantos debían de haber conseguido llegar hasta allí antes de que los arrinconaran. Logash me miró con expresión tensa, angustiada—. Fueron rápidos y terribles —musitó—, y estaban rodeados por un aura de horror.

Bueno, eso se parecía mucho a todos los necrones que yo me había encontrado, y en ese momento no di importancia a sus palabras al tomarlas como una figura retórica, aunque no tardaría en descubrir la razón que tenía.

—Contacto —dijo Hastur, abriendo fuego. Los demás lo imitaron y yo busqué cobertura, arrastrando a Logash conmigo hacia las sombras. Un momento después, un olor acre a calcetines sucios indicó que Jurgen se había unido a nosotros.

Preparé mi pistola láser, buscando un objetivo, y comprobé agradecido que el grupo de asalto se enfrentaba con absoluta pericia a la avanzadilla de los guerreros metálicos. Eran los cazadores de pieles que habíamos visto antes, o al menos una copia idéntica de ellos. Avanzaban con velocidad aterradora, con sus largas hojas cortando el aire, sibilantes, a un lado y a otro. Sin embargo, en vez de pieles de orco, los de la primera fila llevaban pieles humanas, todavía frescas y chorreando sangre. Los delgados regueros de sangre parecían negros bajo aquella luz cadavérica que lo bañaba todo, jaspeando los torsos de metal. Mientras apuntaba al que iba delante directamente en el centro de la frente, me di cuenta con un estremecimiento que su obsceno traje todavía conservaba el vestigio de una cara; y, para colmo, una cara que reconocí.

—¡Ernulfph! —susurré. Se me revolvió el estómago cuando la criatura que iba debajo se tambaleó cayendo hacia atrás. Me aseguré de ello con una andanada de disparos y a continuación fijé la atención en la monstruosidad que lo seguía. Es cierto que el mago había sido un idiota pomposo, pero nadie merecía un destino como ese.

—¡Los tenemos detrás! —advirtió Hastur antes de que la voz se le quebrara en un grito desgarrador. Me volví justo a tiempo para ver cómo caía derribado por uno de los autómatas provisto de hojas cortantes y era eviscerado en cuestión de segundos. Su sangre corrió por los lados del voluminoso armario de metal desde detrás del cual, apenas un instante antes, había estado disparando con su rifle infernal sobre el grueso de nuestros viles atacantes. Un momento después, el desollador se puso de pie. La piel todavía húmeda del desdichado soldado se pegaba a su torso de metal por el efecto adherente de su propia sangre.

—¡Maldita sea! —grité—. ¡Jurgen!

A mi señal, mi ayudante lanzó otra andanada de su melta al centro del grupo, abriendo una brecha en medio de ellos con la misma eficiencia de antes. Una vez más, los necrones, arrasados por la plena potencia de la descarga quedaron simplemente aniquilados, evaporándose tan completamente como las víctimas de las terribles armas que ellos mismo portaban, mientras que los que quedaron en las márgenes del arrasador estallido de energía se tambaleaban, con las extremidades y los torsos cercenados y ablandados como la cera de una vela. Por un momento pensé que se reharían de esa manera tan desconcertante que había visto antes, pero los supervivientes simplemente desaparecieron. No sé cómo, pero el cadáver de Hastur desapareció junto con ellos. El motivo por el que se lo llevaron es un misterio cuya respuesta les aseguro que no quiero conocer jamás[69].

—¿Distancia al objetivo? —preguntó Welard mientras los supervivientes se reagrupaban. Aparte de una única mirada a la sangre que recubría la superficie metálica y que señalaba el lugar donde Hastur había muerto, no dio más muestras de sentirse afectado por la suerte que había corrido su camarada, y los demás parecían igualmente centrados en el resultado de nuestra misión, dedicados a examinar los alrededores en busca de alguna señal de renovada actividad necrónica. Agradecí su vigilancia, aunque su total falta de emoción ya empezaba a resultarme un poco inquietante.

—Unos trescientos metros —dije, tratando de centrarme en lo que teníamos por delante.

Welard asintió e hizo señas a los supervivientes de su escuadrón de que avanzaran. Jurgen y yo íbamos detrás, igual que antes, aunque ahora plenamente conscientes de que podía venir un ataque desde cualquier dirección, lo cual me hacía mantener una vigilancia aún más diligente de nuestro entorno. Puse a Logash en movimiento otra vez con un pequeño tirón en el brazo, y apretó el paso, aparentemente muy dispuesto a seguir todas mis órdenes, toda vez que había demostrado que tenía razón acerca de lo inconveniente que era estar aquí.

Unos instantes después atisbé un brillante resplandor detrás de una de aquellas voluminosas máquinas y se lo hice notar al sargento.

—Es ahí —señalé mientras lo veía palpitar como el latido de un corazón enfermo y luchando contra la oleada de terror que me invadió de repente—. El portal. —El resplandor se intensificó por un momento, acompañado por un ruido atronador de aire desplazado que retumbó y fue propagado por el eco en aquella caverna del tamaño de una ciudad, como si presagiara una tormenta tropical—. Y está activo. —Traté de no pensar en la cantidad de refuerzos que podían haber llegado de repente, más bien demasiados, a juzgar por la cantidad de aire que habían desplazado al materializarse.

—No por mucho tiempo —afirmó Welard. Aparentemente, su confianza no se había debilitado por la pérdida de un tercio de sus hombres.

—Movimiento —advirtió uno de los soldados con el mismo tono desapasionado de siempre—. A las once en punto, treinta metros. —Nos volvimos para hacer frente a la nueva amenaza y el cuarteto de soldados de asalto preparó sus rifles infernales mientras Jurgen ponía el melta en posición de disparo. Logash empezó a temblar violentamente.

—Que el Omnissiah proteja tus circuitos —farfulló—, que este indigno relé acelere los electrones de tu gran computación, preservándonos de fundirnos… —y otras jerigonzas propias de los tecnosacerdotes. Cuál no sería mi sorpresa al mirar a las tropas de asalto y comprobar que temblaban casi tanto como él.

—Que el Emperador sea con nosotros —rezaba entre dientes el que tenía más cerca—. Que nos proteja con el escudo de su voluntad…

Algo iba decididamente mal, pensé. Después de todo lo que habían pasado sin inmutarse, resultaba difícil de aceptar que se sintieran tan abrumados por un simple grupo de guerreros que a duras penas nos superaban numéricamente. Pero Welard tenía la mandíbula apretada y había mordido el puro, cuya mayor parte había caído al suelo sin que se diera cuenta. El rifle infernal le temblaba en las manos, tanto que casi era imposible que diera en el blanco, y también él rezaba uno de los catecismos de mando que sin duda le habían inculcado machaconamente los tutores de la schola, con bastante más eficacia de la que yo había empleado en juzgar su conducta hasta entonces.

Empezó a disparar sin control a los guerreros que se aproximaban, y como si eso fuera una señal, los demás también abrieron fuego. Los disparos láser empezaron a detonar sin orden ni concierto en torno a los necrones sin que ni uno solo diera en el blanco, casi con la misma imprecisión que los orcos. En estos guerreros había algo que los diferenciaba de los demás que habíamos visto, una actitud más resuelta, semiconsciente, que hacía que los escalofríos me recorrieran toda la espalda mientras yo asimilaba más detalles de su aspecto. Eran menos esqueléticos que los otros y parecían compuestos a partes iguales de cerámica y de metal, y tenían tubos y cables retorcidos en torno a sus huesos metálicos que se flexionaban como la musculatura de un ser vivo al moverse. Delgados zarcillos de desesperación empezaron a enredarse en torno a mi alma mientras se aproximaban, amenazando no sólo con la muerte, sino con la aniquilación. El miedo al que estaba acostumbrado podía dominarlo y controlarlo, al menos hasta cierto punto, pero esto era diferente, un terror básico que brotaba desde lo más hondo de mi ser y amenazaba con inundar mi mismísima conciencia. Levantando la pistola láser que tenía en la mano, y agradeciendo, por irónico que parezca, los implantes que me permitían mantener el pulso a pesar de la traición de mi propio cuerpo, disparé al que iba en cabeza, abriéndole un agujero limpio en medio de la frente.

—¡El horror! ¡El horror! —Logash estaba a mis pies, hecho un ovillo y aferrado a mis tobillos, mientras los soldados del grupo de asalto rompían la formación y huían en todas direcciones con gritos de terror—. ¡Vuelve el horror!

—¡Jurgen, quítamelo de encima! —grité. Sólo el peso muerto del balbuciente tecnosacerdote impidió que yo también saliera corriendo. Luché contra aquel embate de emociones básicas, sintiendo que estaba amenazado el mismísimo sentido de mí mismo, de un modo que no había experimentado desde que la bruja Slaaneshi había tratado de sacrificar mi alma a su perversa deidad en Slawkenberg hacía ya más de una década, y me dejé llevar únicamente por el instinto. La lanza verde de un desollador gauss pasó casi rozándome y abrió un buen agujero en el armario de paredes lisas que tenía junto a mí. Disparé a mi vez, alcanzando a mi atacante en el pecho y haciéndolo balancearse un momento antes de que reanudara su avance imparable.

—Vamos, señor. —Mi ayudante estaba ahora a mi lado, separando los dedos de Logash de mi bota, lo cual no fue nada fácil teniendo en cuenta que estaban engarfiados por un rictus de terror complicado aún más por los implantes potenciados. La presión que sentía sobre mi alma se aligeró de repente, como si la hubiera eliminando de un portazo. Tiré de Logash y lo puse de pie mientras me colocaba detrás de Jurgen y este disparaba el melta.

Una vez más la potente arma hizo su trabajo, eliminando a nuestros atacantes más inmediatos, pero en esta ocasión no iba a haber un respiro para que se teleportaran a lamerse las heridas. El grupo se había dispersado para dar caza a los soldados que habían huido despavoridos, y sólo quedaba un par de ellos. Al buscar alrededor alguna señal de los que hasta ese momento habían sido nuestros compañeros, vi a dos de ellos derribados por disparos de desollador que gritaban y se evaporaban ante mis ojos. Welard estaba en una esquina con la espalda protegida entre dos estructuras del tamaño de un Chimera, con los ojos desenfocados. Evidentemente había perdido la razón, y el rifle infernal colgaba olvidado de su mano mientras él farfullaba incoherencias. Todavía seguía implorando una ayuda del Emperador que nunca llegó cuando el jefe de los autómatas le cortó la cabeza de un solo golpe, recibiendo sobre su propio cuerpo la lluvia de sangre.

—Vamos —dije con urgencia—. ¡Tenemos que salir de aquí! —Logash estaba empezando a recuperar lo que le quedaba de juicio y negaba lentamente con la cabeza.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó. Yo estaba empezando a entenderlo, pero no había tiempo para largas explicaciones, y en nuestro último encuentro Amberley nos había dejado bien clara a Jurgen y a mí la vital importancia de no revelar a nadie el don de mi ayudante, de modo que me limité a agarrar por el brazo al tecnosacerdote y a ponerlo en movimiento.

—No se separe de Jurgen —le indiqué, y nos echamos cuerpo a tierra entre un armario metálico sin relieves de unos tres pisos de altura y un bucle de conducción que parecía un reluciente intestino verde. De repente sonó un débil grito que confirmó la pérdida del último miembro del grupo de asalto.

Con el corazón queriendo salírsenos del pecho estuvimos quietos durante un

tiempo, tal como indudablemente había hecho Logash antes, mientras aquellas apariciones funestas empezaban lo que tenía todo el aspecto de ser una búsqueda metódica. Sin embargo, observé con alivio que algo parecía desorientarlos cada vez que se acercaban a nuestro escondite, ya que se desviaban al llegar a unos metros de nosotros, algo que sólo me atrevía a atribuir a las peculiares cualidades de Jurgen[70].

Al fin, cuando todo pareció otra vez tranquilo, decidí que era hora de movernos. La evacuación debía de estar ya muy adelantada, y me proponía instalarme en un trasbordador y a salvo en el *Puro de Corazón* antes de que algo más tuviera ocasión de salir mal.

—¿Y qué pasa con el portal, señor? —preguntó Jurgen.

Me encogí de hombros.

—No creo que podamos hacer nada al respecto ahora. —Lo cual era cierto, ya que las cargas melta, que eran lo único con posibilidades de destruirlo, se habían esfumado con los soldados del grupo de asalto que eran quienes las transportaban—. Parece que después de todo vamos a tener que llamar a la Flota Imperial. —Mala suerte para la galaxia, por supuesto, pero es muy extensa y ni siquiera un ejército necrónico podía hacerle mucha mella. Al menos eso esperaba. De modo que fuimos desandando el camino con cuidado hacia el túnel por donde habíamos venido, pasando de un escondite a otro como habíamos hecho antes y permaneciendo inmóviles a cada señal de movimiento.

Con enorme alivio puedo decir que no tropezamos con ninguna otra de esas terribles apariciones, aunque vimos a los guerreros más comunes a cierta distancia. El túnel abierto por los ambulls no tenía vigilancia, lo cual fue el colmo de la felicidad, y volví al santuario de los túneles de hielo con una ligereza de espíritu que resultaba casi intoxicante.

Por supuesto, era demasiado bueno para durar, y no duró, como era inevitable.



Nota editorial:

En el momento en que Cain iniciaba su camino de vuelta a la superficie, las cosas estaban empezando a tomar un cariz infortunado también allí. La incursión de los tecnosacerdotes en la tumba de Los necrones había atraído, como él se temía, La atención de Los autómatas hacia la existencia de la colonia humana que tenían encima de sus cabezas, mientras que los orcos, vencidos como estaban, habían empezado a dispersarse sólo para encontrar a las defensas valhallanos debilitadas o abandonadas en su repliegue. Como es lógico, muchos de los derrotados pielesverdes aprovecharon la nueva línea de retirada que así se les abría y empezaron a amenazar a la propia refinería.

Bajo esta presión renovada, La evacuación empezó a peligrar. Aunque casi dos compañías completas habían sido trasladadas hasta ese momento a la nave espacial en órbita, los transbordadores civiles adaptados que llevaba a bordo el Puro de Corazón *no estaban a la altura del reto que significaba embarcar a todo un regimiento en cuestión de horas. Como demuestra el siguiente extracto del cuaderno de bitácora del capitán Durant, la pérdida de bastante más de la mitad de los hombres y mujeres desplegados hacía apenas unos días parecía casi inevitable.*

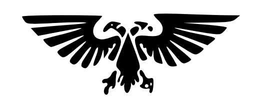
+++Grabación de bitácora del capitán Durant. Carguero de la flota mercante *Puro de Corazón*, 651.932.M41.+++

Todavía en órbita en torno a esta miserable bola de hielo. Según el último recuento, teníamos a la mayor parte del personal civil y a sus familias acomodadas en alguna parte. Un par de cientos se apiñan todavía en los corredores con sus enseres y efectos personales, pero Bosun Kleg ha prometido solucionarlo, y yo lo dejo en sus manos.

También los hombres de la Guardia han empezado a llegar, aunque al menos ellos tienen un lugar donde dormir. Los oficiales tienen dificultades para mantener el orden, ya que la mayor parte parecen preocupados por sus compañeros que todavía permanecen en el planeta. No puedo culparlos. Como dice Mazarin, no hay forma de que nuestros trasbordadores puedan hacer muchos más viajes de ida y vuelta antes de que la refinería sea arrasada por los pielesverdes o por esas criaturas metálicas, o tal vez por unos y otras. Ella no deja de vigilar la red de sensores y de pedir actualizaciones desde la superficie, pero hasta el momento dice que los gropos[71] seguían perdiendo terreno, y no veo ninguna manera de parar eso.

Claro que yo no soy más que el capitán de una nave estelar, gracias al Emperador, de modo que lo poco que sé sobre la vida militar podría escribirse en el reverso de una

holoficha. Le dije a Mazarin que no se preocupara, que la coronel da la impresión de saber lo que se hace y que se supone que su comisario es una especie de héroe, pero me parece que ella no estaba muy convencida…



QUINCE

Después de recorrer los túneles de los ambulls sin encontrar ni el olor siquiera de los necrones, empezaba a pensar que podríamos tener la suerte de reunimos con nuestros camaradas sin más incidentes, y debo confesar que me invadía una especie de euforia cuando subimos por la cuerda y salimos a las galerías inferiores de la mina propiamente dicha. Después de los estrechos pasadizos de los ambulls, los techos altos y los anchos túneles hechos por el hombre parecían tan amplios y cómodos como un bulevar urbano. Conseguimos llegar a la superficie en poco tiempo, a paso rápido y en línea. Logash parecía haber recuperado un poco la razón ahora que habíamos dejado detrás el escondite de aquellos malditos, aunque tratándose de un tecnosacerdote eso es siempre relativo, y seguía el ritmo que marcábamos Jurgen y yo sin dificultad aparente.

Mi ayudante y yo llevábamos nuestros iluminadores a la máxima refulgencia ahora que nos encontrábamos en lo que yo imaginaba, enternecido, que era terreno más seguro, y los haces alumbraban una distancia considerable por delante de nosotros. El hielo que nos rodeaba hacía rebotar la luz como lo había hecho antes, haciendo saltar los fotones en los azules reverberantes y chispas agrupadas como estrellas que tan bien recordaba, de modo que pasaron uno o dos segundos antes de que me diera cuenta de que el resplandor de delante no venía de las paredes, sino que era un reflejo sobre una superficie metálica.

—¡Fuera luces! —grité al darme cuenta, y al decirlo me aparté hacia un lado, lo cual, sin duda, me salvó la vida. Un haz verde como la bilis atravesó el espacio en el que estaba de pie hacía apenas un instante, iluminando fugazmente la oscuridad que ahora nos envolvía, ya que Jurgen había seguido mi ejemplo y los tres nos habíamos refugiado tras un relieve antes de que desvaneciera otra vez como si fuera un relámpago. La situación era una de las más terribles en que me haya encontrado jamás; permanecer allí nos convertía en blancos fijos cuando los necrones avanzaran, mientras que el más leve rastro de luz traicionaría nuestra posición.

Otro par de deslumbrantes fogonazos verdes pasaron cerca de nosotros como para confirmar lo dicho. Si huíamos a ciegas por el túnel, sólo conseguiríamos un tiro en la espalda, eso si antes no resbalábamos sobre la superficie helada y acabábamos en

el suelo. Al parecer, nuestra única opción era quedarnos donde estábamos y luchar, aunque a juzgar por las posiciones de los destellos de las armas, los guerreros metálicos estaban demasiado dispersos como para ofrecer un blanco evidente para el melta de Jurgen, lo cual anulaba la única ventaja que teníamos.

Acababa de sacar mi pistola láser y me disponía a hacer unos cuantos disparos especulativos con la esperanza, sin duda vana, de que los necrones se lo pensaran dos veces antes de lanzarse sobre nosotros (por lo que había visto antes, no me daba la impresión de que se dejaran intimidar fácilmente), cuando sentí que alguien me daba un golpecito en el brazo.

—Por aquí —susurró Logash, y oí el leve sonido de alguien que se arrastraba por el suelo a mi izquierda. Un momento después oí el mismo sonido por el lado donde estaba Jurgen (que no era difícil de detectar, ya que tenía intacto el sentido del olfato), y me di cuenta con un estremecimiento de esperanza de que los ojos potenciados del tecnosacerdote podían ver en la oscuridad que nos rodeaba.

Como no tenía nada que perder me arrastré rápidamente en la dirección de su voz, guiado por indicaciones ocasionales de «todo recto» o «un poco a la izquierda… no, la otra izquierda, quería decir la mía…» pronunciadas apenas en un susurro, hasta que me encontré contra la superficie helada de la pared. Estaba a punto de preguntar «¿y ahora qué?», cuando una mano enguantada acompañada por el inconfundible olor de Jurgen me cogió por el brazo.

—Aquí dentro, comisario —susurró, lanzándome encima una vaharada de mal aliento, y me encontré deslizándome por una estrecha grieta en el hielo. Después de unos cuantos metros describía un ángulo cerrado, dejándonos totalmente apartados del hueco principal. Iodos contuvimos el aliento cuando un repiqueteo de pies metálicos pasó junto a nuestro escondite.

—Bien hecho —dije, cuando estuve seguro de que fuera reinaba el silencio. Ajusté mi iluminador al mínimo. Los rostros de mis compañeros surgieron de la penumbra: el de Logash, pálido; el de Jurgen, tan impasible como siempre. El tecnosacerdote asintió con la cabeza.

—Loado sea el Omnissiah por nuestra liberación… —empezó, y rápidamente lo hice callar.

—Sí, bueno, muchas gracias —interrumpí—. ¿Alguna idea de adonde conduce esto? —No estaba en el diagrama que había visto antes, pero eso no tenía nada de sorprendente, ya que tenía todo el aspecto de ser más una falla natural que una excavación[72]. Logash se quedó pensando un momento.

—Al parecer lleva al área principal de procesamiento —dijo por fin—, suponiendo que tenga salida. —Bueno ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr, ya que la alternativa era enfrentarnos a una cantidad de necrones que sólo el Emperador sabía. Esperaba que estuviesen simplemente explorando la mina y no que pretendieran invadirla, pero no tenía un interés especial en quedarme a comprobarlo. Al menos de esta manera teníamos más posibilidades de evitarlos.

Aproximadamente una hora después empecé a pensar que habríamos hecho mejor arriesgándonos a enfrentarnos a los necrones. La falla era estrecha y desigual, de modo que eran más las veces que teníamos que subir cuestas o deslizamos por pendientes que avanzar andando, y por todas partes había trozos cortantes de hielo con los que tropezábamos o que sobresalían de las paredes a alturas y ángulos calculados para hacer daño o algo peor. En varias ocasiones tuvimos que andar a gatas ya que el techo era demasiado bajo para poder andar, y en otra nos vimos obligados a arrastrarnos ya que ni siquiera se podía ir a gatas. El voluminoso melta de Jurgen quedaba atascado con desesperante frecuencia, y teníamos que rebajar el hielo con nuestros cuchillos de combate para poder liberarlo. (Por supuesto que mi espada sierra habría hecho el trabajo en una décima parte del tiempo que nos llevaba, pero en un espacio tan reducido uno de nosotros podría haber perdido un miembro por accidente, de modo que seguía enfundada). Cada vez que esto sucedía pensaba en abandonar la incordiante arma, pero nos había resultado útil demasiadas veces como para deshacernos de ella a la ligera, de modo que me limitaba a rechinar los dientes con cada retraso y a seguir adelante.

Mi sentido de la orientación no era menos seguro aquí abajo que en cualquier otro pasadizo subterráneo, de modo que por lo menos tenía el consuelo de saber que habíamos recorrido casi un kilómetro desde nuestro encuentro en la galería principal y que avanzábamos más o menos en la dirección del centro del complejo, cuando Logash se detuvo. Seguía yendo en cabeza simplemente porque el pasadizo era demasiado angosto como para intentar un cambio de posición, lo cual me había dejado a mí el último, detrás de Jurgen, con la incómoda sensación de que si los guerreros de metal encontraban la entrada de la falla y se decidían a perseguirnos, yo sería el primero en enterarme. Esa idea era desagradable y me producía un hormigueo en el centro de la espalda, de modo que decidí no pensar en ello.

—¿Qué pasa? —pregunté. El tecnosacerdote se encogió de hombros.

—Se acaba aquí —dijo. De no haber estado Jurgen de por medio, podría haberlo estrangulado. Negué con la cabeza. No podía creérmelo.

—No puede ser —dije por reflejo, pero con la seguridad de estar en lo cierto; me lo decían mis instintos de rata de túnel. Por un momento me pregunté por qué estaba tan seguro, hasta que me di cuenta de que sentía una leve corriente de aire en la cara —. Aquí sopla el aire.

—El pasadizo parece continuar —asintió Logash—. Pero no sirve para nada a menos que podamos pasar por una abertura de cinco centímetros. —Realmente, eso era difícil de creer. El pasadizo se había estrechado otras veces, por supuesto, pero que pudiera estrecharse tanto y tan rápido iba en contra de toda mi experiencia en ese entorno. Así se lo dije, quizá con demasiada vehemencia, y Logash se apretó contra la pared de hielo para que pudiera verlo personalmente. Indudablemente, nuestro camino estaba bloqueado por una superficie convexa cuya curva descendía hasta casi tocar el suelo. En cierto modo la forma me resultaba familiar, y entonces me di cuenta

de que era la parte inferior de un enorme cilindro de tres o cuatro metros de diámetro.

—¿Qué diablos es eso? —pregunté. Logash lo golpeó con la mano, produciendo el inconfundible ruido sordo del metal grueso.

—Una de las tuberías principales de extracción —dijo—. Llega hasta la planta procesadora de la superficie.

—¿Y qué hay en su interior en este momento? —pregunté mientras una idea tan audaz que no me atrevía casi a considerarla empezaba a tomar forma mientras hablaba.

Logash se encogió de hombros.

—Nada, ahora que la planta está cerrando… —dejó la frase sin terminar al llegar evidentemente a la misma conclusión que yo. Alargué una mano hacia él pasando por delante de mi ayudante.

—¿Puede ponerse detrás de Jurgen? —pregunté.

—Puedo intentarlo. —No era fácil, puedo asegurarlo, pero después de lo que pareció una eternidad de meneos y juramentos, él y yo conseguimos ponernos en cuclillas tras la escasa cobertura que pudimos encontrar y Jurgen apuntó su arma pesada contra la tubería. Como otras veces antes, nos vimos rodeados por un rugido de vapor cuando disparó, de modo que tuvo que pasar un rato antes de que se disparara. Entonces vimos que había conseguido abrir un agujero de un metro de diámetro en la pared de la conducción.

—Tendremos que dar parte al servicio de mantenimiento —manifestó Logash al pasar, como si el lugar fuera a estar en funcionamiento otra vez ahora que los necrones se hallaban aquí. Después de esperar un poco a que el metal se enfriara, Jurgen se metió por el agujero y entró en la tubería.

Yo lo seguí de inmediato, empujando al tecnosacerdote por delante de mí. De golpe me encontré en un tubo de metal que producía eco y que tenía casi el doble de mi altura. El suelo estaba cubierto de nieve medio derretida que se volvía a congelar rápidamente a medida que se disipaba el calor del melta. Del techo curvo colgaban estalactitas de hielo allí donde el revestimiento uniforme de escarcha había sido perturbado por nuestra fogosa entrada.

—Por aquí —dije, tomando otra vez la delantera y subiendo la suave pendiente lo más rápido que podía sobre la resbaladiza superficie. Por supuesto, Jurgen no tenía problema para seguirme, ya que había nacido en condiciones como estas, y Logash, al parecer, tenía algún tipo de potenciador del equilibrio, ya que parecía andar con tanta firmeza como los valhallanos. A pesar de mi desafortunada tendencia a resbalar de vez en cuando y de que la ligera curva del suelo no facilitaba en absoluto la marcha, el pasadizo ancho y sin obstáculos me resultaba casi euforizante después del estrecho confinamiento del desfiladero, y, si me permiten decirlo, iba a buen paso.

Después de un rato empecé a oír un leve susurro y me di cuenta de que el intercomunicador había tomado contacto con la red de voz del regimiento.

Estábamos más cerca de la superficie de lo que había pensado, y el alivio me inundó casi hasta dejarme sin respiración. Si todavía había alguien aquí, no llegaba demasiado tarde para meterme en un trasbordador.

Era evidente que no iban a esperar si me daban por muerto, por supuesto, de modo que no perdí tiempo en ponerme en contacto con Kasteen e informarla de cuál era el estado de nuestra misión.

—¡Comisario! —Su voz reflejaba sorpresa y alegría a partes iguales—. Empezábamos a pensar que no lo había conseguido.

—A punto estuve —admití—. Nos estaban esperando. No llegamos a acercarnos siquiera al maldito portal.

—Ya veo. —Su tono fue de resignación—. ¿Cuántos supervivientes?

—Sólo Jurgen y yo. —No tenía sentido entrar en largas explicaciones, de modo que pasé por alto la presencia de Logash—. Los necrones andan por la mina. ¿Han salido ya a la superficie?

—No. —Su voz se desvaneció un momento, supuestamente al volver la cabeza para hablar con alguien, a continuación volvió a oírse con tono de urgencia—. Espere un… —El enlace quedó mudo.

Absorto en mi conversación con la coronel casi ni me había dado cuenta de que la tubería aparentemente se terminaba allí. Al estirar el cuello y alumbrar con mi iluminador hacia arriba, pude ver que describía un giro abrupto y se perdía hacia lo alto.

—¿Y ahora qué? —pregunté. Logash sonrió y señaló una serie de peldaños de metal que sobresalían de la escarcha, resbaladizos a causa el hielo—. Estará bromeando.

Pues no, no lo estaba. Se limitó a cogerse de una barra y empezó a subir, con tanta seguridad como un catachan a un árbol. Después de un momento, me encogí de hombros y subí tras él. Jurgen me siguió, como de costumbre.

—¿Qué pintan estos peldaños aquí? —preguntó.

—Los servidores de mantenimiento los usan cuando se cierran los tubos —explicó Logash—. Por aquí debería haber un panel.

Concentrado como estaba en no patinar en los traicioneros peldaños resbaladizos por el hielo, me sobresaltó el sonido de la voz de Kasteen otra vez en mi oído. A punto estuve de caer, y quedé colgado sólo por la gracia del Emperador y por la fuerza de mis dedos potenciados.

—Hemos perdido contacto con dos de los piquetes de los niveles medios —me informó—. Vamos a enviar refuerzos.

—¡No! —le repliqué, tal vez con demasiada vehemencia—. ¡Saque a todo el mundo de los túneles! ¡Es la única posibilidad que tienen! —Atascados en un espacio cerrado, incapaces de concentrar el fuego, serían presas fáciles. Eso ya lo había visto antes con toda claridad—. Cubra las entradas con todo lo que tengan y atáquenlos cuando salgan. —Probablemente no nos serviría de nada al final, pero por lo menos

serían ellos los que se encontrarían en un cuello de botella. Traté de no pensar en su capacidad para teleportarse o para atravesar paredes…

—Recibido —respondió Kasteen, claramente dispuesta a confiar en mi mayor experiencia con estos abominables enemigos, y cortó.

Consideré lo que me acababa de decir y no me gustaron las conclusiones a las que estaba llegando. Era evidente que los necrones se estaban moviendo a través de las minas en número considerable si habían sido capaces de acabar con dos de nuestros escuadrones sin darles siquiera ocasión de enviar un mensaje de voz. Tal vez los que se hallaban en estasis estuvieran reviviendo y se estuvieran sumando a los recién llegados…

—Lo he encontrado —dijo Logash por encima de mí, con una alegría nada natural dadas las circunstancias, y empezó a rascar la cubierta de hielo de la pared, rociándome con una ligera capa de nieve en polvo. Evidentemente sabía lo que estaba haciendo. Extrajo una delgada sonda metálica de uno de sus dedos y empezó a manipular una melladura que había en un lado de la tubería—. Vaya, esto debería conseguir…

Una sección de la pared que había junto a su mano se retrajo de repente con un chirrido que me hizo doler los dientes y dejó entrar un haz de luz y de aire cálido en nuestro gélido entorno. El tecnosacerdote desapareció de mi vista, y después de un momento de trepar lo seguí agradecido, alzándome hasta un suelo de malla metálica iluminado por una tenue luz encastrada en la pared contigua. A pesar de su escasa potencia, el brillo amarillento resultaba increíblemente acogedor. Me volví para echarle una mano a Jurgen, que venía detrás de mí.

La cámara en la que nos encontrábamos era pequeña. Apenas cabíamos los tres, y al mirar alrededor me di cuenta de que no era más que un descansillo en una larga escalera metálica que se perdía en la distancia por encima de nuestras cabezas y por debajo de nosotros, hacia profundidades de vértigo. Logash examinó algunas runas grabadas en el exterior del panel de acceso por el que habíamos salido de la tubería y asintió satisfecho.

—Bueno —dijo.

—¿De qué se trata? —pregunté desconfiado. Dado su nivel de estabilidad mental, eso podría haber significado cualquier cosa a estas alturas. El joven tecnosacerdote señaló con un gesto vago todo lo que nos rodeaba.

—Estamos en uno de los pozos principales de mantenimiento. Deberíamos llegar a la capilla principal de mantenimiento unos cuantos niveles más arriba.

—La mejor noticia que he tenido en todo el día —resoplé—. Usted primero.

Eran más que unos cuantos niveles, por supuesto. Debíamos de llevar subiendo casi media hora cuando Logash se detuvo ante otro panel de acceso en la monótona pared de metal. Yo ya había perdido la cuenta de los tramos de escaleras que habíamos subido. Sin embargo, mis rodillas no, y me dolían horriblemente, pero es sorprendente lo motivado que uno puede estar con un ejército de autómatas

pisándole los talones, y seguí adelante. Jurgen, por supuesto, no daba muestras de cansancio ni de incomodidad a pesar de cargar con la pesada arma.

—Debería ser este. —Logash vaciló, y noté que la puerta era más grande y más elaborada que cualquiera de las que habíamos visto mientras subíamos, decorada con el símbolo del engranaje del sacerdocio.

—Bien —dije—. Entonces, salgamos de aquí.

—No estoy seguro de que deba abrirla —replicó el tecnosacerdote lentamente mientras nos miraba a Jurgen y a mí con una expresión desconfiada—. Este es un lugar santo. Sólo el personal ordenado y consagrado puede pasar de este punto…

—Magnífico —exclamé—. Estamos llevando a cabo una misión del Emperador. ¿Acaso puede haber algo más sanro que eso? —Logash pareció confundido.

—Esa sería una cuestión ecuménica —repuso—. No estoy seguro de estar cualificado para juzgar…

—No se preocupe —lo interrumpí—, yo sí. Ahora, ¿va a abrir la maldita puerta o tendrá que hacerlo el hermano Jurgen? —Mi ayudante dio un paso adelante y preparó su melta. Logash accionó la runa de activación con una prisa casi obscena.

No estoy seguro de qué esperaba encontrar dentro, pero mi primera impresión fue de una complejidad tecnológica abrumadora. A diferencia de la tumba necrónica que teníamos debajo, cuyas incomprensibles brujerías palpitaban con palpable malevolencia, esta era una capilla impregnada de la benevolencia del espíritu máquina, puesto al servicio del bien de la humanidad y bendecido por los tecnosacerdotes que normalmente trabajaban aquí. Hice un gesto automático de obediencia a la gran cristalera emplomada con una imagen del Emperador (por supuesto, bajo la apariencia del Omnissiah, pero el Emperador al fin y al cabo), que proyectaba sombras de color sobre los apretados escritorios de madera oscura y atriles de bronce reluciente, provisto cada uno de una pantalla pictórica que representaba algún aspecto del funcionamiento de la planta.

—Traten de no tocar nada —nos advirtió Logash, pasando al lado de Jurgen, que estaba haciendo la señal del aquila con la boca más abierta que de costumbre.

No hay peligro, pensé, apartándome cuidadoso del atril más próximo, cuando me llamó la atención la imagen de la pantalla. Mostraba una imagen borrosa e inestable de lo que parecía una de las galerías de la mina, y contemplé con horror la sombra inconfundible de un guerrero necrón. Un momento después apareció otra de las monstruosidades metálicas, y luego una tercera.

—Logash —llamé. El tecnosacerdote dejó de hacer genuflexiones ante el altar de la esquina, evidentemente molesto, y se dispuso a reunirse conmigo. Señalé la imagen—. ¿Dónde está esto?

—Sector cinco, nivel catorce —respondió tras una breve consulta de algunas runas del atril. Ajustó los controles y la imagen cambió, mostrando otra galería. Después de un momento, el necrón que encabezaba la marcha apareció allí—. Pasando hacia sector tres.

—¿Desde aquí se puede ver la totalidad de la mina?

Hizo una señal afirmativa.

—Los rituales de enfoque son muy similares a los de su hololito. Puede usar este atril si le es de utilidad. —Iras unos minutos de instrucción, el encendido de una varita de incienso y el rezo de unas cuantas plegarias sobre mí, me dejó que siguiera adelante con un aire de alivio evidente.

La imagen que se iba formando era, cuando menos, sombría. No tardé mucho en establecer que los niveles inferiores estaban infestados de necrones, cientos de ellos, y que sistemáticamente barrían los túneles pasando cada vez a niveles más altos. Llamé a Kasteen.

—Según mis cálculos, tenemos una media hora antes de que lleguen a la superficie —dije—, y eso con suerte. —Al menos los pocos soldados que pude ver ya estaban en los niveles más elevados y se retiraban, de modo que había hecho caso a mi aviso anterior. Un proyector pictórico exterior me había mostrado la plataforma de aterrizaje abarrotada de cientos de hombres y mujeres, por no mencionar los vehículos, que esperaban pacientemente su turno para abordar uno de los transbordadores. Con una sensación de náusea en el estómago empecé a darme cuenta de que la enorme mayoría de ellos todavía estaría allí cuando los necrones salieran a la superficie.

—Estaremos preparados —prometió Kasteen, pero yo ya sabía que era una promesa sin sentido. Serían masacrados, no cabía duda, y lo peor de todo era que yo jamás llegaría a ponerme a salvo en la nave estelar. Tenía que haber algo que pudiéramos hacer para frenarlos, si pudiera pensar en algo…

—Logash —llamé, pero esta vez no me hizo caso, absorto en alguna tarea en uno de los otros atriles. Me acerqué hasta él y lo agarré del brazo—. Logash, esto es importante.

—Y esto también —replicó con un deje de irritación en la voz—. Los rituales de estabilización de los tanques de almacenamiento deben hacerse cada seis horas, y ya estamos fuera de plazo. Debe darse cuenta de lo volátil que es el promethium refinado…

—Oh, sí —respondí mientras una idea de tal audacia que casi ni yo mismo podía darle crédito empezó a tomar forma. Miré a través de la imagen de cristal del Emperador al complejo del otro lado, donde estaban los enormes tanques de almacenamiento, tan enormes como bloques de viviendas—. ¿Cuánto promethium hay en los tanques en este momento?

—Más o menos ocho millones de litros —dijo—. Como las naves cisterna no pueden aterrizar con los orcos por ahí, se ha acumulado bastante. Sin embargo, le aseguro que todavía están dentro de parámetros de seguridad aceptables.

—Yo más bien confiaba en que no fueran seguros —dije, y si hubiera tenido algo parecido a unas cejas estoy seguro de que las habría enarcado en ese momento. Señalé la maraña de tuberías que rodeaban a los tanques de almacenamiento—. ¿Conectan

esas tuberías directamente con la mina?

—No, directamente no. —Me miró totalmente desconcertado—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si pudiéramos verter todo ese líquido por el hueco, realmente les daría a los necrones algo de qué preocuparse —afirmé. Una sonrisa empezó a extenderse por la cara del tecnosacerdote.

—Eso significaría saltarse unos cuantos rituales de seguridad —declaró, considerando la idea—, pero puede hacerse.

—Excelente —exclamé, sintiendo que por fin recuperaba un poco el optimismo—. Entonces será mejor que se ponga a ello.

—Por supuesto. —Se inclinó sobre el atril farfullando palabras incomprensibles, intercaladas ocasionalmente con lo que parecía una risita aguda, mientras manipulaba los controles. La posibilidad de exterminar a las criaturas que habían masacrado a sus amigos evidentemente le estaba removiendo muchas emociones, y empecé a preguntarme si su frágil salud mental resistiría el tiempo necesario para poner en marcha nuestro plan. Sin embargo, no había nada más que hacer como no fuera observar en silencio mientras pasaban los minutos y los autómatas de la pantalla pictórica se acercaban peligrosamente a la superficie.

—¿Infusión de tanna, señor? —Jurgen apareció de pronto sobre mi hombro, ofreciéndome el termo que había traído como una excusa pueril para incorporarse a la expedición, y tomé agradecido el aromático líquido, repentinamente consciente de lo cansado y hambriento que estaba. Todavía no había conseguido encontrar el emparedado que había metido en alguno de sus bolsillos, lo cual me produjo un alivio a duras penas disimulado, de modo que nos conformamos con las barras de ración estándar que no sabían a nada identificable.

—¡Listo! —exclamó Logash por fin, soltando otra risita. Su cara tenía un rubor sobrenatural, y le temblaban los dedos sobre los controles del atril. Fue la primera vez que vi temblar unos implantes potenciados.

—En el nombre del Emperador —asentí con solemnidad.

—¡*In nominae Ernulfus*! —dijo con tono vengativo mientras pulsaba un interruptor.

Por un momento pareció que no pasaba nada, hasta que tomé conciencia del retumbo sordo que parecía llenar todo el complejo. Las runas de varios de los atriles empezaron a ponerse rojas y brillantes, y un polvo de nieve se desprendió de la ventana exterior. Luego, durante unos instantes que parecieron eternos, dio otra vez la impresión de que no pasaba nada.

—¡Mire, señor! —Jurgen señalaba la pantalla pictórica que yo había dejado sintonizada con uno de los niveles superiores. Un torrente de líquido apareció de repente, llenando la galería de lado a lado, barriendo todo lo que encontraba a su paso, arrancando de las paredes trozos de hielo del tamaño de tanques superpesados y arrastrándolos por delante de sí. Entonces el proyector pictórico cayó de su soporte y

la pantalla se oscureció. Pasé a otro justo a tiempo de ver un grupo de guerreros necrones, mucho más cerca de la superficie de lo que yo había creído posible, atrapados por la ola gigantesca, arrastrados y arrojados de un lado para otro como muñecas de trapo. De haberlos creído capaces de alguna emoción habría pensado que estaban mudos de asombro antes de darse la vuelta y tratar de huir, sin éxito, porque los arrasó a todos. Me pregunté si se desvanecerían, hechos pedazos por aquella irresistible marea de promethium puro. Tampoco les habría servido de nada; su tumba estaba en el punto más bajo del complejo de túneles y seguramente se inundaría en un momento dado, aunque Logash había calculado que el torrente tardaría unos veinte minutos en llegar hasta abajo. No es que necesitaran respirar, por supuesto, pero al menos no podrían usar el portal hasta que encontraran alguna manera de extraer el líquido de la cámara, momento en el cual, con suerte, la Flota Imperial habría llegado hasta aquí para estabilizar el planeta.

En términos generales, pensé, un resultado muy satisfactorio.

Todavía me sentía bastante pagado de mí mismo cuando me reuní con Kasteen y Broklaw en la plataforma de aterrizaje poco tiempo después, tan inflado por la euforia que por una vez ni siquiera me importó aquel frío que calaba hasta los huesos. La extensión de hielo era un hervidero de actividad. Los motores de los Chimera rugían mientras los supervisores los disponían para el embarque y los preparaban para el viaje y los soldados formaban por escuadrones para ocupar su lugar en los transbordadores de salida. Un movimiento vago que capté con el rabillo del ojo resultó ser un Sentinel que avanzaba ágilmente por nuestro flanco, atento a la presencia de tropas hostiles.

—Bien hecho, comisario. —Broklaw me estrechó la mano con fuerza—. No creo que nadie pudiera hacer ni remotamente lo que usted ha conseguido hoy.

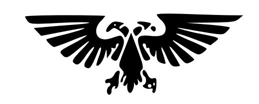
—Bueno, la próxima vez que demos con una tumba de necrones, lo invito a intentarlo —le dije. Sonrió, tomándolo como una broma, pero lo que fuera que hubiera contestado quedó ahogado por el estruendo de un motor de transbordador cuando una de las naves de servicio del *Puro de Corazón* se elevó en el aire. Kasteen lo señaló con un gesto mientras rugía por encima de nuestras cabezas y empezaba a hacerse cada vez más pequeño en el cielo plomizo.

—Ese es el quinto —me dijo, elevando un poco el tono de voz para que pudiera oírlo a pesar del ruido que nos inundaba los oídos—. Ya han embarcado dos compañías completas. —Eso significaba que todavía quedábamos más de la mitad, alrededor de seiscientos soldados, en tierra. Todavía sería necesaria otra media docena de vuelos. Calculé el tiempo que eso llevaría y no me gustó el resultado. Si bien habíamos neutralizado la amenaza de los necrones, todavía había muchos orcos por ahí…

—¿Cuál es la situación con los orcos? —le pregunté a Broklaw, pero antes de que pudiera responder, se produjo una explosión titánica entre los edificios de la refinería que redujo el edificio principal del Administratum a escombros en un instante.

Cayeron pedruscos a nuestro alrededor mezclados con trozos de hielo y lo que desazonadoramente parecían fragmentos de tejido humano.

Por un momento no supe qué pensar. Me seguían zumbando los oídos y miré en derredor en busca de algún daño en los depósitos de almacenamiento, convencido de que algo debía de haber detonado el promethium derramado. Entonces lo vi, tan alto como el edificio que acababa de destruir, avanzando entre los escombros. Su casco estaba abierto y destrozado en una docena de lugares, su cañón principal había desaparecido, pero al menos uno de los secundarios era todavía capaz de producir una masacre. A pesar del retraso que le habían impuesto los necrones, el gargante había llegado por fin.



DIECISÉIS

Tan espantosa fue la visión de aquella gigantesca máquina de guerra, destrozada y llena de brechas, que a pesar de todo seguía avanzando casi imparable, que por un momento ninguno de nosotros se dio cuenta de la especie de hormigas que proliferaban alrededor de sus pies. Sólo cuando el grito atronador de «¡WAAAAAARRRRRGGGHHH!» se hizo oír entre los ecos de la explosión que todavía resonaban dentro de mi cráneo, tomé conciencia de la horda de pielesverdes que corrían sobre el terreno helado por delante de la máquina. Casi todos iban a pie, sólo tenían un puñado de motocicletas y camiones que avanzaban a tumbos para adelantarse al grueso de la tropa, y vi con satisfacción que nuestros Sentinel acudían a toda velocidad para atacar a los vehículos ligeros. Sus cañones láser rugieron repetidamente y abrieron agujeros en los blindados burdamente soldados, y un número satisfactorio de los destartalados vehículos tuvo que detenerse soltando humo.

Sin embargo, mi atención estaba fija en el gargante que se cernía sobre todo como una sombra de destrucción. A pesar de las grandes brechas en su placa blindada de un metro de espesor, y de la ruina en que se había convertido su armamento principal, todavía parecía imparable y seguía avanzando a tumbos de una manera incierta, acompañado de un chirrido de metal torturado y arrastrando un poco la pata izquierda, como si sus heridas lo hicieran cojear.

—¡Fuego a discreción! —gritó Kasteen con voz ronca, poniendo ella misma manos a la obra, y cientos de rifles láser rugieron repetidamente arrancando ecos que rompían como las olas contra las estructuras que todavía quedaban en pie. Los orcos respondieron con entusiasmo, pero, loado sea el Emperador, con tan mala puntería como siempre, de modo que nuestras bajas seguían siendo pocas en comparación con las docenas de ellos que caían y eran pisoteados por sus propios camaradas.

—¡Apunten al gargante! —ordenó Broklaw a las tripulaciones de los Chimera, y docenas de proyectiles pesados empezaron a castigar a la amenazadora torre de metal que seguía avanzando hacia nosotros, agrietando el hielo del campo de aterrizaje con su peso a cada paso vacilante que daba. No parecía preocuparles mucho, pero al menos hacía que la tripulación mantuviera la cabeza baja y que las torretas abiertas

sobre sus hombros estuviesen despejadas de artillería, que de lo contrario estaría lanzando una lluvia de fuego de apoyo para su propio y formidable armamento.

—Al menos son previsibles —musitó Kasteen a mi lado.

Fieles a su naturaleza, los orcos nos atacaban directamente a través del campo de aterrizaje, barriéndolo a lo largo en paralelo a la línea de tanques de almacenamiento, que ahora reverberaban tras una bruma de vapor de promethium que salía de su interior a medida que se iban vaciando. Al ver esa bruma inestable se me heló la sangre más de lo que ya estaba. Un disparo perdido bastaría para que todo el complejo saltara en una explosión difícil de imaginar. Y nosotros con él, por supuesto.

—Que no disparen cerca de los tanques de almacenamiento —advertí, y Kasteen asintió con gesto adusto, percibiendo también ella el peligro.

Pensé que al fin y al cabo eso tampoco iba a cambiar mucho las cosas. El gargante seguía balanceando el cañón que le quedaba para apuntar al centro de nuestra formación, que, por supuesto, éramos yo y los oficiales superiores, y empecé a pensar que, en ese caso, sólo nos quedaban minutos. El avance de los orcos parecía casi imparable, por cada pielverde que caía una docena más seguía avanzando ávida de sangre.

—Transbordador tres solicitando coordenadas de aterrizaje. —Una voz nueva irrumpió en la red de comunicaciones y me di cuenta del rugido de un potente motor que empezaba a oírse por encima del fragor de la batalla. Sentí renacer la esperanza…

—Transbordador tres, aborte la aproximación. —La voz de Mazarin intervino, destruyéndola apenas nacida con su tono tranquilo y autoritario—. ¡Hay pielesverdes por todo el campo de aterrizaje!

—De todos modos puedo conseguirlo —replicó el piloto, y la forma imponente del transbordador apareció de repente sobre la refinería, inclinándose para describir una curva cerrada sobre el grueso del ejército orco.

Había algo en su voz que me sonaba familiar, y me pregunté si sería el mismo que nos había traído hasta aquí. Algunos disparos esporádicos de armas ligeras rebotaron en el casco, y contuve la respiración recordando lo accidentado de nuestra llegada al planeta, pero esta vez los orcos no tuvieron suerte y voló por encima de nuestras cabezas con los impulsores de aterrizaje bramando. Algunos de los soldados hicieron señas y gritaron, pero la mayor parte siguió disparando con determinación sobre la horda de bárbaros armados con espadas. Un par de minutos más y los tendríamos encima. Desenfundé mi espada sierra, preparándome para la conmoción del impacto mientras continuaba disparando con el láser a la muralla de carne de orco vociferante que se acercaba con tanta rapidez como la ola de promethium que todavía se filtraba por la mina debajo de nuestros pies.

El gargante dio otro paso adelante, y movido por el pánico o por el instinto reparé por fin en el profundo corte que tenía en la pata. Era una posibilidad remota, pero…

—¡Apunten a la pata izquierda! —grité, y las tripulaciones de los Chimera

dispararon una andanada de bólter pesado contra ese punto vulnerable. Por un momento pensé que aquella jugada desesperada no iba a dar frutos, pero cuando el torrente de fuego explosivo hizo mella en el metal retorcido y sobrecargado, el imponente leviatán empezó a balancearse de forma alarmante. El miembro dañado pareció agarrotarse por completo, hasta que cedió con un crujido de metal que se quiebra y que sonó como un trueno en medio de las colinas circundantes, más estruendoso incluso que el fragor de la batalla.

De repente perdió el equilibrio y empezó a caer de una manera absurda, lentamente al principio, y luego cada vez más rápido a medida que se acercaba al suelo. Los orcos que lo rodeaban se dispersaron presas del pánico, como hormigas al ver acercarse una bota, y un número satisfactorio de ellos no lo consiguió.

El impacto sacudió el suelo, agrietando el hielo cientos de metros alrededor de la enorme ruina, tragándose una tercera parte del enorme cuerpo y abriendo fisuras que engulleron a casi un tercio de los pielesverdes que trataban de huir. Desde las profundidades de aquella montaña de metal, el ruido seco de explosiones secundarias sonaba como una tos bronquítica, y el resplandor rojo chillón de las llamas que se iban extendiendo empezó a unirse al humo que había por todas partes.

—¡Acabemos con ellos! —ordenó Kasteen, y los valhallanos respondieron con entusiasmo, lanzándose adelante para combatir cuerpo a cuerpo con los aturdidos supervivientes. Tras un breve intercambio de disparos de armas cortas, todo terminó. Los pocos orcos que quedaban huyeron poniéndose fuera del alcance de nuestros rifles láser, y Kasteen tuvo que poner freno a los más entusiastas comandantes de los pelotones que parecían dispuestos a correr tras ellos con un despliegue de fuego rayano en la pirotecnia. Había supuesto que Sulla encabezaría la carga, pero resultó que su compañía había sido la primera en ser traslada a la nave, de modo que, por una vez, no tuvo ocasión de hacer alguna tontería, lo cual constituía un cambio muy refrescante.

—Creo que deberíamos subir a bordo lo más pronto posible —sugerí. Tenía la sensación de que ya no teníamos derecho a abusar más de nuestra suerte, y Kasteen estuvo de acuerdo conmigo.

—Creo que tiene razón —admitió—. Simia Orichalcae ya no tiene ningún atractivo para mí.

—Ni tampoco para mí —coincidió Broklaw, y salió corriendo para organizar la siguiente etapa de embarque, ya que el transbordador había aterrizado por fin.

Tengo que admitir que el inmenso alivio que sentí al subir por la rampa de carga y oír de nuevo el ruido tranquilizador del metal bajo mis botas me produjo una especie de mareo. De todos modos, no podía sacarme de encima una especie de presentimiento que se intensificaba con cada minuto de más que permanecíamos en la plataforma, y siguió revoloteando por encima de mí de forma incesante mientras la constante corriente de hombres y mujeres de la Guardia iba subiendo a bordo. Kasteen se unió a mí poco después con expresión inquisitiva.

—¿Está buscando algo? —preguntó.

—Esperando no verlo —admití—. Si no me equivoco, será necesario más de un baño para borrar la imagen de los necrones. —Mientras hablábamos yo tenía un amplivisor enfocado sobre la linde del complejo, temiendo ver un destello de metal en movimiento. Kasteen asintió con aire sombrío.

—Es una pena que no pudieran volar el portal —dijo. Coincidí con ella.

—Es una pena que no pudieran volar el gargante —afirmé a mi vez. Nos miramos el uno al otro. Se nos había ocurrido la misma idea al mismo tiempo y fuimos a ver al capitán Federer.

—Íbamos a detonarlo por impulso de voz —confirmó Federer.

Era un hombre de rostro afilado y pelo oscuro, cuyo entusiasmo por resolver problemas sólo era igualado por su falta de aptitudes sociales.

Se había corrido la voz en el regimiento de que en una ocasión había aspirado a ser tecnosacerdote, pero había sido expulsado del seminario por su fascinación enfermiza por la pirotecnia, y sin duda parecía tener una comprensión casi instintiva de la tecnología arcana de la ingeniería de combate. Si los rumores eran ciertos, la pérdida del Adeptus había sido definitivamente nuestra ganancia.

Lo encontramos en la bodega de carga principal del trasbordador ocupándose de la estiba del reducido equipo que había conseguido salvar. Teniendo en cuenta las circunstancias, Kasteen había decidido abandonar nuestros vehículos y provisiones y usar el espacio para embarcar a otro par de pelotones. Viajar aquí sería muy incómodo, pero mucho mejor que quedarse en tierra temiendo que los necrones volvieran a la carga.

—Entonces, ¿usted podría hacer estallar las cargas incluso desde aquí? —pregunté, elevando un poco la voz para que me oyera a pesar del parloteo de los soldados que repetía el eco de la bodega. Algunos de ellos evidentemente habían estado en una situación similar antes, pues desenrollaban sus petates y los convertían en improvisados sillones de aceleración mientras se acomodaban.

—Oh, sí —asintió Federer—. Sólo se necesita un transmisor lo bastante potente. Incluso podría hacerse desde órbita, si se quisiera.

—Tal vez eso sería más seguro —opinó Kasteen—. Al fin y al cabo va a ser una explosión de grandes proporciones.

—Oh, sí. —La cara de Federer se iluminó con algo que sólo puede describirse como un entusiasmo malsano—. Enorme. De hecho, masiva. Del orden de gigatones. —Su mirada adquirió una expresión soñadora.

—No pusimos nada ni remotamente tan potente —precisó Kasteen, ligeramente sorprendida—. Habríamos volado en pedazos también nosotros junto con el gargante.

Federer asintió, y su voz sonó un poco como la de Logash cuando hablaba de los ambulls[73].

—Eso fue antes de que el comisario inundara la mina con promethium —explicó

—. A estas alturas el líquido se habrá asentado en los niveles más bajos. Eso significa que las galerías superiores estarán llenas de vapor. De hecho, han creado una bomba FAE de varios kilómetros de ancho[74].

—Suponiendo que los explosivos que colocó no fueran arrastrados por la inundación —dije.

—Los anclamos muy bien. —Federer negó con la cabeza—. No se olvide que contábamos con que un gargante les pasara por encima. Tuvimos en cuenta tensiones del orden de…

—No importa —dije, interrumpiéndolo antes de que empezara. Sabía por experiencia que, en cuanto se entusiasmaba, era difícil volverlo a la cuestión—. Si usted dice que funcionará, estoy seguro de que así será.

—Oh, sí —afirmó vigorosamente.

Debo confesar que, a pesar de que el viaje de regreso a la nave estelar en órbita lo hicimos sin contratiempos, no me sentí totalmente a salvo hasta que oí el ruido de los bornes de anclaje y sentí la solidez tranquilizadora de la cubierta del *Puro de Corazón* bajo mis pies.

—O sea que aquí están de nuevo —nos saludó Durant cuando llegamos al puente.

Todo era más o menos como lo recordaba de nuestra última visita, excepto que el hololito ahora mostraba una vista panorámica del paisaje nevado del exterior de la refinería. Por la altura y el ángulo supuse que el proyector pictórico estaba montado en algún punto por encima del casco principal del último transbordador que partió de ese ya anochecido lugar, los últimos que habían conseguido retirarse a la seguridad de la bodega de carga en ese preciso momento.

El complejo de la refinería parecía tan desierto como de costumbre, sin embargo, yo mantenía la mirada desconfiada fija en la línea distante de las estructuras.

—Parece usted gratamente sorprendido —dije. Durant hizo el mismo esbozo de encogimiento de hombros que ya había notado antes.

—Sí, bueno, el Munitorium habría puesto pegas a nuestra factura de embarque si los hubiera dejado en tierra —respondió, con una brusquedad un poco excesiva para que fuera cierto.

—Trasbordador uno disponiéndose a levantar vuelo, capitán —informó un oficial subalterno desde un atril que teníamos a la izquierda, y un palpable aire de alivio se extendió por toda la sala.

—Bien —dijo el capitán—. Llevamos tanto tiempo quietos al lado de este maldito planeta que estoy empezando a echar raíces. —Hizo un gesto a Mazarin, que estaba inclinada sobre su puesto de trabajo con Federer, absortos en una discusión—. Sáquenos de la órbita en cuanto lleguen a la bodega.

—Sí, sí, capitán —respondió, y salió corriendo hacia otra consola donde se puso a trabajar en los rituales de activación de motores.

—Será mejor que se den prisa —dije, ya que temía haber visto un atisbo de metal entre los edificios de la refinería que se movía rápidamente hacia el proyector

pictórico.

Cuando se acercó pude distinguir a un escuadrón de speeders. Cada uno parecía llevar soldada la mitad superior de un necrón. Todos tenían un arma pesada aparentemente incorporada al brazo derecho, y, ante mis ojos, deslumbrantes haces verdes de malévola energía salieron disparados hacia el casco del transbordador que alzaba vuelo lentamente.

—¡Están rayando la pintura! —rugió Durant, rabioso. Para ser sinceros, estaban haciendo mucho más que eso, ya que dejaban surcos visibles en el metal. De ningún modo atravesaban la superficie, ya que los cascos de los transbordadores son sólidos por decir poco, pero el hecho de que pudieran causar daño, fuera el que fuese, hablaba bien a las claras de la potencia de las armas que portaban.

—Van a por el transbordador —dijo Kasteen, con los ojos fijos en los gravíticos que empezaban a alzar vuelo tras él, revoloteando en torno a la losa de metal que se elevaba lentamente como moscas en pos de un grox. También eran cada vez más numerosos, observé con un estremecimiento de inquietud. El enjambre era cada vez más denso.

—No van a conseguirlo —apunté, alarmado. El piloto estaba haciendo todas las maniobras evasivas que podía, pero la nave había sido construida teniendo en cuenta parámetros más de resistencia que de agilidad, y algunos de los haces mortíferos seguían impactando sobre ella. Sólo era cuestión de minutos que le dieran a algún componente vital…

—No esté tan seguro —me rebatió Durant. Un momento después, los motores principales se activaron, evaporando a todos los gravíticos que tuvieron la mala suerte de estar detrás de la nave cuando esta lanzó una bocanada de plasma ardiente y se elevó limpiamente en una trayectoria de huida.

—Se están quedando atrás —confirmó Mazarin, y la proyección rotó servicialmente para mostrar cómo los gravíticos que quedaban caían al paso del transbordador. Unos momentos después, la imagen mostró el tranquilizador refugio de nuestro muelle de amarre, y todos dimos un audible suspiro de alivio. (Excepto Mazarin tal vez, pues es posible que sus pulmones hubieran sido reemplazados por implantes).

Con nuestro transbordador fuera de peligro, Durant había resintonizado el hololito con la vista aérea del complejo de la refinería que nos había mostrado cuando entramos en órbita la primera vez.

Mientras él ampliaba la maraña de edificios y depósitos de almacenamiento, que ahora estaban, por suerte, muy por debajo de nosotros, me quedé sin aliento. Una marea reluciente de metal en movimiento salía de la boca de la mina, más guerreros de los que podía contar, formando entre todos una masa amorfa que fluía entre los edificios como el agua en una inundación.

—¡Se han despertado! —exclamé con voz entrecortada al mismo tiempo que se me formaba un nudo enorme en el estómago. Habían impedido que la marea de

promethium llegara a su templo, el Emperador sabría cómo, lo que significaba que el portal tal vez estaría aún activo.

»¡Broklaw! —grité, dando gracias por las prisas que habían impedido que me quitara el intercomunicador de la oreja—. ¡A las armas! ¡Preparados para repeler un abordaje! —Todos me miraron como si me hubiera vuelto loco—. Pueden teleportarse ¿lo han olvidado? —les solté, y Kasteen asintió con aire sombrío.

—Por lo que se ve, también pueden nadar[75].

—¡Federer! —llamé—. ¡Este podría ser un buen momento!

El zapador sonrió satisfecho, intercambió unas cuantas palabras más con el tecnosacerdote volante y pulsó una runa con el dedo.

Todos tenían los ojos fijos en el grupo de edificios del hololito. Daba la impresión de que no pasaba nada.

—No ha estallado… —empecé a decir, cuando una erupción de hielo apareció en el llano, en la entrada del valle. Mazarin hizo algo para aumentar la claridad de la imagen, y todos vimos un enorme cráter que se iba agrandando hasta engullir a los guerreros de metal que estaban cerca. Cayeron dentro como juguetes rotos, cada vez en mayor número a medida que el suelo se iba hundiendo a tal velocidad que no les daba tiempo de huir. Federer alzó los brazos como si acabara de marcar el gol ganador en un partido de scrumball.

—Eso habría sido el fin del gargante —dijo pletórico.

—Apuesto a que sí —respondí, boquiabierto ante la brutal devastación que había producido.

Pero eso sólo había sido el principio. De las entrañas de la sima surgió un fogonazo repentino de luz cuando el vapor de promethium atrapado en las cavernas de las profundidades estalló. Una llamarada de nada menos que un kilómetro de altura brotó del terreno y se extendió por el paisaje nevado a la velocidad del pensamiento, fundiendo en un instante a los guerreros que huían y abriendo fisuras llameantes a su paso.

Ahora también había otras explosiones. Toda la superficie del valle estallaba en forma de piroclastos, roca vaporizada, hielo y necrones, formando una nube baja amenazadora de la que brotaban rayos al saltar descargas electrostáticas de increíble potencia entre las partículas. La refinería desapareció, deslizándose hacia el infierno subterráneo y desvaneciéndose como si jamás hubiera existido…

—¡Preparados para el impacto! —gritó Durant, como si esto fuera sólo un inconveniente sin importancia, y el *Puro de Corazón* fue sacudido como si se tratara del juguete de un niño por la titánica onda expansiva al hincharse la mismísima atmósfera del planeta bajo la fuerza de las energías liberadas. La tripulación buscó dónde agarrarse, y yo me encontré sujetando a Kasteen, que se había caído hacia atrás contra mí (algo de lo que no tenía la menor queja).

—Un minuto más —dijo Mazarin, manejando los controles que tenía ante sí como el teclado de un pianoforte, y el estremecimiento fue cesando poco a poco.

Volvió a sonreír, y yo empezaba ya a sospechar que disfrutaba de la oportunidad de llevar sus motores a situaciones límite—. Menos mal que estábamos tan arriba. De haber estado abajo, donde la atmósfera es más densa, la cosa habría sido un poco más complicada.

—¿O sea que ya está? —preguntó Kasteen con los ojos fijos en el escenario de destrucción de allá abajo. Incluso desde nuestra órbita se podía ver que la nube de polvo cubría la mitad del planeta, y a pesar de todos los horrores que había vivido allí, no pude por menos que sentir una pizca de pesar por la cicatriz en el rostro del prístino mundo que había contemplado desde este mismo lugar apenas unos días antes.

—Eso espero —dije, aunque el nudo de aprensión que me agarrotaba el estómago no desapareció del todo hasta que volvimos a saltar a la disformidad y nos encontramos ya en el camino de vuelta a la seguridad del Imperio.

Aunque algo está claro: por lo que respecta a los necrones no hay ningún lugar ni remotamente seguro, como ahora sabemos muy bien a nuestra propia costa. Al menos, ese nido en particular parecía haber quedado aniquilado, aunque nadie podría volver jamás a comprobarlo; lo primero que hizo Amberley cuando por fin le llegó mi mensaje fue poner a todo el sistema bajo cuarentena inquisitorial[76].

Si en todo este asunto hubo un momento luminoso, fue que pude pasar un poco de tiempo libre con ella, después de las sesiones interminables de información y de que ella hubiera terminado de entrevistar a todos los soldados del regimiento que habían visto u oído algo de lo que habíamos encontrado en aquella miserable bola de hielo y de amenazarlos a todos con la ira del Emperador si alguna vez insinuaban lo más mínimo al respecto. O con la ira de la Inquisición, que, pueden creerme, es todavía más temible.

Amberley estaba de un humor sombrío, nada natural en ella, la última noche que pasamos juntos. La mesa montada para el caso en su *suite* del hotel estaba cubierta de placas de datos mientras coordinaba los informes de todos los testigos. Alzó la cabeza y me dirigió una triste sonrisa cuando entré.

—Has tenido una suerte enorme —dijo. Sus ojos azules estaban empañados por el cansancio. Asentí y me quedé de pie, a un lado, para que el servidor de habitaciones entrara con una bandeja de comida. Al verla, Amberley enarcó una ceja.

—Me tomé la libertad de ordenar que nos subiesen la cena —apunté—. Parecías ocupada.

—Gracias —respondió.

Se estiró y yo me acerqué para masajearle los hombros a fin de aliviar su tensión mientras el servidor disponía los platos y los cubiertos sobre la mesa del comedor. Cuando quitaron las tapas, sonrió.

—Sorbete de bayas de acken. Uno de mis favoritos. —No me había resultado difícil recordar aquello, de modo que sonreí a mi vez.

—Dijiste que si pudieras no comerías más que eso la última vez que lo pediste.

—¿Eso dije? —Su sonrisa se amplió cuando vio el plato principal—. ¿Qué es eso?
—Filete de ambull —respondí—. Creo que me lo debían.

[La narración de Cain se extiende a lo largo de varios párrafos más, pero como sólo trata de cuestiones personales carentes de interés para el público en general, he optado por terminar este extracto del archivo aquí mismo].



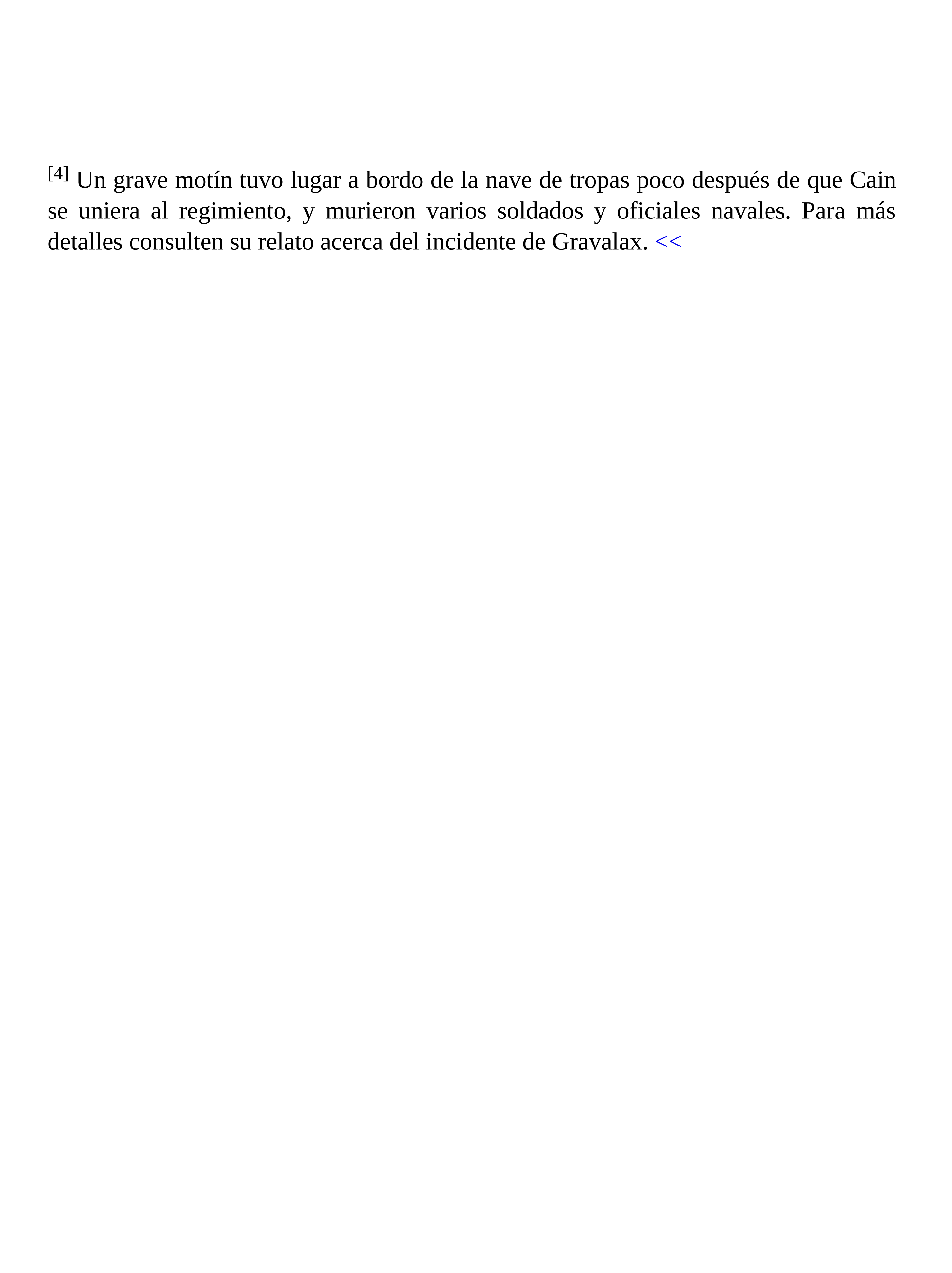
SANDY MITCHELL, (25 de julio de 1958, Southend-on-Sea, Reino Unido). Es un seudónimo de ALEX STEWART, que lleva dos décadas trabajando como escritor independiente. Ha escrito ciencia ficción y fantasía bajo ambos nombres, también guiones de televisión, artículos en revistas, comics, y material para juegos. Sus créditos televisivos incluyen la serie de espionaje industrial Bugs bajo el mismo pseudónimo.

Notas

[1] A pesar de haber hecho lo posible por averiguarlo, el origen de este nombre es un misterio. Parece bastante lógico suponer que el mundo en cuestión era conocido por la presencia de algún tipo de estatua o efigie en tiempos pasados, pero la razón por la que alguien habría decidido conmemorar a este animal en concreto de ese modo sigue siendo un misterio. <<

[2] Coronus Prime era una base imperial principal en los límites del golfo de Damocles adonde se enviaba a las fuerzas imperiales que se habían retirado de Gravalax para asignarles nuevas misiones. Es de suponer que el Monitorium había decidido que no valía la pena destinar una nave de tropas totalmente equipada para el despliegue de un único regimiento, y había enviado una nave civil adecuada para el trabajo. <<

[3] A pesar de la frecuencia con que hace referencia a lo largo del archivo al hecho de ser originario de un mundo colmena, Cain nunca especifica de cuál; y la mayor parte de los (escasos) detalles que da acerca de sus orígenes son contradictorios. El dicho popular que menciona aquí no está registrado en ninguna de las bases de datos antropológicas, pero eso no tiene por qué significar nada; podría haber sido de uso corriente en una pequeña parte de su mundo colmena, como, por ejemplo, un nivel habitado en particular o un asentamiento bajo la colmena. <<



[4] Un grave motín tuvo lugar a bordo de la nave de tropas poco después de que Cain se uniera al regimiento, y murieron varios soldados y oficiales navales. Para más detalles consulten su relato acerca del incidente de Gravalax. <<



[5] Kilómetros: una expresión coloquial valhallana que Cain adoptó tras su larga asociación con los nativos de aquel mundo. <<

[6] Un holodrama popular en la época, sobre un escuadrón de pilotos relámpago que abaten a un número imposible de pilotos enemigos durante la Guerra Gótica. Me gustó bastante, aunque Mott, mi erudito, afirma haber contado cuatrocientas treinta y siete inexactitudes históricas y técnicas tan sólo en el primer episodio. <<

[7] La célebre general Jenit Sulla, en una etapa muy temprana de su carrera. A pesar de la ilustre reputación que conseguiría más tarde, Cain tiende a verla, en el mejor de los casos, con una ligera antipatía a lo largo del archivo; sólo podemos especular acerca de la razón. Mi propia impresión es que veía su tendencia a realizar actos decididos como innecesariamente arriesgados, ya que ponía en peligro las vidas de los soldados bajo su mando (y por lo tanto la de Cain). Resulta irónico que ella, en sus propias memorias (que resultan prácticamente ilegibles), tuviera a Cain en muy alto concepto y lo viera como una especie de mentor. <<

[8] Un extraño comportamiento al que Cain hace alusión repetidas veces a lo largo del archivo. Su hábito de descuidar la lectura de la información de referencia que se proporciona a los oficiales superiores antes del despliegue en un nuevo planeta es bastante raro, dada su cautela en muchos otros aspectos. (Aunque dada la densidad y la aridez de la mayoría de la documentación del Munitorium, es probable que hubiera desarrollado la habilidad de extraer la información relevante echando un rápido vistazo al contenido, y pensara que de poco serviría leerlo página por página). <<

[9] Cain no tenía conocimientos demasiado extensos del lenguaje orco, pero había conseguido aprender unas cuantas frases a lo largo de sus aventuras. La mayor parte eran insultos y obscenidades, por supuesto, pero se podría argumentar que de ellos se compone su lenguaje en su mayor parte. <<

[10] Un tentempié muy popular en muchos mundos cálidos o de clima tropical, especialmente entre los jóvenes; se congelan zumos de fruta con un palo en el centro para que sea más fácil comerlos. Parece extraño, lo sé, pero realmente es muy refrescante. <<

[11] Casi seguro que no. «El binario», como llaman los tecnosacerdotes a su lenguaje secreto, es uno de sus misterios más sagrados. Desvelarlo ha sido una prioridad para la Inquisición desde hace mucho tiempo, pero hasta ahora todavía no se ha establecido ni la sintaxis más básica. <<

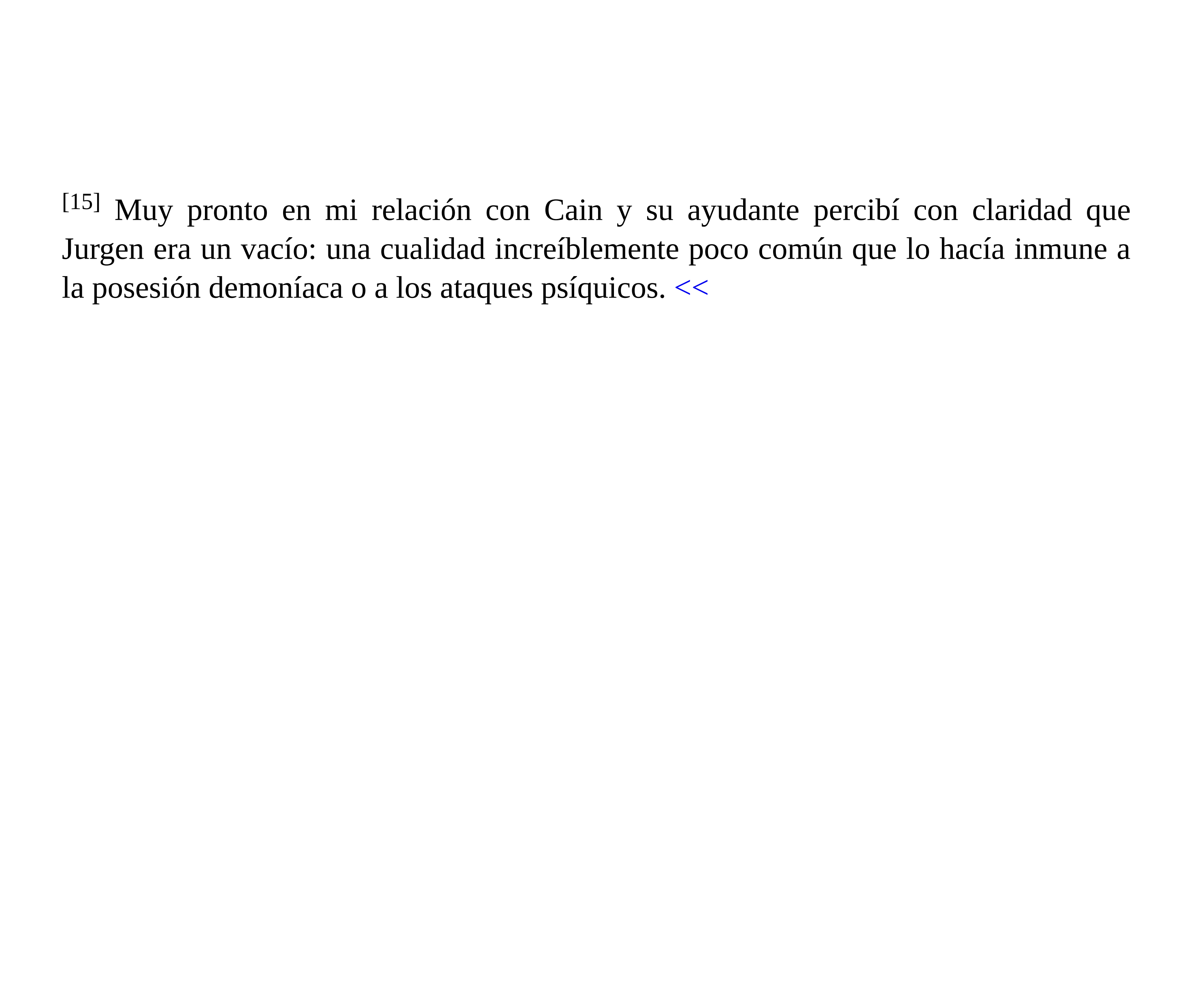
[12] Unidades orcas fueron desplegadas mediante un teleportador en varias ocasiones, durante la campaña de Armageddon por ejemplo. <<



[13] Sólo media docena, de hecho. La planta procesadora de Simia Orichalcae era relativamente nueva. <<

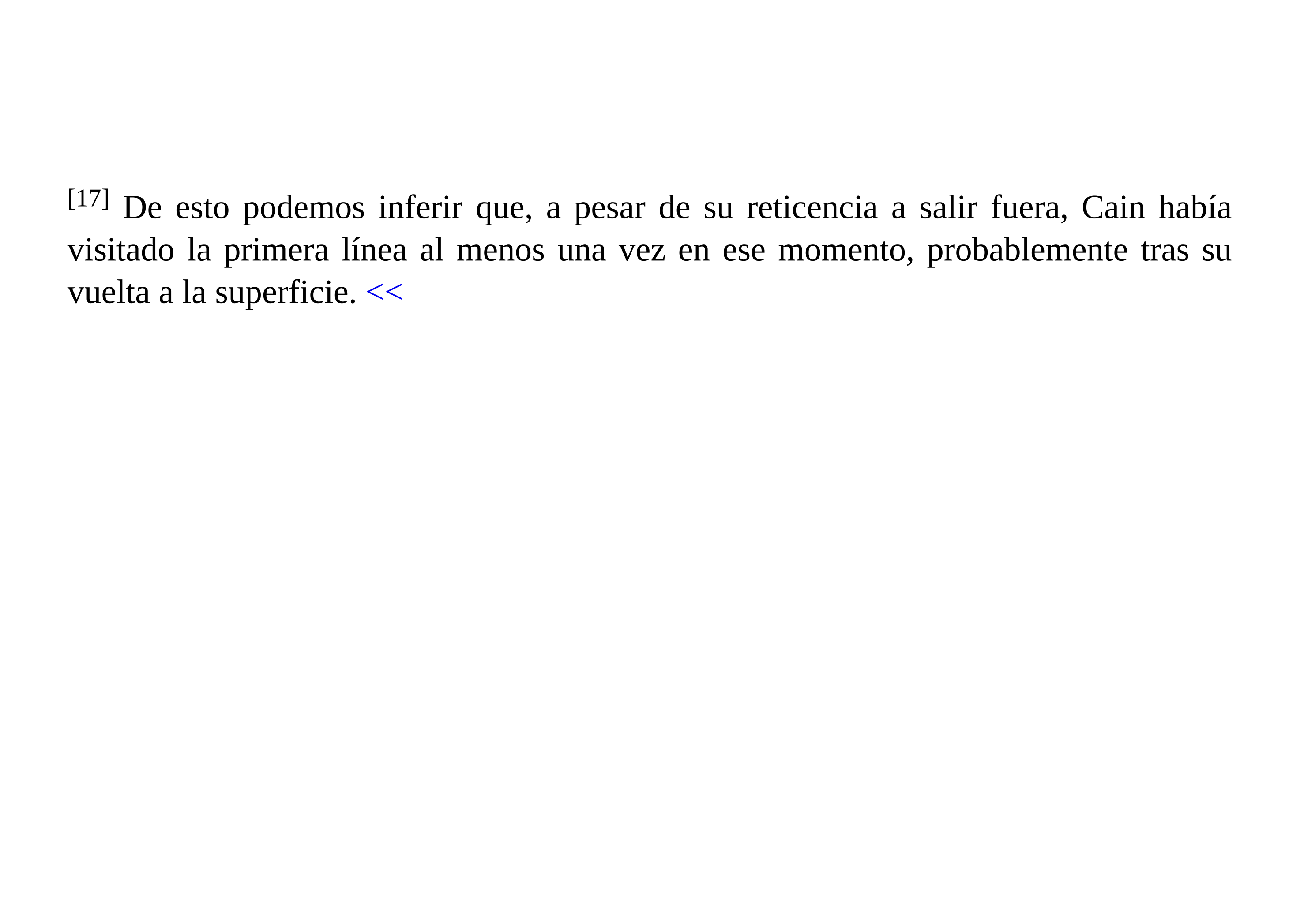


[14] Como ya he mencionado anteriormente, Cain tenía una extraordinaria afinidad con los pasadizos subterráneos, seguramente por el hecho de haberse criado en un mundo colmena. <<



[15] Muy pronto en mi relación con Cain y su ayudante percibí con claridad que Jurgen era un vacío: una cualidad increíblemente poco común que lo hacía inmune a la posesión demoníaca o a los ataques psíquicos. <<

[16] Una reacción bastante extendida frente a los miembros del Adeptus Mechanicus. Personalmente, lo que más me saca de mis casillas es ese aire de suficiencia que tienen. ¿Y no sería ya hora de que el Ordo Hereticus comenzara a hacer preguntas mordaces acerca de ese culto suyo al Omnissiah? <<

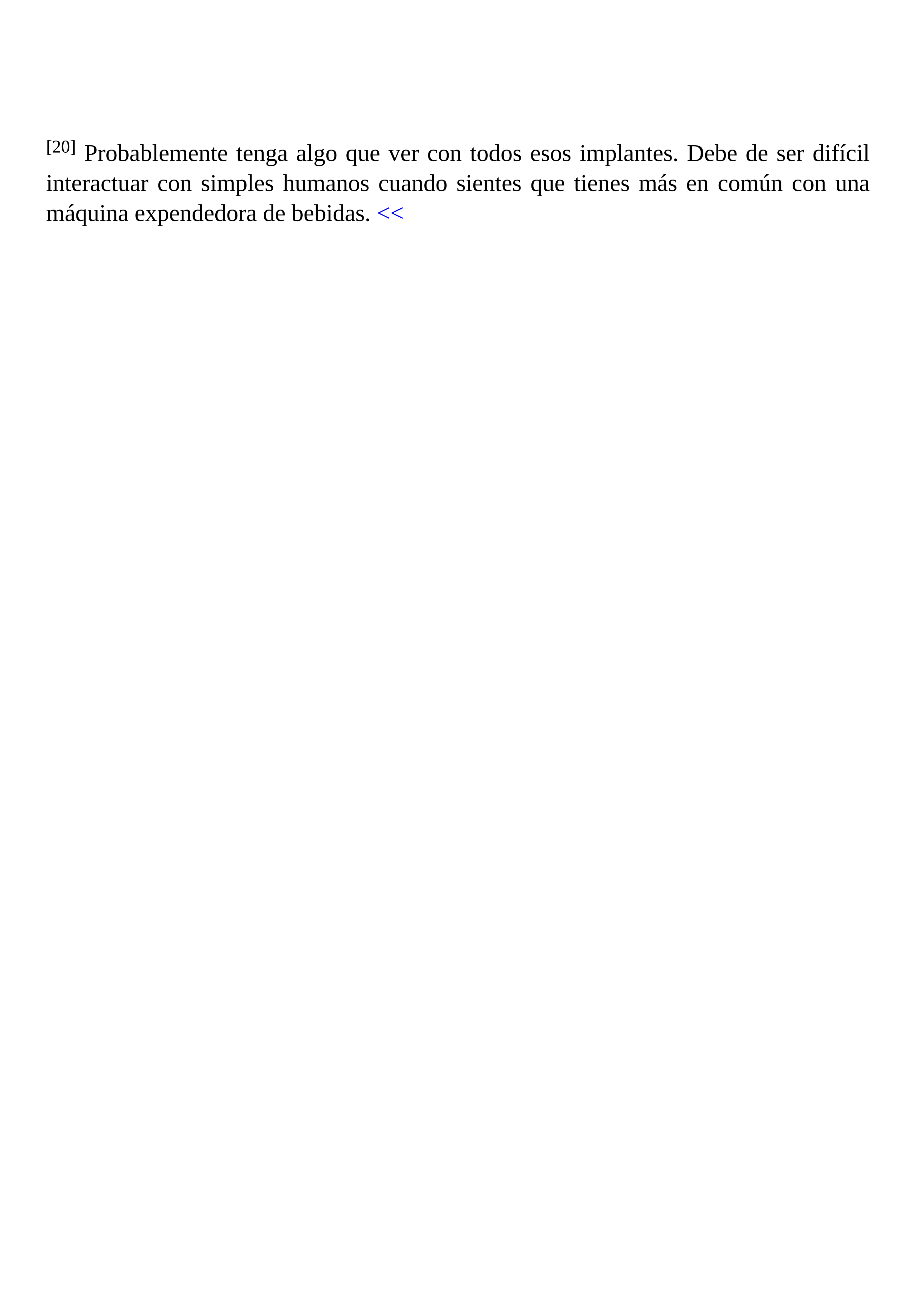


[17] De esto podemos inferir que, a pesar de su reticencia a salir fuera, Cain había visitado la primera línea al menos una vez en ese momento, probablemente tras su vuelta a la superficie. <<

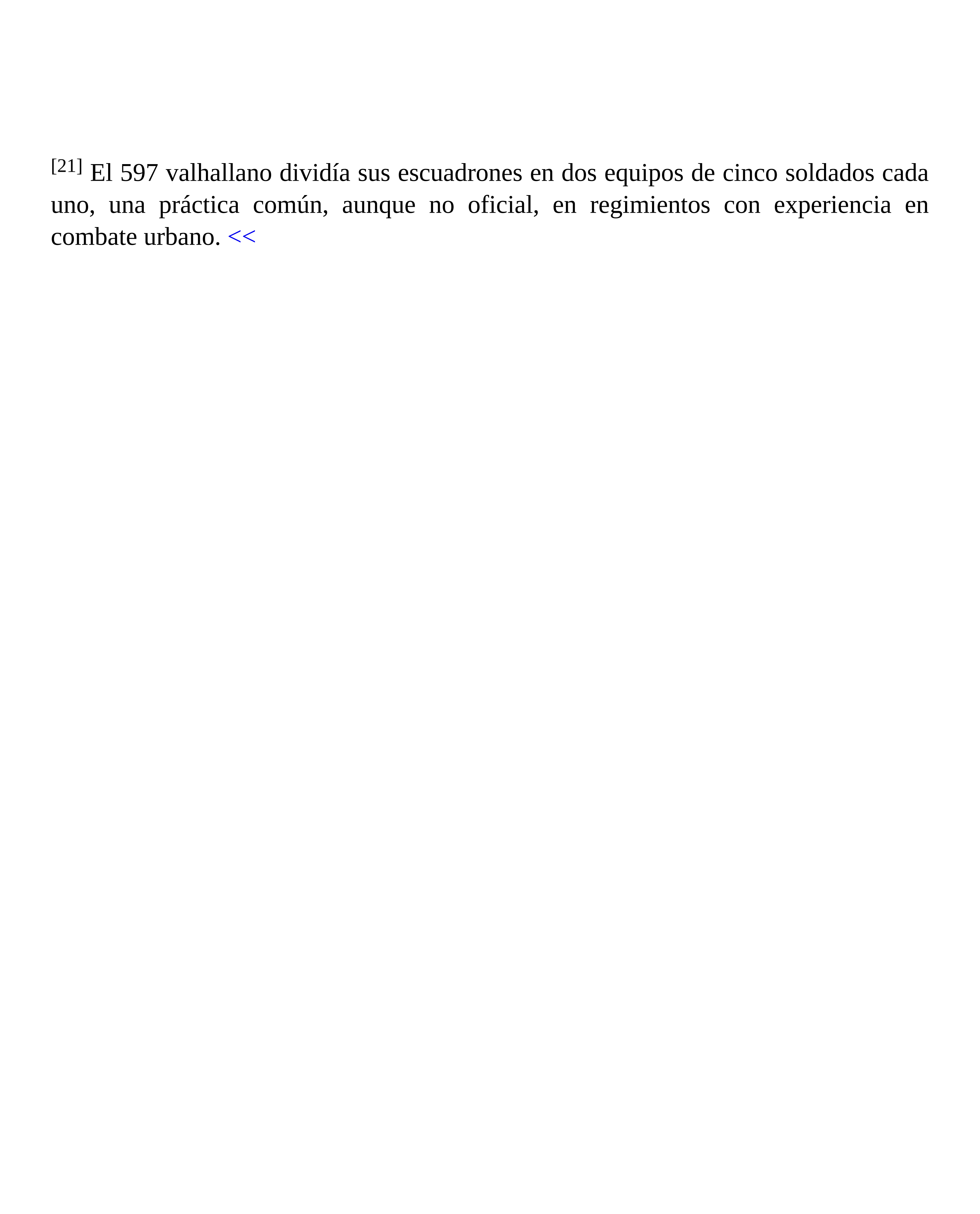


[18] Muy probablemente la subespecie más débil llamada «gretchin», una distinción de la que Cain era buen conocedor, tal y como evidencia su anterior comentario. <<

[19] Cain exagera un poco aquí, pero realmente sucede que un porcentaje bastante grande de los herejes y los impuros tiende a sentirse atraído por las ciudades subterráneas y hábitats similares. Por otro lado, dada la naturaleza hostil de muchos mundos, tanto imperiales como xenos, la población tiene pocas opciones aparte de refugiarse bajo tierra para sobrevivir, lo cual explica, al menos en parte, el predominio de ese tipo de laberintos por todo el espacio habitado. <<



[20] Probablemente tenga algo que ver con todos esos implantes. Debe de ser difícil interactuar con simples humanos cuando sientes que tienes más en común con una máquina expendedora de bebidas. <<



[21] El 597 valhallano dividía sus escuadrones en dos equipos de cinco soldados cada uno, una práctica común, aunque no oficial, en regimientos con experiencia en combate urbano. <<



[22] De hecho, según los esquemas, el nivel más bajo de la mina estaba al menos a tres kilómetros por debajo de la superficie en ese momento. <<



[23] Cain medía casi dos metros, y solía ser uno de los más altos en cualquier grupo en que se encontrara. <<

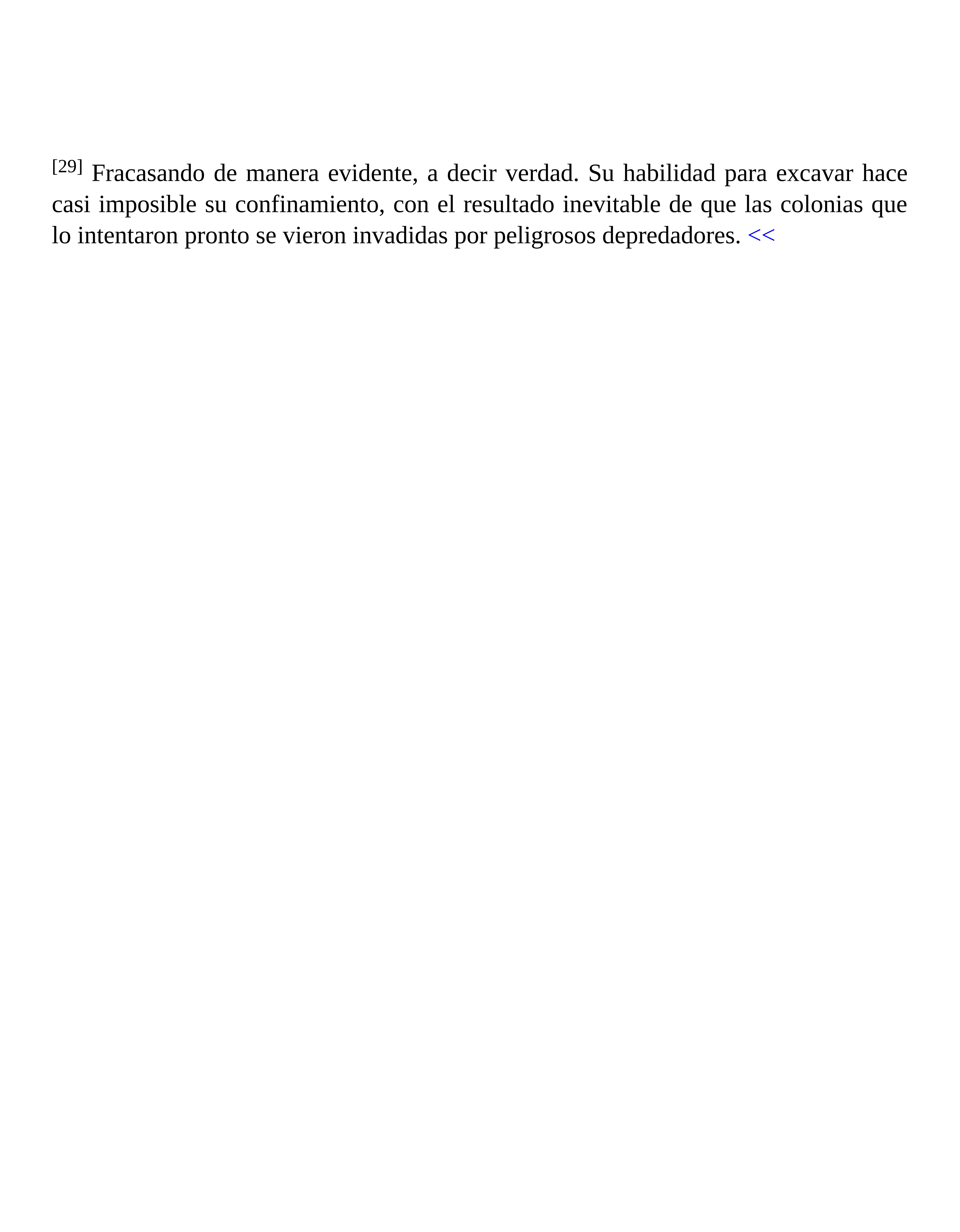
[24] Término genérico utilizado para referirse a una variedad apabullante de organismos aparentemente asociados con los orcos. Las opiniones siguen estando divididas en el Ordo Xenos acerca de si representan una verdadera simbiosis o sencillamente son todo un género de desagradables criaturas lo bastante cercanas a los peculiares procesos metabólicos de los verdosos como para prosperar cerca de ellos. Es innegable que parecen acompañar a la mayoría de las infestaciones orcas, sin embargo. De dónde sacó Cain la palabra sigue siendo un misterio, probablemente del mismo sitio de dónde sacó el resto de sus nociones de lengua orca. <<

[25] Tales creencias comenzaron a tener gran repercusión a medida que se acercaba el nuevo milenio. Cain no era lo bastante supersticioso como para dar crédito a las leyendas populares, por supuesto, pero, al igual que muchos otros, utilizaba esa frase de manera metafórica para referirse al inicio del M42, para el cual, por supuesto, en ese momento faltaban 68 años estándar. <<

[26] Un término peyorativo del argot para referirse a los tecnosacerdotes, que al parecer deriva del símbolo de su oficio. Suelen utilizarlo los soldados de la Guardia así como muchos otros, la mayoría de los cuales son aún más ofensivos. <<

[27] Según los magos biólogos pueden percibir el calor en vez de la luz. Debo decir que es un concepto bastante extraño, pero habiendo mirado recientemente a través de una luz negra tau, puedo asegurar por experiencia personal que tal fenómeno es posible gracias a la tecnobrujería, así que supongo que existe la posibilidad de que también suceda en la naturaleza. <<

[28] Subjefe de escuadrón, un suboficial de rango más bajo entrenado para asumir el mando si el sargento muere. En los escuadrones que han sido divididos en equipos (una práctica común en el 597.º, como ya se ha comprobado), el ASL normalmente asume el mando del segundo equipo cuando se separa del primero, y del control directo del sargento. <<



[29] Fracasando de manera evidente, a decir verdad. Su habilidad para excavar hace casi imposible su confinamiento, con el resultado inevitable de que las colonias que lo intentaron pronto se vieron invadidas por peligrosos depredadores. <<

[30] No queda del todo claro en esta última oración si Cain se refiere al ambull o al soldado; a veces, al sumergirse en sus recuerdos, estos resultan bastante incomprensibles. Tras mucho reflexionar, he decidido no cambiar nada, ya que en esas circunstancias ambas opciones parecen igualmente probables. <<

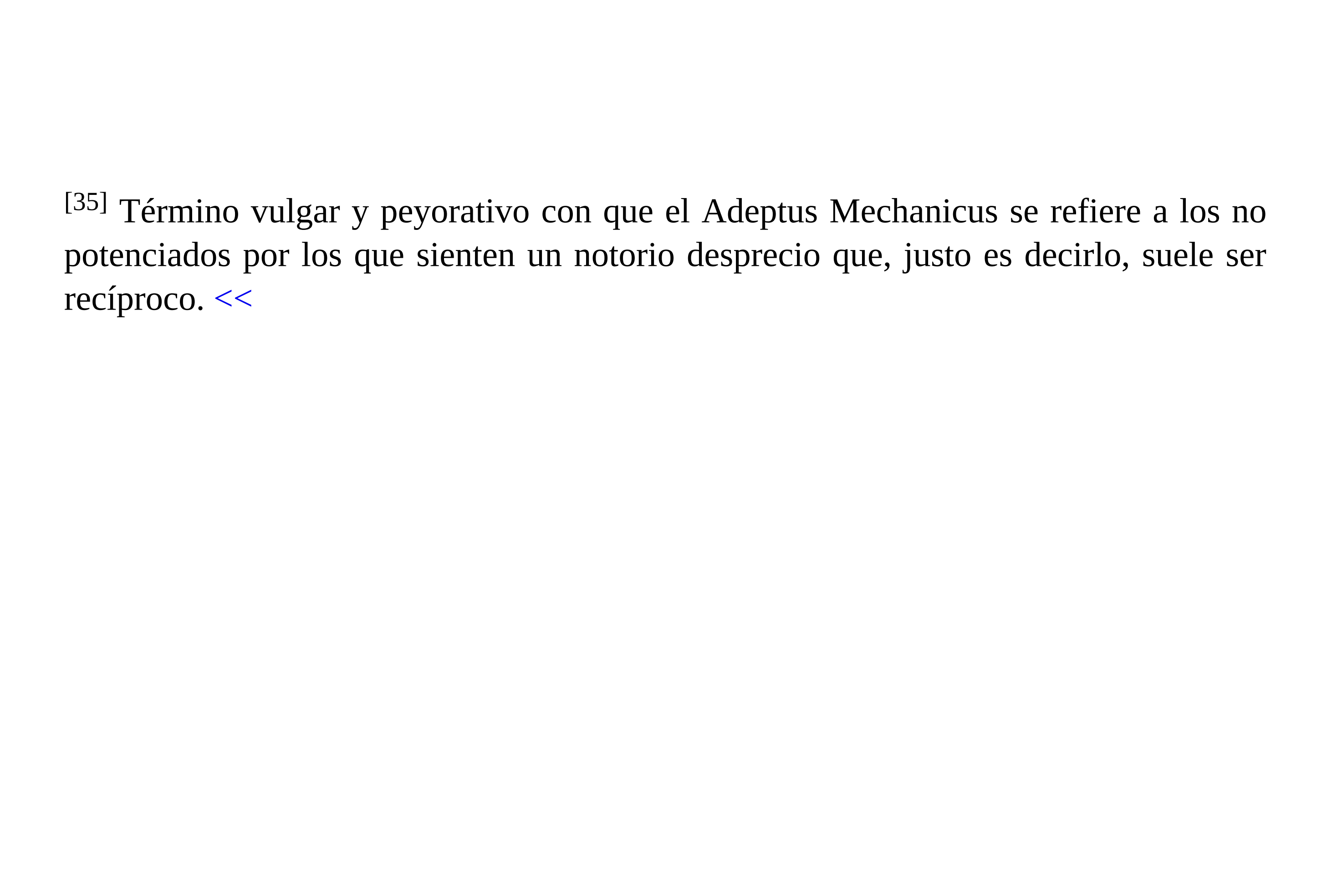
[31] Un apodo tradicional para el sanitario del escuadrón en muchas unidades de la Guardia. La mayor parte no son médicos cualificados, por supuesto, ya que sólo se les enseñan técnicas de primeros auxilios diseñadas para estabilizar a los heridos lo suficiente para poder llevarlos a un puesto médico con el equipamiento adecuado, o a un quirófano. <<

[32] Aunque no lo prescriben las normas, muchas justifican que los soldados de caballería y las tripulaciones de los vehículos lleven como apoyo un arma de mano por si tienen que abandonar su equipo pesado o este no funciona en el fragor de la batalla. (Por supuesto, si un lanzallamas falla no es demasiado probable que quede algo del soldado que lo maneja, pero Lunt, evidentemente, era un optimista). <<



[33] Casi seguro que lo segundo, dado el descubrimiento que hizo Cain a continuación. <<

[34] Una referencia coloquial al sanatorio que la Guardia Médica tiene en el sistema Sigma Pavonis, adonde se envía a los soldados que sufren enfermedades crónicas y fatiga de combate para su evaluación y rehabilitación. Los casos menos problemáticos son enviados de vuelta a sus puestos después del tratamiento, mientras que los más graves pueden recibir atención de larga duración, a veces durante años. Dicho sea de paso, el sistema también es famoso como fuente de aprovisionamiento de servidores de combate, muchos de los cuales encuentran ubicación en el servicio inquisitorial. <<



[35] Término vulgar y peyorativo con que el Adeptus Mechanicus se refiere a los no potenciados por los que sienten un notorio desprecio que, justo es decirlo, suele ser recíproco. <<

[36] Aunque, al parecer, no sus nombres, ya que no se molesta en mencionarlos. <<

[37] Morel, sin duda. <<

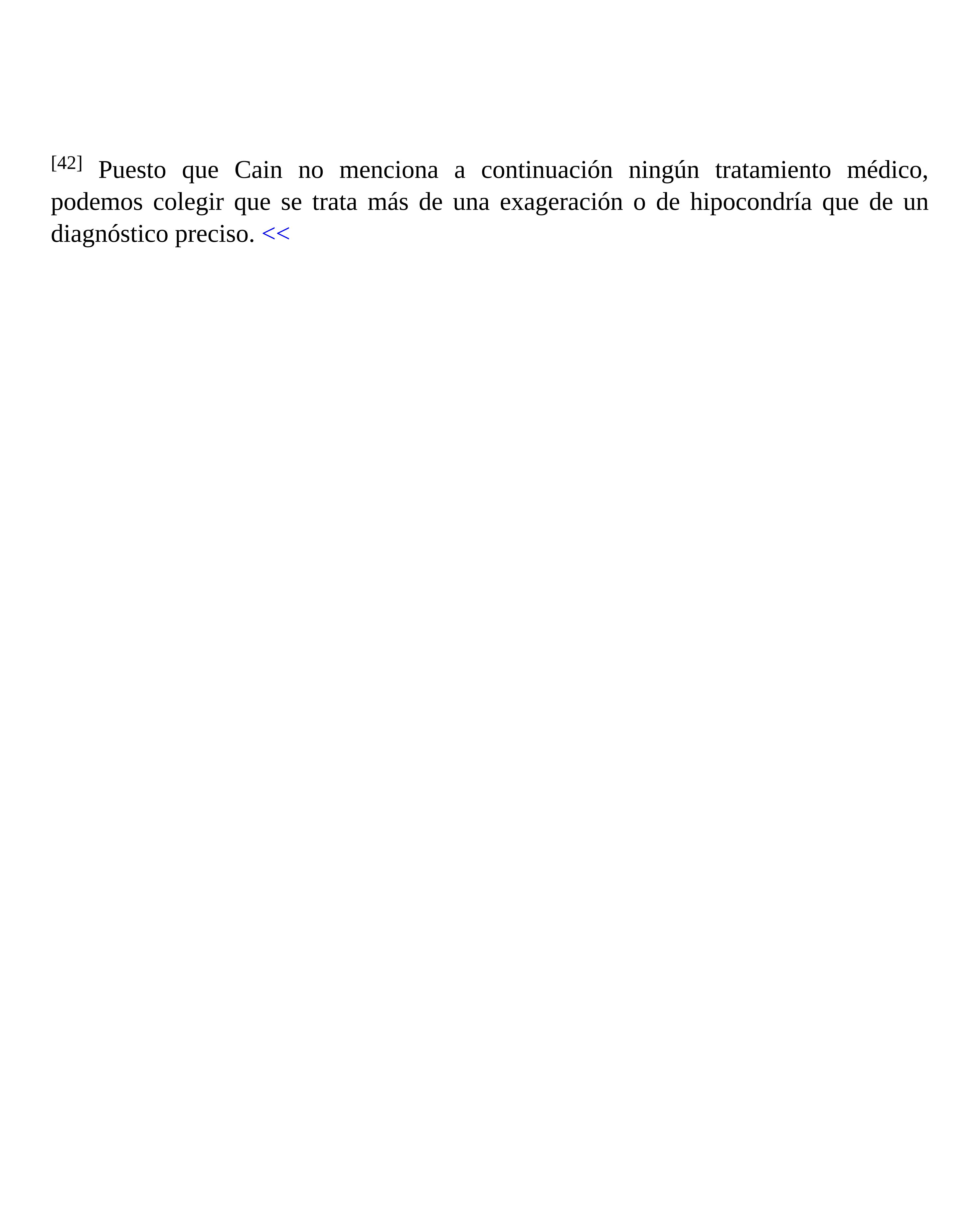
[38] Esto era sumamente inusual en una valhallana. Como resultado de vivir bajo tierra, solían ser de tez muy clara. No obstante, el color de Hail era el normal en muchos otros mundos del sector, donde la piel blanca típica de su mundo de origen parecería igualmente inusual, de modo que es probable que uno o dos de sus ancestros se hubiesen establecido allí después de trasladarse por algún motivo. <<

[39] Lo más probable es que no fueran tantos. Los «comandos», que es como se los conoce (un préstamo de alguna cultura humana según el Ordo Diologus, ya que los orcos no son capaces de conceptualizar nada ni remotamente sutil), son muy escasos entre las fuerzas de los pielesverdes. La mayoría de ellos carece de la paciencia o, para ser exactos, de la inteligencia necesaria para nada que no sea una fuerza bruta de ataque frontal. Esto hace que esas excepciones ocasionales sean un peligro desmesurado para sus limitadas fuerzas, ya que generalmente consiguen tomar sus objetivos totalmente por sorpresa. <<

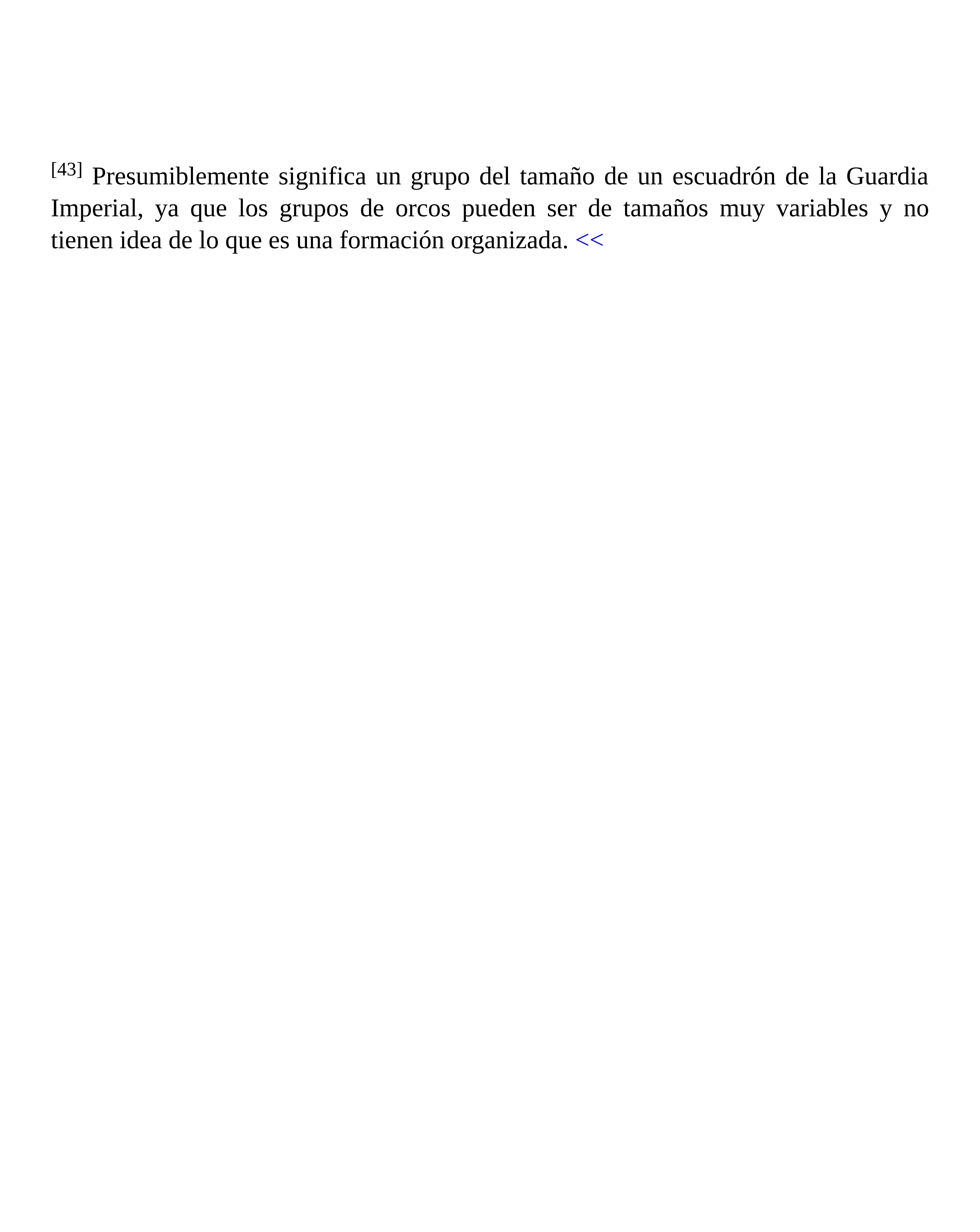


[40] Gesto utilizado para propiciar la buena suerte que al parecer Cain conservaba desde su infancia, dondequiera que esta hubiera transcurrido. <<

[41] En realidad, teniendo en cuenta la relación entre la mayor parte de los comisarios y la tropa con la que sirven, esto es bastante notable. Como tantas veces en sus memorias, Cain da muy poca importancia a sus propios logros. <<



[42] Puesto que Cain no menciona a continuación ningún tratamiento médico, podemos colegir que se trata más de una exageración o de hipocondría que de un diagnóstico preciso. <<

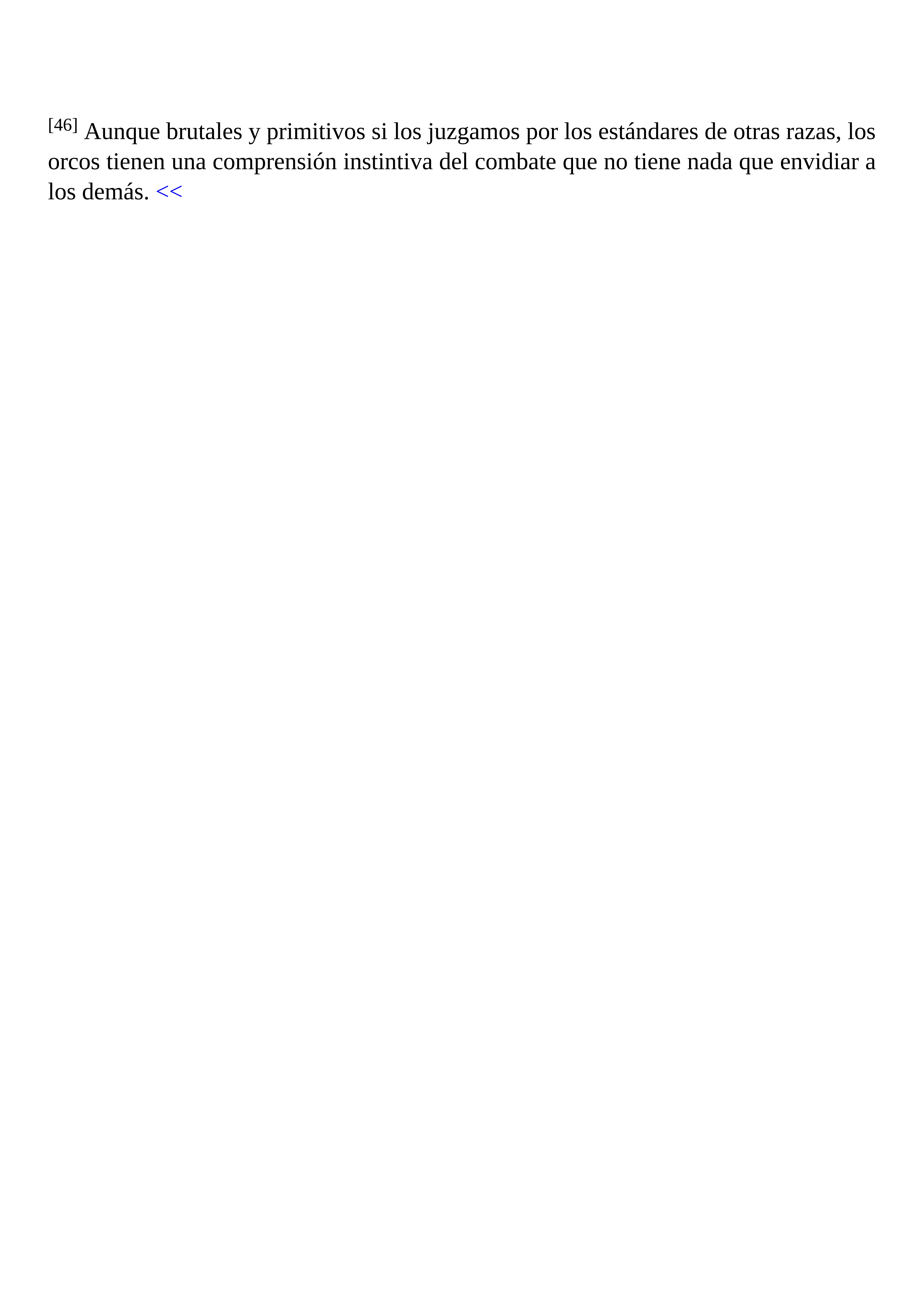


[43] Presumiblemente significa un grupo del tamaño de un escuadrón de la Guardia Imperial, ya que los grupos de orcos pueden ser de tamaños muy variables y no tienen idea de lo que es una formación organizada. <<



[44] Debo confesar que tampoco yo he conseguido decidirme al respecto, a pesar de haber combatido con él en numerosas ocasiones. <<

[45] Por lo general, una suposición correcta. <<



[46] Aunque brutales y primitivos si los juzgamos por los estándares de otras razas, los orcos tienen una comprensión instintiva del combate que no tiene nada que envidiar a los demás. <<



[47] Símbolo corriente de autoridad entre los pieles verdes, que en apariencia significa que han vencido a algo más grande y desagradable que ellos. <<

[48] Por una ironía del destino, esta parte del archivo corresponde, al parecer, a unos meses antes de que la décimo tercera Cruzada Negra se tragara a la mayor parte del segmento y el propio Cain se viera arrastrado fuera de su retiro a pesar de lo avanzado de su edad. <<

[49] Si no más. Los corsarios eldar parecen en cierto modo tocados por las Fuerzas Oscuras, y la enemistad entre ellos y sus parientes no contaminados parece ser tan profunda como entre los súbditos de Su Divina Majestad y los traidores que tratan de subyugar a la humanidad en nombre de sus blasfemos dioses. <<

[50] Puedo asegurar, por mi asociación personal con él, que Cain era uno de los espadachines más consumados del sector cuando no de todo el segmento. Cuando ya llevaba mucho tiempo retirado y había entrado en su segundo siglo de vida, ninguno de los instructores de combate de la schola eran capaces de igualar su pericia, atestiguada por las innumerables victorias obtenidas en el campo de batalla. (Muy a su pesar, diría yo). Es extraño, pero en sus memorias no se ofrecen muchos detalles sobre las verdaderas técnicas que empleaba en las luchas que describe; tal vez porque su estilo de combate era tan instintivo que nunca se tomó el trabajo de analizarlo. <<



[51] Realmente así es, aunque no de la forma que nosotros reconoceríamos como una buena práctica médica. <<



[52] Lo más parecido que puede pronunciar un orco a la palabra gótica que significa «humanos». <<

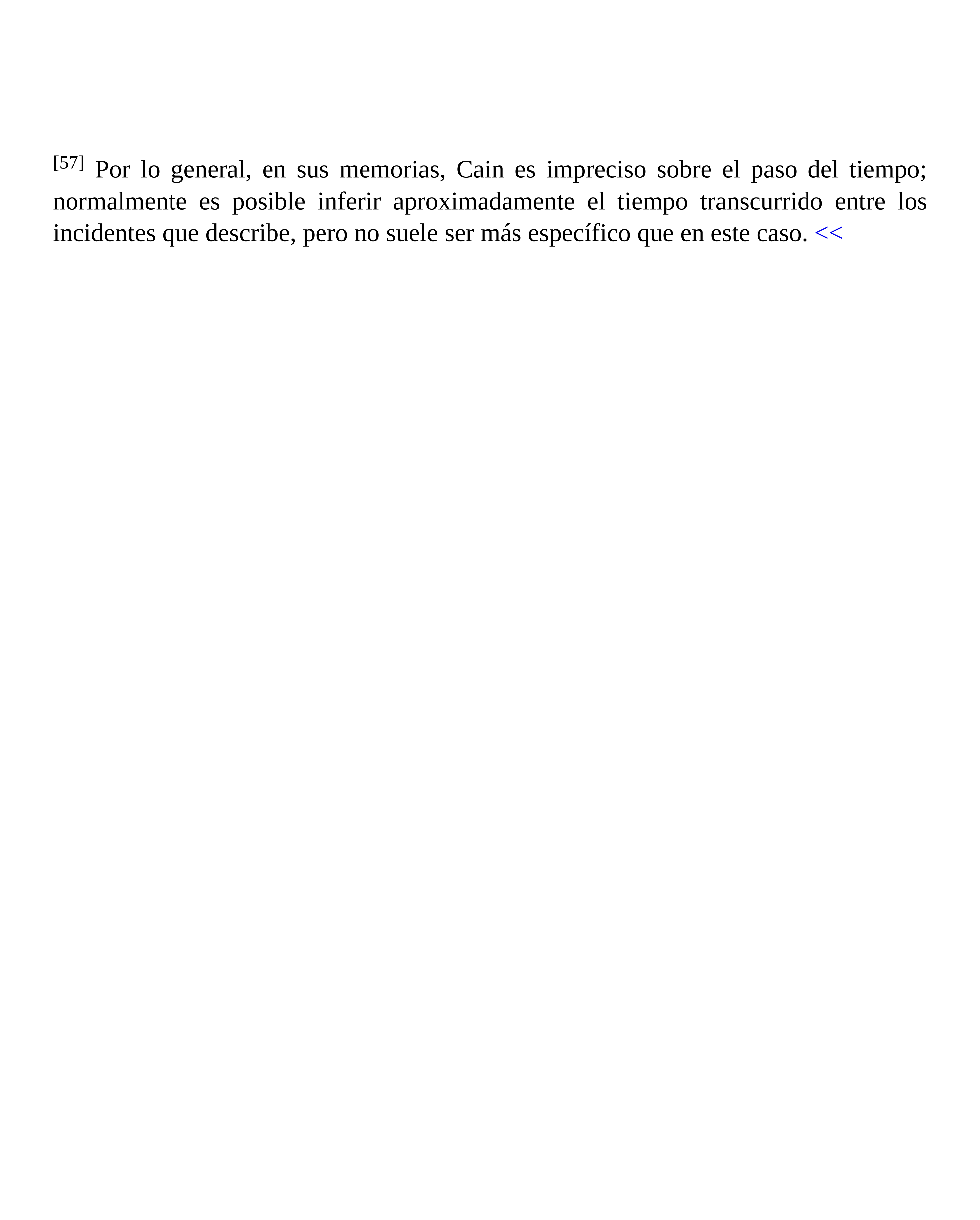
[53] En esto no se equivocaba. <<

[54] A pesar de décadas de estudios intensivos por parte tanto del Ordo Xenos como del Adeptus Mechanicus, los mecanismos sensores de los necrones siguen siendo un misterio. A veces parecen dotados de una capacidad sobrenatural para detectar a un enemigo, mientras que otras, como en este caso, se les escapan algunos que tienen literalmente ante sus mismísimas narices. En este momento, la Inquisición no tiene explicación alguna que ofrecer a esta paradoja, y si el Adeptus Mechanicus la posee, no la comparte con nadie. <<

[55] Dicho sea de paso, un acuerdo que la Ordo xenos daría mucho por conseguir. Ni qué decir tiene que cualquier incursión que el Adeptus Mechanicus pudiera haber hecho respecto del problema, se mantuvo en el más absoluto secreto. <<

[56] Es casi una certeza que Cain es el único humano de la galaxia que sobrevivió al tránsito a través de un portal de disformidad de los necrones durante las aventuras en Interitus Prime a las que antes hizo referencia. Su narración del incidente figura en otra parte del archivo y no es necesario que nos detengamos en ella en este momento.
<<

[57] Por lo general, en sus memorias, Cain es impreciso sobre el paso del tiempo; normalmente es posible inferir aproximadamente el tiempo transcurrido entre los incidentes que describe, pero no suele ser más específico que en este caso. <<



[58] Es evidente que Sulla no había tenido hasta entonces mucho contacto con Jurgen.
<<

[59] Por supuesto, aquí Cain bromea. Bueno, seguramente. <<

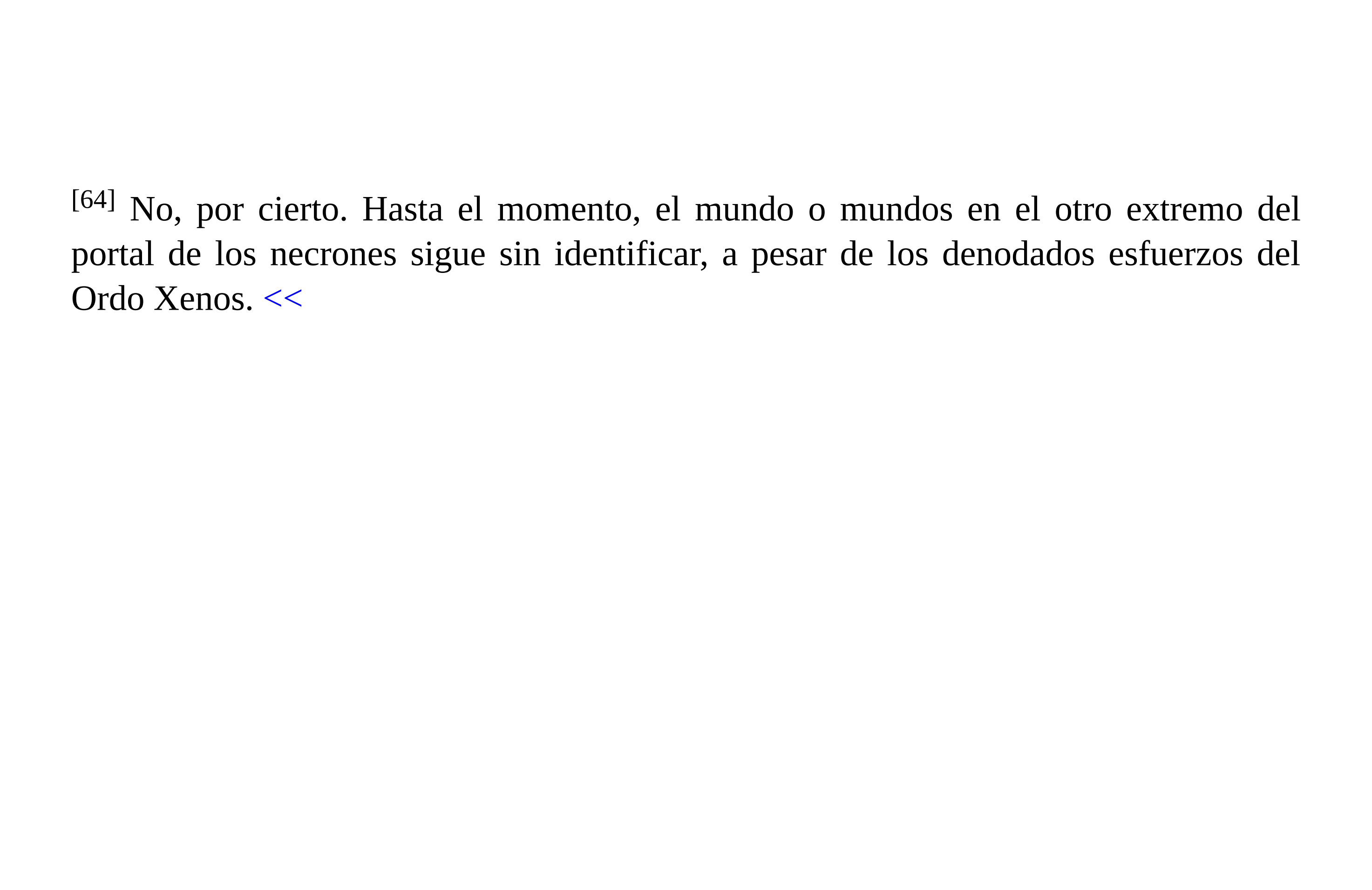
[60] No era difícil identificar a los responsables de la decisión, pero, como dijo Cain, seguía siendo difícil encontrar una prueba de que había sido una conspiración y no una coincidencia infortunada. Cualquiera que tenga información que pueda resultar útil para resolver esta cuestión encontrará a un interlocutor dispuesto en el inquisidor Kuryakin del Ordo Hereticus. <<

[61] En realidad, ha habido unos cuantos xenólogos que sostuvieron precisamente esto, que sus acciones cobran el mayor sentido en el contexto de su propia sociedad bárbara, pero esos puntos de vista se consideran excéntricos en el mejor de los casos. <<



[62] Probablemente alguna variante de «pez gordo» o «jefe», que al parecer son los únicos términos de rango y jerarquía que figuran en su lengua. <<

[63] Es evidente que Cain todavía tenía hambre a estas alturas, a juzgar por la acumulación de metáforas culinarias, lo cual no tiene nada de sorprendente si tenemos en cuenta la cantidad de energía que había quemado en los dos últimos días. <<



[64] No, por cierto. Hasta el momento, el mundo o mundos en el otro extremo del portal de los necrones sigue sin identificar, a pesar de los denodados esfuerzos del Ordo Xenos. <<



[65] Las actas que levantó Quintus de la reunión no contribuyen para nada a cubrir las brechas, ya que en ellas se habla, sobre todo, de la forma en que la iluminación del techo se reflejaba en el cabello de Kasteen. <<

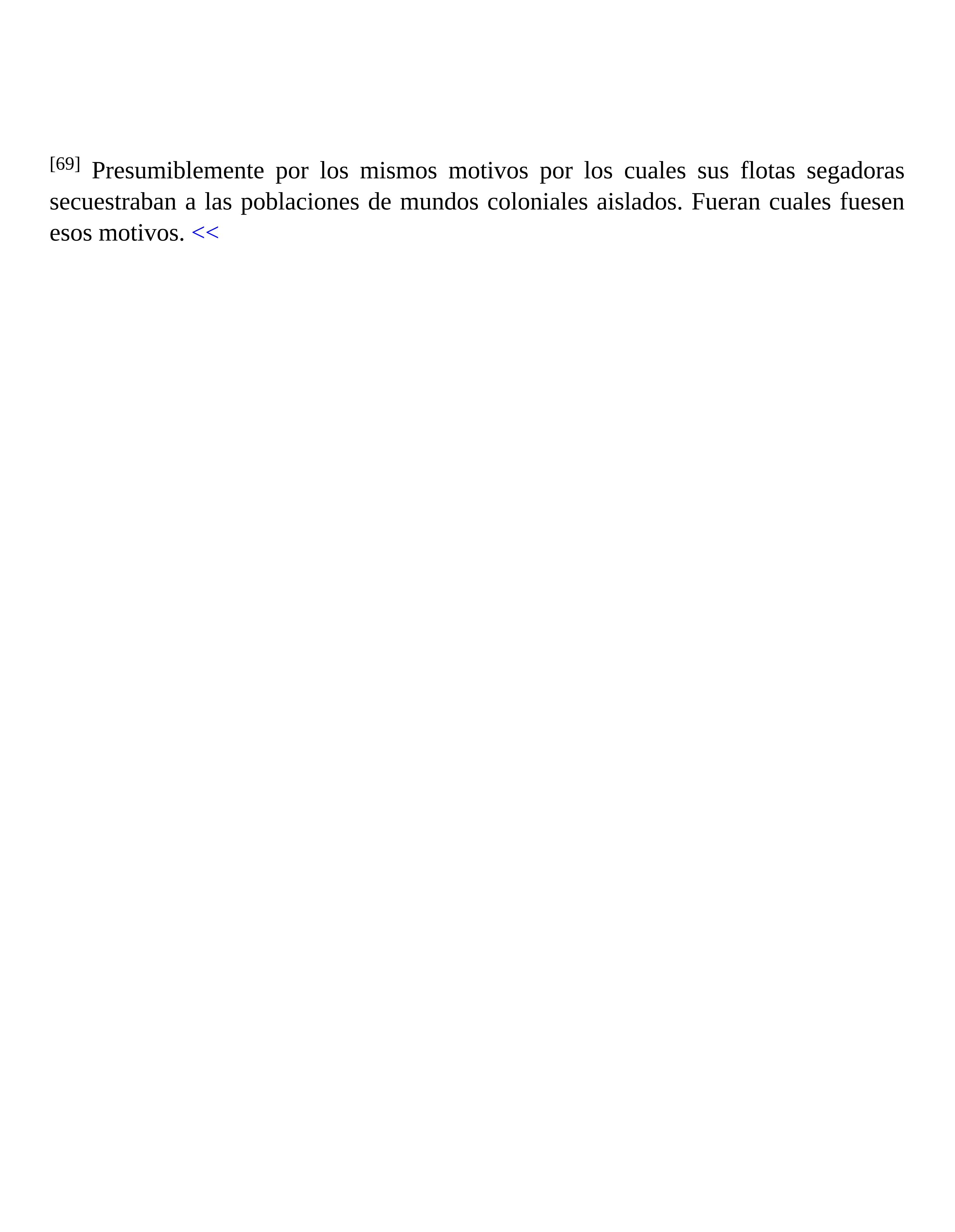


[66] El sistema donde un ataque de los tiránidos había diezmado a los defensores imperiales haciendo necesaria la fusión del 296.º y el 301.º para formar el 597.º. <<

[67] Porque el auténtico motivo para la costumbre es proveer de soldados de infantería debidamente adoctrinados para la Inquisición. Por supuesto, menos del cinco por ciento alcanza los niveles de exigencia requeridos, y a los que no llegan a graduarse se les encuentra un puesto en la Guardia. <<



[68] Bastante improbable, ya que a esas alturas de su carrera todavía no había visto ni a los unos ni a los otros, a menos que cuenten los holopictogramas, por supuesto. <<



[69] Presumiblemente por los mismos motivos por los cuales sus flotas segadoras secuestraban a las poblaciones de mundos coloniales aislados. Fueran cuales fuesen esos motivos. <<

[70] Puede que no anduviera muy equivocado. El aura de terror proyectada por los parias necrones parece ser, al menos en parte, un fenómeno psíquico, de modo que es bastante razonable suponer que un vacío los repelería y enmascararía el efecto. Sin embargo, puesto que no hay ningún otro caso registrado de otro vacío o persona con poderes antipsíquicos en tan estrecha proximidad con un grupo de parias, y como son demasiado raros y valiosos para arriesgarse haciendo una comprobación deliberada de esta hipótesis, debemos dejarla en el terreno de las conjeturas. <<

[71] «Gropos» es el nombre que da la Flota Imperial a las unidades de la Guardia que a veces viajan en sus naves de guerra. Es menos común entre las tripulaciones de las naves mercantes. El uso que Durant hace aquí de él implica que no era esta la primera vez que el *Puro de Corazón* se había visto obligado a prestar servicios auxiliares a la flota. <<



[72] Cain no se molesta en explicar cómo llegó a esta conclusión. Tal vez tuviera algo que ver con esa afinidad suya con el medio subterráneo. <<

[73] Esta es la última vez que Cain menciona al tecnosacerdote en su narración de estos acontecimientos. Se puede decir que la carrera que hizo a continuación en el Adeptus Mechanicus no fue nada espectacular, habiendo llegado a la categoría de mago sin hacer nada más para llamar la atención sobre su persona. Su última misión conocida fue en el complejo minero de Noctis Labyrinthus, en Marte. <<

[74] Fuel/Air/Explosive (Combustible/Aire/Explosivo), un tipo de bomba que libera un gas volátil antes de la detonación para ampliar su potencia y su área de influencia. <<



[75] Lo más probable es que avanzaran con dificultad a través de los niveles inundados hasta salir a la superficie. <<

[76] El examen subsiguiente del lugar no reveló signos de una presencia necrónica activa, aunque si algo había quedado de sus instalaciones, estaría sepultado demasiado profundamente para haber dejado algún rastro. Yo, por mi parte, no tenía el menor interés en empezar a hacer agujeros para asegurarme. <<